Accessions
115,671

Shelf No.
D. 150. 82
T. 1.

BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26th 1871.

EL

MORO EXPÓSITO,

Ó

CÓRDOBA Y BÚRGOS

EN EL SIGLO DÉCIMO.

IMPRENTA DE J. SMITH, CALLE DE MONTMORENCY, 16.

Angel de Saavedra

EL

MORO EXPÓSITO,

Ó

CÓRDOBA Y BÚRGOS

EN EL SIGLO DÉCIMO,

LEYENDA EN DOCE ROMANCES

POR

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA.

EN UN APÉNDICE SE AÑADEN LA *FLORINDA* Y ALGUNAS OTRAS COMPOSICIONES INÉDITAS DEL MISMO AUTOR.

TOMO PRIMERO.

D. 150. 82

PARIS,

EN LA LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA

DE LA CALLE DE RICHELIEU, N.º 60.

1834.

D.150
.F3
vol.1

115621
U.S.

TO THE RIGHT HON.

JOHN H. FRERE,

&c., &c., &c.

My dear Sir,

I hope I am not guilty of presumption when I beg dedicate the following pages to you. That they are hardly entitled to appear under the sanction of a name so deservedly high in the annals of literary criticism, I fully know; yet I cannot help thinking that—poor as the tribute is which I here pay to you—it will be kindly accepted; not only because of your constant partiality to the author, but likewise because you have pointed out, and led me into, the path in which I have entered, I am afraid, with more boldness than success.

Your friendship has cheered me in the glomiest days of my exile. Your extensive knowledge and excellent literary taste has made that friendship no less useful than it was pleasing to me. Your love of my own dear country has been combined. in my case, with the feelings of concern in my

misfortunes and interest for my improvement, which I am proud of having excited in you, and the effects of which I have felt and do still feel. In you the counterpart of the observation of Tacitus may be exemplified: *If it is natural in men to hate those whom they have injured, it is no less natural for them to love those whom they have benefited.*

I fear, I repeat, that I have not profited by your benefits as I ought—certainly not to the full extent of my wishes. Yet, whatever improvement there is in my poetical taste, it is owing to you, and will, I am sure, meet with your approbation and encouragement. At the same time, however, that I claim, and rely upon your benignity, I invoke your justice. By passing sentence upon my faults, you will contribute to my future amendment. To judge of my labours, no one is better qualified than you are: with your well known classical erudition and acquaintance with the principles and beauties of general poetry, you combine a very remarkable and intimate knowledge of the language and literature of Spain—such, indeed, as few Spaniards can boast. And, as it usually happens, you are not only deeply skilled in, but likewise partially fond of our Castilian legendary lore. From all those circumstances, you are no less the natural judge than patron of my *Castilian foundling*. I commit him therefore to your care, and beg to avail myself of

this opportunity to put you in mind of the feelings of gratitude and esteem and warm affection, with which I remain,

My dear Sir,

Your obliged and obedient servant,

ANGEL DE SAAVEDRA.

Paris, 1 December 1833.

PRÓLOGO.

Abre tu libro eterno, alta maestra,
Naturaleza, sírveme de guia,
Dejándome tus páginas hérmosas
Libre leer de intérpretes y glosas.
ESVERO Y ALMEDORA, canto IV,
poema de D. Juan María Maury.

AL presentar al público este ensayo, que lo es tambien de un género nuevo en la poesía castellana, juzga el autor conveniente, y aun indispensable, dar una explicacion de las doctrinas literarias que para su composicion ha seguido.

Sabido es que en nuestros dias han nacido en el mundo poético y crítico dos bandos opuestos, que apellidándose el uno el de los *clásicos*, y el otro el de los *románticos*, se están disputando el señorío literario y artístico con encarnizamiento y teson extremados. Las cabezas y dogmatizadores de ambas parcialidades blasonan de orígen mas antiguo; pero aunqué las composiciones de épocas ménos recientes puedan ser clasificadas con arreglo á las nuevas doctrinas, todavía es cierto, que los autores y críticos de los siglos pasados no conocieron estas divisiones, y que si entre ellos hubo escritores *románticos*, lo eran al modo del famoso *Monsieur Jourdain* de Moliere, que estuvo cuarenta años haciendo prosa, sin saberlo.

Cuál sea el verdadero carácter distintivo de cada una de estas dos sectas, no es cosa fácil de averiguar, pues si bien los *románticos* y *clásicos* asientan ciertas basas, en que estriba el edificio de sus respectivas doctrinas, y se-

ñalan ciertos lindes entre los cuales deben estar encerradas; no puede dudarse que cada escuela reclama como suyas composiciones, que ni caen bien sobre los fundamentos de su propia téorica, ni caben en los límites á que ella misma se ha circunscrito. Sirva de ejemplo de este aserto la poesía dramática española, mirada en el dia generalmente como *romántica*, tanto por sus admiradores cuanto por sus adversarios. Porqué no observa las unidades, con poca razon creidas reglas fundamentales de los dramas griegos; porqué no rehusa mezclar trozos de estilo cómico y festivo con otros en tono trágico ú elevado; porqué á veces trata asuntos de las edades medias, y siempre da á los argumentos griegos y romanos, y hasta á los mitológicos, cierto color moderno y caballeresco; bien hay razon para darle el nombre de *romántica*, y para considerarla como sujeta á las condiciones del actual *romanticismo*. Pero si atendemos á que, léjos de estar escrita en prosa ó verso suelto, usa por lo comun de una versificacion mas artificiosa que los pareados franceses; á que, léjos de descartar las alusiones mitológicas, las emplea con notable profusion y disonancia, hasta en argumentos de los siglos medios, y aun en boca de personajes moros; y á que el estilo, en vez de llano y familiar, es elevado siempre, (ménos cuando hablan los *graciosos*, figuras hasta en sus nombres diferentes de las demas) descubriremos en la poesía dramática española no poca semejanza con la poesía francesa, tenida por el modelo mas perfecto de la escuela *clásica*.

Para buscar el orígen de la escuela *romántica* de nuestros dias, fuerza es que vayamos á Alemania. Allí nació, y de allí han sacado su pauta los modernos *románticos* italianos y franceses. Con harta razon sustentan algunos críticos, que las naciones germánicas, cuya civilizacion y

tradiciones tienen orígen muy desemejante al de los hábitos, recuerdos é ideas de las naciones un tiempo dominadas por los romanos; son las que descubrieron, y las que benefician la mina del *romanticismo*. Y si la buena y legítima poesía es espejo y lenguaje de la imaginacion y afectos de los hombres, claro está que en Alemania y en otras naciones setentrionales es la poesía *romántica* indígena. La mitología de aquellos pueblos nunca fué la griega y latina: sus hábitos nunca los de las naciones *clásicas*: el cielo que las cubría, el suelo que pisaban, eran y son diferentes en un todo de los de Grecia y del Lacio: sus sensaciones hubieron de ser por lo mismo diversas, y sus asociaciones de ideas muy distintas de las que hacían impresion en los sentidos, y reinaban en las cabezas de los antiguos griegos y romanos. Hoy es, y todavía los habitantes de los climas setentrionales, frios y nebulosos, si bien aproximados á los del mediodía por semejanza ó identidad en su religion, leyes y estado social; todavía no pueden vivir, ni expresarse como viven, sienten y se expresan los moradores de regiones cálidas, donde el sol es ardiente, y despejada la atmósfera; porqué los productos del suelo, los usos y costumbres, y las sensaciones é ideas tienen entre sí una correspondencia estrechísima y necesaria.

¿Quién no ve en las tragedias francesas *clásicas* (y no ya en las de Corneille, sinó en las del mismo Racine, tan imitador de Eurípides) señales claras de la sociedad moderna, dentro de la cual y para la cual fueron escritas? La poesía no puede ménos de retratar fielmente la época á que corresponde, pues la imaginacion del poeta, como su juicio, están formados y modificados por la lectura, por el trato diario y por mil circunstancias en fin de cuanto le rodea y hace efecto en sus sentidos.

Aquella poesía será mejor, que sea mas natural, así como los frutos propios de un clima en mucho aventajan á los que se dan solo á fuerza de trabajo; ó así como las manufacturas, á que convidan la disposicion y naturaleza de un país, y los hábitos y costumbres de sus habitantes, rinden productos muy superiores á los de aquellas, que prosperan á fuerza de privilegios y monopolios.

Por eso hay naciones, hay tiempos, en que debe la poesía acercarse á la de los griegos y romanos, y otros al contrario, en que debe desviarse de los hermosos y acabados modelos de la antigüedad *clásica*; pero teniendo presente, que tanto en la aproximacion cuanto en el desvío, se ha de observar siempre la regla, de que solo es poético y bueno, lo que declara los vuelos de la fantasía y las emociones del ánimo. Todo cuanto hay vago, indefinible, inexplicable en la mente del hombre; todo lo que nos conmueve, ya admirándonos, ya enterneciéndonos; lo que pinta caractéres en que vemos hermanado lo ideal con lo natural, creaciones en fin que no son copias, pero cuya identidad con los objetos reales y verdaderos sentimos, conocemos y confesamos; en suma, cuanto excita en nosotros recuerdos de emociones fuertes; todo ello, y no otra cosa, es la buena y castiza poesía.

En los siglos medios apareció en Italia un poeta, el mejor acaso en su línea de los modernos, y que hoy dia es considerado como fundador, y una de las principales lumbreras de la poesía *romántica*: ya se deja entender que hablo del Dante. Sin embargo, quien atentamente leyere su poema, y con espíritu crítico examinare sus méritos, convendrá en que no cuadran en un todo el tenor de su composicion y formas de su estilo con la definicion que del género *romántico* dan los preceptistas modernos. La tierra *clásica* en que vivió aquel ingenio portentoso,

abundaba en recuerdos muy distintos de los que bullen en las cabezas alemanas; la edad media de Italia conservaba enlaze con las edades *clásicas*; y de aquí es que Dante, como verdadero y gran poeta, no es lo que ahora llamaríamos *romántico*, ni tampoco lo que miraríamos como *clásico;* sinó un hombre de su siglo, al cual á un tiempo dominaba y obedecía; un signo, un tipo, un epítome de cuanto sabían y del modo con que pensaban y sentían sus contemporáneos: que esto en suma son los talentos de primera marca.

Lo que con cierta apariencia de fundamento se llama la restauracion de las letras en el siglo XVI, ó á fines del XV en Italia, trajo consigo una revolucion literaria, en parte provechosa, y en parte funesta. Al paso que ahogó en algunos el ingenio nativo, y en no pocos infundió atrevimientos desproporcionados á sus fuerzas, produciendo por ello una turba de copistas é imitadores; dió en muchos ocasion á ideas nuevas, ó despertó las adormecidas, y dilatando los conocimientos humanos, removió barreras que estorbaban los progresos del entendimiento, viniendo á ser la noticia y estudio de lo pasado, medio eficacísimo de incitar y guiar á descubrimientos ulteriores.

De aquí nació una poesía, y mas tarde una crítica, correcta aquella, y estotra sana; pero tímida la primera, é incompleta la segunda. Tomó España una y otra de Italia: adoptólas Francia en época posterior, y tambien Inglaterra; bien que circunstancias particulares fueran causa de que entre los ingleses, cuya lengua y costumbres tienen orígen, mas germano que latino, nunca se arraigasen profundamente; apareciendo como planta extraña, en que se notan las señales del terreno, á donde se la ha trasplantado.

No así en Italia, tierra siempre *clásica*, donde hasta en los siglos medios pareció la poesía latina fruto natural, cuyo cultivo, desatendido por algun tiempo, se renueva con éxito muy feliz, porqué el clima, suelo y costumbres brindan con él, y se da por lo mismo en la sazon mas perfecta. En las obras maestras que produjo aquel pais, fecundo en ingenios y doctrina, va enlazado y hermanado el gusto *clásico* mas legítimo con ideas y formas, á las cuales daríamos hoy dia el dictado de *románticas*. En el poema *caballeresco* de Ariosto vemos frecuentes imitaciones, y aun casi traducciones de Ovidio y Virgilio, con sumo acierto acomodadas al propósito del cantor de la Caballería; y en el poema *clásico* de Tasso no son las mejores partes aquellas en que imita á los príncipes de la poesía épica griega y romana, sinó por el contrario otras, donde manifiesta el espíritu caballeresco, y en que hallaba su númen el cantor y admirador de las Cruzadas. Trissino no fué mas que *clásico*, y por lo mismo no fué nada; y otro tanto puede afirmarse de los dramáticos italianos de aquella época, meros copiantes de los antiguos.

Hija de la poesía italiana, y por ella oriunda de la latina, fué la castellana en el siglo XVI, y por tanto fué *clásica* rigorosa, ó sea imitadora. Pues si bien la ternura de Garcilaso, y la fogosidad de Herrera, y la fantasía, á un tiempo viva y pensadora, de Rioja, y sobre todo aquellos vehementes afectos de devocion, que dan á Fr. Luis de Leon (*) un carácter tan original, aun cuando mas de cerca

(*) Véanse por ejemplo las odas *Cuán descansada vida*, casi traducida de Horacio, y la *A Felipe Ruiz*, que es paráfrasis de unos cuantos versos de las *Geórgicas*. ¿Cabe mas originalidad, esto es, mas fuego, y de clase mas intensa que el que anima ambas composiciones? No así la *Profecía del Tajo*, la cual, á pesar de grandes primores de ejecucion, y de la hermosa y sencillísima imágen de *el pecho sacó fuera el rio*, es en lo demas inferior al

imita, son manantiales de grandes perfecciones y timbres gloriosísimos del Parnaso español; todavía es forzoso confesar, que en los poetas castellanos, líricos y bucólicos, vemos sobrada uniformidad; que su caudal de ideas é imágenes es reducido y comun á todos ellos; y que, si varios y acertados en la expresion, son uniformes en sus argumentos y planes, cifrándose su mérito, mas en la gala y pompa del lenguaje, en lo florido y sonoro del verso, y en la destreza ingeniosa de hacer variaciones sobre un tema; que en la valentía y originalidad de los pensamientos, ó en lo fuerte y profundo de las emociones que sintieron ellos, ó que excitan sus obras en el ánimo de los lectores.

Por fortuna hubo en España una poesía nacional, y natural de consiguiente, pues son inseparables ambas cosas. Aludimos á los *romances*, con tanto acierto juzgados y calificados por Quintana en su prólogo al tomo XVI de la coleccion de don Ramon Fernández, repetido despues con lijeras variaciones en la introduccion á su *Coleccion de poesías selectas castellanas*. Tambien es nacional y natural, aunqué no en tan alto grado, nuestra poesía dramática; y así es que una y otra andan validas entre los críticos extranjeros, que ó no tienen noticia de nuestras poesías *clásicas*, ó no ven en ellas mas que imitaciones de modelos, que conocen en su original, y de los cuales tienen asimismo copias en sus respectivas lenguas.

A fines del siglo XVII y principios del XVIII desapareció en España todo rastro de buen gusto en literatura. Explicar cuál fué el orígen y cuál la clase de la corrupcion que reinó, es empresa nada fácil. Con decir que dimanó el mal gusto, entónces dominante, de haber

Pastor cum traheret, de que es copia. *La noche serena* no es imitacion: es un vuelo de la fantasía, una expresion verdadera de una interna y fuerte conmocion del poeta, y muy superior á cuanto de su género hay en castellano.

abandonado el estudio de los buenos modelos; en parte no se dice nada, y en parte se dice algo, que dista mucho de ser cierto. No se dice nada, no dándose razon de por qué hubo semejante abandono; y para probar que se dice una cosa inexacta, basta considerar que cuando mas se desviaban nuestros ingenios de la sencillez *clásica*, era cuando reconocían por modelos, y citaban con mas profusion á los mejores autores latinos. (*) Y muy bien podían haberse apartado de estos, y echar por sendas, que si bien no seguidas por otros hasta entónces, era sin embargo dable que guiasen al descubrimiento de nuevos primores y riquezas poéticas. La corrupcion á que aludimos, tuvo su orígen en varias causas. No fué enteramente semejante á la que prevaleció en otras naciones, aunqué sí algo parecida á la que por la misma época cundió en Italia, porqué dimanó en parte de iguales principios; ni tampoco fué tan nueva que no se encuentre de ella rastro, hasta en autores de nuestro llamado siglo de oro, no tan exentos de faltas, ni de gusto tan acrisolado, como suponen varios modernos, sus admiradores. Es gravísimo error creer, que el gusto literario no tiene que ver con el estado de la sociedad en que reina; y quien leyere con atencion crítica y filosófica la historia de España durante el siglo XVII, y viere qué estudios se permitían entre nosotros, qué estímulos excitaban los ingenios, y qué ideas andaban dominantes; encontrará allí la explicacion de la barbarie, en que vino á caer la nacion

(*) La *Circe* de Lope de Vega es una paráfrasis poco feliz de parte de la *Odisea:* hasta el *Faetonte* de Villamediana abunda en traducciones de Ovidio. El comentario al *Polifemo* de Góngora, por García Coronel, demuestra que la imitacion de los latinos era cosa recomendada por los críticos de aquel tiempo; y los sermones ridículos, y las extravagantes aprobaciones de los libros de aquella época están empedrados de imitaciones y de citas de los *clásicos* antiguos.

española bajo los príncipes austríacos. Con lo cual, y con estudiar el carácter nacional, habrá entendido la esencia y causa del *culteranismo:* porqué este consiste en la hinchazon y sutileza de conceptos, y por lo mismo es defecto natural de una gente, de suyo ingeniosa y dotada de viva fantasía, á la que estaba vedado adquirir ideas nuevas, y hasta dedicarse á sólidas meditaciones; á quien el poder crecido de sus reyes daba vanidad, mas no felicidad ni verdadera grandeza; y para la cual no eran el Gobierno, las leyes y la religion materia de exámen libre y de atrevida controversia, sinó objetos de resignacion violenta, de obediencia precisa y de veneración medrosa. En tal estado forzoso era que se entretuviese en refinar pensamientos triviales, y en abultar ideas comunes, malgastando (como dijo un crítico de nuestros dias, al hablar de uno de nuestros mejores poetas de aquella época) sus grandes fuerzas naturales en juegos y saltos de volatines.

Miéntras decaía España en letras y grandeza política, crecía en ambas la vecina Francia, donde, reinando Luis XIV, floreció y dió muy sazonados y regalados frutos la literatura. Mas en Francia, como en todas partes, eran los ingenios intérpretes de los pensamientos y afectos reinantes en la sociedad entre que vivían. *Clásica* apellidan á la literatura francesa de aquella época, y *clásica* era en cierto modo; pero no *clásica* como la griega y romana, ni como lo fueron poco ántes la italiana y española; sinó *clásica* al gusto del país y de la época, parecida á la de los antiguos en lo que de ellos remedaba ó copiaba; aunqué dando al remedo ó copia un acento ó tinte de la tierra y tiempos en que había renacido. Racine imita, y hasta traduce á Eurípides; y con todo no son sus tragedias tan griegas como francesas. Cuando este gran

poeta trataba argumentos de la historia y fábula griegas, escribía, parte lo que tomaba de la propia lectura, parte lo que le inspiraba su ingenio y fantasía, dominados ambos por reglas caprichosas; y parte lo que le dictaba el sistema de sociedad en que se había criado y estaba viviendo; y así hay en sus composiciones retazos de otros autores, atisbos admirables, trozos en que está expresado el lenguaje de las pasiones con naturalidad, ternura y energía; y todo en boca de cortesanos de Versálles, pues no son otra cosa los personajes de sus tragedias, como que no eran otros los hombres que él conocía y trataba. Cuando escribió la tragedia de *Atalía* salió de su tono acostumbrado; y como era devoto, al imitar el lenguaje de la sagrada Escritura, se expresó con fervor, con facilidad, en fin como inspirado; de lo cual resultó, sinó un excelente drama, una obra poética, correcta y abundante en pasion intensa y legítima.

Lo que decimos de Racine, puede aplicarse á otros escritores de su tiempo, así dramáticos como líricos, y así poetas como prosadores. — Es harto singular que pretenda Francia arrogarse la palma de la literatura *clásica*, no siendo por cierto uno de los paises en que mas se estudian los modelos de la antigüedad. En letras latinas la aventaja Italia, en griegas Alemania é Inglaterra. Lo que tomaron los franceses de los autores *clásicos*, fué la forma exterior de las composiciones, modificada y alterada empero por las circunstancias; mas en cuanto al espíritu interno que las animaba, no se cuidaron de penetrarse de él, ni de imitarlo, ni siquiera de averiguar su orígen y naturaleza. Copiaban, mas que á los griegos, á los romanos, cuya literatura no fué indígena, aunqué abundó en obras de mérito sobresaliente; que tenía mas de elegante y correcta, que de natural y apasionada; y que adolecía en su línea de los mismos defectos que los críticos ménos

severos descubren en las composiciones francesas. De aquí cierta frialdad y estiramiento en casi todos los escritores de esta nacion, los cuales rara vez se remontan ni se abajan demasiado, sinó que siguen un rumbo medio, como todos los que en sus composiciones obedecen á las reglas dictadas por los preceptistas, mas que á los propios ímpetus naturales.

De nuestros vecinos tomamos las mismas faltas los españoles en el siglo próximo pasado. Cuando vino á reinar en España un príncipe de la familia real de Francia, trajo consigo las modas de la corte de Versálles, la mas floreciente entónces de Europa. El rayo de claridad que penetró las densísimas tinieblas que cubrían nuestro suelo, y que empezó á desterrarlas y á alumbrarnos, era segunda luz, reflejo de la que brillaba para los franceses. Los llamados restauradores del buen gusto en la literatura castellana á mediados del siglo XVIII, son ciertamente merecedores de tan honrosa denominacion, si se considera cuál fué el gusto que combatieron y ahuyentaron; pero no lo son tanto, si se examina cuál fué el que le sustituyeron. Si los autores franceses adolecían del defecto de ser imitadores en demasía, los españoles cometieron otro mas grave dedicándose á sacar copias de copias. Agregábase á esto que en los últimos era la imitacion al doble violenta; porqué en España había un gusto y un estilo nacionales ya formados, defectuoso en parte, pero no enteramente falto de méritos y primores. Así al introducir el *clasicismo* frances, los preceptistas españoles del siglo XVIII lo forzaron todo, lengua, hábitos, ideas; viniendo á ser sus composiciones, sartas de palabras escogidas con esmero; en que nada era inspirado, nada original, nada natural; en que el temor de extraviarse obligaba á marchar á compas; y en que si bien sobresalía la correccion, reinaba

el mayor de todos los vicios, á saber, el empeño de encontrar modelos en parte muy diferente de aquella en que conviene buscarlos.

Verdad es que á fines del reinado de Cárlos tercero empezaron á mejorar las doctrinas literarias, y mas todavía las composiciones, en nuestra España. Mucho distan Montiano y Luzan de Meléndez y Jovellános, señaladamente del último, de quien con razon puede blasonar el país que le produjo, como de un escritor de primera clase; pero todavía en ellos, y en los mas de nuestros críticos y escritores del dia predomina una teórica radicalmente viciada. Dicen que Meléndez fué el restaurador de nuestra poesía, como mucho ántes lo había sido Luzan de nuestra crítica doctrinal; y tienen razon los que lo dicen, porqué Meléndez, sin ser ni ingenio ni poeta de marca mayor, dió un paso mas que sus antecesores, y nos puso en una senda mucho mas cercana del acierto, aunqué todavía no guiase á la perfeccion verdadera. No le faltaban ni sensibilidad ni buen oido, y vió que la poesía de su patria, sin dejar de aprovechar lo bueno que suministraban la francesa y las de otras naciones, debía sacar sus principales riquezas del tesoro de los antiguos autores castellanos. Por lo mismo hizo versos en vez de prosa rimada; creó un estilo y diccion algo afectados, aunqué buenos; remontó de cuando en cuando su vuelo, remedando siempre movimientos de otros, pero remedando á los que se elevaban; y así fué fundador de una escuela poética, que si todavía es tímida y copista, no es ya puramente francesa, sinó al contrario castellana de una época nueva, y del todo nacional en sus formas. Que no observó mucho la naturaleza, que no era su ingenio muy fecundo ni su fantasía atrevida; lo conocerá quien quiera que desapasionadamente leyere y juzgare sus obras. Cuando convertía á

Jovellános en el *mayoral Jovino*, y él se trasformaba en *Batilo* el *zagal*, ¿cómo podía escribir á impulsos de una inspiracion legítima? ¿Cabe cosa mas ridícula que su oda *A Dalmiro*, y aquel furor sagrado que se le entra en el pecho, y causa que su voz no se ajuste al verso, cuando celebra en versos harto compaseados el mérito de un poeta, que no rayaba un punto mas alto de la medianía? En esto vemos un escritor obediente á doctrinas por él respetadas como infalibles, que con arreglo á ellas se inflama cuándo, y cómo, y hasta el punto que cree deber inflamarse, revistiendo los objetos de aquellos colores de que le está mandado echar mano exclusivamente.

La escuela de Meléndez, ó la de Luzan mas españolizada, es hoy dia la dominante en nuestra literatura; sin ser otra que la francesa, vestida de la diccion y estilo de los antiguos y buenos escritores castellanos, pues su teórica es la de nuestros vecinos durante los siglos XVII y XVIII. Causa admiracion que en los prólogos puestos por Moratin á sus comedias en las últimas ediciones, en las copiosas notas del *Arte poética* de Martínez de la Rosa, en los juicios sobre nuestros poetas, escritos por literatos de gran nota, y en todas las demas obras de españoles preceptistas del dia presente, no se haya dado cabida á los adelantos que el arte crítica ha tenido y está haciendo en otras naciones.

Ya queda apuntado arriba, que los alemanes son los padres del *romanticismo*, el cual es en su tierra tan castizo, como lo era, y todavía lo es, el *clasicismo* en Italia. No es preciso abonar el gusto literario germánico, ni preferirlo al que reina en otros paises, para conocer y confesar la grandísima utilidad que las doctrinas en que estriba, han acarreado á la sana crítica en las demas naciones. De contado la literatura alemana ha descubierto y

puesto en claro una verdad importantísima, á saber, que hay mas de un manantial, mas de un modelo de perfeccion; ó á lo ménos, que para caminar acia la perfeccion literaria, hay caminos diferentes, y que cada cual debe seguir el que mejor se adaptare á su situacion y circunstancias. No es esto decir, que semejante máxima no guie con frecuencia á desaciertos, porqué muchos autores, llevados de mero capricho, por huir de la senda en que ántes estaban como precisados á caminar, tiran por otras que no debían seguir, pues ni son llanas ni agradables, ni acortan la jornada, sinó que desvían del término de esta, y paran en desiertos y precipicios.

Desde que aparecieron los alemanes haciendo papel en la literatura europea, ha ocurrido una revolucion casi general en la teórica del buen gusto, y en la práctica de los escritores. Inglaterra, donde había comenzado con Dryden, Addisson, Pope y otros autores de inferior mérito, una escuela poética *semiclásica*, se ha dado con mas vehemencia á su antiguo y nunca olvidado culto de Shakespeare y de los poetas sus coetáneos; y en Italia y Francia se han formado escuelas nuevas, apellidadas *románticas*. Revolucion ha sido esta sumamente provechosa, si bien, como todas las cosas humanas, no sin mezcla de algunos inconvenientes. Examinemos qué efectos ha producido en cada país, y cuáles en general en el vasto campo de la literatura.

En Francia no es en donde mas lucen sus ventajas; pero quizá no se conocen tanto, porqué los maestros y principales artistas de la escuela *romántica* francesa, y todavía mas sus discípulos, no son los solos, ni acaso los verdaderos caudillos de esta revolucion. Dicho sea con paz de muchos buenos ingenios, que han abrazado la nueva secta, y en ella se arrogan la primacía; parece que los

franceses *románticos* por excelencia, mas que otra cosa, son *anticlásicos*, y tienen los vicios de su escuela antigua, de la cual sacan su pauta para hacer lo contrario de lo que ella dicta; ni mas ni ménos como hacían sus antecesores, para sujetarse puntualmente á sus reglas mas severas. Porqué los *clásicos* franceses hacían buenos versos, suelen los *románticos* hacerlos adrede malos; porqué aquellos eran puristas nimios, son estos pródigos de barbarismos y solecismos; porqué los primeros eran tímidos en sus invenciones é imágenes, y rara vez salían de un estilo y tono templados, los segundos se remontan sin necesidad, y sin ella asimismo se arrastran y despeñan en simas de insondable bajeza. En una cosa empero se parecen á los *clásicos* de ellos tanto aborrecidos, y es cabalmente en lo peor, pues son constantemente afectados. Entre tanto en Francia misma hay en el dia poetas y críticos mirados como *clásicos*, que con su doctrina y ejemplos manifiestan señales de la mudanza occurrida en la república literaria. Son estos por lo mismo de una escuela nueva, no poco diferente de la ántes universalmente seguida por sus compatriotas.

Tambien Italia cuenta sus poetas *románticos*, entre los cuales descuella Manzoni, trágico y novelista insigne. Hay allí mejores elementos que en Francia para una poesía *romántica* de buena ley, ó digamos, para una poesía nacional, digna de la patria de Virgilio y de Tasso, que es tambien la de Dante y Ariosto; y de estos buenos elementos han sacado los italianos modernos el mejor partido posible.

De Alemania ya hemos dicho, que es la cuna del *romanticismo*. Lo que á nuestros ojos parecen rarezas de sus escritores, les es natural y está enlazado con sistemas filosóficos, llenos de misterios y oscuridad.

Inglaterra no consiente, ni casi conoce la division de los poetas en *clásicos* y *románticos*. En aquel país, segundo solo á Alemania en el estudio de la literatura griega, jamas se arraigó la escuela *clásica* francesa del siglo de Luis XIV. Dryden quiso y no supo seguirlo, pues su gusto no era correcto, y su fantasía harto mas viva que la de los poetas franceses: Addisson, aunqué compuso versos, nada tenía de poeta. Pope fué el principal *clásico* ingles: agudo, ingenioso, correcto y elegante, terso en su versificacion, pulido en su estilo, observador y pintor de la sociedad y de las costumbres, mas que de los afectos fuertes, vivos y profundos; en una palabra, fué *clásico* frances; mas tan distante del verdadero gusto *clásico* de la antigüedad, que cabalmente su traduccion de Homero, tan célebre en su tiempo, y aun ahora no poco admirada, es la copia mas infiel que darse puede; y sin ser una obra mala, debe reputarse y está tenida por una serie de hermosos versos, que muchas veces no expresan el sentido, y nunca el alma y estilo general del príncipe de la poesía griega. Desde Cowper hasta el dia presente quizá es la poesía británica la mas rica entre las modernas, así por la abundancia, cuanto por el valor de sus producciones, precisamente porqué abandonando los autores reglas erróneas, y no cuidándose de ser *clásicos* ni *románticos*, han venido á ser lo que eran los *clásicos* antiguos en sus dias, y lo que deben ser en todos tiempos los poetas. Caballeroso Scott; metafísico y descriptivo Byron; patético y á la par limado Campbell; tierno y erudito Southey; sencillo y afectuoso Wordsworth, que con una alma sensibilísima hermana un estudio atento y constante de la naturaleza; pintor del hombre social de las clases ínfimas Crabbe, que en su estilo vigoroso y bronco, no ménos que vivo y brillante, describe costumbres que re-

tratan las pasiones naturales y enérgicas, y los vicios y delitos, en vez de presentarnos los modelos estudiados, y las flaquezas y arterías de la sociedad; Burns, que la pinta, es sin embargo fogoso y fiel intérprete de afectos vehementes; galante, agudo, conceptuoso y vivo de fantasía, aunqué amanerado, Moore, quien al recuerdo de su patria tambien suele tomar un acento mas alto y penetrante, y remedar con inspiracion propia el estilo y tono de Tirteo; sin hablar de otros, casi tan distinguidos, que componen una suma de escritores de primer órden, en cuyas obras hay estro y buen gusto, al mismo tiempo que originalidad y variedad extremadas.

En tanto los españoles, aherrojados con los grillos del *clasicismo* frances, son casi los únicos entre los modernos europeos, que no osan traspasar los límites señalados por los críticos extrangeros de los siglos XVII y XVIII, y por Luzan y sus secuaces. Asombroso es que así Moratin como Martínez de la Rosa, cuando hablan de las unidades de tiempo y lugar, no solamente recomienden su observancia, sinó que las supongan indispensables; y ni siquiera anuncien ó insinúen que cabe duda, y que de hecho hay pendientes muy acaloradas disputas en todas las demas naciones sobre este y otros puntos doctrinales. Parece imposible semejante omision en unos escritores, á quienes no se oculta que las cosas han llegado á tal extremo, que en muchos teatros de Paris, y hasta en el llamado por antonomasia *frances*, largo tiempo santuario del culto *clásico*, se han representado dramas, cuyo argumento ocupa algun tiempo mas que un dia, y en los cuales varía la escena de Aquisgran á Zaragoza. (*) Ni se atina por qué en España, donde aun hoy dia son justamente vene-

* *Hernani*, tragedia de Victor Hugo.

rados Lope, Calderon y Moreto, no haya de examinarse y discutirse, si la clase de drama que ellos concibieron, es susceptible de cultivo y mejoras, para dar de sí una produccion nacional, robusta y lozana, en vez de la planta raquítica, que manifiesta á las claras su orígen extrangero y aclimatacion imperfecta.

Despues de esta breve reseña de los efectos causados por una teórica nueva en varias naciones, razon será considerar rápidamente qué consecuencias ha producido la propagacion de la recien promulgada doctrina en el gusto general del mundo literario.

Por de contado ha roto la cadena de tradiciones respetadas, y dado un golpe mortal á ciertas autoridades tenidas hasta el presente por infalibles. Lo que ántes se creía á ciegas, ahora se examina; ya se admita, ya se deseche, al cabo pasa por el crisol del raciocinio. Dando así suelta al juicio, queda abierto el campo á errores y extravagancias; mas tambien están removidos los obstáculos que impedían ir á buscar manantiales de ideas é imágenes fuera del camino real y rectilíneo indicado por los preceptistas. Han abandonado los poetas los argumentos de la fábula é historia de las naciones griega y romana, como poco propios para nuestra sociedad, y porqué de puro manoseados, estaban faltos, no ménos que de novedad, de substancia. Han descartado la mitología de la antigüedad, hasta para usos alegóricos. Encuentran asuntos para sus composiciones en las edades medias, tiempos bastante remotos para ser poéticos, y por otra parte abundantes en motivos de emociones fuertes, que son el minero de la poesía: de aquí la *poesía caballeresca*. Buscan argumentos en tierras lejanas y no bien conocidas, donde imperfecta todavía la civilizacion, no ahoga los efectos de la naturaleza bajo el peso de las reglas sociales. Así el ingles

Campbell nos lleva á los retirados establecimientos de la América setentrional; Southey á las Indias y al Paraguay; Moore á Persia, y Byron nos enseña, que en la moderna Grecia hay objetos poéticos, y que los hechos de sus piratas pueden conmovernos mas que los harto sabidos de los héroes de sus repúblicas, ó las catástrofes de sus edades fabulosas, obra de un Destino, cuya fuerza no confesamos, ni sentimos, ni verdaderamente entendemos. Búscanlo asimismo en el exámen de nuestras pasiones y conmociones internas: de aquí la *poesía metafísica,* tan hermosa en el mismo lord Byron, en varios alemanes, en los ingleses Coleridge y Wordsworth, y en los franceses Víctor Hugo y Lamartine. Búscanlos finalmente en los afectos inspirados por las circunstancias de la vida activa: de aquí la *poesía patriótica* de los franceses Delavigne y Beranger, del italiano Manzoni, del escoces Burns, del irlandes Moore, del ingles Campbell y del aleman Schiller. En una palabra, vuelve por estos medios la poesía á ser lo que fué en Grecia en sus primeros tiempos, una expresion de recuerdos de lo pasado, y de emociones presentes, expresion vehemente y sincera, y no remedo de lo encontrado en los autores que han precedido, ni tarea hecha en obediencia á lo dictado por críticos dogmatizadores.

Con decir esto, ha declarado el autor su intento al componer el siguiente poema. No ha pretendido hacerlo *clásico* ni *romántico,* divisiones arbitrarias, en cuya existencia no cree; siendo claro por lo mismo, que no se ha propuesto obedecer á los que las pregonan como ciertas, y promulgan como obligatorias.

Ha elegido un asunto de la historia de España y de los siglos medios; campo fertilísimo, y hasta el dia muy descuidado por nuestros poetas, á excepcion de algunos dramáticos; y si alguna vez tratado por nuestros trágicos

modernos, tratado en el gusto llamado *clásico*, es decir, de un modo que no le cuadra.

Ha adoptado una versificacion, rara ó ninguna vez usada en obras largas; pero fácil, y juntamente susceptible de elegancia y pompa; parecida á la de los romances cortos; verdadera poesía española; y hasta en el asonante, peculiar de nuestro idioma; castiza y exclusivamente castellana.

Ha procurado dar á su composicion el colorido que le conviene, consultando para ello las escasísimas memorias aun existentes de los tiempos en que pasaron los hechos que refiere; memorias tradicionales y casi inmediatas, pues no las hay contemporáneas.

De intento se ha desviado del estilo igual y sostenido, usado por la mayor parte de nuestros escritores, no ménos que de toda alusion á la mitología de la clásica antigüedad. Ha mezclado, si es lícito decirlo así, las burlas con las veras, ó sea, retazos de apariencia pobre con otros de contextura brillante; páginas en estilo elevado con otras en estilo llano; imágenes triviales con otras nobles, y pinturas de la vida real con otras ideales. Tal vez con ello escandalizará á no pocos de sus lectores; pero no es culpa suya que en la naturaleza anden revueltos lo serio y tierno con lo ridículo y extravagante; y él quiere tener á la naturaleza por guia y describir las cosas como pasan, pues así probablemente pasaron las que son materia de su narracion.

Por lo mismo, y como consecuencia forzosa de esta mezcla de estilos, es su lenguaje á menudo prosaico y humilde. Tambien hubo un tiempo en que el autor de los siguientes versos copió y admiró á Herrera y á sus secuaces, y aun hoy dia aprecia y admira á aquel y á muchos de estos; mas no por eso cree que su diccion deba ser

constantemente imitada. Bien está que sea el poeta atrevido en la eleccion de voces, que se valga de giros nuevos, y hasta de palabras rejuvenecidas, ó por él compuestas, ó una ú otra vez tomadas de otras lenguas, ó en alguna rara ocasion, de todo punto inventadas; pero no por eso ha de excusarse de llamar las cosas por su nombre, mermando así su vocabulario por un lado, miéntras por otro lo acrecienta: ni tampoco por huir de voces y de frases vulgares, ha de caer en el gran inconveniente y comun error, de que una palabra escogida y un frasear extraño y retumbante convierten un pensamiento de trivial en poético, cubriendo con lo sonoro é insolito de la expresion la variedad y llaneza del sentido. Por esto cuando quiere el autor decir, que un sujeto va á misa, lo dice claro, porqué con expresarlo de otro modo, no habría hecho la imágen mas ni ménos noble. (*)

En suma, la siguiente composicion no está sujeta á reglas: hablo de ciertas reglas, por doctos críticos repetidas veces condenadas, y desatendidas por los mejores poetas contemporáneos en toda Europa. Algunas ha seguido, y hé aquí cuales: Ha tratado de empeñar los afectos y curiosidad de los lectores en su narracion y á favor de sus personajes; de acomodar su estilo á su argumento, en el total y en cada una de las partes; de adaptarlo á las personas por cuya boca habla; de dibujar y colorir sus cuadros como los concibe; de describir objetos, que son, ó

(*) Habiéndole preguntado un académico al célebre Beranger, que bajo el humilde título de coplero (*chansonnier*) es uno de los mayores poetas de Europa, cómo nombraría al *mar*, cuando le ocurriese hacerlo en sus composiciones, contextó que lo nombraría el *mar*. Admirado el académico insistió en que sería mas poético nombrarlo *Neptuno*, *Anfitrite*, *Tétis*, *Nerea* etc.; y volvió á responder modestamente el poeta: *Yo al mar lo llamaré siempre el mar.*

fueron, ó pueden ser reales y verdaderos; de representar costumbres históricas; de conservar, siempre que se arroja á lo *ideal*, las *facciones naturales* que dan á las cosas imaginarias apariencia de ciertas, por su semejanza con las realidades; de expresarse con claridad, y, cuanto le es dado, con pureza; á veces con elegancia y gala, y siempre con correccion; de versificar lo mejor que puede; por último de seguir los impulsos propios, de obedecer á las inspiraciones espontáneas, y de hacer, no lo que han hecho, sinó del modo que lo han hecho los célebres ingenios extranjeros de la edad presente, tan rica en crítica sana y propia de una generacion filosófica en sus atrevimientos.

No se le culpe con todo de presuntuoso por lo que acaba de asentar. Una vez y otra repite, que está muy distante de mirar su obra como perfecta en su línea: decir á lo que aspiró al componerla, no es blasonar de que lo haya, ni aun insinuar, que crea haberlo conseguido. Pero lo que sí le es lícito afirmar, es, que ha indicado una senda, hasta ahora no hollada por sus compatriotas, y que se ha aventurado á caminar por ella con audacia, ya que no con buena fortuna. Aun dado caso que no sea su ejemplo digno de aplauso é imitacion, no debe serlo de vituperio, pues las doctrinas de que él se aparta, si son útiles, aparecerán tales despues de bien combatidas y bien examinadas, al paso que ahora son obedecidas por mero espíritu de rutina.

Al cabo, del desempeño de esta obra toca juzgar á los lectores. En el juicio de estos acerca del mérito del poema, solo el autor está interesado; mas el exámen de las máximas literarias, en este prólogo asentadas y puestas en práctica en la siguiente composicion, es cosa que importa á todos los ingenios españoles: razon bastante á discul-

par la prolijidad de las antecedentes observaciones, largas tal vez para prólogo, y breves y superficiales para disertacion sobre los graves puntos que abrazan; pero útiles en cuanto abren un pleito, aun no entablado en nuestra patria, al tiempo mismo que está pendiente y litigándose, con sumo brio y copia de raciocinios y de erudicion, en todas las naciones cultas.

Veio outra idade, outros pensamentos, occupações, estudos, livros, prazeres, desgostos, aflicções—tudo o que compõe a variada tea da vida, —e da minha tam trabalhosa e trabalhada vida!—tudo isso passou; e no meio de tudo isso, la vinha de vez em quando uma hora de solidão e de repouso,—e as noites da minha infancia e os romances incultos é populares da minha terra a lembraremme, a lembraremme sempre. . . . e comecei a pensar que aquellas rudes e antiquissimas rapsodias nossas continham um fundo de excellente e lindissima poesia nacional, e que podiam e deviam ser approveitadas.

J. B. Garette, *en la carta que sirve de pr logo á su* ADOZINDA.

ROMANCE PRIMERO.

Ninguno cierre la puerta,
si Amor viniere á llamar,
que no le ha de aprovechar.
Versos de un villancico de Juan de la Encina.

En ferias, romerías,
toros y zambras
estád alerta siempre,
niñas incautas;
Que en los bullicios
Amor como ratero
logra sus tiros.
Anónimo.

Quién mi sueño interrumpe?....el grato sueño,
Dulce consolador de las desgracias!....
¿Es el ronco huracan, que por influjo
De mi estrella enemiga el mar levanta,

Para que estos peñascos, donde asilo
Busqué infeliz tan léjos de mi patria,
Hinchado embista, y con bramantes ondas
Y con furor horrísono deshaga? —

No; que tranquila en el celeste espacio
Reina la luna, de luciente nácar
Entre celajes, y en el mar riela,
Que duerme mudo en las vecinas playas.[1]

Mas mi nombre escuché!...Quién lo pronuncia?
Qué celestial ardor mi mente exalta?....
Te reconozco en fin, ó grave acento,
Y el fuego reconozco que me abrasa.

Angélica, ¿no escuchas el sonido
De las solemnes voces que me llaman?
Voces son de otra edad....Mira una sombra,
Que lenta cruza las oscuras auras,

Girando en mi reedor....Mi fantasía
Rápida como el viento vuela, salva
Los apiñados siglos, y altos nombres
De los sepulcros y del polvo saca.

Córdoba insigne!....¿ dónde tu grandeza,
Dónde está tu poder?.... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo á los mármoles pregunta
Y á las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan:

Pregúntalo tambien al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
Las extensas llanuras, donde fueron
Los jardines y alcázares de Zahara;

Y te dirán cuál fué tu poderío,
Que indestructible y firme lo juzgaban;
Mas que pasó, como al soplar del cierzo
Las leves nubes por el cielo pasan.

De tu alta gloria en los risueños dias,
Cuando atónito el orbe te aclamaba
Reina feliz del musulman imperio,
Cuna de ciencias, de guerreros patria;

Cuando tus arruinados torreones,
De los siglos despojo, y tus murallas,
Do el cárabo nocturno anida y gime
Entre cardos incultos y entre zarzas,

Eran trono esplendente de fortuna,
Corte de Hixcen, y templo de la fama;
En el palacio de Almanzor crecía
Un jóven de presencia muy gallarda,

Pero infeliz. El bozo delicado
Apénas su semblante hermoso esmalta,
Y ya la mano atroz de la tristeza
Le rompe el corazon, le aprieta el alma.

Naturaleza de sus ricos dones,
Liberal y benigna, le dotara;
Beldad, y robustez, y lozanía
Su juventud ternísima acompañan:

El cielo afable engrandeció su mente
Con alto ingenio, concedió á su alma
Virtudes y dulzura, y á su pecho
El gérmen de las ínclitas hazañas:

Ni le niega Fortuna sus favores,
Pues goza del cariño y de la gracia
Del insigne Almanzor, en quien el peso
Del imperio muslímico descansa.

Mas, ay!....un velo misterioso encubre
Su incierto orígen: del soberbio alcázar
En los jardines desvalido infante
Se halló al nacer....oh suerte desdichada!

Si con ansia de gloria late altivo
Su corazon, si ilustres esperanzas
Se atreve á concebir, y noble gozo
Su hermosa frente y sus mejillas baña,

De pronto el azaroso pensamiento
De que al crímen tal vez ó á la desgracia
Debe el vivir, sus ilusiones borra,
Nubla sus ojos, y su faz espanta.

Así cuando en zenit su pompa ostenta
Y argentado esplendor la luna ufana,
Oscura nube llega silenciosa,
Y toda su beldad ofusca y tapa :

O si gozoso al estrellado cielo
Tranquilo estanque plácido retrata,
Inoportuno soplo repentino
La imágen borra, y el cristal empaña.

Su afanoso dolor y oculta pena
Al paso de la edad crecen y avanzan,
Despues que en flor, la embravecida suerte
Le robó su consuelo y su esperanza,

Pues cuatro veces bosques y jardines
De frescas hojas y de flores varias
Engalanó la rica primavera,
Triunfadora de hielos y de escarchas,

Desde que el duro brazo inexorable
Del Angel de la muerte arrebatara
Todo su encanto al cordobes imperio,
Y al Hagib [2] Almanzor su tierna hermana.

— Era Zahira una princesa insigne,
De aquellas que la mano sacrosanta
Del cielo bienhechor concede al mundo,
Para consuelo de la especie humana.

Bella como el lucero refulgente,
Fin de la noche y precursor del alba,
Y cual la flor hermosa del desierto,
Melancólica siempre y retirada,

Pasó los dias de su vida breve
Léjos de la opulencia y de las galas
De la espléndida corte; aunqué el imperio
Idolo y gloria suya la aclamaba.

En el albor de sus primeros años,
Reina de la belleza y de la gracia,
Brilló tal vez en fiestas y en liceos,
Y en los jardines plácidos de Zahara;

Mas de ellos pronto huyó, cual brilla y huye
Luciente exhalacion; y de su alcázar
Solo dejaba el muro y los jardines
Para el lloro enjugar de las desgracias.

De consuelos dulcísimos tesoro
Y de bondad celeste era su alma,
Do servidumbre, ancianidad, pobreza
Benéficos apoyos encontraban.

Cuando al grande Almanzor, su ilustre hermano,
Que ornado de laureles y de palmas,
De Hixcen el cetro á su placer regía,
Turbaba el pecho embravecida saña;

De la amable Zahira los halagos
Su generoso corazon calmaban,
Como la nube bienhechora templa
Del astro abrasador la estiva llama.

Si al volar á dormir bajo la sombra
De la misericordia soberana,
Dejó huérfano el mundo, ¿el triste pecho
Del garzon infeliz cómo quedara?

Ella cuidó de sus primeros dias,
Y él en su seno el sueño de la infancia
Logró felice entre amorosos besos,
Y al tierno arrullo de caricias blandas.

Ella de su palacio en los jardines
En sus pueriles juegos se gozaba,
En su flexible corazon semillas
De honor y de virtud sembrando sabia.

¡Ay, cuántas veces, miéntras él gozoso
Tejiendo ramilletes y guirnaldas,
Con amable inocencia recogía
Fragantes yerbas, florecillas varias,

Zahira contemplando las facciones
De aquel rostro infantil y tiernas gracias,
De un oculto dolor sobrecogida,
Bañó el semblante en lágrimas amargas!

Cuando volando las fugaces horas
La luz de la razon brilló en el alma
Del fortunado Huérfano, su anhelo
Fué de rico saber engalanarla.

A Zaide, á Zaide, cuyo fuerte brazo
Fué en otro tiempo apoyo de la patria,
Terror de los cristianos escuadrones,
Y gloria de las lunas musulmanas,

Y que en la edad madura disgustado
De la pompa del mundo y de las armas,
En el retiro y en la paz vivía
Felice en su castillo de la Albaida;

A Zaide, que modelo de virtudes
Y de las ciencias luz Córdoba aclama;
Los tiernos años del gracioso niño
Con discreta eleccion prudente encarga.

Así se entrega á diestro jardinero
La generosa y delicada planta,
Que debe al cielo remontar un dia
Con fruto opimo las frondosas ramas.

Mas de Zahira la contraria estrella
Le niega el ver cumplida su esperanza,
Y al sueño eterno en sus mejores años
Con encubierto impulso la arrebata;

Pues cumplir las catorce primaveras
Apénas vió á su Huérfano del alma,
Creciendo en robustez y lozanía,
De ciencia y de virtud bajo las alas,

Un secreto penar, que el crudo diente
Ejercía feroz en sus entrañas,
Cortando el vuelo á sus preciosos dias,
La hundió en las sombras de la tumba helada.

Y cuando los instantes de la vida
Conoció que la fuga apresuraban,
Reuniendo en sí los últimos alientos,
Resplandores de lumbre que se apaga,

Al mancebo y á Zaide, que postrados
Al pié del lecho consternados callan,
Con voz lánguida pide que se acerquen,
Y que escuchen sus últimas palabras:

Haciendo despejar el aposento,
Do el ángel Azrael [3] victoria canta,
A los físicos doctos que la cercan
Y al lloroso tropel de sus esclavas;

Por la postrera vez sus bellos ojos
Con luz ardieron de celeste llama,
Y tendiendo los brazos en su seno
Estrechó á aquel objeto de sus ansias;

Y con labio anheloso, "Hijo," le dice,
"Hijo (que nombre tal el cielo manda
"Que te dé en este instante) en otro suelo
"Una sagrada obligacion te llama.

"Crece en valor... y cuando llegue el dia.....
"Zaide..... tú cuidarás....." La huella helada
De la muerte feroz selló su boca,
En ronco hervor tornando sus palabras.

Mas aun con ojos y con brazos muestra
Los últimos anhelos de su alma,
Y dejando en las manos del mancebo
Una sortija que á la suya arranca,

Cual tierno lirio que el arado troncha,
Quedó, en silencio lúgubre la estancia,
Y el Huérfano infeliz entre los brazos
Del triste Zaide, á quien las fuerzas faltan.

Desde aquel dia de terror y espanto,
¡ Cuán diversos afectos agitaran
Al jóven desdichado !..... A describirlos
Mi humilde verso y mi poder no alcanzan.

Contempla absorto la fatal sortija,
Que de su corazon jamas aparta,
Y el secreto escondido que contiene,
Quiere arrancarle á fuerza de mirarla.

Ni un momento se van de su memoria
De Zahira las últimas palabras,
Y le turban el sueño, y en su mente
Son espectros confusos y fantasmas.

Una vez y otra vez en vano á Zaide
Ruega y conjura, que con mano franca
Y amiga rasgue el tenebroso velo
De tantas dudas, de zozobras tantas.

Mas Zaide á sus preguntas no responde,
O suspirando y con amor le abraza,
Y, " Crece, crece," le contesta solo,
" Y aprende á fulminar la dura lanza."

Ya diez y nueve veces visto había
De Ramazan las ceremonias vanas
La luna en la mezquita celebrarse,
Donde hoy los ritos de la Iglesia santa,

Desde que entre las murtas á este jóven,
En el jardin del opulento alcázar,
Recien nacido infante, le encontraron
Unos esclavos á la luz del alba;

Y manejaba ya con diestra mano
El dócil potro y corva cimitarra,
Aplausos consiguiendo en las escuelas,
Y pruebas de valor é ingenio daba;

Cuando Almanzor, ardiendo en el deseo
De dejar sucesores de su fama,
Y de dar de su estirpe generosa
Nuevos apoyos á su ilustre patria,

Trató el enlace de su amado hijo
Abdimelik (que en poco sobrepasa
La edad de aquel Expósito, á quien vive
Por amistad unido y semejanza)

Con la hermosa, y honesta, y tierna Habiba,
Bella como la lúz de la mañana,
De Omar, Walí [4] glorioso de Toledo,
Hija heredera y única esperanza.

Con aparato regio y regia pompa
Se celebró la boda en el alcázar,
Y en los anchos jardines de la Almunia,
Que á los esposos regaló el monarca.

Era un palacio que de bronce y mármol
En la márgen del Bétis descollaba,
Y sus ricos jardines y alamedas
Al delicioso Eden aventajaban;

Y hoy ni aun se sabe el sitio donde fueron,
Ni el corvo arado sus cimientos halla:
¡Con tal furor su huella asoladora
En ti, Córdoba ilustre, el tiempo estampa!

A celebrar tan venturoso enlaze
Cuantas naciones el Coran aclaman,
Y el nombre insigne de Almanzor respetan,
Concurren con riquezas y con galas.

De Persia los tejidos matizados,
Los aromas y bálsamos de Arabia,
Las perlas y corales del oriente,
Los metales espléndidos de España,

Del Africa las pieles y las plumas,
Cuanto el orbe produce, cuanto alcanzan
La codicia, el valor, el poderío,
Cuanto puede inventar la industria humana;

Todo reunido en Córdoba enriquece
De tan nobles linajes la alïanza,
Que el pueblo numeroso entusiasmado
Bendice con fervor y ansioso aguarda;

Pues rico, triunfador, grande, felice,
Del lujo amigo y de la pompa vana,
Los públicos festejos le enloquecen,
Las fiestas y espectáculos le exaltan.

Pero la prenda que valor mas alto
Y mayor precio á tal enlaze daba,
Era el feliz amor, que en los esposos
Vehemente ardía con honesta llama:

Amor, cuyos progresos y dulzuras,
De Abdimelik amigo, presenciaba
El Expósito triste, para aumento
Del oculto dolor que le taladra.

Late su tierno pecho contemplando
Las dichas que á su amigo se preparan,
Y concibe el consuelo y las delicias,
Que da el amor recíproco á las almas :

Delicias que jamas tendrá la suya.....
¡Quién, quién ha de escuchar sus dulces ansias,
Huérfano desdichado, que á otro suelo
Una escondida obligacion arrastra!.....

Para la boda el tiempo señalado
Llegó en la hermosa luna de Giumada [5],
Que trajo la apacible primavera
A presenciar la fiesta y celebrarla.

Al rojo amanecer de hermoso dia,
Cuando del sol apénas esmaltaba
La clara lumbre en la vecina sierra
De la fragosa cima las pizarras,

Despues que el Almueden [6], de la mezquita
En el alto alminar, con voces altas,
No hay mas que un solo Dios, venid, ó fieles,
A adorarle venid, ronco gritaba;

El estruendo de trompas y atabales,
Panderos, añafiles y dulzainas
Anunciaron al orbe, que aquel dia
Al júbilo y placer se destinaba.

Mil cautivos cristianos recobraron
Su libertad en tan feliz mañana,
Que Almanzor generoso sin rescate
Sus cadenas benéfico desata.

Parientes del Hagib cien caballeros
Con las marlotas de esplendente grana
Y con blancas garzotas los turbantes,
Corren de la ciudad calles y plazas,

En revueltos caballos berberiscos,
Cándidos cual la espuma con que esmaltan
Los frenos y pretales, adornados
De cascabeles de sonora plata.

Y desterrando el perezoso sueño
Con la estruendosa y plácida alborada,
"Viva", gritando van, "los claros nombres
"De Abdimelik y Habiba edades largas."

El pueblo en derredor de ellos se agolpa,
Y repite los vivas, y engalana
Pórticos, rejas, torres y azoteas
Con alfombras, damascos y guirnaldas;

Y la alegría bulliciosa tiende
Por toda la ciudad risueñas alas,
Y cunde la confusa muchedumbre,
Y en vivas á Almanzor se inunda el aura.

Pues sus altas proezas, sus laureles,
La gloria que su brazo da á la patria,
La justicia y virtud con que gobierna,
La proteccion con que el saber ampara,

Su generosa condicion, su aspecto,
Su nombre y los recuerdos de su hermana,
Cual genio tutelar le representan
Al pueblo musulman, que le idolatra,

Cuando ya el sol sus rayos estendía,
Abriéronse las puertas del alcázar
Del potente Almanzor, saliendo de ellas
Doce guerreros con lucientes armas.

Eran los doce jeques y adalides,
Que al Hagib en la guerra acompañaban,
Y que á su lado con insignes hechos
Dieran asunto al canto de la Fama.

En lozanos corceles, que pomposos
Pausados mueven la lijera planta,
De dos en dos siguiendo un estandarte,
Montes de acero, silenciosos marchan.

Despues veinte lindísimas doncellas,
Que á las eternas Huris [7] deslustraran,
Cubiertas hasta el pié de blanco lino,
Con ricas tocas que hasta el suelo bajan,

De azahares, y jazmines, y perpetuas,
Y frescos arrayanes coronadas,
Siguen, cantando deliciosos versos
Al dulce son de sonorosas flautas.

Unas llevan perfumes olorosos
En braseros de esmalte y filigrana,
Otras de flores lindos ramilletes,
Otras de oro y marfil lijeras mazas.

De este coro de vírgenes Kerima
Era bello adalid, y descollaba
Entre ellas en beldad y en gentileza,
Como en el bosque la garbosa palma.

En pos, cercados de altos personajes,
Nobles matronas y gentiles damas,
Los jóvenes esposos aparecen,
Ofuscando del sol la lumbre clara.

Habiba hermosa, cuya faz divina
Como la rosa del abril temprana,
Rojo matiz de pudoroso encanto
De inestimable resplandor esmalta,

Ostenta larga ropa rozagante
De rica seda del color del alba,
Do brillan, como brillan los luceros,
Lazos de aljófar, flores de esmeraldas.

Las luengas trenzas, que hasta el suelo llegan
Aventajando al oro de la Arabia,
Recoge en parte delicada toca,
Y de cándidas rosas la guirnalda;

Y de ella pende, y por el aire ondea
Gallardo velo de tejida plata,
Prendido con un rico camafeo,
Y un penacho gentil de plumas blancas.

De gruesas perlas y zafiros lleva
Cubierta la hermosísima garganta,
Los bellos brazos, el pulido talle,
La fimbria de la veste y las sandalias.

Abdimelik la lleva de la mano,
De los dulces afectos de su alma
Dando indicios los ojos, en que brilla
Del puro amor la inextinguible llama.

El insigne Almanzor, á cuya vista
Respetuoso el pueblo se postraba,
Y Omar, gloria tambien del Islamismo,
A los tiernos esposos acompañan;

Mostrando en sus semblantes generosos
El gozo que en sus pechos se dilata,
Y que el amor del mando y de la gloria
Al paternal amor ceden la palma.

El anciano Cadí [8] con verdes ropas,
Pacífico semblante y luenga barba,
Con ellos va, la pompa presidiendo,
Y seis pajes en pos con alabardas;

Y entre un tropel, vistoso por sus trajes,
De libertos, de esclavos y de esclavas,
Treinta etiopes de atezados miembros,
Y descubierta la anchurosa espalda,

Y en los nervudos brazos y en los cuellos
Fuertes argollas de bruñida plata,
Llevan cargados los robustos hombros
De cedro y de ciprcs con grandes arcas,

En que va el acidaque [9] de la esposa,
Y los ricos presentes y las galas,
Bajillas, telas, pieles y alcatifas,
Que los deudos y amigos le regalan.

Otros conducen en pequeños cofres
De azabache embutidos y de nácar,
Ambares y perfumes, ricas joyas
Y hermosas plumas de colores varias.

Y cerrando esta grave comitiva
Veinte mancebos en hileras marchan,
Todos de las familias mas ilustres,
Y del imperio todos esperanza;

Vestidos de morado, blanco y verde,
Y amorosas empresas recamadas,
Gallardos llevan con gentil despejo
Al hombro las lijeras azagayas.

Capitan de esta noble compañía,
De muchos á despecho y con no extraña
Sorpresa y con envidia, era el mancebo
A quien su orígen infeliz degrada.

Mas Almanzor potente lo dispuso,
Abdimelik lo quiso, y esto basta:
Que el favor de tan altos personajes
Aun montes mas difíciles allana.

Por lo mejor de Córdoba atraviesa
La rica y lucidísima comparsa,
Hollando arena y esparcidas juncias,
Olorosos mastranzos y espadañas;

Y entre los vivas del inmenso pueblo,
Que á pié, á caballo, con vistosas galas,
Se agolpa presuroso á todos lados,
Y hierve en calles, pórticos y plazas.

Y desde los terrados y alminares,
Garridas moras olorosas aguas
Y deshojadas flores dan al viento,
Al mismo punto en que los novios pasan.

Llegan á la magnífica mezquita,
Que en medio de naranjos y de palmas,
De Abderraman eternizando el nombre,
Oscurecía al templo de la Caaba [10];

Y concluido el azalá [11] escucharon
Con gran silencio la leyenda santa,
Que desde el almimbar [12] de cedro y oro
Pronunció el Almocrí [13] con voz pausada.

Abundantes limosnas repartieron,
Cuando se terminaron las plegarias,
A hospitales, hospicios y prisiones,
A doncellas, á huérfanas y á ancianas.

Y con toda la ilustre comitiva
La mezquita dejaron, y la marcha
Dirigieron gozosos á la Almunia,
Do con su corte Hixcen los esperaba;

Pues aunqué nunca los palacios deja
Y encantados jardines de Zahara,
Las riendas del gobierno abandonando
De su valido al zelo y mano sabia;

Para mostrar de su favor lo firme,
Y la tierna amistad que le consagra,
Quiere á la boda y al nupcial banquete
Con su presencia dar mas lustre y fama.

En medio de espaciosas alamedas
Guadalquivir en sus risueñas aguas
De la Almunia el magnífico palacio
Como en luciente espejo retrataba,

Donde en un gran salon, cuya techumbre,
De oro cubierta y de labores varias,
En cien colunas de lustroso mármol
Con ricos capiteles descansaba,

Cuyos frisos, recuadros y cornisas
En esmaltes lucientes adornaban
Sentencias del Coran, y cuyo suelo
Era bruñidos jaspes de Granada;

A los tiernos esposos y á los padres
Recibe grato el cordobes monarca:
Tiende á Almanzor la mano, á Omar saluda,
Y á Abdimelik y á Habiba afable abraza:

Y del regio turbante desprendiendo
Magnífico joyel, do se encerraba
De gran virtud un talisman antiguo,
A la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico anchuroso
Un cuadrado jardin, al que cercaba
Verja de limpio bronce, se estendía,
Todo alfombrado de olorosas plantas;

Donde, entre cuatro sonorosas fuentes,
Que en conchas de alabastro recobraban
Los copiosos raudales que esparcían,
Iris formando por las frescas auras,

A la sombra de un toldo delicado
De leve seda de color de grana,
En tapetes y alfombras levantinas
El soberbio festin dispuesto estaba.

En él ocupa el preeminente puesto
Hixcen el poderoso : seis esclavas
Sobre él suspenden el soberbio palio,
Que en seis varales de marfil descansa ;

Y á ambas partes dos niños berberiscos,
En pebeteros de bruñida plata,
Queman preciosos bálsamos de Persia,
Y perfumes suavísimos de Arabia.

Toman asiento á un lado y otro lado,
De brocado en costosas almohadas,
Los esposos, los padres, las doncellas,
Los mancebos tambien, las nobles damas,

Y los Amires [14], y Giafar con ellos,
De Córdoba Wacir [15], del regio alcázar
Suprèmo alcaide, y padre de Kerima,
Del coro de doncellas capitana.

Allí el jóven Zeir tambien se asienta,
A quien por su señor Túnez aclama;
Con todos los excelsos personajes
Que al cordobes imperio lustre daban;

Y miéntras los esclavos les presentan,
En fuentes de oro y de cristal en tazas,
Los manjares y frutas exquisitas,
Licores y conservas delicadas;

Los ilustres ingenios la alta gloria
De Hixcen en nobles versos celebraban,
De Almanzor y de Omar justos loores
A la excelsa virtud y á las hazañas;

Y la beldad de la modesta Habiba,
De Abdimelik la venturosa llama,
El poder celestial de la hermosura,
Y del feliz amor las alabanzas.

Allí cantaste tú, morisco Homero,
Jusef-Aben-Harum, al son del arpa;
Tú, cuyo claro ingenio inmortalizan
Ambos poemas *de la guerra* y *caza*.

Asunto de tu canto los amores
Fueron de Halewa hermosa, y tus desgracias,
Y lágrimas piadosas arrancaste,
Y lágrimas vertiste al recordarlas.

Tambien Aben-Isá, que en el oriente
Consiguió por su verso ilustre fama,
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,
Y Lobna bella, y el anciano Obada [16].

En los bosques, praderas y jardines
Mesas cubiertas de manjares hallan
El pueblo, los cautivos, los esclavos,
Los monteros del rey, su noble guardia.

Y hierve entre los árboles y flores
La inmensa muchedumbre; y por el aura
Cunde la voz del popular contento
Al confuso rumor de orquestas varias.

Cubren el rio y su cristal esconden,
Con toldos y vistosas enramadas,
Y flámulas de seda y gallardetes,
Lijeros botes y movibles barcas.

Desierta quedó Córdoba aquel dia,
Y en silencio sus calles y sus plazas,
Que en los jardines plácidos de Almunia
Toda su poblacion gozosa estaba.

El sol, á su pesar, siguiendo el curso
Que el dedo omnipotente le señala,
Se hundió en el mar atlántico, y la luna
En todo su esplendor suplió la falta.

Acabado el banquete se cubrieron
Los cuatro frentes del inmenso alcázar,
Y del parque las verjas, y del bosque
Los árboles de ardientes luminarias.

Y en tropel ordenado comenzaron
Por todos lados bulliciosas danzas,
Donde clases y nombres confundidos,
Todo era regocijo y algazara.

Tenaz dolor en tanto, horribles penas
Del Huérfano infeliz rompen el alma,
Las fiestas y la pompa de aquel dia
Aumentando el rigor de sus desgracias;

Pues corazones míseros que esconden
Una profunda y dolorosa llaga,
Sienten mas el rigor de sus latidos,
Cuando á los otros el placer exalta.

Jamas con tal vehemencia en su memoria
De Zahira las últimas palabras
Reproducidas vió, nunca su pecho
Sintió mas la horfandad desconsolada.

Entre el bullicio popular se encuentra
En un desierto, y sin objeto vaga
Por aquellos jardines espaciosos
Entre la multitud regocijada.

Ni oye de las orquestas la dulzura,
Ni bailes ve, ni mira luminarias,
Ni busca á sus amigos: mudo y solo,
Pausado gira con incierta planta.

Piensa en su orígen degradado, oscuro,
Piensa en Zahira, y piensa en que le llama
Un terrible destino, mas terrible
Por el misterio que le encubre y guarda;

Pero piensa tambien en la belleza,
Lozana juventud, modestia y gracias
Que adornan á Kerima, y en su seno
Siente una conmocion que le acobarda.

De Zaide al lado, en solitarios bosques,
Entregado al estudio y á la caza,
O pensativo siempre y retirado
De Almanzor en lo interno del alcázar,

Es la primera vez que al mundo sale;
Y ni la regia fiesta, ni las galas,
Ni el espléndido lujo y aparato,
Ni la augusta presencia del monarca

Llamaron su atencion: Kerima solo
En el banquete su atencion fijara,
Y ella no mas en tan variado dia
Fué de sus pensamientos soberana.

Mira cual crímen el haber dejado
Tantas horas su orígen y desgracias
En hondo olvido, y por cerrar su pecho
A toda otra impresion, suda y trabaja.

Vanos esfuerzos!..... sí, le ocupa todo
Ya de Kerima la beldad gallarda;
Reconócelo el triste confundido,
Y de su propio corazon se espanta.

Piensa ver, desdichado! que la sombra
De Zahira le sigue y amenaza,
Y que en torno le acosan y rodean
Espantosos espectros y fantasmas.

La espalda apoya á un solitario tronco,
Falto de fuerzas en tan gran borrasca,
Los brazos contra el pecho ahogado cruza,
La frente inclina, y consternado calla.

Almanzor, que benigno y despojado
Del aparato y gravedad, andaba
Acalorando entre el gozoso pueblo
El general contento, cerca pasa.

En tan triste actitud junto á aquel tronco
Descubre acaso al Huérfano, se pára,
Y se acerca; y asiéndole la mano,
Cariñoso le dice estas palabras:

" ¿Qué es esto, capitan de los donceles?....
Flor de la juventud, ¿por qué no bailas?....
Ven, yo te buscaré tal compañera,
Que no te pese, y que me des las gracias. "

Y al traves de confusa muchedumbre,
Sin esperar respuesta, le arrebata
A un risueño verjel, donde reunido
Lo mas ilustre de la corte estaba.

Allí Kerima con Giafar su padre
En asiento de mármol descansaba,
Y el mancebo Zeir tambien con ella,
Que en aquel punto de danzar acaban.

Y dícele Almanzor: " Bella Kerima,
" De las nobles doncellas capitana,
" Con este capitan de los donceles
" Debes lucir tu gentileza y gracia. "

" Sal, y baila con él, que mas gallardo
" Compañero es difícil que encontraras. "
Giafar en Almanzor y en aquel jóven
Ojos que anuncian la sorpresa, clava:

Los suyos honestísimos al suelo
La modesta Kerima humilde baja,
Y de Zeir en el semblante brillan
Confusa turbacion, oculta saña.

Sonríese Almanzor, y persistiendo
En que mire Kerima al jóven grata,
Ase del brazo á la gentil doncella,
Y con un suave impulso la levanta.

Los Amires é ilustres caballeros,
Y las matronas y las nobles damas
En rededor se agolpan, deseosos
De ver una pareja tan galana.

Pocos conocen al garzon gallardo,
Que á sí ha llamado toda la jornada
La atencion general; y la pregunta
De *quién es?* sin respuesta en torno vaga;

Pues los que le conocen, no ignorando
Su orígen y el favor del Hagib, callan:
Solo Giafar á pronunciar se atreve,
Un expósito vil, aunqué en voz baja.

Pero Almanzor confúndele al momento,
Mirándole con ojos como brasas,
Y diciendo en voz alta y firme á todos :
" No hay mas que preguntar; este es MUDARRA."

Tal era el nombre pues de aquel mancebo
Que ya los ojos del concurso encanta,
Viéndole al lado ilustre de Kerima,
Diosa de la belleza y de la gracia.

Pronto al son de los suaves instrumentos
Los tiernos brazos con modestia enlazan,
Y al compas de los crótalos sonoros
Airosos mueven la lijera planta.

Almanzor, que embebido los contempla,
Dice á Giafar : " Qué copia tan gallarda!....
" Parece que el destino venturoso
" Para unirlos por siempre, los formara. "

Tembló el feroz Giafar, desconcertado
Del Hagib Almanzor á las palabras,
Como quien ve á sus piés horrenda sima
Del súbito relámpago á la llama;

Mas del Hagib temiendo el poderío,
Se esfuerza en ocultar su pasmo y rabia,
Y aumenta el odio que al gallardo jóven
Tiene hace tiempo, sin saber la causa.

¡Cuán distintos afectos entre tanto
En la gentil pareja dominaban!
A Kerima un afan desconocido
Le agita el pecho, le conmueve el alma;

Y el Huérfano, al asir la mano hermosa,
De cerca al contemplar belleza tanta,
Y al enlazar con trémulos brazos
El talle peregrino, se abrasaba.

El compas de la música perdieron,
Se encontraron sus ojos veces varias,
Amor encadenó sus corazones,
Sonó alto aplauso, concluyó la danza,

Y recibiendo elogios lisonjeros,
Con grande turbacion ambos se apartan:
Volvió Kerima al lado de su padre,
Y al lado de Almanzor volvió Mudarra.

Seis dias prosiguieron los convites,
Bailes, festejos, músicas y zambras,
Seis dias que pasaron tan veloces
Como los de placeres siempre pasan.

Durante todos ellos de Kerimá
El Expósito ilustre al lado estaba,
Y ambos nutrieron en sus almas puras
De una ciega pasion la ardiente llama.

Para dar fin á tan famosas fiestas
Dispúsose de Córdoba en la plaza,
Celebrando la union de los esposos,
Una corrida de sortija y cañas;

Y cuando el sol en el zenit brillando
De luz torrentes á la tierra daba,
El ronco son de trompas y clarines
Cundió de el suelo hasta las nubes altas,

Llamando á la confusa muchedumbre,
Que en sordo estruendo se agolpó á las gradas;
Y las damas de cuenta y personajes
Ocuparon balcones y barandas.

En el mas eminente, engalanado
Con pabellones de risueña grana,
Cordonajes y fluecos de oro y seda,
Y estrado de orientales almohadas,

Los dos esposos, Almanzor con ellos,
Y Omar, cubiertos de costosas galas,
Giafar con su Kerima, y lo mas noble
De la corte de Hixcen asientos hallan.

Por ilustres mancebos, que aun no habían
Estrenado su pecho en las batallas,
Se dispuso la fiesta, demostrarse
Diestros ansiando en manejar las armas.

Divididos están en dos cuadrillas,
Y un jefe cada cual gobierna y manda:
Era jefe Zeir de la primera,
Jefe de la segunda era Mudarra.

De rojo y amarillo, y con penachos
Hechos de rojas flores de granada,
Los que obedecen á Zeir, se muestran
Sobre revueltas yeguas africanas.

Bajo los alquiceles llevan cotas
De hojas sutiles de bruñida plata,
Y de su cabo la amorosa empresa
Con esmalte esculpida en las adargas:

Era un sol en zenit resplandeciente,
Y un águila que en él la vista clava,
Y en derredor este arrogante mote:
¿ *Quién dónde miro yo, mirar osara?*

De verde y de morado va vestida
La cuadrilla del huérfano Mudarra,
Y son flores de adelfa los penachos,
Y las ceñidas cotas pavonadas.

En cordobeses potros alazanes,
Que en la arena pausados el pié estampan,
Llevan todos conformes las empresas
Con el jóven caudillo que los manda

Es una oscura y borrascosa noche
Con un lucero que su horror aclara,
Y ¡ *Ojalá que su luz la niebla rompa!*
La letra que relumbra en las adargas.

Al son de belicosos instrumentos,
Por partes diferentes en la plaza
Entran ambas cuadrillas, y el aplauso
Y el rumor popular asorda el aura.

Júntanse en la mitad del ancho espacio,
Al balconaje en que Almanzor estaba,
Hacen la reverencia, y en seguida
Dan tres vueltas en torno á la estacada.

Al compas de las trompas y atabales
Mézclanse ambas cuadrillas y se enlazan,
Y una marcial escaramuza enredan,
Y mil figuras de vistosa danza.

Ora forman un círculo estendido
Al pausado galope, ora se apartan,
O se embisten, y prestos retroceden,
O ya de dos en dos á escape pasan;

Mostrando ajilidad y gentileza,
Y cómo los caballos avasallan,
Que obedientes al freno y acicate,
Corren, se empinan, se revuelven, paran:

Descollando entre todos los mancebos
Por su destreza y su beldad Mudarra,
Que la atencion del pueblo numeroso
Roba, y los ojos del concurso encanta.

—Un muro artificial á un lado había
De firmes trabes y de gruesas tablas,
Y enfrente ambas cuadrillas se ordenaron,
Armadas ya de ponderosas lanzas.

A ejemplo de sus cabos los ginetes
En los grandes estribos se levantan,
Echan el brazo atras con gallardía,
A sacudir los fresnos se preparan;

Y dando un grito agudo, á un tiempo mismo
Todos las picas con esfuerzo lanzan,
Que el viento como aristas penetrando,
Dan contra la fortísima muralla.

Otras en pos despiden, y otras luego,
Y las agudas puntas aceradas
Hacen temblar la máquina, la rompen,
Y los gruesos tablones desencajan

Brazo ninguno con tan alto brio
Suelto sacude las fornidas lanzas,
Ni mano alguna el blando freno rige,
Como el brazo y la mano de Mudarra.

Cuantas picas arroja, rehilando
Destrozan y atraviesan gruesas tablas,
Y si un duro pilar acaso topan,
Los penetrantes hierros lo traspasan.

El muro viene á tierra derribado
Cubriéndose de astillas la ancha plaza:
Así la mies opima desparece,
Si el granizo la embiste y la anonada.

De esclavos un tropel y de cautivos
Con gran presteza los despojos saca,
Y con agudos dardos los mancebos
Se acometen y hieren las adargas;

Y luego uno con uno se encontraron
En vez de picas con lijeras cañas,
Que al herir en los petos y paveses,
En menudos pedazos se quebrantan.

Ya el sol al occidente descendía,
Y para fin de la marcial jornada,
A correr la sortija ambos caudillos,
Mudando de caballo, se preparan.

En una flecha, cuyo agudo hierro
A un erguido pilar clavado estaba,
Sendos anillos de diamante penden,
Cada cual en la punta de una banda.

Las dos cuadrillas á una y otra parte,
Dejando el campo libre, se separan;
Y el primero Zeir empuña altivo
Una delgada y primorosa lanza.

En un overo de tendidas crines,
Que apénas cabe en la anchurosa plaza,
La rienda floja, el acicate á punto,
La pica en ristre, á la sortija marcha;

Y mas veloz que el mismo pensamiento,
Y seguro del triunfo, se abalanza;
Pero en la flecha con la punta toca,
No en la sortija, y desairado pasa.

Revuelve lleno de vergüenza y furia,
Rompiéndole al overo las ijadas,
Y otra vez yerra el golpe, porqué el brazo
Iba temblando de despecho y rabia.

Por la tercera vez la suerte intenta,
Y la yerra tambien. En tierra clava
Con gran furor la refornida pica,
Se da en la roja frente una palmada,

Da injustos sofrenazos al caballo,
En cuya sangre el acicate baña,
Y sin mas esperar, á toda rienda
Corrido se salió de la estacada.

El numeroso pueblo de él no cura,
Teniendo ya los ojos en Mudarra,
Que sale á ver si acaso es mas dichoso,
En una yegua como nieve blanca.

Recorre en un galope sosegado
Y con gran timidez la extensa plaza:
Hondo silencio en el concurso reina,
Que inmóvil verle triunfador aguarda;

Y cuando llega enfrente á la sortija,
Pica la yegua leve como el aura,
Que cual la vista rápida parece
Que no toca la arena con la planta.

Pero el ginete á fuerza de cuidado
Lleva la punta de la pica baja,
Y aunqué va firme el puño en la arandela,
Deja atras la sortija, y no la ensarta.

El Hagib Almanzor muestra disgusto,
Giafar lo mira con sonrisa amarga,
Demúdase Kerima, el gran gentío
Manifiesta inquietud; mas todos callan.

El garzon sin turbarse, de la yegua
El grueso cuello y crespa crin halaga;
La rienda acorta, afirma los estribos,
Atras el capellar airoso aparta,

Y con los ojos fijos en la prenda,
Y la mano en el cuello de la lanza,
Con despejo y con noble gallardía,
A escape y sin temor de nuevo arranca.

La acicalada punta en el anillo
Introduce, y tras sí gallardo saca,
Hendiendo el aire y dándole vislumbres,
Cual leve exhalacion, la rica banda.

Un grito de placer en torno suena;
El Hagib del balcon el cuerpo saca;
Sin pensarlo Giafar (aunqué al momento
Se arrepiente y se enoja) *bravo!* exclama:

El corazon palpita de Kerima,
Púrpura ardiente su semblante esmalta,
Y va á aplaudir; pero la accion suspende,
Y los ojos temblando al suelo baja.

— Por competencias de poder y mando,
Con la familia de Zeir estaba
Desabrido Almanzor, y ve gozoso
Su orgullosa altiveza desairada.

Ensalzar quiere al Huérfano, y honrarle,
Y resuelto prorumpe en voces altas:
" Giafar, dar algun premio es necesario
" Al que es tan diestro en manejar la lanza."

" Venga á nuestro balcon, y de su cuello
" Colguemos esta corva cimitarra."
Dijo, y la suya se quitó, la suya,
Par casi al Zualfaker [17] en gloria y fama.

Giafar con gran frialdad, "Ambas cuadrillas,"
Dice, " han ganado prez en esta plaza:
" Si vos premiáis al jefe de la una,
" Yo al otro premiaré." De estas palabras

No hizo caso Almanzor: en el momento
Que el jóven suba á su presencia manda;
Y la prenda del triunfo atada al brazo,
Tímido en el balcon entró Mudarra.

De pié los personajes le reciben,
El Hagib Almanzor tierno le abraza,
Y va á echarle en el cuello el talabarte
De que pende la rica cimitarra;

Mas lo suspende, y á Kerima dice :
" La dicha y la destreza de las armas
" De la beldad tan solo por la mano
" Deben, señora, ser recompensadas ;"

Y en las de la hermosísima doncella
El rico alfanje pone. Demudada,
Los ojos ella vuelve acia su padre,
Cuyo semblante enciende horrenda rabia,

Y de rubor cubiertas las mejillas,
De gozo y miedo el corazon, turbada,
Al mancebo, que tiembla palpitante,
Entrega el premio con modesta gracia.

Que el jóven á sus piés la banda ponga,
Todos, y aun Almanzor, acaso aguardan ;
Mas no la puso, que á distinto objeto,
Desde que la ganó, la destinara.

Tornó el alegre pueblo á sus hogares,
Almanzor con el Huérfano á su alcázar,
Y Giafar á Zeir por premio envía
Un arco persa con su rica aljaba.

Kerima en su magnífico aposento
Entre confusos pensamientos vaga:
Ya amor su corazon enseñorea,
Y ella aun lo ignora, aunqué en amor se abrasa.

La fiesta popular, la augusta boda,
Los banquetes, las músicas, las danzas,
El concurso, y los lances del torneo,
Todo en su mente revolando pasa;

Mas siempre en ella, entre el tropel confuso
De recuerdos sin fin, mira á Mudarra,
Que es el blanco de todas sus ideas,
Que es el anhelo solo de su alma.

Ya la anciana nodriza de sus brazos,
De su frente y blanquísima garganta,
Besando cariñosa sus mejillas,
Las espléndidas joyas le desata;

Y al verla tan suspensa, se sonríe,
Y con malicia, de su edad no extraña,
"Ay, Kerima!" le dice, "¿ de las fiestas
"Vuelves tan pensativa y tan turbada?"....

"Hija de mi cariño!.... qué te aflige?....
Tu tierno corazon conmigo ensancha.
¿Has por ventura visto á otra doncella
Mas ricas joyas ó mejores galas?"....

"Mas beldad no es posible, pues tú eres
La rosa de oro y el cipres de plata
Del imperio andaluz.... Y en la riqueza,
En perlas y almaizares ¿quién te iguala?"....

"No respondes?.... De fiestas y torneos,
Y de banquetes públicos se saca....
Cansancio.... nada mas.... En otros tiempos
Mayor recogimiento se estilaba."

"Cuando Alhaken, cuando Alhaken vivía,
Una ilustre doncella no pisaba
Jamas la calle.... siempre en sus jardines....
Siempre.... mas todo en este mundo cambia..."

"Matar infieles era el solo empleo
De nuestros buenos padres... sí... ¡Mal haya
Quien inventó las justas y festines,
Las músicas, los versos y las zambras!"

La inocente Kerima con zozobra
Oye de su nodriza las palabras,
Y tiembla silenciosa, rezelando
Que encubre mal lo que en su pecho guarda.

En un baño de pórfido recuesta
El cuerpo hermoso, y olorosas aguas,
De regalado temple, refrigerio
Dan á sus blancas formas delicadas.

Ya sus oscuras prolongadas trenzas
Deshacen con primor diestras esclavas,
Y las recogen en lijera toca,
Y en aceite de rosa las empapan.

En femenil curiosidad ardiendo
Todas, la ostigan con preguntas varias,
Y quieren que les cuente de la boda
Hasta las mas pequeñas circunstancias;

Y los varios colores y divisas;
Quién lució en la corrida de las cañas,
Y con quién ha danzado, y cuáles fueron
Las mas vistosas y elegantes galas.

Ella responde á todo, y nombra á todos
Los que en aquellas fiestas se encontraran;
Pero por que su rostro no la venda,
Evita siempre el nombre de Mudarra.

Queda sola en su lecho, y la dulzura
Del sueño bienhechor inquieta aguarda:
Ay! sus enamorados pensamientos
De sus ojos lo ahuyentan y separan.

"Quién este jóven es? — Deudo, no hay duda,
Del insigne Almanzor. — Mas ¿qué palabras
De tósigo mortal entre los labios
De mi padre escuché?.... Por qué su saña?..."

"*Expósito infeliz!!!... huérfano infame!!!....*
No lo dijo por él.... Su ilustre alma
Brilla en su faz, su estirpe generosa
En su disposicion noble y gallarda."

"Y ¿á quién, á quién el venturoso jóven
"La prenda que ganó, cielos! consagra?"....
Así dice entre sí, y acerbo llanto
De sus ojos bellísimos derrama.

Infeliz!.... infeliz!.... su tierno pecho
Apénas siente del amor la llama,
Y la horrible ponzoña de los zelos
Ejercita ya en él su ardiente rabia.

¡Cómo se ofusca, cuánto desvaría
Una imaginacion acalorada!
¡Y cuánto el noble pecho de Kerima
Aplaudiera el intento de Mudarra!

Pues luego que tendió tranquila noche
Su manto oscuro por la tierra opaca,
Al rayo hermoso de naciente luna,
Que entre celajes plácidos se alzaba,

Dirigió el jóven con plausible anhelo
Al sacro bosque la piadosa planta,
Donde la sepultura de Zahira
Entre cipreses lúgubres estaba;

Y de un lauro lozano que sobre ella,
Cual rústico dosel, frondosas ramas
Estendía, con lágrimas los ojos,
Colgó el anillo y enlazó la banda.

ROMANCE SEGUNDO.

Funestos y altos cipreses,
Frondosas y verdes hayas
Cercan un campo cubierto
De abrojos y yerba larga :
En medio estaba un sepulcro.
. . . . . .
La noche estaba en su filo,
Fria, medrosa y helada,
Y la siniestra corneja
Hecha centinela y guarda,
Cuando al rayo de la luna,
Que bajaba entre las ramas,
Vi salir un bulto negro.

Romance antiguo.

Giafar, en cuyos ojos centellea
Siniestra lumbre de terrible agüero,
Cuyo vigor los años no enflaquecen,
Ni calman los furores de su pecho,

Dado á la caza y ejercicios duros,
Y de la corte docto en los manejos ;
Es por sangre, riqueza y poderío
La persona segunda del imperio.

Alguna vez ha sido la primera,
De Hagib desempeñando el cargo excelso
En tiempo de Alhaken, y aun vivos duran
De época tan terrible los recuerdos.

Dígalo el Almagreb, que osó hasta el trono
Alzar desesperado sus lamentos;
Y torrentes de sangre lo inundaron,
Y tronchadas cabezas lo cubrieron.

Los cristianos pacíficos lo digan
Sometidos al árabe gobierno,
A quienes de Giafar el fanatismo
Cargó de oprobio, de miseria y hierros:

Dígalo el reino todo, de cadalsos
Y de bárbaras cárceles cubierto;
Dígalo en fin España, que ni un dia
De bienhechora paz gozó el consuelo.

Azote de su siglo, y detestado
De su patria y de todo el universo,
Se sostuvo en el mando y poderío,
Y en el favor del rey por algun tiempo;

Pues hipócrita astuto aparentando
Por la ley musulmana ardiente zelo,
Tuvo en los Alimanes y Alfaquíes [18]
Apoyo firme y partidarios ciegos.

Sus riquezas tambien y la fortuna,
Que coronó constante sus esfuerzos
Con continuas victorias, le ayudaron,
Y en el primer lugar le mantuvieron.

Conservaba de Hagib el alto cargo,
Cuando jóven Hixcen empuñó el cetro;
Mas desplomóse al cabo su grandeza
Como abrumada de su propio peso.

Al frente de las huestes musulmanas
Taló del Tórmes, del Arlanza y Duero
Los fértiles contornos, exterminio,
Muertes y esclavitud dejando en ellos:

Incendió villas, arrasó palacios,
Destruyó fortalezas, y de miedo
Temblaron Leon y Búrgos, cuyas torres
De un mar de sangre los escollos fueron.

El poder de Castilla derribado
Quedó; su conde en la batalla muerto,
Y el monarca leones de las Astúrias
Buscando asilo en los peñascos yertos.

Rico de gloria y rico de despojos,
Si no saciado de matar su pecho,
Y gozoso de ver seis mil cautivos
Seguir sus huellas entre duros hierros;

Giafar ufano á Córdoba volvía,
Sus sienes á ceñir de lauro eterno,
A afirmar con tal triunfo el alto mando,
Y á hollar el orbe, á su ambicion estrecho.

Alá empero lo quiso de otro modo:
Un castellano, insigne caballero,
Por vengar á su patria ó lograr muerte,
Pues la muerte es mejor que el vituperio;

De pocos, aunqué buenos, ayudado,
Le alcanzó en Guadarrama; y sorprendiendo
Al muslímico campo, parecía
Rayo de las venganzas del Eterno.

Las cordobesas numerosas haces,
Que cuando dejan el poder deshecho
De los cristianos, y detras la muerte,
Y lagunas de sangre, y campos yermos,

Del alba á los escasos resplandores
Se ven acometer con tal denuedo;
Pásmanse, y en desórden se amontonan,
Dudosas del peligro y del remedio.

Con la codicia de guardar la presa,
Lo fragoso del áspero terreno,
Y la gran muchedumbre de cautivos,
Crecen la confusion y desaliento;

Miéntras el valeroso castellano,
La lanza en ristre y del broquel cubierto,
Acomete, destroza y atropella,
Cual onza entre los tímidos corderos.

Solo un valiente Amir osa atrevido
Al héroe contrastar, y su denuedo
En duda pone un rato la victoria,
Con fuerte diestra y con gallardo esfuerzo;

Mas derribado al fin, nada resiste
Al cristiano escuadron, aunqué pequeño,
Pues derrama en el campo el exterminio
Que en mies tostada devorante el fuego.

Giafar, ardiendo en rabia, intenta en vano
Sus huestes ordenar : con ronco acento
Llama á sus capitanes, y sus voces
Solo acrecientan el confuso estruendo.

Corriendo á un lado y otro, donde quiera
Desaliento y terror ve, y vano ensueño
Le parece el combate, ó que fantasmas
Que la tierra abortó, son los guerreros.

En tanto los cautivos, que conocen
Al héroe triunfador, rompen los hierros,
Y con las armas que el furor les presta,
Cargan á los turbados sarracenos.

El numeroso ejército, que altivo,
Ufano, rico, vencedor, soberbio,
Cantaba alegres himnos de victoria,
Hollando ya en seguro el patrio suelo;

Despareció como las nubes densas,
Que están la esfera toda oscureciendo,
Se rompen, vuelan, se deshacen, huyen
Al repentino aparecer del cierzo.

Quién busca las fragosas espesuras
Por salvar el botin; cuál, como el viento,
Destrozando al caballo los ijares,
En cercano castillo busca puerto.

El que osa resistir, la muerte encuentra,
Que al fugitivo alcanza, y bajo el peso
Infame del tesoro, furibunda
Da al codicioso el merecido premio.

Giafar, que desplomarse ve su gloria,
Que para sostenerla sus esfuerzos
En vano son, y que tan corta hueste
Le roba tantos lauros y trofeos;

Corre furioso en contra del caudillo
Del cristiano escuadron, y de su pecho,
Encendido volcan, lanzan los ojos
Aterradores el terrible fuego.

Aun espera deber solo á su brazo
Dulce venganza, cuando no remedio,
Y sostener su gloria por sí solo,
U honrada muerte conseguir al ménos;

Mas, ay! que la fortuna caprichosa
La espalda y rostro con desden le ha vuelto,
Y con la pica poderosa en ristre
Le espera el castellano caballero,

Que en tierra le derriba, y le abandona,
O por no conocerle, ó por desprecio.
Llama luego á los suyos, y la turba
De rescatados con presura uniendo,

Vencedor se retira y orgulloso
Del campo de cadáveres cubierto:
De la fé y de Castilla restaurada
La gloria, y de venganza satisfecho.

De tal desastre á Córdoba la nueva
Llegó en las alas rápidas del viento,
Y de luto, dolor, llanto, amargura
Llenó, y de asombro el andaluz imperio.

Los enemigos de Giafar se alzaron
En contra suya sin tenerle miedo,
Se esforzaron sin fruto sus parciales,
Y fué de maldicion su nombre objeto.

La sultana Sabeya, madre altiva
De Hixcen, que siempre con disgusto y ceño
Miró á Giafar, gozóse en su infortunio,
Que le precipitó del alto puesto;

Pues cuando enfermo, herido, despechado,
En sed de sangre y de venganza ardiendo,
Del poderoso ejército perdido
Con miserables y afrentados restos,

A Córdoba volvió; de Hagib el cargo,
De Hixcen la gracia y el amor del pueblo
Disfrutaba Almanzor, y hermosos dias
De justicia y saber amanecieron.

Giafar en vano desplegó sus artes,
Apeló al disimulo sin efecto,
Apénas encontró con partidarios,
Sin resultado usó de sus manejos;

Y en una torre suya, que entre bosques
Incultos dominaba un campo yermo,
(Que hoy Campo-bajo llaman, y aun existen
De ella, en la altura, fulminados restos)

Se refugió, de su ambicion burlada
A consumirse en el insano fuego;
O mas bien á trazar planes astutos
Para al mando y favor tornar de nuevo.

Muy pronto sus riquezas y su sangre,
Su antigua gloria y el influjo inmenso
De Ulemas, Alimanes y Alfaquíes,
Su fina astucia y religioso zelo,

Le procuraron el segundo cargo
En honra y en poder, que era el gobierno
De la ciudad de Córdoba, reunido
Con la alcaidía del alcázar regio;

Y cuando á alguna expedicion guerrera,
O á correr las provincias del imperio
Se alejaba Almanzor, él de la corte
Tomaba el mando con poder supremo.

¡Épocas siempre de rigor y espanto!....
Al partir Almanzor quedaba el pueblo,
Que padre y gloria suya le aclamaba,
En silencioso afan y en desconsuelo;

Como al hundirse el sol en el ocaso,
Queda en el ancho mar el marinero,
Que ve en oriente el manto de la noche
De espesas nubes y borrascas lleno.

Tuvo hijos diferentes; mas gozarlos
Nunca le concedió sañudo el cielo,
Y en la tranquila cuna muerte airada
Cebó su diente destructor en ellos.

Kerima sola fué mas venturosa,
(Si es que quedar en este mundo es serlo)
Tal vez porqué en su madre desdichada
Se embotó de Azrael el crudo hierro.

Giafar nunca olvidando su derrota,
Aunqué ya de venganza satisfecho
Debiera estar y de inocente sangre,
Profesa á los cristianos odio eterno:

Cuantas veces tornaba al alto mando
Lo demostraba con atroces hechos,
Y era de los mozárabes [19] azote,
Horrorosas violencias ejerciendo.

De esta mísera estirpe honra, fortuna,
Libertad, vida, todo era el objeto
De la venganza audaz de tal contrario,
De su codicia, rabia y desenfreno.

Entre inocentes tantas que á la furia
Del terrible Giafar víctimas fueron,
Lo fué Gala infeliz, tierna doncella
A quien dió por su mal belleza el cielo.

Tranquilo y en oscura medianía,
Del fausto y pompa cortesana léjos,
El mozárabe Egidio disfrutaba
La edad madura en el hogar paterno.

De una antigua familia ilustre y goda
Era este anciano el vástago postrero:
Su esposa ya tambien de los sepulcros
La quietud disfrutaba y el silencio.

En prácticas cristianas embebido,
Y en educar con afanoso esmero
En la fe y la virtud á su hija Gala,
Hija que sola concedióle el cielo;

Gozaba en paz de venturosos dias,
Solo con ella en retirado albergo,
De la filial ternura coronado,
Del corazon de Gala satisfecho;

Cuando al volver en una tarde aciaga
De un campo suyo, que el feliz sustento
Le tributaba con opimos frutos,
Producto de su afan y su desvelo;

Se halló desierta la tranquila estancia,
Los muebles derribados y deshechos,
Robado el ajuar, y, ay! sin la prenda,
De su amor fruto, de su edad consuelo.

Desdichado!.... qué golpe!.... Como loco
Giró por la ciudad; y conociendo
Cuál era su desastre, y que justicia
Solo podía esperar del alto cielo,

Incendió su heredad y humilde casa,
Destruyó sus ganados y su apero,
Y desapareció de Andalucía,
De su infortunio y de sí mismo huyendo.

Giafar fué el forzador, Giafar tirano
Con tropa audaz de foragidos siervos,
Robó la hija del honrado Egidio,
Y á su palacio la arrastró violento.

En él ántes de un año hundióse Gala,
Dando á Kerima á luz, en sueño eterno;
Aterrada sin duda la infelice
De ver la sucesion de un monstruo horrendo.

De padre tan feroz muy diferente
Salió la tierna niña, en quien el cielo
A manos llenas derramó los dones
De belleza y virtud, gracia y talento.

Sus ojos eran encendidos soles,
Pero templados de pudor modesto,
Y sus negras pestañas daban sombra
A un rostro de jazmin y rosas hecho.

Nieve era su garganta, y alabastro
Los tiernos brazos y el sensible seno,
Gentil su talla, estrecha su cintura,
Breve la planta y torneado el cuerpo.

No la hermosa azucena mas lozana
La blanca frente y el erguido cuello,
Reina de los jardines, alza en mayo,
De la risueña aurora á los destellos;

No mas gentil orillas del arroyo,
Precursor de las flores, el almendro
Se mece ufano en tarde sosegada,
De las auras de abril al blando aliento.

Mas á tanta beldad y gallardía
El candor, la inocencia y el ingenio
Ganan la palma en la gentil doncella,
Cautivando las almas y los pechos.

Su compasion benéfica merece
Despertar de Zahira los recuerdos,
Y con ella encantado acaso olvida
Al feroz padre agradecido el pueblo.

Como ella nadie un almaizar tejía,
O de oro y sirgo recamaba un velo,
O una manga labraba, los matizes
Del hermoso verjel oscureciendo.

Aunqué Giafar fanático desprecia
Las artes y las ciencias, de aquel tiempo
La costumbre observando, dió á su hija
Del humano saber doctos maestros.

A encantar con su voz las leves auras,
Y á prorumpir en deliciosos versos
Del arpa melancólica al sonido,
La adiestró Obada, el sabio malagueño;

Y el insigne Aberróes, á quien grata
Abrió naturaleza sus secretos,
Comentador del sabio de Estagira, [20]
Y cuya fama vive en claros ecos;

Le enseñó á conocer el mudo giro
De los lucientes astros, sus aspectos,
Sus influencias, su poder, las causas
Que alteran entre sí los elementos:

Las virtudes de plantas y de flores,
De metales, de piedras y de insectos;
Y á elaborar mil bálsamos preciosos,
De las miserias del mortal remedios.

Esta la ciencia fué que cautivara
La atencion de Kerima, y el deseo
De consolar la humanidad doliente
Hizo de ciencia tal todo su anhelo;

Logrando en ella tanta nombradía,
Y su docto saber tales efectos,
Que eran sus confecciones admiradas,
Y con afan buscados sus consejos.

Recorrer selvas, montes y verjeles,
Salutíferas plantas recogiendo,
Era su ocupacion, y cultivarlas
En sus propios jardines, su recreo.

Ay! ¡que las mas hermosas y floridas,
Las que mas necesitan de su esmero,
Sedientas en los vasos de alabastro,
Marchitas con el sol doblan el cuello!

Pues tres veces hiriólas desde oriente,
Y tres desde zenit con vivo fuego,
Y tres desde el ocaso, sin que logren
De la mano benéfica consuelo.

Cómo lo han de tener?.... Su bienhechora,
La que les consagraba sus desvelos,
Las tiene, desdichadas! en olvido,
Víctima triste de cuidados nuevos.

Infelice! tres dias retirada
Estuvo en su magnífico aposento,
Tres largos dias, que jamas son breves
Los que en dolor se pasan y en tormentos.

Kerima en vano el nombre de Mudarra
Negó á su labio con prudente esfuerzo,
Al contar los festejos de la boda,
Al referir los lances del torneo;

Pues las locuaces siervas que la asisten,
Y la vieja nodriza, repitiendo
Las voces que por Córdoba volaban,
Despedazaron su oprimido pecho.

Esta le ponderaba el entusiasmo
De que era el jóven triunfador objeto;
Aquella lamentaba que su orígen
Tal beldad malograse y tal denuedo;

Otra, informada de envidioso labio,
O de Giafar atenta á los preceptos,
Le retrataba con las negras sombras
De lástima, de afrenta y de desprecio.

La nodriza, con pláticas difusas,
Viejas historias y mohosos cuentos,
Todo lo que es antiguo ponderaba,
Y mezclando malicias y consejos,

Dijo : " Aun no estaba mi semblante arado,
" Ni convertido en nieve mi cabello,
" Pues fué poco despues que de los Laras
" Las cabezas á Córdoba trajeron;"

" Cuando recien nacido le encontraron
En los jardines de Almanzor expuesto :
De algun cautivo vil é infame esclava
Fruto infeliz, y maldicion del cielo."

" La princesa Zahira en su palacio,
Por caridad ó por capricho necio,
Le acogió....Qué mujer!.... era muy linda,
Y compasiva, y generosa, es cierto;"

" Pero tan rara....En fin en protegerle
Cifró todo su afan, todo su empeño;
Y en vez de acostumbrarle desde niño
A ser humilde, y á servir cual siervo,"

"Crióle con tal pompa y tal regalo,
Como si fuera un claro caballero;
Y hasta el momento de morir estuvo
De caricias colmándole y de obsequios."

"Locuras de mujer!... Y Zaide, Zaide,
Ese incrédulo altivo, satisfecho
De sus vanos saberes, del Mudarra
Ha sido el consultor, ayo y maestro."

"Con un principio tal, con tal doctrina,
¿Qué se puede esperar de ese mancebo?....
Yo extraño que Almanzor....pero qué digo?
¿Qué se debe extrañar en estos tiempos?....

"¡Un expósito vil de los donceles,
De la flor y esperanza del imperio,
Ser capitan en tan famoso dia!....
En la mesa del rey tener asiento!"....

"Con Kerima danzar el miserable!
¡En competencia entrar en el torneo
Con el noble Zeir, con el que aclama
Por su señor el tunecino pueblo!"....

Así decía, y una esclava jóven
La interrumpió con prontitud diciendo:
"Pero ganó la banda y la sortija,
"Y con aplauso universal el premio."

Repúsole la vieja : " Sí, fortuna,
" Mera casualidad.....Y ¡á digno objeto
" Habrá la rica prenda dedicado!....
" ¡A alguna esclava de Almanzor su dueño!!!"

No pudo mas Kerima; á todas ellas
Mandó callar con desabrido aspecto,
Y mostrando cansancio de escucharlas,
Que al punto despejasen su aposento.

Apénas sola, hondísimos gemidos
Lanzó el volcan de su abismado seno ;
Cruzó su estancia con inciertos pasos;
Alzó los brazos y la faz al cielo.

Derribóse por fin, de fuerzas falta,
Sobre un rico almohadon, en gran silencio
Sus labios frios, é inclinó la frente,
Hinchado el corazon, los ojos secos.

De la anciana nodriza las palabras
Un mar de confusiones extendieron
Ante su vista, de esperanzas dulces
El cuadro engañador oscureciendo.

Un expósito vil, dijo su padre,
Y un expósito vil es en efecto
El que su corazon ha sorprendido,
Para abrasarle en vergonzoso fuego.

Se afrenta de sí misma, y orgullosa,
Animada de su alto nacimiento,
Abomina el instante desdichado
En que pudo pararse en tal objeto.

Llora luego, y llorando, en su alma herida
La ternura recobra el dulce imperio;
Pero al pensar que la preciosa banda
De una esclava tal vez adorna el cuello,

Arde en furor, y jura en altas voces
Odio al Huérfano vil, no ya desprecio,
Indignada de haber á tal persona
Humillado sus altos pensamientos.

Sí, tomó su partido, está resuelta;
Ya aborrece á Mudarra; por lo ménos
Lo imagina: triunfante se figura,
Mira su amor como un delirio necio;

Mas fatigada de vencer, oprime
Su corazon tan angustiado peso,
Que anhela respirar el aire puro
So la bóveda inmensa de los cielos.

Baja al verjel de su soberbio alcázar,
A buscar en las flores el consuelo,
Pensando, simplecilla! que en las flores
Va á encontrar como siempre su recreo.

Ah! no lo encuentra en su jardin cercado,
Del que con dos esclavas y en silencio
Sale al campo, y se pierde en las florestas,
Que de Guadalquivir gozan el riego.

Entónces se le acuerda de repente,
Que oyó elogiar en el banquete regio
Las flores que en la tumba de Zahira
Daban su aroma delicioso al viento.

Verlas desea, y con lijera planta
Corre inocente en pos de su deseo,
Ignorando quién es de aquellas flores
El piadoso cultor y jardinero.

El sol al occidente descendía,
Y á su brillante luz formaba velo
Un celaje sutil de oro y violado,
Que templaba su ardor y sus reflejos:

Nubes de ardiente grana enriquecían
El ancho espacio, vaporoso á trechos,
Jazmin y azahares respiraba el aura,
Y entre las flores reposaba el viento.

Era una dulce y sosegada tarde
De las que en aquel clima y grato suelo
Naturaleza ostenta, y con que encanta
Las tiernas almas, los sensibles pechos.

De Arrizafa en los campos desiguales,
Donde hoy descuella un santo monasterio, [21]
En un bosque de adelfas y naranjos,
Un corto espacio circundaba un seto;

Y allí un cuadrado mármol custodiaba
De la princesa los mortales restos.
Cuatro cipreses lúgubres en torno
Sus puntas elevaban por el viento:

Un lozano laurel le daba sombra,
Y en derredor brillaban, esparciendo
Su embalsamado aroma, lindas flores,
Que ni agostaba el sol, ni helaba el cierzo.

— Huella Kerima el lúgubre recinto,
Penetrada de asombro y de respeto:
Se acerca muda y palpitante al mármol,
Do logra la virtud tranquilo sueño.

Los ojos alza y con sorpresa mira,
Ondeando suave al hálito del viento,
Enlazada al laurel la roja banda,
Que Mudarra ganara en el torneo;

Y ve de ella pender el rico anillo,
Al que del sol los últimos reflejos
Daban, reverberando en los diamantes,
La apariencia de un mágico lucero.

¿Qué voz humana retratar pudiera
Lo que pasó en Kerima, en el momento
De ver en tal lugar aquella prenda,
Y desmentidos sus soñados zelos?....

Dió un grito agudo, vaciló su planta,
Y en uno de los árboles funestos
Apoyó el brazo y la sudosa frente,
De lágrimas de amor los ojos llenos:

De lágrimas de amor, dulces, preciosas;
Lágrimas tiernas, que del grave peso
De haber dudado un punto de Mudarra,
Libran su corazon, de amores centro.

Olvidando el orígen de su amante,
Su propio orgullo y el furor paterno,
De la vieja nodriza las palabras,
Y cuanto existe entre la tierra y cielo;

Tan solo ve á Mudarra ante sus ojos;
Derrítesele el alma de su pecho
En el volcan; Mudarra es su existencia,
En Mudarra se cifra su universo.

Mas no el rostro gentil y gallardía,
Ni el triunfo allá en la justa del mancebo,
Ni la pasion que descubrió en su frente,
Su mente exaltan en aquel momento.

Es mas noble la llama en que se quema:
No es una chispa vil de tal incendio
La causa, no es centella voladora,
De oscura nube parto pasajero;

Es el sol puro, el sol es quien la abrasa,
Pues solo tiene fijo el pensamiento
En la virtud insigne de su amante,
Que conserva á Zahira tal respeto.

" ¡Feliz, feliz," en su entusiasmo exclama.
" Quien logre ser de su ternura centro!....
" Pues yo la conseguí, ni por un trono
" La cederé: lo juro ante el Eterno."

Dijo: ferviente amor brilla en sus ojos,
Púrpura tiñe su semblante bello,
Llama consoladora su alma enciende,
Su corazon palpita satisfecho.

Pero cual de repente nube parda,
Que sigue el curso rápido del viento,
Del sol ofusca la radiante lumbre,
La risueña pradera oscureciendo;

Así de pronto una confusa idea
Llena su mente de escondido miedo,
De sus ojos marchita el claro brillo,
Torna el ardor en palidez y en hielo.

—Ya el sol estaba en los remotos mares;
Del crepúsculo escaso los reflejos
Y una lijera niebla confundían
De aquella muda escena los objetos;

Y la hermosa Kerima, yerta, inmoble,
Cubierta del cendal de un blanco velo,
El alma de Zahira asemejaba
Tornando á unirse á sus mortales restos.

Quedó suspensa un rato, y de repente
Volviendo en sí, desata de su cuello
Una sarta de perlas, cuyo broche
Tiene su nombre en filigrana puesto;

Y sin saber lo mismo que ejecuta,
Arrebatada de un poder secreto,
La entreteje en la banda, y se retira
Del fúnebre lugar con pié lijero.

Júntase á sus esclavas, que esperando
La están con impaciencia á corto trecho,
Y al débil rayo de naciente luna
Retírase á su alcázar en silencio.

De flecha un tiro apénas estaría,
Cuando Mudarra por camino opuesto
Llegó al sepulcro, pálido, turbado,
Marchito el rostro, el alma sin aliento.

Un bulto blanco cerca de la tumba
Ha visto entre los troncos desde léjos:
No le ha engañado, no, la fantasía;
Y á nadie encuentra á su llegada.... "Cielos!"

"¿Era la sombra de Zahira," exclama,
"Que de estas flores que sembró mi esmero,
"Viene á gozar?....Amada sombra, vuelve,
"Mis lágrimas acoge y mi respeto."

"Ay!....huyó...disipóse al acercarme?....
¿Y qué otra cosa, mísero! merezco,
Yo, que casi en olvido su memoria
Por una pasion loca ingrato tengo?"

"Sí, de un delirio en pos, que en mi alma débil
Reina, aunqué á mi pesar, me arrojo ciego;
Y de saber la obligacion sagrada,
Que á otra region me está llamando, tiemblo."

Enmudeció su labio, y en la yerba
Sentóse, faltos de vigor sus miembros,
Y lanzando suspiros y sollozos,
Que reprodujo en voz sumisa el eco.

Oh Mudarra infeliz!.... tres largos dias
Privado ha estado de los ojos bellos
De su ídolo, Kerima, y esta ausencia
Ha acrecentado el amoroso incendio.

El pensar que el destino inexorable
Le llama misterioso acia otro suelo,
Do no estará Kerima, sumergióle
En el mar borrascoso del despecho.

Ah!....de Guadalquivir nunca alejarse,
Ni jamas indagar el gran secreto,
Casi ha jurado....y hora en aquel sitio....
¡ Qué horroroso contraste está sufriendo!

Así al tierno laurel en la montaña,
En noche oscura de sañudo invierno,
Combaten con furor por todos lados
Lluvias, granizos, terremoto y vientos.

Desahoga al fin su corazon mezquino
Derramando sus ojos lloro acerbo;
Poco á poco las auras de la noche
Nueva vida le dan y refrigerio,

Y ya la luna en el zenit brillaba,
Bajel de plata, que en el mar inmenso
Del espacio navega; cuando el jóven
Se alzó, con su afliccion treguas haciendo.

Dirigióse á un arroyo cristalino,
Que sobre guijas cándidas no léjos
Serpenteaba con murmurio manso,
Entre adelfas y frágiles helechos;

Y robando al raudal pequeña parte,
Tornó á las flores que sembró su anhelo,
Y con la actividad cobrando fuerzas,
Les dió socorro de abundante riego.

Despues registra la preciosa banda,
Por ver si ultraje recibió del viento;
Y al apretar las ramas con los lazos,
Hiere sus ojos un extraño objeto.

Halla el collar de perlas; se sorprende,
Aunqué pronto le dice el pensamiento,
Que será á la memoria de Zahira
Un don de gratitud y de respeto.

No es la primera vez, no, que sus ojos
Han visto aquel collar: reconocerlo
Quiere, lo alcanza, atento lo examina,
Ve caractéres en el broche puestos;

Va cuidoso á leer, cuando sus luces
Robó á la luna nubarron espeso,
Y en la sombra no puede distinguirse
Escrito en filigrana aquel letrero.

Vuela por fin la inoportuna nube,
Torna la luna á esclarecer el cielo,
Y el nombre de Kerima lee Mudarra,
Y otra vez y otra vez torna á leerlo.

El corazon le late sorprendido,
De agitacion inexplicable lleno,
Apénas se sostiene, tiembla todo,
Y queda en un estúpido silencio.

Mas pronto recobrándose, "¿Qué," exclama,
" Kerima ha estado aquí?.... Kerima!.... Cierto,
" Ella fué la que vi junto á esta tumba....
" ¿Por qué tardé en llegar tan largo tiempo".... ?

Inclínase en la yerba venturosa
Las huellas á buscar de los piés bellos,
Y dónde se estamparon, le demuestra
Recientemente ajada trecho á trecho.

Enajenado bésala mil veces,
Y el collar apretando contra el seno,
Se alza, y, " ¡Oh prenda, oh cara prenda!" dice,
" Que has enlazado aquel divino cuello,"

"Signo de esclavitud, enlaza el mio,
Formando nudo que jamas romperlo
Pueda el ciego Destino, ni la ausencia,
Ni los rigores del airado tiempo."

Y de un amor frenético embriagado,
Va á ponerse el collar, cuando violento
Agitó un soplo raudo y repentino
Las cimas de los árboles funestos;

Y un cárabo, que acaso entre los ramos
Anidaba, gritó y extendió el vuelo.
El súbito rumor heló á Mudarra,
Su accion apasionada suspendiendo.

Recuerda que en la tumba de Zahira
Tiene en un loco amor el pensamiento;
Que va á robar un don, un don precioso,
Que la virtud á la virtud ha hecho;

Y que una prenda pura sin mancilla,
Que la inocencia consagró al respeto
Debido de Zahira á la memoria,
Prenda la quiere hacer de amor siniestro.

De terror se estremece, se le erizan
En la ardorosa frente los cabellos,
Y la imaginacion acalorada
Le presenta en reedor torvos espectros.

Sobre la losa helada del sepulcro
Deja el collar precioso, y huye léjos
Del sitio aquel, que profanado juzga,
De aquel sitio, do siempre halló consuelo.

— Oh Mudarra! oh Kerima!...desdichados!
¿Qué extraño instinto habita en vuestros pechos,
Que os descubre fantasmas espantosos
Al esplendor del amoroso incendio?

Parece que la voz del otro mundo
Os está inexorable repitiendo:
Que un mar de sangre entre vosotros brama,
Que se alza un muro de insepultos huesos.

¿Mas qué pueden presagios y terrores,
De la razon qué alcanzan los esfuerzos,
Los mayores obstáculos qué sirven
Contra el Amor, que es rey del universo?

Ay! Kerima despues de aquella tarde
Solamente dirige sus paseos
De Zahira á la tumba, y nunca en ella
Pasó mas largas horas el mancebo.

En aquel sitio pronto se encontraron,
Y allí la turbacion, allí el respeto,
Que en almas puras, jóvenes, sencillas
Caracterizan el amor sincero;

Ambas lenguas ataron, á ambos rostros
Ya de clavel, de gualda ya vistieron,
Hasta que por los ojos y los labios
Brotó de la pasion ardiente el fuego.

Brotó por fin, y con palabras tiernas,
Que aquellas flores con asombro oyeron,
Se declararon sus sencillas almas
La mutua llama en que se ven ardiendo;

Y con lágrimas dulces se juraron,
A pesar del Destino, amor eterno;
Y el sepulcro fué altar de los amores,
Pronunciando sobre él su juramento.

Era en aquella edad Córdoba insigne
De los placeres y riquezas centro,
Y en la alta cumbre de esplendor y gloria
Resplandecía el musulman imperio.

Las artes, el saber y la opulencia
De la hermosa ciudad su trono hicieron,
A la par que el valor y la fortuna
La adornaban de triunfos y trofeos.

Los festines, las zambras, los banquetes,
Las justas, y los bailes, y torneos
Continuos eran; y los dos amantes
Solo llamaban la atencion en ellos.

La corte, el pueblo, todos celebraban
Tan intensa pasion, y satisfecho
El Hagib Almanzor los protegía,
Y tal vez proyectaba su himeneo.

Zeir, señor de Túnez, que á la corte,
Llamado por Giafar, trajo el intento
De conquistar las gracias de Kerima,
Arde feroz en ponzoñosos zelos.

Giafar el furibundo, que reputa
Por negra afrenta, que el Hagib soberbio
Ose pensar que pueda de Kerima
El Expósito vil llamarse dueño;

Y que ve en la pasion de la doncella
Un atroz crímen á su sangre hecho,
Y obstáculo tambien al alto enlaze
En que fundaba osados pensamientos;

Devorado de rabia se consume,
Y allá en su corazon, horrible infierno,
De sangre, de venganza, de exterminio
Revuelve sin cesar varios proyectos.

Mas teme, como astuto cortesano,
El poder del Hagib, y reprimiendo
Su terrible rencor, traza y combina,
Para salir del laberinto, medio.

No ostiga á la doncella desdichada,
Busca para Zeir vanos pretextos,
Tranquilidad ostenta en el semblante,
Y madura sus planes en silencio.

Zaide tansolo ignora los amores
Del gallardo garzon: del mundo léjos
Vive siempre en la Albaida retirado,
Y allí no llega el cortesano estruendo.

Advierte sí que reina gran trastorno
Y gran agitacion en el mancebo;
Y aunqué prudente nada le pregunta,
Cauto le observa con afan paterno.

Frecuentes, como siempre, las visitas
Son de Mudarra á su castillo; pero
Ya inquietas, cortas, mudas y turbadas,
Pues del ayo á los ojos tiene miedo.

Ya no pasa la noches apacibles
Por aquellos contornos, persiguiendo
Al resplandor tranquilo de la luna
Con sus lebreles el gallardo ciervo :

Ya no admira las flores que retoñan
De aquel castillo en el jardin y el huerto,
Ni sentado en la alberca, de los peces
El matiz argentado y los destellos :

Ya apénas nombra el jóven á Zahira,
Ya no importuna á Zaide, cual de hacerlo
Nunca hasta entónces descuidó, buscando
Luz en las sombras con que se halla envuelto.

Y si el anciano sus discursos mueve
A tan importantísimo argumento,
Indicándole acaso que se acerca
El olvidado fin de sus anhelos;

Mudarra tiembla y palidece, dando
Al penoso discurso un giro nuevo,
O bien para dejar la Albaida busca,
Y á Córdoba tornar, vanos pretextos.

Síntomas que conoce y que lamenta
Allá en su corazon el docto viejo,
Y muertas teme ya las esperanzas,
Fin honrado de todos sus desvelos.

Ya el otoño espiraba, y rebramando
Arrebataba el aquilon violento
Las hojas de los árboles, con ellas
De parda alfombra entapizando el suelo;

Cuando turbó las fiestas de la corte
De la africana costa un mensajero,
Que vino á demandar presto socorro
Para aquellas provincias del imperio.

Un impostor sagaz nuevas doctrinas
Predicó en ellas con feliz suceso:
Los incautos que fueron á escucharle,
Fanáticos audaces se volvieron;

Y cuando vió el hipócrita la turba
Inflamada y sumisa á sus acentos,
Alzó de rebelion el estandarte,
De escondida ambicion tronando el fuego.

Tal vez sería miserable aborto,
O principio infeliz de los proyectos
Por que Giafar el pérfido ajustara
De Kerima y Zeir el himeneo.

— Almanzor, que seguro de su gloria,
De su saber y de su heroico esfuerzo,
Conoce que es bastante su presencia
Para apagar el peligroso incendio;

Dispone su partida sin tardanza,
Y prepara bajeles y guerreros,
Que con él de las playas de Tarifa
Lleven quietud al africano suelo.

Del augusto monarca se despide,
Con la sultana madre sus secretos
Planes combina, instruye á sus amigos,
Con ricos dones se asegura el pueblo;

Y al tiempo de partir, aunqué á disgusto
Dando á Giafar las riendas del gobierno,
Con amarga sonrisa le promete
Pronto librarle de tan grave peso.

Tambien abraza al Huérfano, y aparte
Le dice acariciándole risueño:
" Qué?.... ¿no me pides el venir conmigo,
" Como otras veces con fervor has hecho?"

" Cuando apénas la lanza sostenías,
Ni avasallabas el corcel soberbio,
Quisiste acompañarme á la frontera,
Y un Tarif te juzgabas en esfuerzo;"

"Y ahora que en la destreza y lozanía
Eres de nuestros jóvenes modelo....
Mas olvido que te hallas encantado,
Y de un círculo mágico en el centro."

Del generoso jóven las mejillas
Con ruborosa grana se encendieron,
Y una lágrima pronta á derramarse
Aumentó el brillo de sus ojos negros.

Siente el Hagib el verle tan turbado,
Y de sus burlas el penoso efecto,
Y le dice amoroso: "Sé que anhelas
"A tu patria servir, lidiar cual bueno.

"Esta empresa, que al Africa me llama,
Exigirá mas que valor, consejo,
Y en Alá espero, que mi corvo alfanje
No brillará desnudo ni un momento."

"Otras empresas de valor y gloria
Pronto me ocurrirán; y tú el primero
A mi lado vendrás, donde tu brio
Tu frente adorne de laurel eterno;"

"Y cuando ufano y victorioso tornes,
Recibirás por merecido premio
La mano que eligiere tu cariño,
Aunqué alta sea; yo te lo prometo."

"Quédate pues, y rinde á la hermosura
El homenaje que envidioso apruebo,
Porqué sé que de amor la ardiente fragua
Da el mejor temple á un corazon guerrero."

"Pero entre tanto que mi ausencia dura,
Retirarte á la Albaida te aconsejo,
Donde con Zaide vivirás seguro
Del oculto furor de los perversos."—

El corazon palpita de Mudarra,
La perspectiva hermosa recorriendo
Que las palabras de Almanzor ofrecen
A sus enamorados pensamientos;

Y de su bienhechor la mano besa.
A abrazarle el Hagib torna de nuevo,
Y ocupando el arzon, deja el alcázar
De taciturna muchedumbre en medio;

De Córdova saliendo acompañado
Con seis ancianos jeques, cuyo esfuerzo,
Experiencia y lealtad aseguraban
De todas sus empresas el acierto.

Dejó Mudarra á Córdoba, obediente
De su alto protector á los deseos;
Aunqué siente salir de las murallas
Donde respira su adorado dueño.

En el castillo de la Albaida Zaide
Le recibió con paternal afecto,
Bien que notó en su frente oscurecida,
Que deja la ciudad con desconsuelo.

Entre la Albaida y Córdoba pequeña
Distancia corre, y se dilata en medio
Un apacible llano, donde hoy pastan
Vacas hermosas, cándidos corderos.

De las altas almenas del castillo
La ciudad se descubre, del risueño
Guadalquivir en la feraz ribera,
Gigantes torres elevando al viento.

Oyense rimbombar los sacros bronces,
Que en la que fué mezquita, y hoy es templo,
Han reemplazado con mejor destino
Del árabe Almuheden el ministerio;

Y desde la ciudad se ve la Albaida [22]
Sobre encinas y olivos verdinegros,
Al pié de la alta sierra, coronando
Un pardo risco entre apacibles huertos.

Este espacio tan corto y agradable
El jóven lo reputa por inmenso,
Pues él que le divide de su amada,
Jamas el amador lo halla pequeño.

¡Ay, cuánto mas terrible lo juzgara,
Si penetrase el triste los decretos
Del Destino inmutable!....Por fortuna
No alcanza tanto del amor el vuelo.

Ver espera á Kerima cada tarde
(Y esta esperanza es todo su consuelo)
De Zahira en la tumba, y en los bosques,
A do siempre dirige sus paseos.

El bárbaro Giafar que en las revueltas
De la costa africana sus proyectos
De ambicion insaciable funda altivo,
Y tal vez el trastorno del imperio;

Y que del Almanzor la alta fortuna,
El saber, la influencia y los esfuerzos
Espera que naufraguen en la empresa,
A que partió con tanto menosprecio;

Juzga en su mano para siempre firmes
El alto mando y el poder supremo,
Y en pos de gigantescas esperanzas
Por abismos sin fin se arroja ciego.

Ah! ¡que si eran falaces las del jóven,
Las del anciano audaz no lo son ménos!
Pues si no sabe amor lo que está escrito,
Tampoco la ambicion logra saberlo.

Trazan los hombres sus diversos planes,
Juzgando realidades sus deseos;
Y en tanto de su necia confianza
Inexorables búrlanse los cielos.

Nunca juzgó Giafar mas necesario
De Kerima y Zeir el himeneo,
Para llegar al fin de sus afanes;
Y á todo trance se resuelve á hacerlo.

La ausencia de Almanzor, que juzga eterna,
Libra su corazon de todo miedo;
Y es ya su voluntad raudo torrente,
Que mira roto el malecon opuesto.

Quién podrá resistirle?....Ama á su hija,
(Que ama el tigre tambien á sus hijuelos)
Mas la ambicion sacrificarla exige,
Y cede á la ambicion todo otro afecto.

"Hágase al punto la precisa boda;
"Hágase al punto sin pararse en medios:
"Todo ostáculo ceda." Dice, y vase
A buscar á Kerima luego luego.

—En su estrado magnífico, que adornan
Alfombras del oriente, por asiento
Un almohadon de seda de Damasco,
De blanda pluma tingitana lleno;

Bordando con aljófar y con sirgo
Una manga de verde terciopelo,
Halla el tirano padre á la hija hermosa,
Sola con sus amantes pensamientos;

Y ajustando á su rígido semblante
La máscara falaz de un dulce afecto,
Le declaró templado sus ideas,
Aunqué con tono de quien va resuelto.

Tembló Kerima, y pálida escuchóle,
Muda y sin respirar por un momento;
Mas pronto un mar de lloro derramando,
Apuró escusas, y apeló á los ruegos.

Giafar, inexorable á sus gemidos,
A sus tiernas caricias y lamentos,
Que un peñasco de bronce conmovieran,
Se alzó impaciente, y respirando fuego:

" Basta," gritóle : " obedecer te cumple;
" Ni lágrimas ni súplicas tolero :
" Tù suerte fija está.... solo seis dias,
" Para que te prepares, te concedo."

De su alcázar la bárbara opulencia,
La pompa, la riqueza y el respeto
De que se halló Kerima circundada
Desde que vió en la cuna el sol primero;

El encontrarse desde niña tierna
Sola, sin madre, y absoluto dueño
De sí, de su palacio, de sus siervas,
Y todo siempre á su querer sujeto;

El poder de su padre, la alta estirpe,
La beldad, el saber, el claro ingenio,
La adulacion continua y los aplausos,
Su cándida virtud no corrompieron;

Pero aumentaron el teson constante
De la firmeza, dote de su pecho,
Carácter que exaltaba nuevamente
De contrariado amor el noble esfuerzo.

Carácter, que cobrando su energía
Del fiero padre al despiadado aspecto,
Y al escuchar el bárbaro mandato,
Y el fijo plazo á sus desdichas puesto;

Hizo á Kerima contener el lloro,
Alzarse repentina, y con acento
De alta resolucion, solemnemente
Jurar desobediencia á tal precepto.

A su turno turbóse el fiero padre,
Guardó un instante sepulcral silencio,
Al puñal vengador llevó la mano,
Temblando de furor todos sus miembros;

Y dando pronto la expresion siniestra
De amarga risa á su semblante horrendo,
" Seis dias..... nada mas.... Tiembla, infelice;
" Y tiemble de tu amor el vil objeto."

Clamó, volvió la espalda, y ausentóse,
Y la puerta cerró con tal denuedo,
Que del vasto edificio retumbaron
Los artesones de dorado cedro.

En prision se trasforma aquella estancia,
Do tiene solo la nodriza acceso;
Vigilan á la entrada seis esclavos,
Y custodian la puerta cien guerreros.

El venturoso Expósito en tanto
En vivas ansias del amor ardiendo,
Cada tarde al sepulcro de Zahira
Acude en busca de su amado dueño;

Encuentra siempre el fúnebre recinto
Solo: sin fruto espera largo tiempo,
Y en vano corre las vecinas selvas,
Pues lo halla todo á su anhelar desierto.

Penetrar osa al cabo la muralla
De la insigne ciudad, y al fin envuelto
Con su albornoz, se acerca recatado
Al alcázar, prision de su embeleso.

Al traves de las verjas los jardines
Observa y reconoce sin efecto:
Los ojos alza á torres y azoteas,
Y no ve indicio alguno de consuelo.

Pasó tres dias en tan triste ausencia
En larga noche de dolor envuelto;
Y el cuarto acia la tumba de Zahira,
Aun á esperar, el paso dirigiendo;

Se le acercó turbado y misterioso,
Con arco y flechas, un esclavo negro,
A quien de plata una bruñida argolla
Cercaba en torno el atezado cuello,

Y con sumisa voz, "En cuanto brillen
"Del manto de la noche los luceros,
"Solo, en la fuente del Amir espera:
"Tendrá allí tu afanar cumplido premio."

Dijo, y sin esperar respuesta alguna
Tornó la espalda, y en el bosque espeso,
Como el que de ser visto se rezela,
Entró, y los troncos le ocultaron luego.

Quedó Mudarra sorprendido, mudo,
Sin saber qué pensar de tal encuentro,
Aunqué no duda que es de su Kerima,
Fiel servidor y reverente siervo.

"Sí, conozco á este moro: es un esclavo
De Giafar, y diestrísimo flechero;
Pero es la primer vez que en mis amores
Sirve de confidente el arduo empleo."

"Y Kerima.... á tal hora?.... en aquel sitio
Inculto y apartado?.... mas qué temo?....
Quién sabe los peligros que la cercan?
Quién los rigores de su padre fiero?"

Así dice; y ocupa su alma toda
El solo delicioso pensamiento
De que va á ver á su gentil Kerima,
Aunqué oculta inquietud le agita el seno.

Se emboza en su albornoz, y por el llano
Que la Albaida domina, á paso lento
Vaga, y espera la anhelada noche,
Que nunca tanto retardara el vuelo.

Afanoso miraba al sol ardiente
Descender al ocaso, apareciendo
Disco de sangre entre las nubes rotas,
Que iba esmaltando con matiz diverso;

Y cuando ya pasado el horizonte,
Dejaba solo al vaporoso cielo
Varios leves celajes de oro y grana
Y una lista no mas de vivo fuego;

Cercano mira el jóven el instante
Que esperaba con tal desasosiego,
Y al indicado sitio alarga el paso,
Miéntras se iba el crepúsculo extinguiendo.

Poco mas de mil pasos de la Albaida,
Acia poniente, entre árboles espesos,
Una rambla de arena se conserva,
Madre de claro arroyo en otro tiempo.

Un solitario risco la corona,
De pardo musgo entapizado á trechos,
En torno hay hondas quiebras y barrancos,
Desnudas peñas y frondosos fresnos.

Allí la fuente del Amir estaba;
(Hoy es un sitio temeroso y seco)
Y allí llegó Mudarrra, cuando el dia
Retiraba sus últimos reflejos.

La perspectiva hermosa que se ofrece
A la curiosa vista en aquel puesto,
Girando mudo en derredor los ojos,
Parado el jóven contempló un momento.

Ve al frente la ciudad majestuosa,
Que sobre el fondo del oscuro cielo
Aun mas oscuras sus excelsas torres
Dibuja, y sus alcázares soberbios.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,
Los pórticos, palacios y liceos;
Y hoy un desnudo llano solo viera,
Pues hasta las ruinas perecieron. [23]

Ve á la siniestra la tranquila Albaida,
Que pudiera llamar su hogar paterno,
Y á la espalda la sierra, que se encumbra,
De poniente á levante, al firmamento.

Pronto las sombras tan soberbia escena
Delante de su vista confundieron,
Y junto al tronco de acopada encina
Sobre la yerba se asentó el mancebo.

Aun de la gran ciudad á sus oidos
Llega el ronco bullicio de gran pueblo,
Y desde Zahara por el viento cunde
Son confuso de suaves instrumentos.

Una luz relucir mira en la Albaida,
La que alumbra de Zaide el aposento;
Y oyó en el llano pastoriles voces,
Fieles ladridos y balar corderos.

Era una noche de la fin de otoño:
La luna se elevaba á paso lento,
Pero oculta entre espesos nubarrones,
Rotos por partes, y por partes densos.

El reposo del orbe se aumentaba
Turbando solo el general silencio
De las áridas hojas el murmurio,
O de nocturnos pájaros el vuelo.

Recostado en el tronco de la encina,
Agitado de varios pensamientos,
Y aun de terror oculto poseido,
Pasó el jóven Mudarra largo tiempo;

Cuando el veloz galope de un caballo,
Que se paró de pronto, oyó á lo léjos:
Despues moverse jaras y malezas,
Cual si alguien se acercara acia aquel puesto;

Y pasos, y....Mas cesa de repente
Todo rumor, y el estridor violento
Le sucede de un arco sacudido
Y de flecha veloz el silbo horrendo,

De una flecha, que rauda resbalando
Por el turbante de Mudarra, el hierro
Clavó en el tronco á que la espalda apoya,
Toscas cortezas derribando al suelo.

Alzase el jóven sorprendido, helado:
Grita: "traicion!" y le responde el eco.
El albornoz á la siniestra envuelve,
Y con la diestra desnudó el acero;

Y oye cerca á una voz áspera, airada:
"Es esta tu destreza?.... toma el premio:
"No errarás otro golpe.... te lo juro....
"Yo solo basto.... Muere, infame negro."

Un ay profundo, y el pesado golpe
Sonó en seguida de quien cae al suelo,
Y un bulto blanco ante Mudarra sale,
Y de un desnudo alfanje el centelleo.

"Asesino!.... asesino!" el jóven grita,
Y al fantasma se arroja con denuedo,
Pues fantasma parece su enemigo,
De pié á cabeza en un barnuz envuelto.

Trábase horrenda lid: solo retumba
De ambas cuchillas el sonoro encuentro:
El incógnito pone gran cuidado
En encubrirse y en guardar silencio.

Fuerte en las armas es, y ágil pelea
Con ira tal y con furor tan ciego,
Que mas que defenderse, herir procura,
Y tiene al jóven en terrible aprieto.

Mas este que ocupado en su defensa,
Ve que reputacion pierde y terreno,
Pára con la siniestra un tajo, y pone
La aguda punta del contrario al pecho:

Del contrario tenaz, que furibundo
Se arroja sin pensar sobre el acero,
De negra sangre cálido torrente
Del traspasado corazon vertiendo.

Súbito el hierro matador retira
Asustado Mudarra: hondo silencio
Reinó un instante: un hórrido alarido
Lanzó el feroz fantasma, y cayó muerto.

El jóven retrocede horrorizado;
Mas su noble valor recobra luego,
Y quiere conocer al enemigo
Que en tal peligro y trance tal le ha puesto.

Se acerca palpitante, desenvuelve
El rostro que el barnuz tiene aun cubierto,
Y á un rayo de la luna que resbala
Por rotas nubes, reconoce.... oh cielos!

Al cruel Giafar, al padre de Kerima,
Al primer personaje del imperio.
No sabe dónde está, torna á mirarle;
De su cabeza erízase el cabello;

Queda cual jóven escolar de un mago,
Que ignorante en los libros del maestro,
Halla un conjuro, y sin pensarlo evoca
Sombra infernal ó aterrador espectro.

Alzase de repente, y á la Albaida
Huye veloz, como cobarde ciervo,
Que estando descuidado en el arroyo,
Ve aparecer al tigre carnicero.

ROMANCE TERCERO.

«Valiente eres, capitan,
Y cortes como valiente:
Con tu espada y con tu trato
Me has cautivado dos veces.»
Góngora.

Inquieto Zaide está: vió en occidente
Hundirse el sol, y descoger su manto
La oscura noche, y vió sobre las nubes
La luna alzarse en su argentino carro;

Y aun no parece el Huérfano querido
En el tranquilo hogar. Ya el cuerdo anciano
De sus amores penetró el secreto,
Y le da su tardanza sobresalto.

Una vez y otra vez desde la torre
La vista tiende á los vecinos campos:
Sube á su estancia, baja á los jardines,
Por Mudarra pregunta á sus esclavos.

Al fin sale á esperarle á la plazuela,
Do salta un surtidor, y cuyos arcos
Arreboleras, yedras y jazmines
Visten entre tejidos encañados.

La noche avanza, su inquietud se aumenta,
No parece el garzon, quiere buscarlo;
Y desciende á los bosques convecinos,
Y entre los rudos troncos gira un rato;

Cuando oye por la senda, que á la fuente
Del Amir va, los presurosos pasos
De alguno que á la Albaida se encamina
Sobre la muerta pompa del verano;

Y luego ve acercarse de carrera
Un bulto que el rumor viene causando.
Pronto le reconoce.... sí.... Mudarra!
Ya le recibe mudo en su regazo.

¡Mas en qué situacion llega el mancebo!
O santo Dios, en qué terrible estado!
Pálido, alienta apena, en torno gira
Los ojos, que terror pintan y espanto;

Desceñido el turbante al viento ondea,
Desnudo el hierro muéstrase en su mano;
Y hierro, y mano, y manga es negra sangre,
Y sus miembros temblor, nieve su tacto.

Todo al punto lo advierte Zaide, y todo
Le está de horror el corazon ahogando :
Cuajásele la sangre, y confundido,
Prorumpe así con balbuciente labio :

"Oh Mudarra!.... qué es esto?.... ay hijo mio!...
" Qué golpe amaga á este infelice anciano?
" Mudarra!.... no respondes?"— El mancebo,
Al conocido acento en sí tornando,

Alza la faz, lanza un gemido, y dice :
" Al padre de Kerima muerte he dado."
Y con nuevo terror quiere esconderse
Del tierno Zaide en los amigos brazos.

"Cómo?" pregunta el viejo : "has dado muerte
" A Giafar?" — "A Giafar," responde ahogado
El mísero garzon ; y Zaide exclama :
" ¿Quién penetra tus miras, cielo santo?"

" Oh poderoso Alá!.... ciertas, terribles
Son tus venganzas : sí, la eterna mano
Que las estrellas rige, inexorable
Pesa sobre la frente del malvado."

" O jóven! de las iras del Eterno
Es ya ministro tu inocente brazo.
Álzate, torna en ti ; noble principio
A tus venganzas sin saberlo has dado."

"Álzate, torna en ti: llegó el momento
De la revelacion; llena los altos
Destinos á que el cielo te encamina;
Cúmplanse sus decretos soberanos."

Tales palabras del turbado jóven
El corazon confuso reanimaron;
Lumbre de gloria relució en sus ojos,
Cesó de pronto su abatido espanto:

Sintió su sangre hervir, miró el anillo,
El misterioso anillo que la mano
Adornó de Zahira; estremecióse,
Y la diestra estrechó del viejo sabio.

Este, resuelto, "Sígueme," le dice:
"Ven conmigo al jardin, y de los astros
"Allí en presencia, con el fiero adorno
"De esas ropas que sangre están manando,"

"Y con esa invencible cimitarra
Firme en tu diestra; escucha de mi labio
La maldad de los hombres, los desastres
Que presidieron á tu orígen claro,"

"Y la alta obligacion que el cielo impuso
A tu nacer. El tiempo no perdamos,
Pues debes para siempre estas riberas
Dejar ántes que el sol tienda sus rayos."

Ay!.... las palabras últimas de Zaide
El pecho de Mudarra traspasaron.
Tembló, fijó la planta, quedó inmoble,
Y un suspiro lanzó. Viéndolo el ayo,

Con gran resolucion y fuerte diestra
Le ase y sacude la siniestra mano,
Y "Oh Mudarra!.... oh Mudarra!.... en este instante
" No vil temblor, esfuerzo es necesario,"

Grítale, y ante sí firme le impele;
Y entrambos pasan del castillo el atrio,
Y en gran silencio, del jardin caminan
Por las calles de adelfas y naranjos.

Llegan á un sitio de él, donde sus puntas
Siete cipreses jóvenes alzando,
Una cuadrada losa circundaban
Bruñida y sin emblema ni epitafio:

Sitio donde Mudarra muchas veces,
Con la atencion de los primeros años,
Del docto Zaide oyó doctos consejos,
Y de honra y de virtud sublimes rasgos;

Y do siempre curioso preguntara
Lo que guardaba aquel pulido mármol,
Recibiendo tansolo por respuesta
Tiernas caricias, lágrimas y abrazos.

Páranse pues allí; sobre la losa
Se asientan mudos y abatidos ambos,
Y alza la faz al vaporoso cielo,
Sin prorumpir palabra, el noble anciano.

Su marchito semblante iluminaba,
Por la cándida barba resbalando,
El claror de la luna, que triunfante
De las nubes reinaba en el espacio.

Su venerable rostro las señales,
Y los ojos de lágrimas preñados,
Daban de quien recuerda atroces hechos,
Y le falta la voz para contarlos.

Mudarra en sus facciones juveniles,
Vuelta la espalda al disco plateado,
De oscuridad cubiertas, escondía
Inquietud, atencion, dolor y espanto.

Estaba el viento en calma; blandamente
El aura hería los desnudos ramos;
Reinaba hondo silencio; pero Zaide
Rompiólo al fin de esta manera hablando.

"Muerto el rey Alhaken, Giafar, ansioso
De conservar de Hagib el sumo cargo
Con nuevos triunfos, emprendió la guerra,
Y á Castilla y Leon cubrió de espanto."

"Yo seguí sus pendones victoriosos
En el vigor de mis robustos años,
Y fuí parte y testigo de una empresa,
Que tuvo cual injusta el resultado;"

"Pues, como sabes, al volver triunfantes,
De horror, de sangre y de victorias hartos,
Y de despojos ricos, y oprimiendo
Turba infeliz de míseros esclavos;"

"Un digno caballero de Castilla
Con pequeño escuadron de sus vasallos,
Nos siguió y sorprendió, del Guadarrama
Entre los bosques, quiebras y peñascos."

"Y los que vencedores é invencibles,
Cual rápido torrente, derribamos
El poder colosal del cristianismo,
El esfuerzo leones y el castellano;"

"Fuimos vencidos, rotos y deshechos
Por tan escasa hueste, y por el brazo
De un solo caballero, que de luto
Cubrió á su turno nuestro suelo patrio."

" ¡Terrible y desastroso fué aquel dia,
Para el imperio musulman aciago!
Dó el esfuerzo andaluz?.... solo un guerrero
Tronchó sus palmas, agostó sus lauros."

" Yo combatí cual bueno: lanza á lanza
Embestí al generoso castellano,
Que un escollo de acero parecía,
Y lidiamos los dos un largo espacio."

" Le encontré irresistible, y á sus golpes
Herido yo, sin fuerzas mi caballo,
Cedí, cayendo en la menuda yerba,
Su verdor con mi sangre marchitando."

" No vi mas la matanza, pues mis ojos
Oscurecidos con letal desmayo,
Cuando á la vida y á la luz se abrieron,
En un albergue pastoril me hallaron."

" Me encontré con asombro en pobre lecho,
Do una tosca zagala y un anciano
Me prodigaban útiles socorros,
Gran interes en mi vivir mostrando."

" ¡Oh, cuán injustos son nuestros juicios,
Cuando en la diferencia los fundamos
De usos y religion!.... Pues fué el primero
Que á mi mente ocurrióse en aquel caso,"

"El que estaba cautivo, la asistencia
Atribuyendo de los dos villanos
Al afan de obtener con mi persona
Rescate rico ó vigoroso esclavo."

"Casi á la muerte me tornó esta idea;
Mas ¿cuál fué, cielos, mi sorpresa y pasmo,
Al ver á aquel que suspendido había
Sobre mi frente de Azrael el brazo?"

"Hallé á Nuño Salido junto al lecho,
De gozo, al verme vivo, enajenado,
Que con grande ternura, *O Zaide*, dijo,
O noble bienhechor, no eres esclavo."

"*En cuanto ayer á mi señor osaste*
Acometer con ánimo gallardo,
Te conocí. Al mirarte en tierra herido,
Quién eras, le grité; y él, ya prendado"

"*De tu gentil aspecto y bizarría,*
Mandóme socorrerte, del estrago
Sacarte, y conducirte á su presencia,
Do hallarás libertad, honra y aplausos."

"*Ánimo, Zaide bueno; tus heridas*
Peligrosas no son. Al punto vamos
A ver á mi señor, que honrarte anhela
Con su noble amistad y dulce trato."

"Yo al conocer á Nuño, al escucharle,
Al ver su rostro en lágrimas bañado,
Fuí á arrojarme á sus plantas desde el lecho,
Y me encontré en su seno y en sus brazos."—

Aquí el discurso enternecido Zaide
Suspendió, á tal recuerdo suspirando;
Pero anudóle al punto, y de este modo
Tornó á alentar su venerable labio:

"Era Nuño un ilustre caballero,
Que por mí en otra guerra cautivado,
Vino conmigo á Córdoba; y halléme
Con un amigo, en quien pensé un esclavo."

"Ya su destreza en las guerreras armas,
Su noble aspecto y su valor bizarro
Llamaron mi atencion, desde el momento
Que lanza á lanza le apresé en el campo;"

"Y luego su entereza en la desgracia,
Su extrema rectitud, su ingenio claro,
Su excelente carácter, sus virtudes,
Y su rara instruccion me cautivaron."

"Él me enseñó caballerescas artes,
Al mismo tiempo que su idioma patrio;
En un grande infortunio fué mi apoyo,
Y siempre amigo y consejero sabio."

"Quince dichosas lunas que nos vieron
Siempre juntos, veloces se pasaron....
Mas ¿cómo yo abusar de sus bondades,
Ni él llamarse feliz en suelo extraño?"

"Al fin era un cautivo, y en su frente
Divisaba los hórridos nublados
De quien se encuentra de su hogar paterno,
De sus deudos y amores apartado;"

"Y libre y rico le torné á su patria.
El cielo bienhechor allí le trajo,
Do de la esclavitud y de la muerte
Libre me viera por su amigo amparo."

"—En nudo estrecho, y desahogando el alma
Una gran pieza con sollozos blandos
Permanecimos.... ¿qué medicamento
Pudiera haber tan saludable y grato?"

"Restauradas sentí mis fuerzas todas,
Y oprimiendo los lomos de un caballo,
Que Nuño á pié del diestro dirigía,
A un castillo partimos inmediato."

"El valiente adalid en él estaba
Con los suyos, gozoso celebrando
El banquete del triunfo, en el momento
Que á su vista los dos nos presentamos."

"Cuarenta primaveras contaría....
La edad que entónces yo. Fuerte y gallardo
Era su talle, su semblante hermoso,
Sus grandes ojos rutilantes astros."

"Gonzalo Gústios, el señor de Lara,
Eran su nombre y título. Al mirarnos
Interrumpió el festin, y recibióme
Con franco aspecto, y me alargó la mano."

"Siete hermosos mancebos coronaban
La sobria mesa: apénas quince años
Contaría el menor, de cuyo rostro
Y gentil corpulencia eres retrato:"

"Veinte y dos el mayor. Eran los hijos
Del noble valentísimo Gonzalo;
Y Nuño, mi constante y generoso
Amigo de ellos preceptor y ayo."

"Sus brazos nos robaron la victoria,
Siendo la prez y honor de los cristianos:
Mancebos generosos! dignos eran
De haber nacido con mejores hados.

"El padre en medio de ellos parecía
Noble leon, que en los masilios campos
Invencible su regia pompa ostenta,
De sus fuertes cachorros circundado;"

" O generosa palma del desierto,
Cuyos renuevos á su pié lozanos
Ofrecen la esperanza al peregrino
De darle, un tiempo, bienhechor restauro."

" Obsequios y caricias recibiendo
Del padre y de los jóvenes gallardos,
Permanecí hasta el punto en que su lumbre
Templaba el sol en el remoto ocaso:"

" Que afable entónces el señor de Lara
Se alzó, y me dijo, asiéndome la mano:
Vé en paz, valiente Amir, que yo á Castilla
Torno, pues ya su conde está vengado."

" *Vuelve á tu patria; pero nunca olvides*
Le estimacion que á tu valor consagro,
Y plegue á Dios iluminar tu mente
De la fé sacrosanta con los rayos."

" Y yo le respondí: *Caudillo insigne,*
Me has dos veces vencido y cautivado,
Una con tu denuedo y fuerte lanza,
Otra con tu presencia y noble trato."

" *Alá te guarde, y de tus nobles hijos*
En medio vivas los eternos años
Que en el Líbano el cedro generoso,
Para ser de guerreros el dechado."

"Me abrazó el héroe, y como firme prenda
Me dió esta daga, que de mí no aparto:
Yo coloqué en su diestra un rico anillo....
Ese mismo que tienes en tu mano."

Calló un momento Zaide: estremecióse
Mudarra, y lleno de sorpresa y pasmo
Miró el anillo, en cuyas ricas piedras
Las luces de la luna rielaron;

Y concibiendo por la prenda rara
Mayor respeto y misterioso espanto,
Iba á hacer mil preguntas anheloso;
Mas de este modo lo impidió el anciano:

"Me encontré á la salida del castillo
Con dos ilustres moros, libertados
Tambien por Lara, para escolta mia,
Con armas, provisiones y caballos;"

"Y emprendí á estas riberas mi regreso
A cortas marchas y con lento paso,
Pues bien que leves mis heridas fueran,
Necesité remedios y descanso."

"Entré por fin en Córdoba, aun cubierta
De luto, de terror, de angustia y llanto;
Aunqué era gran consuelo en tal desastre
Ver á Giafar depuesto y humillado."

"Almanzor generoso ya ocupaba
De excelso Hagib el merecido cargo,
Y viendo en mí á su amigo de la infancia,
Caricias mil me prodigó y aplausos."

"A restaurar el vacilante imperio
Aplicó su saber, y sospechando
Que la pasada rota alentaría
A los siempre rebeldes mauritanos;"

"Trató de asegurar paz duradera
Con Castilla y Leon, para á su salvo
El África observar; y de entablarla
Me dió al momento el importante encargo."

"Restablecido apénas, el recinto
Dejé de esta ciudad, acompañado,
Por séquito y decoro en mi embajada,
De doce musulmanes ilustrados."

"De tejidos de Persia, de jaeces,
De damasquinas armas, de caballos
Árabes y andaluzes, y de alfombras,
Filigranas, perfumes y penachos,"

"Llevé rico presente; y de Toledo
Las gigantescas torres saludando,
Y las nevadas cumbres de Fonfría,
El confin penetré del castellano."

"Pronto avisté de Búrgos las almenas;
Y su nuevo señor, el conde Sancho,
Asistido de nobles y magnates,
Afable recibióme en su palacio."

"Era don Sancho el sucesor y el hijo
Del conde don García, que lidiando
Murió en la última guerra, y tan mancebo,
Que aun el cetro regir no le era dado."

"El gobierno supremo de Castilla,
Aunqué siempre en su nombre, estaba á cargo
De su madre doña Ava, del Ulema,
Que llaman arzobispo los cristianos,"

"Y del gran Gústios, el señor de Lara,
Mi amigo y vencedor, por cuyo amparo
Hallé grata acogida, y cuyo influjo
Facilitó la paz que fuí buscando."

"Los usos y costumbres castellanas,
Sus raras leyes y su rito extraño,
Que observé á mi placer aquellos dias,
De admiracion y asombro me llenaron."

"Advertí la ignorancia y la rudeza
De aquel naciente reino, que fundado
A fuerza de valor y de altos hechos,
Hierro y ferocidad son sus ornatos."

"¡Ay de nuestro florido y ancho imperio,
Si ántes de corromperse los cristianos,
Sus discordias domésticas olvidan,
Y procuran unidos derribarlo!"

"Ajustada la paz, Gonzalo Gústios
Me llevó á la cabeza de su estado,
A la villa de Sálas, do tenía
Su alcázar, su familia y sus vasallos."

"Allí torné á encontrar sus siete hijos,
En Castilla y Leon apellidados
Los Infantes de Lara, y del buen Nuño
Volvíme á ver en los amigos brazos."

"¡Oh, qué hospitalidad, franca y sencilla,
Fieles, infieles, moros, castellanos,
Y nobles y plebeyos encontraban
En el soberbio alcázar de Gonzalo!"

"En él me hallé y en un banquete, el dia
Que el cielo con certísimos presagios
Anunció á la familia sin ventura
El recio temporal do ha naufragado."

"A la mesa cubierta de viandas,
Coronada de nobles y de hidalgos,
Y por Lara y sus hijos presidida,
Me hallaba yo, contento y descuidado,"

"Con varios extranjeros, y dos moros
De mi acompañamiento, insignes ambos,
Uno en alquimia, plantas y elementos,
Otro en la oculta ciencia de los astros."

"De altos hechos tratábamos, de guerras,
Y de los lances de la caza; cuando
Desprendido cayó del alto muro,
Y á tierra vino con rumor extraño"

"El fuerte escudo del señor de Lara,
Que un dorado castillo en rojo campo,
Blason de su linaje esclarecido,
Ostentaba en su centro; y que colgado"

"Sobre pendones, lanzas y despojos,
Coronaba un trofeo. El sobresalto
Fué general; y de Gonzalo Gústios
El hijo mas pequeño, (que Gonzalo"

" Se llamaba tambien, y de quien eres,
Como torno á decirte, fiel retrato)
Al tiempo de volver el cuerpo y rostro,
Un salero volcó sin repararlo."

" Nótanlo todos; y las dos señales,
Funestas en Castilla, asombro helado
Dieron al corazon de los presentes,
Como silencio fúnebre á sus labios."

"Gústios, aunqué tan grande en fortaleza,
Tembló tambien, y no alentó; y pasmado
Miró al bueno y fiel Nuño, cuyos ojos
A la muda pregunta se arrasaron."

"Yo alzéme pronto, y sin saber qué hacía,
Cogí el volcado escudo, y con mis manos
Lo torné al alto sitio.... El cielo ahora
Me descubre tambien que fué presagio."

" El uno de mis moros, el que era
En las ciencias ocultas extremado,
La hora y el dia en que nació el mancebo
Preguntó, le pidió la diestra mano,"

" Y en su palma observó ciertas señales,
Misteriosas palabras murmurando.
Todos en derredor con gran silencio
Y gran curiosidad nos agolpamos;"

"Pero él, mudada la color del rostro,
Clavó la vista en el garzon gallardo:
No osó pronosticar: sacó del seno
Una bolsa de cuero y de recamos,"

"Y de ella un pequeñuelo pergamino
Con signos cabalísticos marcado:
Se lo dió, y le encargó tenerlo siempre,
Sin jamas de su cuerpo separarlo."

"Sonrióse el jóven, pero cuerdo el padre
Admitiólo cortes; miéntras mostraron
En la faz los que en torno se encontraban,
Disgusto insultador, desprecio amargo."

"Un peregrino que asistió á la mesa,
Griego segun el traje, penetrando
Hasta do estaban Gústios y sus hijos,
Desprendióse del cuello un relicario,"

"Que una astilla de leño contenía,
Imperceptible casi, y con extraño
Lenguaje prorumpió: *Dios me concede*
A la hospitalidad mostrarme grato."

"*De tu sangre te guarda, hermoso jóven!....*
¡Una gran fiesta abortará mil daños!....
Suelta el vil talisman, toma esta prenda,
Que es prenda santa y te dará su amparo."

"Dijo, y colgóla al pecho del mancebo,
Quien reverente la llevó á los labios;
Y con gran devocion, al verla, todos
Humildes á adorarla se postraron."

"Mas, ay! ni al talisman ni á la reliquia
En nuestros pechos reponer fué dado
La dulce calma y plácido contento,
Qué á la par del broquel se desplomaron."

"Ya era Sálas mansion desapacible
Por tal suceso, y porqué á paso largo
Con nieve y lluvias avanzó el invierno;
Y á la corte de Búrgos regresamos."

"A poco tiempo celebró sus bodas
El noble Ruy-Velázquez, un hermano
De la esposa de Gústios, y orgulloso
Ostentó en ellas su grandeza y fausto."

"Era el tal Ruy-Velázquez el caudillo,
Que falto de experiencia, aunqué bizarro,
Llevó á la muerte al conde don García,
De Castilla el valor desperdiciando;"

"Pues jóven, sin consejo ni experiencia,
A Gústios antepuesto, el sumo mando
Logró obtener en la postrer campaña,
Por ser lucido y diestro cortesano."

"Y como al mismo ejército y pendones,
Que él con todo el poder de los cristianos
No pudo resistir, venció en seguida
Con tan escasa hueste su cuñado;"

"De envidia lleno el corazon maligno,
Le detesta feroz, pues los aplausos
Que tributó Castilla á la alta hazaña,
Los juzga de su honor en menoscabo."

"Al verle con doña Ava y el Ulema
El cetro gobernar del conde Sancho,
Premio digno al valor con que á su patria
Salvó glorioso del postrer estrago;"

"Arde en saña su pecho, y solo anhela,
Bien que escondiendo su furor insano,
Al héroe derribar, que á su derrota
Dió noble enmienda con robusto brazo."

"Trató su enlaze pues con doña Lambra,
Dama de gran linaje y rico estado,
Aunqué hermosa y gallarda, altiva y fiera,
Y no en la flor de los primeros años."

"En el templo de Búrgos fué la boda,
Con pompa y con magnífico aparato,
Y magníficos fueron los convites,
Los festejos, las danzas y saraos."

"Gústios de Lara con los siete Infantes
Asistió, de Velázquez siempre al lado,
Y él y sus hijos, y sus deudos todos
Ricamente á los novios regalaron."

"Las extremas caricias, los obsequios,
Los elogios sin cuento y los abrazos,
Que estaban Ruy-Velázquez y los suyos
A Gústios y á sus hijos prodigando,"

"Fueron entónces tales, que mi pecho
Con sospecha y temor atribularon;
Pues los que aborreciendo, tanto halagan,
De saciar su furor están cercanos."

—"Los deudos de la novia una gran justa
En la plaza de Búrgos convocaron,
Empresas y ropajes dispusieron,
Cotas, paveses, lanzas y caballos."

"De doña Lambra primo Alvaro Sánchez,
El montañes gigante apellidado
Por su vigor y prócer estatura,
Era el mantenedor con otros cuatro;"

"De lanza á lanza sostener debiendo
Con cuanto guerreador viniese al paso,
Que ninguna á la novia aventajaba
En sangre ilustre, en hermosura y garbo."

"Publicóse el cartel á media noche,
Y se fijó en las puertas del palacio,
De cien antorchas á la roja lumbre,
Al son de trompas y á la voz de heraldos."

"Hirvió la sangre juvenil, ardieron
Los nobles pechos de los siete hermanos,
Y ya gozosos entre sí trataban
De armaduras, divisas y penachos;"

"Cuando el sesudo padre en mi presencia,
Y del discreto Nuño aconsejado,
Los reunió y abrazó, y afable y tierno
Así les dijo con prudente labio:"

"*Hijos, templád vuestros fogosos pechos,*
No requiráis las armas y caballos,
Que no es para vosotros esta justa,
Y no debéis en ella presentaros."

"*Sostener de su esposa la belleza*
Y la alcurnia, á vosotros no ha encargado
Vuestro tio Ruy-Velázquez: los parientes
De ella la empresa toman á su cargo."

"*Ajeno es de vosotros combatirla,*
Dejád que la combatan los extraños:
Sed solo espectadores de una lucha,
En que fuera perder, ganar el lauro."

"*No, no es para vosotros hijos mios....*
Ay!....aquel peregrino!....los presagios!....
Parte no tomaréis en la tal fiesta:
Si no basta mi ruego, yo os lo mando."

"Dijo el padre, y quedaron los mancebos
Con la impaciencia de corcel gallardo,
Que va suelto á arrojarse á la carrera,
Y le contiene la prudente mano."

"Llegó el dia fatal: la extensa plaza
Inundó ansioso pueblo, y por tablados,
Antepechos, terrados y barreras
Fuése á la luz primera acomodando."

"En un balcon, donde de seda y oro
Descollaba un dosel, el conde Sancho,
Su madre, el arzobispo y el de Lara
Los supremos sillones ocuparon;"

"Y en el opuesto frente, los esposos,
De joyas y de plumas adornados,
Un espacioso corredor, vestido
De yerba y flores, y de emblemas varios."

"Por séquito llevaban veinte pajes,
Escuderos y damas, diez hidalgos
Eran su escolta, y deudos y parientes
En derredor con ellos se asentaron."

"De allí no muy distante honrado puesto
Yo con los mios ocupé, y al lado
Caballeros leoneses lo tenían,
Extrangeros ilustres y prelados."

"Los siete Infantes, con lucidas galas
Y con gallardas plumas muy bizarros,
Andaban recorriendo entre el bullicio
La extensa plaza, pórticos y andamios;"

"Y cada cual, al punto del despejo,
Segun su inclinacion se fué buscando
Escaso asiento junto á alguna hermosa,
Y en la barrera lo encontró Gonzalo."

"Se asordó el viento con los recios sones
De timbales y trompas; los heraldos
El cartel y las leyes de la justa
De nuevo en alto acento pregonaron;"

"Y los mantenedores á la liza,
De pajes y padrinos rodeados,
Ceñidos de magníficos arneses,
Salieron en fortísimos caballos."

"El gigante orgulloso, Alvaro Sánchez,
Sobresalía entre los otros cuatro,
Como alta torre entre los altos muros,
Una fornida lanza manejando."

"Luengas espadas ostentaban todos,
Anchos escudos, y pendiente al lado
Del dorado borren la fuerte maza,
Y por empresa un sol, rey de los astros."

"El combate empezó : lances diversos
En él hicieron caballeros varios.
Allí dos de Alafranc y dos leoneses
Con la espalda midieron el estadio;"

"Y cuantos guerreadores en la arena
Conquistar intentaron aquel paso,
Las lanzas rotas, los corceles muertos,
Vencidos fueron y por tierra echados."

"Aunqué de los que el puesto mantenían,
Tambien cayeron á su vez los cuatro;
Vengólos Alvar Sánchez, que invencible
Derribó fuerte cuanto vino al campo."

"No era noble y gentil su continente,
No diestro se mostraba ni gallardo;
Pero era emblema de la fuerza, estaba
Mas firme que los toros de Guisando."[24]

"La torre de Malmuerta[25] parecía,
Cuando la tempestad la embiste en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella, ronco de furor bramando."

"Doce conquistadores ya vencidos,
De arneses, mallas, plumas y penachos,
Y de astillas y sangre la ancha plaza
Toda cubierta estaba, y al ocaso"

"Se retiraba el sol. En la ancha arena
A Castilla y al orbe provocando,
Los cinco justadores persistían
En ocio por la falta de contrarios."

"Álvar, enardecido y orgulloso,
Ronco gritaba así de cuando en cuando:
¿No hay ya quien ose combatir conmigo?....
Salga el que no me tema, aquí le aguardo."

"Mas como nadie á responder saliese,
Para dar diversion al vulgo vano,
Un juglar que servía á doña Lambra,
No sé si malicioso ó mentecato."

"En quien tenía su privanza ella
Por regocijador de su palacio;[26]
Dejando el escabel de su señora,
Do el tiempo había de la justa estado,"

"Bajó á la plaza, del bonete rojo
Los gruesos cascabeles repicando,
Y de su traje de botarga haciendo
Ostentacion con gestos y con saltos,"

"Empezó á recorrer la extensa liza,
Una hinchada vejiga atada á un palo
Revolviendo en el aire, ó ya con ella
El suelo y los puntales golpeando."

"Fué universal la risa: le tiraban
Bollos, frutas, confites; y él, ufano,
Ya afrentaba insolente á los vencidos,
Ya daba al vencedor necios aplausos."

"Al pasar inmediato al antepecho,
Do sin mirarle hallábase Gonzalo,
Haciendo contorsiones y figuras,
Prorumpió así con atrevido labio:"

"*Qué tal? qué tal, mancebo? allí no hay trampa,*
Ni gallardías, ni impotente garbo:
Todo allí es corazon, y todo es puño,
Y los ojos cerrar, y dar trancazos."

"*Mi alma con la suya....Dios nos libre*
De que enarbole en contra nuestra el brazo:
No és un galan de alcorza. Dijo y fuése,
Cabriolas mil y carcajadas dando."

"Furioso á castigarle se arrojara,
Encendido de cólera Gonzalo;
Pero respeto al padre le contuvo,
Y alzóse de su puesto despechado,"

"Cuando al llegar á un corro en otra parte,
Oyó decir á un labrador anciano:
Ya no se halla en Castilla quien compita
En fuerza y en poder con ese hidalgo."

"*Es un jayan*, repuso otro del pueblo,
Que pudiera de un soplo hacer pedazos
La mezquita de Córdoba. Los Laras
Lo aciertan con estarse en los andamios."

"Prosiguió el labrador: *Muy bien han hecho,*
Aunqué hubieran salido del engaño
De que son invencibles. Otro dijo:
Harta disculpa tienen, son muchachos."

"Colmóse la medida, ardió en el pecho
Del jóven un volcan, y rebramando,
Ni vió mas, ni oyó mas; y del concurso
Y de la plaza huyóse sofocado."

"Mas nadie lo notó. Los justadores
En inaccion siguieron grande rato,
Y ya el vulgo impaciente se mostraba
Del vil juglar y de sus chistes harto;"

"Cuando las huecas trompas y timbales
Con general contento resonaron,
La llegada anunciando de un guerrero
Que viene á combatir. Por los tablados"

"Cundió el rumor confuso de gran pueblo,
Que se fué nuevamente acomodando,
Y que hundióse en silencio al punto mismo
Que el nuevo guerreador entró en el campo."

"Toscas vulgares armas, ni aun lucientes,
Sin plumas ni labores pobre casco,
Calada la visera, y un escudo
Liso, sin mote, ni blason, ni ornato,"

"Sacaba el caballero, y en la cuja
Una lanza de guerra, y un caballo,
No de tendida crin y noble aspecto,
Aunqué lijero y dócil al bocado."

"Del peto y espaldar hebillas varias
Sin abrochar estaban demostrando,
Que acababa de armarse á toda prisa,
Como todos al punto lo notamos."

"Eran tales su gracia y gentileza,
Tanta la habilidad, soltura y garbo
Con que regía el pisador, y tales
Su noble talle y cabalgar gallardo;"

"Que adiviné quién era en el momento,
Y todos ó los mas lo adivinaron.
Mas por aquel instinto que resalta
Siempre en la muchedumbre, no hubo un labio"

"Que imprudente su nombre pronunciase,
Y fué el silencio universal, tornando
Todos la vista acia el señor de Lara,
Que escondió el rostro con entrambas manos."

"Yo miré á Ruy-Velázquez, cuyos ojos
Ardieron de furor, y con recato
Habló algunas palabras al oido
De doña Lambra, que su faz turbaron."

"Dió el caballero en torno á la estacada
Un airoso paseo, acreditando
Quién era mas y mas, y haciendo pruebas
Del poder y obediencia del caballo;"

"Y parándose en medio, en voz sonora
Pidió con Sánchez combatir. Negado
Por los jueces le fué, por no ser Sánchez
El que debía sostener el campo,"

"Pues ántes de su turno, lo tenían
Para entrar en la lid dos de los cuatro.
La ley fué obedecida, y presentóse
Aquel á quien tocaba, muy ufano;"

"Pero apénas salió, vióse en la arena
Con potro, escudo y lanza derribado,
Al choque del incógnito, que mudo
Tornó á ocupar su puesto á lento paso."

"Salió el segundo, las primeras lanzas
Valiente resistió de brazo á brazo:
No fué tan venturoso en las segundas,
Y vencido cayó del potro abajo."

"El pueblo lleno de sorpresa estaba,
Faltándole la voz para el aplauso,
Porqué ve con pavor llegado el punto
De que éntre el fuerte Sánchez al estadio."

"Cubierto estaba de sudor y espuma
El corcel del incógnito. Saltado
Habían las hebillas de su almete:
Grítale el pueblo: *Toma otro caballo.*"

"Mas él nada responde; y firme espera
A Sánchez, que en la plaza entró bizarro,
En un morcillo que la llena toda,
Y la estremece al golpe de sus cascos."

"Ay!.... yo vi entónces del señor de Lara
Demudarse la faz, y vi bañado
De amarga risa el pérfido semblante
De Velázquez tambien, y que la mano"

"Tomó á su esposa, y que miró á los suyos,
Desprecio y confianza demostrando,
Miéntras la muchedumbre en gran silencio,
Ni aun osa respirar de miedo y pasmo."

"Sonó el clarin, partieron como flechas
Sánchez y el caballero; se encontraron,
Y en el opuesto escudo cada lanza
Tocó, dió lumbre, y resbaló, dejando"

"Honda señal. Los potros revolvieron,
Ambas picas rompiéronse en pedazos:
Continuaron con otras el combate,
Y pretal con pretal al fin se hallaron."

"El corcel del incógnito el empuje
Sufrir no pudo del corcel contrario;
Dobló las piernas, y en la ardiente arena
Los corvejones estampó. A espolazos"

"Sostúvolo el ginete, y como el viento
Le hizo arrancar, y separarse á saltos.
Sánchez buscó otro choque; mas no era
Tan diestro en el manejo del caballo"

"Cual su competidor, que lo evitaba
Con gran saber, y que le dió á soslayo
Un duro bote, que abollóle el peto,
Sin que el broquel pudiese repararlo."

"Entónces advirtiendo Alvaro Sánchez,
Que un solo broche sujetaba el casco
Del justador, dirígele la punta
Con tanta furia y con acierto tanto,"

"Que dejó descubierto el rostro hermoso
Del noble mozo, del gentil Gonzalo,
Quien en furor ardiendo, la cabeza
Con el escudo esconde, y como un rayo,"

"Acomete al jayan á todo trance,
Por tierra le derriba, retemblando
La plaza toda al ponderoso golpe;
Y ensordécese el viento con aplausos."

"Apénas el gigante tocó el suelo,
Púsose en pié, denuestos vomitando
Contra su vencedor, y con gran furia
Desenvainó la espada. Sosegado"

"El jóven reclamó las condiciones;
Pide lo mismo el pueblo en gritos altos,
Y todo es confusion. Luego á la arena
Los jueces descendieron de su escaño,"

"Y declaran que está Sánchez vencido,
Y que el conquistador debe en el campo
Aun con los otros dos mantenedores,
Cual previene el cartel, seguir lidiando."

"No sin dificultad plegóse Sánchez:
Tal vez alguna seña del airado
Velázquez le obligó. Tornó á su puesto,
Y otra celada se ciñó Gonzalo."

"El caballero á quien tocaba el turno,
Fué á cabalgar; mas por su bien faltaron
De su corcel las cinchas, accidente
Que dió á la fiera lid corto intervalo."

"En el cual doña Lambra la orgullosa,
De acuerdo con su esposo, y deseando
Su furor desahogar: *Anda*, le dijo
Al bufon, que á sus piés había tornado,"

"*Anda, y hazle una afrenta á ese mancebo,*
La que encuentre mayor tu ingenio claro.
Hazla pues sin temor, y á mí te acoge;
Mi respeto y poder serán tu amparo."

"El escabel dejó de su señora
El juglar, y en la plaza á corto rato
Se presentó, con nuevas contorsiones,
Aunqué escondiendo entre sus ropas algo."

"Se acercó al vencedor, y con despejo,
Muy bien lo has hecho, dijo, *bravo! bravo!*
Mas yo quiero tambien justar contigo:
Esta es mi lanza... ahí vá.... guarte, seo guapo."

"Y un verde cohombro tinto en fresca sangre
Le tiró al rostro, con fealdad manchando
Todo el arnes, y huyóse á gran carrera,
Dejando al pueblo todo horrorizado."

"Es esta accion mirada allá en Castilla
Por la afrenta mayor: [27] tal que el hidalgo
Que al agresor no mata al mismo instante,
Queda en infamia eterna sepultado."

"El ilustre mancebo ardiendo en ira
Se arroja en pos del vil, que acia sus amos
Rápido vuela; tírale la lanza
Al punto en que trepaba á los andamios."

"Y de la espalda al pecho atravesóle,
De modo que sin vida en el regazo
Cayó de su señora, con su sangre
Veste, brazos y pechos salpicando." [28]

"Pálida doña Lambra un alarido
Lanzó, y vencida de letal desmayo,
Cayera del sitial, si no encontrara
De sus dueñas y damas con los brazos."

"Velázquez furibundo ronco grita:
Llegó el momento, á la venganza, hidalgos!....
Muera, muera. Y con todos sus parientes
Ciego se arroja dentro del estadio."

"Al jóven vencedor cercan al punto,
De otros muchos seguidos, sus hermanos,
Y los estoques de festejo y gala
Desnudos centellean por el campo."

"Cunde la confusion, suenan las trompas,
Gritan los jueces; su gritar es vano:
Tira su cetro en medio de la arena,
Y es hollado y no visto, el conde Sancho."

"Se asustan las mujeres, y los niños
Contra el seno escondiendo entre los brazos,
Huyen y dejan la confusa plaza:
Tiemblan y huyen con ellas los ancianos."

"Crecen los valedores de ambas partes,
Trábase horrenda lid. La daga en mano
A ella corre Velázquez: el de Lara
Que entró en la liza por distinto lado,"

"Solo paz anhelando, que era padre,
Quiere todo á la paz sacrificarlo;
Y le sale al encuentro, á contenerle
Con blando ruego y amistoso abrazo."

"Mas, ay!....¡al abrazarle, una coraza
Oculta bajo sedas y brocados
Apretó!.... Se cuajó su sangre toda,
Y un vuelco dióle el corazon llagado."

"Pudo quedarle duda?....No, no era
La infantil imprudencia de Gonzalo
Mas que un futil pretexto; la vil trama
Estaba ya dispuesta de antemano."

"Deudos, parientes, escuderos, pajes,
Todo el séquito en fin de su cuñado,
Cubiertos van de redoblado acero,
Vilmente oculto so los ricos sayos."

"Mísero padre!....la traicion patente,
¿Qué le queda que hacer?....Con duro brazo
Ayudar á sus hijos....A ellos vuela,
Anima de su casa á los hidalgos,"

"Y métese sañudo en la batalla:
Todo es sangre y horror. Torna á caballo
Con los suyos furioso Álvaro Sánchez,
El pendon de Velázquez tremolando."

"La destreza y valor eran de parte
De los de Gústios; pero el otro bando
Armado iba y dispuesto. Una lanzada
A un Infante tocóle de soslayo:"

"Tambien Velázquez recibió otra herida,
Y estaba como tigre, fuego echando
Por los feroces ojos: el de Lara
Lidiaba firme como leon bizarro."

"La condesa doña Ava.... ilustre dueña!
Sí, yo la vi del uno al otro lado
Correr, gritar, y en medio del peligro
Pedir paz y quietud á sus vasallos."

"Al meterse una vez en la pelea,
Tocó una punta al jóven conde Sancho,
Que con gentil esfuerzo la seguía,
Sumision y obediencia reclamando."

"Leve su herida fué; pero al mirarle
La faz marchita, el pecho ensangrentado,
De terror ambas turbas se cubrieron,
Y en el momento de lidiar cesaron:"

"Momento de quietud, que el arzobispo,
Cual discreto y prudente, aprovechando,
Con sus insignias y sagradas ropas,
Que son de gran respeto entre cristianos,"

"Lanzóse en medio, y con terrible frente
Amenazó del cielo con los rayos
A uno y otro partido, si al momento
No dejaban la lid, y libre el campo:"

"Sus amenazas, y el pavor y susto
Que al ver herido á su señor helaron
Al feroz vulgo, y el postrer reflejo
Que el crepúsculo daba desde ocaso,"

A ambas ciegas facciones contuvieron;
Y de la plaza por distintos lados,
Siguiendo cada cual á su caudillo,
Salieron, y de Búrgos se alejaron."

"Gonzalo Gústios con los siete Infantes,
Y con todo el tropel de sus vasallos
Fué á Salas : Ruy-Velázquez con los suyos
A Barbadillo, centro de su estado."

"En Búrgos fué terrible aquella noche :
Del arzobispo el conde acompañado
Y de su madre, se encerró en su alcázar,
Levado el puente, los rastrillos bajos,"

"Y llenos de hombres de armas decididos,
De fieles caballeros y de hidalgos,
A defender á su señor resueltos,
Los torreones, pórticos y patios."

"Ardían fogatas en diversos sitios,
A las que se arrimaban embozados
Rezelosos, con armas escondidas,
Aun no resueltos á seguir un bando."

"Mas á pocas palabras, los puñales
Y las ocultas dagas en sus manos,
Defendiendo uno ú otro, relucían,
Por amistad y deudo atropellando."

"*Viva el señor de Sálas*, resonaba
En algun arrabal; en otro barrio,
Viva el de Barbadillo. Aquí una trompa,
Allá de espadas el rumor lejano;"

"Tal vez las luengas calles recorría
O piedra ó flecha rápida, silbando
Entre las sombras, sin saberse á dónde,
Ni qué ballesta la tiró, ó qué mano."

"Tal vez reinaba hondísimo silencio,
Roto por el galope de un caballo;
Y ya en las torres los reflejos daban
De algun incendio en los vecinos campos."

"Tremenda noche! La primera aurora
Mayores sustos y congojas trajo;
Y los siguientes dias todos fueron
A cual mas angustioso y mas amargo."

"Uno y otro partido en rabia ardían;
Enfurecidos se aprestaban ambos
A guerra de exterminio, y se engrosaban
Con armas y con nuevos partidarios."

"Los de Velázquez á talar salieron
De Sálas rica los feraces campos:
Defendieron valientes los de Lara
Sus arboledas, mieses y ganados."

"Un mar corrió de sangre. ¡Ay de Castilla,
Si audaz entónces enemigo extraño
La hubiese acometido!.... ¡Ay de los reinos
Que de discordias tales son teatro!"

"La buena suerte por aquellos dias
De desórden y horror á Búrgos trajo
A un extrangero ilustre. Era otro Ulema,
Del que ellos llaman Vice-Dios, legado;"

"Que de Roma á Leon se encaminaba
A cobrar un tributo; y rezelando
Con las fieras discordias de Castilla
La total perdicion de los cristianos,"

"Con el buen arzobispo entró en consejo,
Y uno y otro castillo visitaron,
De la paz las benéficas semillas
En uno y otro con fervor sembrando."

—"El vulgo, ya extinguìdo el primer fuego,
Ansia solo quietud, busca trabajo:
De la patria el peligro asusta siempre
A los hombres de bien y á los hidalgos."

"Del gran Gonzalo Gústios era el alma
Noble y leal, y nada sanguinario
Su corazon: los pechos de sus hijos
Ardientes y violentos, pero francos;"

"Y Ruy-Velázquez, aunqué altivo y fiero,
A traicion y á discordias avezado,
Conoció que ceder entónces era,
Para lograr sus planes, necesario."

"Circunstancias que abrieron el camino
De la negociacion: á pocos pasos
Vinieron ambas partes á concierto.
A deponer las armas se obligaron,"

"A concurrir á Búrgos los dos jefes
Bajo seguro, y solo acompañados
Cada cual de seis deudos, á jurarse
Amistad ante el conde soberano;"

"Con esta condicion, de que á la corte
No volviesen en término de un año,
Ni doña Lambra, ni los siete Infantes,
Ni Álvaro Sánchez, ni los otros cuatro."

"Dado el seguro, por diversas partes
Vinieron al alcázar de don Sancho
Rui-Velázquez y Gústios. Yo y los mios,
Con otros extrangeros, convidados"

"Fuimos á presenciar la ceremonia,
Celebrada del modo mas extraño
En el salon del trono, do asistieron
Todos los ricos-hombres castellanos."

"En su dosel sentóse el jóven conde,
El Ulema de Roma al diestro lado;
Y por distintas puertas en la sala
Los dos caudillos á la par entraron."

"Por la que estaba al frente, al mismo tiempo
Con cuatro dueñas y catorce hidalgos
Presentóse doña Ava, blancas tocas
Y ricas negras ropas arrastrando."

*

"Entró tambien con ella el arzobispo,
Con todas las insignias de su cargo,
Y dos pajes en pos. Uno traía,
De oro en salvilla y entre lienzos blancos,"

"Un pan pequeño; el otro una gran taza
De oro y piedras preciosas, rebosando
Ardiente vino; y á los piés del trono
Todos en gran silencio se acercaron."

"Allí tomó la copa la condesa,
Y el conde tomó el pan, y en tres pedazos
En el vino lo echó; y el arzobispo,
Haciendo ciertos signos con la mano,"

"Murmuró varios salmos y oraciones,
A todos los presentes demostrando,
Que en la copa no había ni conjuro,
Ni veneno encubierto, ni otro engaño."

"Un pedazo del pan mojado en vino
Comió con gravedad el conde Sancho;
Y mandó á Rui-Velázquez y al de Lara,
Que cada cual comiera otro pedazo."

"Hiciéronlo al momento, una rodilla
Hincada en tierra; luego se abrazaron,
Al templo fueron á jurar las paces,
Y en seguida un festin hubo en palacio."

"Tornó Castilla á verse en quieta calma,
Mas fué calma de mar, que pronto airado
Turba el austro otra vez, y en que el piloto
De otra mayor borrasca ve el presagio."—

Quedó en silencio Zaide, y en silencio
Quedó tambien Mudarra, que pasmado,
La relacion á descubrir no acierta,
Que con él tienen lances tan extraños.

ROMANCE CUARTO.

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el palacio de Búrgos,
Donde están los ricos-homes.
Romancero del Cid.

El que empeñado en áspero camino,
De entre peñascos sale y de entre breñas,
Y á entrar va en precipicios espantosos,
Raudos torrentes y confusas selvas;

Si un prado, aunqué pequeño, y una fuente
Mansa, aunqué cenagosa, al paso encuentra,
Allí se pára á respirar un rato,
Y á restaurar las fatigadas fuerzas.

Así Zaide, al hallar en su memoria
Que desastres y horrores le recuerda,
Un momento de paz, con breve pausa
En él un rato á descansar se asienta.

Corto el reposo fué, y hondo silencio
Reinó entre tanto; pues Mudarra, llena
De confusion y asombro el alma toda,
De aquella narracion el fin anhela.

Zaide fijó los ojos inflamados
En la argentada luna y las estrellas,
Lanzó un suspiro, y prosiguió la historia
Con sosegada voz de esta manera:

"En paz quedó Castilla: los Infantes
Con Nuño fueron á la corte regia
Del monarca leones; y doña Lambra
A un su palacio orillas del Esgüeva."

"Pasó una luna en gran quietud: Velázquez
Y Gústios de amistad se daban pruebas,
Y yo, cumplido el plazo á mi embajada,
Dispuse mi regreso á estas riberas."

"Ya me faltaban solo cuatro dias
Para dejar de Búrgos las almenas,
Cuando á la hora en que en mitad del cielo
Su ardiente y viva lumbre el sol ostenta,"

"Estando yo tranquilo en el palacio,
Que por embajador mi albergue fuera;
Rumor lejano de alterada plebe
De repente escuché, no sin sorpresa."

"Salí al balcon; el espantoso estruendo
De armas y voces distinguí mas cerca;
A poco vi de airada muchedumbre
Inundarse las calles y plazuelas,"

"De léjos un cadáver, que arrastrando
Llevaba el pueblo: disparadas piedras
Vinieron á perderse en mis paredes,
Las voces escuché de *mueran, mueran.*"

"Y vi venir huyendo del tumulto,
Por la ancha calle enfrente de mis puertas,
A dos de mis esclavos anhelantes,
Que consiguen salvarlas y las cierran."

"Absorto estaba: entréme, y á los mios
Convoco al punto, sin saber cuál fuera
La causa del furor de los cristianos;
Cuando á mis plantas los esclavos llegan,"

"Los mismos dos que de salvarse acaban;
Y sin color y con heladas lenguas,
Que á asesinarnos corre el pueblo todo;
Dicen, y nuestro asombro se acrecienta."

"Incrédulo, indeciso, nuevamente
Me puse en el balcon, cuando á gran priesa
Llegó á caballo, trémulo, abatido,
De Lara un paje, y, *Mi señor os ruega*"

"Que al punto huyáis. Tomád vuestros caballos
Y asilo pronto en la vecina huerta,
De donde valerosos caballeros
En salvo os sacarán á viva fuerza."

"Dijo, y despareció. Yo quedé mudo
Sin acertar á resolver: la fiera
Muchedumbre al momento del palacio
Ocupó la gran plaza, y tuve apénas"

"Tiempo de retirarme de su vista.
Todos los mios con pavor me ruegan
Que me salve, y los salve sin tardanza,
Y á los esclavos ensillar ordenan."

"Infamia fuga tal me parecía;
Resistir imposible.... A la escalera
Me dejo arrebatar, cuando echo ménos
Dos de mi comitiva: el uno era"

"Un mi escudero, Aben-Harin el otro,
El cordobes, antorcha de las ciencias.
Pregunto por los dos, y no hallo nadie
Que acierte á darme de su suerte nuevas."

"El ágil escudero acostumbraba
Adiestrar al bocado y á la espuela
Los caballos del conde, y casi siempre
El sabio acompañaba á la condesa."

"Sin ellos resolví no retirarme,
Y ansioso de atisbar si acaso llegan,
A una gran claraboya, que á la plaza
Daba, me aproximé no sin cautela."

"Oh poderoso Alá! vi en una pica,
Sirviendo á los cristianos de bandera,
(De horror, al recordarlo, me estremezco!)
Del docto amigo la infeliz cabeza,"

"Y su cuerpo en mil partes destrozado
Entre la turba, que con una cuerda
Le arrastraba; y al lado, medio vivo,
Al escudero sin ventura en tierra."

"Bramando de furor la vista extiendo,
Y al arzobispo vi.... quién lo creyera!
A aquel que tan prudente se mostrara
De Velázquez y Lara en la contienda,"

"Acalorar el bárbaro gentío,
La insignia de su rito y su creencia,
Cual de exterminio y furia enarbolando,
Y lanzando espantosos anatemas."

"Si alguien templar mi saña en aquel punto
Y á los cristianos mi rencor pudiera,
Hubiese Lara el generoso sido,
Que con la espada en alto, dando pruebas."

"De noble esfuerzo y de honradez gritaba:
Castellanos!... qué hacéis?... De infamia eterna
Hoy cubrís vuestro nombre.... los cobardes
Así á los desarmados atropellan."

"Mas su voz se perdía entre el tumulto,
Cual la razon se pierde en la tormenta
De las pasiones, y era un hombre solo
Dique impotente á inundacion tan recia."

"Al ver yo al uno, al otro, á los dos mios
En trance tan fatal, sentí mis venas
Encenderse, cegué, grité venganza,
Y el alfanje empuñé con firme diestra."

"Del puesto aquel me arrancan mis amigos,
Y los caballos á encontrar me llevan,
A montar obligándome en el punto
Que el populacho derribó las puertas."

"El jardin á galope atravesamos,
Y salvando el postigo de la verja,
Al arrabal salimos, consiguiendo
Ganar al fin las indicadas huertas."

"Ya el palacio del vulgo era despojo,
Cuando unos doce caballeros llegan,
Por el valiente Gústios destinados
Para sernos de amparo y de defensa."

"Con gran facilidad pasar pudimos
Las murallas y fosos, pues si alerta
Los que las custodiaban, al mirarnos,
De prohibirnos el paso dieron señas;"

"Eran muy pocos, y al notar la insignia
De la casa de Lara en las cimeras,
El puente echaron, el rastrillo abrieron,
Y al campo nos lanzamos de carrera."

"Por él en gran silencio á toda brida
A buscar fuimos la inmediata selva,
En donde aliento á los corceles dando,
Hablé al caudillo de la escolta nuestra;"

"Y de él supe la causa del tumulto,
Del pérfido Velázquez trama nueva,
Para perder á mi valiente amigo,
Y cima dar á su venganza horrenda."

"Desde que yo en la corte de Castilla
Me presenté, de Aben-Harin la ciencia
De alto don celestial consiguió fama,
Por su acierto en curar graves dolencias."

"La condesa doña Ava, que abatida
Con las desgracias y viudez, enferma
Cayó por aquel tiempo, á su cuidado
Y direccion tambien se sometiera;"

"Y recobrando prodigiosamente
En breve espacio la salud, excelsa
La gloria fué del musulman, logrando
Caricias, honra, aplausos y riqueza."

"Lo que era asombro en la ignorante plebe,
Fué gratitud y aprecio en la condesa,
Si pronto envidia de la infame corte,
Y del vil fanatismo furia ciega."

"Doña Ava al cordobes agradecida,
Como tan alta y generosa dueña,
Le honró con su amistad, y le escucharba
Explicar su saber, grata y atenta;"

"Y ansiando entusiasmada los secretos
De la alquimia, en que el moro insigne era,
Penetrar, le dispuso en su palacio
Cámara, donde hacer sus experiencias."

"Tan alta proteccion y las consultas,
Siempre inocentes sí, pero secretas,
Que con él celebraba, dieron campo,
Sin yo saberlo, á hablillas y á sospechas;"

" Dándoselo tambien á Ruy-Velázquez
Para perder á la infeliz condesa
Y al noble Gústios, y el favor del conde
Conquistar, y el partido del Ulema."

" En aquel dia por industria suya,
(Tan grande es en maldad) cuando á la mesa
Con su madre y con Lara el jóven Sancho
Apénas se asentó, la voz funesta"

" Se oyó y cundió por el palacio todo,
Llenándolo de asombro y de sorpresa,
De que del conde estaba envenenada
La regia copa. A tan horrible nueva"

" Todo fué espanto y confusion : doña Ava
Desmayada quedó, sus damas yertas,
Confundidos los pajes ; y al momento
Sin buscar al rumor mayores pruebas,"

" Se dió, qué horror! por cierto, que la madre
Envenenar al hijo dispusiera,
De Aben-Harin apasionada, ansiando
Ceñirle de Castilla la diadema;"

" Y que el veneno elaborado estaba
Por el supuesto amante. Tal idea
Crece en el pueblo, que el palacio allana,
Y entre alambiques, bálsamos y esencias"

"Al descuidado Aben-Harin sorprende,
Y á la garganta echándole una cuerda,
Le arrastra sin piedad. Cunde el tumulto,
En otra parte al escudero encuentran,"

"Con cien puñales el inerme pecho,
Bañándose en su sangre, le atraviesan;
Y en ambos con furor la insana turba
Su saña horrible y ciego encono ceba."

"Velázquez se aparece, y acalora
El horrible tumulto, y acrecienta
La atroz calumnia, contra mí la empuja,
Y mi palacio acometer ordena."

"Ah! bien sabía que el honrado Lara
Abrazaría al punto la defensa
De la justicia y la verdad, y solo
Comprometerle así su empeño era."

"Logrólo, pues entrando en el alcázar,
La confusion y la calumnia aumenta,
Y aquel supuesto crímen vengar jura,
É incita astuto al indeciso Ulema."

"Este, ó bien ya de acuerdo, ó engañado,
Y al ciego fanatismo dando rienda,
A predicar se arroja el exterminio
De hombres que de su fe contrarios eran;"

"Y con Velázquez y con él al frente,
Sin que Lara calmarla consiguiera,
Corrió á saciar en mí y en mis secuaces
Su bárbaro furor la plebe ciega."

—"Al saber yo de boca del guerrero
Trama tan infernal, en furia nueva
Sentí mi pecho arder, y hubiera dado
Por verme allí mil lanzas cordobesas,"

"El resto de mi vida. Enfurecido
A la inicua ciudad volví las riendas;
Pero ¿qué aprovechara?.... Nuestra fuga
Por agrios montes y escondidas sendas"

"Proseguimos, llevando á los guerreros
De Lara siempre para escolta nuestra,
Hasta que el Guadarrama atravesando,
Nos dejaron en salvo en la frontera."

A Córdoba llegamos, do la fama
Ya divulgara la aventura nuestra,
Y la ciudad ardió, y ardió el imperio
En justa indignacion, al ver deshechas"

"De modo tan atroz solemnes paces,
De embajador la inmunidad suprema
Profanada, y vertida alevemente
Por cristianos la sangre sarracena."

"Gritó el pueblo muslímico venganza,
A Castilla maldijo, pidió guerra,
Y decretóla Hixcen.... Mas no regía
En momento tan crítico las riendas"

"Del gobierno Almanzor. Se hallaba entónces
Del rico oriente en las lejanas tierras;
Y Giafar (como ayer) el sumo mando
Desempeñaba el tiempo de su ausencia."

"Giafar, que recobrado el poderío
Por sus antiguos triunfos y proezas,
Y por su astucia aun mas, ya de la corte
Wacir y alcaide del alcázar era,"

"Si bien nunca aprobar las pazes pudo,
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;
De reparar el descalabro antiguo
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,"

"Y para castigar al castellano
Armas y tropas sin tardanza apresta;
Al bárbaro Juzef el mando encarga,
Y el exterminio de Castilla ordena."

"Allá en Búrgos en tanto con mi fuga
Aquietada la turba y satisfecha,
Tornó Velázquez del airado conde
El furor contra Lara y la condesa."

"Don Sancho.... incauto jóven!... á Velázquez
Creyéndose deudor de su existencia,
El gobierno entrególe del estado,
Y fué su voluntad la ley primera."

"Mayor de edad al punto se declara:
A la madre infeliz prende y encierra
En estrecha prision, donde la muerte
Pronto el consuelo fué de su inocencia;"

"Y aunqué al de Lara atropellar no osa,
Porqué es grande en poder como en nobleza;
Le desaira, á Sálas le retira,
Y á merced de Velázquez todo queda."

"Mas, ay! que la ambicion y la venganza
Son pasiones que nunca satisfechas
Logran mirarse, y cual del mar las olas,
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan."

"Pronto llegaron á la infame Búrgos
Los clamores, los llantos y las quejas
De los míseros pueblos fronterizos,
De nuestra furia víctimas primeras;"

"Y advirtiendo Castilla que era en vano
Contrarestar las musulmanas fuerzas,
Cayó en abatimiento, y en la corte
Todo fué confusion, miedo y vileza."

"Ricos-hombres, abades y prelados
Llevando al arzobispo á su cabeza,
Demandaron al conde que al momento
Satisfaccion á nuestro imperio diera,"

"Tal que bastase á contener el curso
Del torrente de lanzas y banderas,
Que iba á inundar á la infeliz Castilla,
Y á arrastrarla á su fin. Esta propuesta"

"Fué muy grata á Velázquez, que anhelaba
Gozar en paz la autoridad suprema,
Y que le presentó nuevo camino
De asegurarse para siempre en ella."

"Del ofendido Lara harto temible
El nombre y el poder aun considera,
Y el mismo infierno le inspiró la trama
Mas espantosa, abominable y negra."

" Pensó, y dijo entre sí, de fiero gozo
Palpitándole el pecho : *Giafar tregua*
Me acordará sin duda, si le entrego
Al que humilló en el campo su soberbia."

" *Marche pues Lara á Córdoba, y á un tiempo*
Negociador y víctima allá sea.
Lumbre infernal resplandeció en su frente,
Bañó su torva faz sonrisa horrenda,"

" Y propuso á don Sancho, que al momento
A nuestra corte el noble Lara venga
A negociar la paz. Pasmóse el conde
A tal proposicion, pues le profesa"

" A Lara odio de muerte, no dudando
Que del supuesto crímen fué cabeza;
Pero astuto Velázquez le convence,
Y aun con nuevos temores le amedrenta."

" Al arzobispo encargan al instante
De hablar con Gústios, y aun de hacerle fuerza
Para que la embajada desempeñe,
Sin tener ya de sus agravios cuenta."

" Lara, que por su patria siempre estaba
Pronto á sacrificarlo todo, deja
Al punto á Sálas, y á la corte torna,
Donde todos le halagan y festejan."

"Casi se reconcilia con Velázquez;
Solo le ocupa la gloriosa idea
De salvar á Castilla, y dar reparo
Al crímen cometido con mi ofensa;"

"Y con ricos presentes se encamina
A estas murallas. Desdichado!....A ellas
Ántes llegó Eliazim, astuto hebreo,
Que confidente de Velázquez era,"

"Y con Giafar oculto y sigiloso
Tuvo larga entrevista, y dió la vuelta
A Búrgos al momento....Muchos años
Despues lo supe yo....¡Si lo supiera"

"En aquel punto!.... Oh, cuántos infortunios!...
Mas ¿quién detiene el curso á las estrellas?
¿Qué mísero mortal mudar consigue
Lo que está escrito en inborrables letras?"

"Llega de embajador el noble Lara
A esta insigne ciudad, y se presenta
Al irritado Hixcen, que al recibirle
Admiró su gallarda gentileza."

"Giafar....(sí, de Giafar y de Velázquez
Las almas se entendían : tal vez era
Uno mismo el demonio que guiaba
A ambos á un tiempo por distinta senda)"

"Giafar le vió con el placer amargo
Del que á gozar venganza va completa
De aquel á quien envidia, y que á despecho
Le admira casi mas que le detesta."

"Le tiene en su poder.... Mas ¿por ventura
Querrá á Velázquez contentar, la guerra
Suspendiendo?.... jamas, jamas. *Castilla*
Debería de nuevo su existencia"

"*De Lara al sacrificio generoso,*
Si otra vez á su esfuerzo la debiera.
Cual mártir le adorara el pueblo hispano,
Toda la cristiandad....No en su cabeza,"

"*En su nombre, en su nombre mi venganza,*
Para que digna de mi encono sea,
Se saciará, poniéndole el vil sello
De maldicion sin fin, de infamia eterna."

"Así pensó Giafar : su fantasía
Abrazó con placer tales ideas,
Y al aprestarse á darles cumplimiento,
El éxito terrible saborea."

"Grandes obsequios y afectada pompa
De Lara el noble en derredor desplega;
Oye atento y afable su embajada,
Y que á todo se allana, le demuestra,"

"Por respeto á su nombre y su persona;
Y con elogios mil le lisonjea.
Establecióse un armisticio, y luego
Solemnes pactos de inviolable tregua,"

"Exigiendo tansolo de Castilla
Corto tributo á fuer de recompensa,
Y en rehenes del tratado dos presidios,
Que ocupaba el cristiano en la frontera."

"Del éxito feliz de su mensaje
Ufano Gústios, regresar anhela
Para anunciarlo á Búrgos por sí mismo;
Mas Giafar le detiene, le sujeta"

"Con fingido pretexto, y le decide
A enviar un caballero con presteza,
Que lleve al conde Sancho de Castilla
De la ajustada paz la ansiada nueva."

"Yo en tanto disfrutar la compañía
Pude en mi patria de mi amigo apénas.
Giafar sabía mi amistad con Lara,
Y la temió; y habiéndose en Valencia"

"Por aquel tiempo un jeque declarado
En rebelion, mandóme á toda priesa
Marchar á sujetarle; cargo honroso,
Que renunciar no pude, aunqué quisiera."

"Al dejar estos muros, en mis brazos
Estreché á Gústios con el alma llena
De atroz presentimiento; y, *Parte pronto*,
Le dijo solo mi afligida lengua."

"Quedóse á mi pesar. Llegó el tratado
A Búrgos, que gozosa con la tregua,
Se alzó del hondo espanto en que yacía,
Cesando sus aprestos de defensa."

"Entregó los castillos concertados,
El tributo tambien, y las banderas
Dispersó ya reunidas en los campos,
Y al dulce sueño de la paz se entrega."

"Oh Castilla infeliz y descuidada!
Por Giafar avisados con reserva
Juzef y los caudillos, que escondidos
Se mantuvieron siempre en la frontera;"

"En cuanto desarmados á los pueblos
Vieron, y sus mesnadas ya dispersas,
Entraron furibundos á mansalva,
Fuego, sangre, exterminio, muerte, guerra,"

"Y esclavitud sembrando hasta la orilla
Del claro Arlanza; y al clamor que suena,
Présago de ruina inevitable,
De Búrgos retemblaron las almenas."

"El conde, el arzobispo, el pueblo todo,
Que es de Lara traicion al punto piensan;
De Lara que ha querido adormecerlos,
Para vengar á salvo sus ofensas;"

"Mas del último apuro los cristianos
Sacando nuevo ardor y saña nueva,
Resuélvense á morir como valientes
En noble y obstinada resistencia."

"En tanto la invasion de nuestras huestes,
Sus rápidas victorias y proezas
En Córdoba muy luego resonaron,
Llenando á Lara de mortal sorpresa."

"Corre al alcázar, á Giafar pregunta,
Si de atentado tal la fama es cierta;
Y Giafar con frialdad y atroz sonrisa,
Con tono de desprecio le contesta:"

" La paz reinaba, cuando allá en tu corte
Derramasteis la sangre sarracena:
No es extraño que corra la cristiana,
Cuando aun no bien segura está una tregua."

" Gústios de indignacion tiembla, y sañudo
Iba á dar al Wacir noble respuesta;
Cuando de una victoria conseguida
Por los cristianos arribó la nueva."

" Irritado Giafar al recibirla,
Prender á Lara el denodado ordena,
En una honda mazmorra sepultarle,
Abrumarle de hierros y cadenas,"

" Y pasar á cuchillo á los cristianos
De su séquito. En vano en la alta diestra
De Gústios un instante ardió la espada,
Y aun se tiñó de sangre. Le rodea"

" Armada turba, que le arrastra al punto
Al hondo seno de prision estrecha,
Miéntras que de los suyos descuidados
Saltaron de los hombros las cabezas."

" Fué la noticia del cristiano triunfo
Que causó tal trastorno, verdadera:
La desesperacion dió al castellano
Aquel valor que todo lo atropella."

" Se armaron en tumulto, sus campiñas
Talaron, escondieron en la sierra
Sus ancianos, sus niños, sus mujeres ;
Y jurando morir en la defensa"

" De su Dios, de sus leyes, de su patria,
Con Velázquez y el conde á la cabeza,
A la lid se arrojaron cual leones,
Y la victoria fué su recompensa."

" Pero aunqué remediaron su peligro
Rechazando á Juzef, quedó una guerra
Empeñada, de fin incierto y largo,
Costosa á entrambos pueblos y molesta."

" Búrgos, exhausta y pobre, no podía
Sin nuevos descalabros sostenerla;
Y á Córdoba, perdido el primer golpe,
Y con serios disturbios en Valencia,"

" Donde eran vanos mis esfuerzos todos;
Proseguirla tambien difícil era.
De paz y de quietud necesitaban
Ambas naciones.... pero ¿ cómo haberlas ? "

" De Lara la prision y el exterminio
De los suyos de Arlanza en las riberas
Resonaron muy pronto; mas no hicieron
En Castilla impresion. La falsa idea,"

" Por el mismo Giafar acalorada,
De que traidor con engañosas nuevas
Vender á su nacion había intentado,
No estaba desmentida ni deshecha;"

" Ántes bien apoyada por Velázquez,
Que enajenado contemplaba en ella
Un campo dilatado y abundoso,
En que dar pasto á su venganza horrenda."

" Donde llenó de indignacion los pechos,
Fué allá en Leon, en que adorados eran
Los siete Infantes, los gallardos hijos
Del infeliz que estaba entre cadenas."

" Ellos, apénas la cruel noticia
El corazon les traspasó cual flecha,
No lágrimas inútiles vertieron,
No al cielo alzaron impotentes quejas;"

" La libertad del padre y la venganza
Juraron, de furor las almas llenas:
Su pendon arbolaron; noble hueste
De la florida juventud leonesa"

" Y de fieles vasallos de su padre,
Que al son de sus clarines se reunieran,
Juntaron con presura; y se arrojaron,
En el Eterno su esperanza puesta,"

" A arrollar nuestro imperio poderoso,
Esperando plantar en las almenas
De Córdoba triunfantes sus pendones,
Y al padre rescatar á viva fuerza."

" ¡Disculpable arrogancia, pues nacía
De justa indignacion!... Pero no era,
Por fortuna de Córdoba, á sus brios
Y á su noble furor igual la empresa."

" Los jóvenes incautos los consejos
Despreciando de Nuño y la experiencia,
Que temió con razon que al precipicio
Su arrojo y ciego ardor los condujera;"

" Como torrente que bramando rompe
Hinchado y ronco el cauce que lo enfrena,
Pasaron nuestro término.... Infelices!....
Qué sima estaba ante sus piés abierta!"

— " Giafar, que informe recibió al momento
De sus nobles designios, con reserva
A Búrgos despachó su confidente,
Para hacer á Eliazim la atroz propuesta"

"De entablar paz segura con Velázquez,
Si los hijos de Lara se le entregan.
No fué preciso mas: un negro crímen
A otro, y á otro, y á mil abre la puerta;"

"Pues como el risco, así que se desprende
De la ardua cumbre de empinada sierra,
Crece en velocidad, en peso, en furia,
Al bajar depeñado por la cuesta;"

"El mortal que se arroja de delitos
Y atrocidades á la sima horrenda,
Miéntras comete mas, mas se enfurece,
Y miéntras se hunde mas, mas los anhela."

—"Los siete hermanos, míseros! principio
A su noble venganza heroico dieran:
Todo á sus lanzas invencibles cede,
Y todo sus caballos lo atropellan;"

"Mas ni una sola voz ni un solo paso
Daban, sin que al momento lo supiera
El sagaz Abdalá, feroz guerrero,
A quien Giafar mandara á toda priesa"

"A observarlos astuto y destruirlos,
Con órdenes atroces y secretas.
¡Dos traidores ganados por Velázquez
Los confidentes de sus planes eran!!!"

" Tres lunas entre tanto Gústios Lara
Pasado había en la prision estrecha,
En donde del quebranto, de la angustia
Y del despecho víctima cayera,"

" Si un Genio bienhechor de tiempo en tiempo
No bajara á endulzar su suerte acerba,
Y á hacerle tolerable por lo ménos
El peso abrumador de las cadenas;"

" Cuando á deshora oyó las fuertes barras
Correrse y los cerrojos ; vió la puerta
Abrirse de repente, y dos esclavos
Entrando, darle de respeto muestras."

" Quedó absorto al mirarlos, y pasmóse
Al escuchar que libre está, y que ordena
El potente Giafar que de allí salga,
Y que al punto se ponga en su presencia."

" El sol ardía en la mitad del cielo,
Y al bañarle la faz, á las tinieblas
Acostumbrada, deslumbróle á punto
Que de venir al suelo estuvo cerca."

"Fué socorrido por los dos esclavos,
Un corredor larguísimo atraviesa,
Un patio solitario y una arcada,
Luego un jardin, y al regio alcázar llega."

"En un salon turbado le recibe,
Y aun trémulo, Giafar, que al verle afecta
Interes y respeto : á su lado
En almohadon de púrpura le asienta,"

"Y procurando dar á su semblante
La expresion grata de amistad sincera,
Así le dice con confuso acento,
Actitud de raposa, ojos de hiena:"

"*Razon de Estado tu prision tansolo*
Podido ha motivar....Los que gobiernan,
Harto lo sabes tú, viven sujetos
A obrar tal vez lo mismo que condenan."

"*Pero otro tiempo es ya....tiempo dichoso,*
Pues que me proporciona darte pruebas
De que no olvido, que tu heroico esfuerzo
Una vez consiguió la gloria excelsa"

"*De arrancarme un laurel, robarme un triunfo.*
Sí....los guerreros, que cual tú pelean,
Honran á los que vencen....Gústios Lara!
Desde el dia fatal con impaciencia"

"*He esperado el momento que ya toco,*
De entablar amistad contigo eterna!!!....
Ya no eres mi cautivo: entre Castilla
Y el imperio andaluz las paces reinan:"

"*Torna á lograr de tu valor el premio.*
Mas ántes tu constancia y fortaleza
Voy á probar, haciéndote un presente
Digno de ti y de mí. Calló, y respuesta"

"No recibió de Gústios, que dudoso,
Por mas que quiere, á responder no acierta;
Y el asiento dejando, en otra sala,
Precediendo Giafar, entrambos entran."

"Solitaria y magnífica, cual todas,
Tenía en medio una espaciosa mesa,
En donde varios bultos ocultaba
De damasco ormesí rica cubierta."

"Gústios la mira, y le palpita el pecho;
Con el dedo Giafar se la demuestra;
Y, *Allí el regalo está*, con risa amarga
Dice, y del brazo asiéndole, le acerca;"

"Y de pronto tirando del tapete,
Hé aquí de mi amistad la sola prenda,
Grita con voz de trueno, y muestra al padre
De los amados hijos las cabezas."—

Qué horror! qué horror!.. al escuchar Mudarra
Atrocidad tan detestable y negra,
Exclamó; y levantóse, retemblando,
Del mármol que de asiento le sirviera.

Zaide quedó en silencio, las mejillas
De amarillez y lágrimas cubiertas,
Y los siete cipreses, que cercaban
El sitio aquel, sus puntas verdinegras

Agitaron á un soplo repentino
Con lúgubre rumor, cual si tuvieran
Instinto de tomar en tal momento
Parte tambien en la solemne escena.

Quedando en pié Mudarra, hondo suspiro
Arrojó Zaide; y con cansada lengua
Anudó el hilo de la horrible historia,
Y prosiguió en decir de esta manera:

"Sí, el noble Lara, el desdichado padre
Vió de sus siete hijos las cabezas,
Encima del bufete, en una fila,
Y por órden de edad, ay triste! puestas."

*

" Aunqué desfiguradas y espan tables,
Cual de léjos traidas, y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas."

" En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tansolo en él de vida muestras,"

" Quedó Lara infeliz.... Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situacion horrenda
Con palabras pintar?....Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla."

" Un esclavo que oculto allí con otros,
Por órden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel dia
Hasta las circunstancias mas pequeñas."

" Sin habla Gústios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza:
Luego un temblor lijero, imperceptible
Apareció en sus miembros, y en violenta"

"Convulsion terminó; pero tornando
A la inmobilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas."

" Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luego
Los tiernos hijos á nombrar comienza,"

" Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez, ay! su respuesta:
Diego!..Martin!..Fernando!..Suero!..Enrico!..
*Veremundo!...Gonzalo!...*y cuando llega"

" A este nombre, dos veces lo repite;
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,"

" Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja, y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido hierro fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva"

" A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime.... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra:"

" Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra."

*

"Ni aun Giafar, ya saciado de venganza,
Pudo aguantar mas tiempo tal escena;
Y huyó bramando, como brama el tigre,
Cansado de exterminio, á su caverna."

Quedó Zaide en silencio, y en silencio
Trémulo, confundido, helado queda
Tambien, cubierto de sudor, Mudarra,
Y con el alma de terror deshecha.

Mas al cabo repúsose, exclamando:
"Gracias, cielos, os doy de que la empresa
"Guardasteis para estreno al brazo mio
"De libertar de monstruo tal la tierra!!!"

"Zaide!....Zaide!...¿es posible que los hombres
"De tanta atrocidad capaces sean?....
"Mas decídme, decídme: ¿el noble Lara
"Tornó á la vida?"—"Sí; y aun mejor fuera"

"Que no tornara," respondióle Zaide;
Y prosiguió diciendo: "Las tinieblas
"Reinaban de la noche, cuando el triste
"En sí volvió, y atado con cadenas"

"Se halla en medio del campo, y en los hombros
De dos esclavos negros, que á gran priesa,
Cercado de una escolta silenciosa,
De los muros de Córdoba le alejan."

"Mas no estaban del todo sus sentidos
Despiertos, ni expeditas sus potencias;
Y en desórden su mísero cerebro,
Ya de impresion ninguna capaz era."

"Nada pregunta; nadie le hace caso;
Llévanle cual vil fardo; y triste presa
Del mental desarreglo, ni aun memoria
De lo que acaba de pasar, conserva."

"Unas veces tomaba el alimento,
Otras lo rechazaba con violencia;
Ya prorumpe en horrendos alaridos,
Ya insensible cadáver ni aun alienta."

"Al confin castellano á pocos dias
Así llegó, y al punto de él se entregan
Armígeros dispuestos de antemano,
Que tambien mudos y con gran presteza,"

"A un lejano castillo le conducen,
Dominio de Velázquez, y le encierran
En solitaria torre, al mismo tiempo
Que por traidor en Búrgos le condenan."

*

"Veinte crudos inviernos han cercado
De nieves, lluvias, tempestades, nieblas
La prision, donde gime el noble Lara,
Y aguarda al vengador de su inocencia."—

"Y qué!" gritó Mudarra: "¿en los cristianos
No hay honra, no hay valor, no hay quien emprenda
De tan esclarecido caballero,
Ya que no la venganza, la defensa?"

"Yo volaré á Castilla, y lanza á lanza,
A Velázquez, al conde, á cuantos sean
De tanto crímen y crueldad culpables,
Combatiré cual bueno....Tal empresa,"

"A que el honor y la virtud me llaman,
"El cielo mismo acometer me ordena.
"Sí, volaré á vengar al noble anciano"....—
No pudo proseguir, porqué le estrecha

Entre los brazos Zaide, que mil besos
Le imprime en la mejilla, se la riega
Con llanto copiosísimo, y le dice:
"Tal es tu obligacion, cumple con ella."

"Hijo eres tú del desdichado Lara,
"Que de ti solo su remedio espera."—
"Yo su hijo?.... gran Dios!....Zaide!" el mancebo
Exclama absorto, helado, y manifiesta

Tan grande agitacion, que mas no puede
Su labio articular; y calla, y tiembla.
Respóndele el anciano: "Sí, hijo suyo,
" Y de Zahira."—A nombre tal se llena

La medida del pecho de Mudarra,
Casi pierde el sentido, y dice apénas:
" Mi leal corazon ya lo sabía....
" Madre!.... ay de mí infelice!.... madre tierna!"...

" Qué destino cruel tan dulce nombre,
" Entre tus brazos le negó á mi lengua? "
Su voz ahogóse en lágrimas; y Zaide,
Repuesto, prosiguió de esta manera.

" La hermosa flor del cordobes imperio,
Zahira, de virtud y gracias reina,
La tierna hermana de Almanzor glorioso,
Astro de la bondad y la belleza,"

" Por mí informada de la ilustre sangre,
De la gloria, valor y gentileza
Del noble Gústios, del señor de Lara;
Le admiró, cuando vino á estas riberas,"

"Concibiendo al mirarle el entusiasmo,
Que en las almas sensibles, en las hembras
De estima y de valor, la vista solo
De un héroe generoso al punto engendra."

"Cuando á partir de pronto me obligaron
Los civiles disturbios á Valencia,
Temiendo de Giafar la atroz perfidia,
Manifestéle cauto mis sospechas,"

"Que la hicieron temblar y demudarse,
Aumentar su interes, y estar alerta
Sobre la suerte de mi ilustre amigo,
Blanco infeliz de tramas encubiertas."

"Prendió Giafar al desdichado Lara;
Y al momento Zahira, ansiosa piensa,
Ya que la libertad darle no puede,
El modo al ménos de aliviar sus penas."

"Hermana de Almanzor el poderoso,
Adorada del pueblo, de opulencia
Gozando sin igual, jóven y hermosa;
¿Qué guardia sus encantos resistiera?"

"Qué carcelero sus cuantiosos dones?....
¿O qué prision las redobladas puertas,
De su mano al impulso, á su voz sola,
No allanara cerrojos y cadenas?"

"Penetró pues en la mazmorra oscura
Donde yacía Lara, y su presencia,
Cual la de un númen celestial tornaron,
En luz consoladora las tinieblas."

"Al cabo convirtióse aquel recinto,
Mansion de horrores, llantos y miserias,
En templo del amor, de amor sublime,
De amor que concertaron las estrellas,"

"De amor que te dió el ser, para que el nombre
De una insigne familia no perezca,
Dar reparo á gravísimos desastres,
Y al abatido mundo clara prueba"

"De que los justos cielos sin castigo
Los crímenes atroces nunca dejan,
Y que á los inocentes desdichados
Consuelo siempre y vengador reservan."

"El gran Gonzalo.... (ay triste! aun no sabía
Que de sus siete hijos las cabezas
Iba á ver de sus cuerpos arrancadas)
Tornando padre á ser, con alma llena"

"De tierno gozo, en manos de Zahira
Puso ese rico anillo, que mi diestra
Otro tiempo adornó, y ahora la tuya,
De indisoluble amor sagrada prenda,"

"Signo tambien que el adorado fruto
A conocer en todo evento diera.
¡Tal vez presagio oscuro debió al cielo
Del porvenir oculto en vaga idea!"

"Pronto, harto pronto, sí, llegó el horrible
Término á su prision; y la princesa,
Al saber de Giafar la atroz barbarie,
Del noble amante la forzada ausencia,"

"Y la persecucion que el infelice
Halló de nuevo en su traidora tierra;
Víctima del despecho y amargura,
De bajar al sepulcro estuvo cerca,"

"Quedando como rosa del desierto,
Que cuando mas gallarda y mas risueña,
Granizo aterrador la embiste, rompe
Su tallo, y su esplendor marchito deja."

"Mas si tal vez á Gústios desdichado
Le dió en tan recio golpe resistencia
La esperanza de haber un hijo fuerte,
Que su venganza, andando el tiempo, fuera;"

"El mismo pensamiento dió á Zahira
Para luchar con su infortunio fuerza,
Y cuidar aquel seno, que albergaba
De esperanzas altísimas la prenda."

"A Córdoba tornó por aquel tiempo
El insigne Almanzor, y en la suprema
Autoridad repuesto, con enojo
Vió la conducta de Giafar horrenda."

"Del Guadalaviar tambien yo entónces
Regresé á estas murallas, y tu bella
Madre me confió todo el secreto,
Que de su hermano reservó discreta."

"Llegó el término en fin, saliste al mundo
En manos de una esclava confidenta
De Zahira infeliz; y yo, yo mismo,
Segun dispuesto de antemano fuera,"

"Te llevé á los jardines del alcázar,
Do concertado estaba con destreza
Tu pronto hallazgo. Almanzor al punto
Te puso en brazos de su hermana; sea"

"Que noble y generoso, un desvalido
Vió en ti con interes, ó que su extrema
Penetracion de la verdad le impuso,
Como su amor á ti lo manifiesta."

"Desde el instante aquel mi afan primero
Fué, y el anhelo de tu madre tierna,
Dar lo mas pronto al desdichado Lara
Del suceso feliz la dulce nueva."

"Pero, ay! que desde entónces hasta ahora
La suerte inexorable que le aqueja,
Se opuso á que le llegue tal consuelo,
Y aun ignora que existes. En la tierra"

"Jamas mejor servido que Velázquez
Se vió ningun tirano: las ofertas,
La astucia, el ruego, todo en vano ha sido
Probado con teson veces diversas."

"Ni aun he vuelto á saber del docto Nuño:
Vaga tal vez por apartadas tierras,
Si es que el peso de tantas desventuras
No ha dado oscuro fin á su existencia."

"En varias ocasiones despechada
Quiso dejar Zahira estas riberas,
Llevándote consigo, y en Castilla
Implorar de don Sancho la clemencia;"

"Pero siempre me opuse: que á Velázquez
Conozco, y paso tal solo sirviera
Para entregarle la preciosa tabla,
Que en su triste naufragio á Lara queda."

"Tantos años de llanto y de aflicciones,
De esperanzas remotas, si no inciertas,
De amarguras y afanes, marchitaron
En su fresco verdor la primavera"

"De tu amorosa madre, y á la tumba"....—
"No mas, no mas.... buen Zaide!.... basta, cesa,"
Interrumpióle el mísero Mudarra:
"¡Harto mi corazon destroza, y llena"

"De espanto y de dolor ese recuerdo,
Que ni un instante de oprimirme deja!....
Ay! yo escuché sus últimas palabras,
Que aquí en mi corazon están impresas:"

"Palabras que mis años juveniles
Han llenado de afan, y que ahora incendian
Mi pecho con el ansia de cumplirlas,
Ya que he debido al cielo el comprenderlas."

"Sí," exclamó Zaide: "sí, jóven gallardo:
"Llegado el tiempo es ya; claro lo prueba
"Esa sangre que mancha tus vestidos,
"Y el aspecto feliz de las estrellas,"

"Que el camino te allanan. En Castilla
El débil conde Sancho ya no reina:
Acaba de morir: debe aquel trono
Un jóven ocupar de heroicas prendas;"

"Y si los sucesores de los reyes
El cetro y el poder supremo heredan,
Nunca heredan tambien los favoritos,
Y rara vez los odios y las quejas."

"A Castilla, á Castilla," entusiasmado
Con los altos destinos que le esperan,
Gritó Mudarra: "los momentos urgen;
"Crímen perderlos es, mi padre espera."

"Volemos," dice Zaide: "yo contigo
"Tornaré del Arlanza á las riberas,
"Te entregaré á tu padre; y presenciando
"Su venganza, su paz, y tus proezas,"

"Bendeciré la mano omnipotente
Que alargó mi vejez, para que viera
Cumplidos mis afanes, y tranquilo
Hallaré en el sepulcro paz eterna."

"Volemos, sí... mas ántes de este mármol,
Que tu curiosidad tuvo despierta
Por un presentimiento indescifrable,
Saquemos el depósito que encierra,"

"Para llevarle con nosotros.... Hola!
"Caleb.... Isman."—Al punto se presentan
A la voz obedientes dos esclavos,
A quienes pide para alzar la piedra

Los útiles precisos. Presurosos
Caleb é Isman á obedecerle vuelan;
Y el anciano y el jóven en silencio
Como clavados en su sitio quedan.

Volvieron los esclavos, y la losa
Levantando forzudos, descubierta
Quedó un arca de cedro y ataujía,
En una alfombra tunecina envuelta.

Viéndola, dijo Zaide: "Aquí, Mudarra,
" Están de tus hermanos las cabezas,
" Que Giafar como bárbaro trofeo
" Colocó de su alcázar en las puertas."

" Yo las quité de allí, y en esta caja
Las encerré entre aromas, y esta huesa
Mandé labrar, plantando en su memoria
Estos siete cipreses que nos cercan."

" Llevemos á tu padre estos despojos:
Dulce reposo allá en su patria tengan;
Que aun despues de la muerte es gran desdicha
Sufrir el peso de la extraña tierra."—

Arrojóse Mudarra sollozando
Sobre el arca magnífica, la besa
Y la humedece con su llanto. Zaide
La alza y prosigue: "El tiempo no se pierda;

"Vamos, vamos al punto. La mañana
Anuncia con su soplo el aura fresca;
Y no es prudente que el cercano dia
Dentro de este castillo nos sorprenda."

Ambos dejaron el jardin siguiendo
La caja funeral, y al patio llegan,
Do á los preparativos del viaje
Con grande actividad Zaide se entrega.

Las varias y terribles sensaciones,
Que en el espacio de la noche aquella
El alma generosa de Mudarra
Sacudieron con rápida violencia,

Su vigor agotaron; y abatido
En el moral cansancio, que la fuerza
A la imaginacion roba, yacía
Entre el tropel confuso que le cerca.

La muerte de Giafar, la suspirada
Revelacion de horrores tantos llena,
El hallarse de pronto un personaje
De alto nombre, de sangre tan excelsa,

De tan grande importancia, destinado
De monstruos á purgar la esclava tierra,
Y á ejercer la venganza de los cielos
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa
Pasado y porvenir de su existencia,
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.

ROMANCE QUINTO.

En medio de los ginetes
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venía un cuerpo finado.

Romance antiguo.

Leida la carta ó letra, cayó
En tierra, privada de fabla y sentido,
Y de todo punto el ánima dió,
Non ménos llagada que la trista Dido.
E luego las otras el mas dolorido
Duelo comenzaron, que jamas se falla
Ser fecho en el mundo.....

Comedieta de Ponza, obra inédita del marques de Santillana.

La fresca aurora de risueño nácar
Tiñó las nieblas, que del ancho rio
A coronar se alzaron en la noche
De la ciudad los regios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima
De la alta sierra al matizar los riscos,
La caravana fugitiva vieron,
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,
De acia la fuente del Amir bajando
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban
A su inocente y plácido ejercicio,
Despues de haber pasado en blando sueño
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,
Sin seguir senda alguna, dando giros,
Cayendo y levantando; en él los ojos
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines tambien que lo advirtieron,
Vigilantes alzando sus ladridos,
A encontrarle volaron. Dos zagales
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren;
Y al acercarse al sospechoso sitio,
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,
Que arrastraba un ropon medio caido.

Aproxímanse mas, y con asombro
Encuéntranlo espirante y semivivo,
La frente hendida de furioso golpe,
Y cuerpo, ropa, todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,
" Dónde estoy? " exclamar, " socorro, amigos,"
En lástima tornando el miedo, pronto
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,
Sobre los hombros sácanle al camino,
Y no sin gran trabajo le conducen
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,
Ya extendida la luz, reconocido
Por Muley, el diestrísimo flechero,
Esclavo de Giafar y favorito.

Pásmanse al verle en tan terrible estado,
Y el viejo mayoral de aquel aprisco
Examina la herida peligrosa,
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y aun le aplica
Básamo de romero y de tomillo;
Refrigerando al triste moribundo
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando
Con las postreras ansias, sumergido
En desmayo letal, por un momento
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro
De los que en torno están, ansiando indicios
Que aclaren, si la herida del esclavo
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras
De la muerte vidriados y marchitos:
Los gira en rededor, y no conoce
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierve su hondo pecho,
Tiemblan ya sin vigor los miembros frios,
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza
Agudos ayes, roncos alaridos;

Y de repente alzarse procurando,
Con claras muestras de mortal delirio,
Tales palabras dislocadas dice,
Interrumpidas con horrendos gritos:

"Mandado fuí.... ¿ quién resistir pudiera
Su omnipotente voz?.... quién?.... yo.... yo el tiro
Erré con voluntad.... Jóven gallardo!
No era dado matarte al brazo mio."

"Mas, ay! yo le engañé...qué horror!"...Tornóse
Su débil voz en áspero alarido,
Y derribóse sobre toscas pieles,
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica
Leche á los labios, y con un rocío
De agua fresca humedece el negro rostro
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,
Quedó como un cadáver : luego vuelve
En sí mas sosegado, mas tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,
Y con voz desmayada, " Sí," prosigue,
" No es sueño, ni ilusion.... ah ! yo lo he visto."—

" Qué ?" le preguntan. " Escuchád," responde :
" Despues que el brazo injusto y vengativo
" Hendió mi frente y confundióme en tierra,
" Sonaron dos alfanjes, y un gemido."

" Luego reinó silencio.... En sed ardía,
Y en la cercana fuente hallar alivio
Quise.... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro
Mi cuerpo por las ramas y los riscos."

" Llego al lugar ansiado, y de repente
" En tierra desangrado.... qué horror !.... miro
" A Giafar."—" A Giafár !" los circunstantes
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.
" Sí," prosigue Muley; " Giafar, amigos,
" Giafar, no me engañé, que en su semblante
" Daba la luna; y á su lado mismo"

" En pié se alzaba formidable espectro,
Con los desnudos brazos extendidos,
Y con tal apariencia, que yo al verle,
Quisiera confundirme en el abismo."

" Y torné á desmayarme, ya olvidado
De la sed que abrasaba el pecho mio,
Y de nuevo quedé como sin vida,
Sobre las hojas áridas tendido."

" Mas despues de un gran rato recobréme,
Volví á ver á Giafar claro y distinto,
Entre confusa turba de fantasmas,
Que le arrastraban, prorumpiendo en gritos"

" De gozoso furor, por un gran lago
De sangre, que inundaba aquel recinto;
Y las palmas batían, con risadas
Del otro mundo; y con los labios fijos

Vi muchas de ellas en la horrenda herida
Del pecho de Giafar cárdeno y frio
Beber la sangre; y otras desgarraban
La llaga, ya honda sima." El semivivo

Negro no pudo mas: terror helado
Le atajó las palabras; confundidos
Quedaron de escucharle los pastores,
Y en nueva convulsion se hundió el mezquino.

Oh justo cielo! ¿tan terrible escena
Vió en realidad? ¿Acaso los sentidos
De Muley, perturbados con la herida,
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,
Y entregado al influjo de un delirio,
Miró cual ciertos en aquel instante
De su imaginacion los extravíos?

¿Acaso de la sierra leñadores,
O habitantes tal vez desconocidos,
De Giafar el cadáver circundaron;
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas
Los juzgó sin cordura? ¿Acaso quiso
La justicia tremenda del Eterno
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,
Descubrir á un esclavo; y darle aviso
Por medio tal al mundo?.... ¡Quién penetra
Del Ser omnipotente los designios!

No volvió á hablar Muley : la helada muerte
Tomó pronto completo señorío
De su mísero cuerpo. Los pastores,
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden
Con certeza inferir de lo que ha dicho.
Que Giafar está muerto, y su cadáver
Insepulto no léjos de aquel sitio,

Coligen solo; pero ¿quién dió el golpe?
¿Quién ha sido el mortal de tanto brio,
Que á tal coloso hirió? Quieren incautos
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos
Del supremo Wazir; aunqué, advertido,
El mayoral anciano los contiene,
Temiendo de tal paso los peligros.

Ya el sol sus claras luces extendía
Por la inmensa llanura, y el bullicio
De la noble ciudad llenaba el aura;
Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles
El confuso rumor que allí vecino
Retumba, los pastores escuchando,
A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza
Salen curiosos, y de flecha á un tiro
Ven tropa de gallardos cazadores,
Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron
Junto al redil. En ayes y alaridos
Van desahogando el corazon algunos;
Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba
Seis esclavos á pié, de tosco pino
En palanquin humilde, con ramajes
Formado, blandas jaras y carrizos;

Llevan sobre los hombros un cadáver
De formidable aspecto, en sangre tinto,
Desgarradas las ropas, descubierto
El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. Ay! Giafar era,
Que aunqué muerto, inspiraba el miedo mismo,
Que cuando el cetro ó la invencible lanza
Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,
Era gefe Zeir el tunecino,
Al que ofreciera el bárbaro difunto
A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,
Por medio de Muley, Giafar inicuo
Para la fuente del Amir, creyendo
Que iba en salvo á lograr su atroz designio;

Fingió que á disponer iba en la sierra
Una gran caza, y á Zeir le dijo,
Que á la mañana con los suyos fuese
A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda, que encontraran del flechazo
Allí á Mudarra traspasado, quiso;
Así encubrir el alevoso golpe,
Y achacarle del monte á forajidos;

Mas la trama execrable el justo cielo
Omnipotente y vengador previno,
Y do creyó Giafar lograr un crímen,
Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora
El gallardo Zeir, que en el castillo
De Almodóvar gozaba el dulce otoño;
De un loco amor jamas correspondido

La posesion tiránica y terrible
Esperando lograr; con sus amigos,
Cazadores, ballestas y lebreles,
De la cita al lugar corre prescrito.

Ágil adelantándose á su tropa,
Al avistar los árboles altivos,
Que del Amir la fuente sombreaban,
Puso á galope el potro berberisco;

Y sonando entre jaras y mimbreras
El dorado metal de los estribos,
Y hollando juncias y húmedos helechos,
Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse
Volando un buitre, ensangrentado el pico,
Y un voraz lobo huyó por las malezas.
El potro al verlos, rezeloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,
Lanza por la nariz de fuego un rio,
En las flexibles piernas derribado
Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluza la crin. Al punto siente
Del agudo acicate el duro aviso,
Y se enarmona, y resoplando fiero,
Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra
De la fuente en el corto circuito.
Asombrado Zeir halla un cadáver
Ante sí de repente : compasivo,

Mas bien horrorizado, los arzones
Desocupa lijero : confundido
Reconoce á Giafar nadando en sangre,
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡Oh, cuál halló al Wazir!.... Que reluchando
Con ansias espantosas y martirios,
En desesperacion arrojó el alma,
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho :

Segun los rastros de esparcida sangre
Que cruzaban el prado, al ver teñidos
Tambien de sangre de la humilde fuente
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas
Las cortezas de sauces y lentiscos,
Y el lívido cadáver destrozado,
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,
Con mil cárdenos golpes contundido,
El pecho hinchado, y la espantosa herida
Destrozada en reedor. Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,
Extendiendo soberbio su dominio
Por cuanto alumbra el sol, y que potente
Pavor impuso al cielo y al abismo;

Del rugiente huracan arrebatado,
De un rayo vengador al cabo herido,
Y de las ondas con furor hinchadas
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado; al traves sobre la costa
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos;
Y á la mañana encuéntrase volcado,
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,
Solo y abandonado, del Destino
Inexorable mísero despojo,
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores
Pronto la alegre turba, y mudo y frio
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante
Igual terror y un pensamiento mismo,
En silencio circundan el cadáver,
Sobre él los ojos espantados fijos.

Tal turba de pastores, en la orilla
Del mar, desde las rocas el navío
Naufragado miraran, contemplando
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos
El esfuerzo, el furor y el poderío,
Cuando vencer lograron tal coloso,
Y al mundo libertar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,
Que un horrible espectáculo imprevisto
Siempre ocasiona, procuraron todos
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco;
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,
Y parece la herida ser de alfanje
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago
De fresca sangre encuentran, y caidos
En ella un arco y un carcax: dos prendas
Que conocidas fueron al proviso

Por del negro Muley, aquel flechero
En Cordóba famoso por sus tiros,
Y á quien trajo el Wacir de Mauritania,
Con plaza en su favor y en su servicio.

Hallazgo tal, y la sangrienta estampa
De una mano en el tronco de un aliso,
Junto á la senda de la Albaida, aumentan
La comun confusion. Cerca un relincho

Escuchan; corren, y hallan el caballo
De Giafar, por la rienda atado á un pino.
Recógenlo; registran cuidadosos
Las cuevas, espesura y precipicios,

Y aun quedándose algunos en la sierra,
Por si pueden topar algun testigo
Y hacer nuevas pesquisas; los restantes
Reuniéndose á Zeir, el cuerpo frio

De Giafar á su alcázar conduciendo,
El llano atravesaron y el rastrillo
De la ciudad, y en funeral comparsa
De sus calles y plazas el bullicio.

Kerima en tanto en letargoso sueño
Templaba los afanes y martirios
De su pecho infeliz. Solo dos dias
Quedaban ya del término prescrito

Por su padre cruel, (plazo harto breve,
En que debe fijarse su destino)
Y ha cuatro que ni aun sabe qué es del jóven,
A quien rindiera el alma y albedrío.

Sola, encerrada, y escuchando siempre
Los consejos y cuentos desabridos
De la vieja nodriza, que empleaba
En cuerda de tormento su cariño;

Sin hallar un consuelo, una esperanza,
Yace desventurada en un abismo
De desesperacion. La alta firmeza
De su carácter, y la fuerza y brio

Del noble amor, que contrariado crece,
No alcanzan á ofrecerle ni un resquicio
De salvacion. La abruma su existencia;
Y solo en el veneno ú el cuchillo

Recurso encuentra.... Mísera!.... Privada
De sus siervas tambien, ni aun el respiro
Logra de que alguien su lamento escuche
Con semblante y silencio compasivos.

La nodriza, no mas, á todas horas
Tiene á su lado, y de ambas al servicio
Solo admitida estaba una cautiva,
A quien jamas la desdichada ha visto

Ántes de su prision. Era cristiana
Y María su nombre, habiendo sido
Aprisionada en la invasion y saco
De un lugar castellano fronterizo.

Silenciosa á arreglar el aposento,
Cumpliendo silenciosa con su oficio,
En la cámara entraba; pero siempre
Teniendo á la nodriza por testigo.

La anterior tarde consiguió un momento
Hallar sola á Kerima de improviso;
Y con los ojos demostrarle supo
La compasion y el interes mas vivo.

No tardó la doncella sin ventura,
Llena de gratitud, en descubrirlo;
Y de una vil cautiva las miradas
Para ella fueron celestial alivio.

Una alma destrozada lo halla siempre
Al ver un solo asomo; un leve signo
De tierna simpatía en el semblante,
Aun del ser mas abyecto y abatido.

No era ya jóven la infeliz cristiana,
Y de beldad y de vigor marchito
Por los desastres, mas que por los años,
Su angustiado semblante daba indicios.

Tornaron á mirarse ella y Kerima,
Y una y otra lanzaron un suspiro;
Y la cristiana la primera el labio
Movió, y turbada estas palabras dijo:

(Palabras, que si al pronto no entendidas,
Y en tal boca escuchadas, el principio
En la gentil doncella acaso fueron
De afectos de tan alto poderío,

Que su alma destrozada á nueva senda
Encaminaron por extraño giro,
Fijando de manera inesperada
Su oscuro porvenir y sus destinos.

Hay críticos momentos de la vida,
En que el objeto mas trivial, ó el dicho
Mas insignificante, en nuestras almas
Ejercen un tiránico dominio.

Así tal vez acia fecundo suelo,
Cuando las lluvias nieves y granizos
Preparado lo tienen, de otro clima
Arrastra el viento en raudo torbellino

Despreciable semilla, ó la conduce
Ave lijera en el delgado pico;
En la tierra cayendo, encuentra en ella
Para desarrollarse grato abrigo;

Y prende, y nace despreciable tallo,
Que es pronto arbusto, y que despues rollizo
Tronco á miles su especie multiplica,
Tornando el que fué prado, en bosque umbrío.)

Dijo pues la cristiana compasiva
A Kerima infeliz : "Dios es benigno :
"Él puede remediar tus infortunios ;
"Pon tu esperanza en él, tendrás alivio."

"Si fueras de mi ley .... si tú á la Madre
De nuestro Redentor, el que á su Hijo
Por ti rogase, humilde le pidieras,
Siendo justos, lograras tus designios."

"En ella tengo yo mi confianza :
Mira, mira su imágen, que conmigo
Sobre mi corazon llevo, y en ella
Cobrar mi patria y libertad confío."

Diciendo así del seno una medalla
Sacó, do en cobre estaban esculpidos
Toscamente una Vírgen por un lado,
Y por otro un pequeño Crucifijo.

Como un extraño talisman Kerima
La miró con respeto y con prestigio,
Pues en grandes apuros y aflicciones,
Cuando cerrado está todo camino,

Es propio alimentar aun esperanzas
En secretos influjos y en prodigios.
Y la cautiva continuó : " Señora,
" Por todas las ajorcas y los ricos "

" Joyeles de preciosa pedrería,
Con que al sol deslumbrar, tal vez te he visto,
No trocara esta prenda.... Mas si quieres,
Miéntras que dure tu afliccion, contigo "

" Conservarla, gustosa te la dejo."—
Kerima la tomó dando un suspiro,
Al cuello se la puso; y á su mente
Ocurrió el pensamiento al tiempo mismo,

De que tal vez en la mujer aquella
Medio le daba el cielo, mas propicio,
De escribir á su amante, y en el caso
De apelar á la fuga, algun arbitrio.

Iba por estas nuevas esperanzas
A dar el primer paso, cuando vino
La nodriza importuna; y advirtiendo
Que ambas hablaban, con encono dijo

A la infeliz cristiana: "¿ Cómo, perra,
" Osas mover aquí tu labio indigno ?
" Trabajar y temblar te cumple solo;
" Pon que tuviste lengua en el olvido."

"Huye de mi presencia. Y tú, hija mia,"
Prosiguió con Kerima, "los oidos
"¿Has podido prestar á las palabras
"De esa idólatra vil?.... Por cierto digno"

"Es de tu alto nacer y de tus prendas
"Permitir tal audacia."—Un ceño altivo
Fué de Kerima la respuesta solo,
Y la cristiana huyó dando un gemido.

La anciana lenguaraz larga corriente
Dió á sus discursos necios y prolijos,
Ya los tiempos presentes despreciando,
Ya elogios tributando á los antiguos:

Prodigó reprensiones y consejos,
Encomios al mancebo tunecino,
Injurias contra el Huérfano, y elogios
De Giafar al orgullo y poderío.

Refirió á la doncella, que su padre
En aquel punto, de Muley seguido,
Iba á la sierra, donde ya tenía
Citados á Zeir y á sus amigos

Para una caza; y le pintó indiscreta
El banquete, el festejo y regocijo,
Que para celebrar se preparaban,
Su boda, ó aun mejor, su sacrificio.

La infelice Kerima en tales cuentos
Solo hallando tormentos y martirios,
Permaneció sobre su lecho, muda,
El rostro vuelto á la pared. Tendido

Estaba el manto de la noche, cuando
Creyendo la nodriza ya en tranquilo
Sueño á Kerima, acomodó cuidosa
La lámpara de bálsamo y el rico

Pabellon ormesí, y á lento paso
Fuése á buscar en el salon contiguo
Nueva conversacion con las esclavas,
O de reñir y murmurar motivos.

Libre de ella Kerima, largo curso
Dió á su imaginacion : ya entre peligros
Ve á su amante infelice, pues presiente
De su terrible padre los designios;

Ya piensa en que á gozar dos veces solas
Va del eterno sol el claro brillo,
Resuelta á que sus bodas y su muerte
Tengan efecto en un momento mismo.

Ya en volcánico amor arde su pecho,
Y le da para todo aliento y brio :
Ya en confuso terror se hunde mezquina,
Y encuentra por do quiera precipicios.

Está como el que cuenta los instantes
Que de vida le quedan, el suplicio
Inevitable ante sus ojos viendo,
Sin humano recurso. En sudor frio

Ora se inundan trémulos sus miembros,
Ora inmóviles quedan, convertidos
En insensible mármol. Ya sus ojos
En lágrimas prorumpen, como en gritos

Los ardorosos labios; ó ya aquellos,
Secos, se niegan al sabroso alivio
De lloro derramar, y estos, helados,
No permiten el paso ni á un suspiro.

En tan terrible estado, como suele
En el desierto inmenso al peregrino
De léjos ofrecerse un pobre arbusto,
O como en noche lóbrega al perdido

Caminante de luz harto lejana
Entre vapores el confuso brillo;
O como una remota hinchada vela
Al náufrago infeliz de un leño asido;

A la doncella se le ofrece acaso,
Por única esperanza en su conflicto,
La cristiana cautiva. Mas ¿ qué puede
Un ser tan infeliz contra el Destino?

Ay!.... el arbusto tierno, que verdea
En mitad del desierto, ni aun rocío
Tiene en sus ramas : la lejana lumbre
Es fuego fatuo, leve y fugitivo :

La vela que en el férvido horizonte
Preséntase indicando algun navío,
Es fantástica nube; y la cautiva
Consuelo harto impotente en tal peligro.

Si al ménos con Zelima, aquella esclava
Que era de sus secretos el archivo,
Y que de juventud, gracia y talento
Goza los poderosos atractivos,

Pudiera concertar.... Acaso.... acaso....
Pero ¡ ay, que es la primera á quien prohibido
Le fué el comunicar con su señora,
Y su favor mirado cual delito!

No, no le queda á la infeliz Kerima
Ni el mas remoto rayo, ni un resquicio
De terrestre esperanza.... ¿Qué viviente
Puede en apuro tal serle de auxilio?

Harto la infortunada lo conoce;
Mas como la esperanza, del mezquino
Mortal inseparable compañera,
Con él camina hasta el sepulcro frio;

Quien la pierde en la tierra, la coloca
En el cielo, y aguarda algun prodigio
Que remedie sus males, trastornando
De la natura el uniforme giro.

Tal sucede á Kerima : su esperanza
Se acoge á los extraños desvaríos
De encantos, talismanes y conjuros,
Y piérdese en un cáos de delirios.

Cuantas necias patrañas ha escuchado,
Con desprecio sin duda y con desvío,
A su nodriza y á sus siervas todas,
En su mente revuelve sin juicio;

Y torna su atencion á la medalla
De la cautiva, donde ve esculpidos
De figuras humanas los contornos,
Grave profanacion segun su rito : [29]

Extrañeza tambien que da mas peso
En su imaginacion á aquellos signos,
Pues al númen que rudos representan,
Con fervor pide proteccion y auxilio.

Como la arista, que á merced del viento
En la tormenta del ardiente estío,
Envuelta en blanco polvo leve gira
Entre los encontrados torbellinos,

Ya hasta las leves nubes se levanta
Salvando montes y hondos precipicios,
Ya por la seca tierra va arrastrando
Al traves de llanuras y de riscos;

Pasó la noche toda la doncella
Luchando con su mísero destino,
Alzándose en falaces esperanzas,
Y hundiéndose en un ciego y hondo abismo;

Y cuando de la aurora mensajero
Apareció el lucero matutino,
Rendida de penar, en un letargo
Cayó, y templóse un rato su martirio.

Pues por mas que, fantasmas voladoras,
En espectros informes y en vestiglos,
Al reedor de su lecho se agolparon
En gran tropel sus pensamientos mismos;

Al fin tornóse su letargo en sueño,
Por profundo y pesado harto tranquilo,
En que si no remedio á sus afanes,
El descanso logró que da el olvido.

Dormía pues, cuando el rumor confuso
De clamores, de llantos y alaridos,
Que al llegar de Giafar el cuerpo helado,
Retumbó en el magnífico edificio,

La despertó. Alzóse pavorosa,
Cual liebre que dormida entre tomillos
Oye el latir de galgos corredores,
Y del potro lijero los relinchos.

Vistióse de sus ropas mas precisas,
Sin cuidar de pomposos atavíos,
Y fué á llamar, cuando se abrió la puerta,
Y la nodriza entró, que roncos gritos

Lanzando, y de dolor, de espanto y rabia,
En gesto y actitudes, dando indicios,
Así con voz ahogada, interrumpida,
Y de temblor no inteligible, dijo :

"El soberbio Almanzor logró su anhelo,
El triunfo consiguieron los impíos.
Corre, hija mia, corre, y que venganza
Te dé al punto Zeir del caso inicuo."

"Ay del imperio cordobes!.... Kerima,
Si es el monarca Hixcen del cetro digno,
Dénos reparacion.... Ay hija amada!!!
Perezcan los infames asesinos"....

"O gran Profeta!".... — Aquí llegaba, cuando
Con extraño rumor y de improviso
La turba entró de sus esclavas todas,
Sobre sus frentes el terror escrito.

Kerima no comprende ni las voces
De la vieja irascible, ni el motivo
De tanta confusion; y á sus preguntas
Nadie osa responder. En tal conflicto

El primer pensamiento que le ocurre,
Es que de Hixcen renace el odio antiguo
Contra Giafar su padre, y que le quita
De nuevo su esplendor y poderío.

Sale pues presurosa de su estancia,
Que ya no es reclusion, y aunqué impedirlo
Procura la nodriza, con sus siervas
Corre acia donde suena el gran bullicio;

Y halla al fin el cadáver de su padre,
Sobre la alfombra en el salon tendido,
Do en otro tiempo el sin ventura Lara
Vió las siete cabezas de sus hijos.

Lo que pasó en Kerima en aquel punto,
No es mi labio capaz de describirlo:
De afectos tan contrarios fué su pecho
Alternativamente combatido,

Que imposible es, no solo retratarlos,
Mas tambien comprenderlos : el permiso
De penetrar, está negado al hombre,
En tan ciego y confuso laberinto.

De dolor y de espanto fué aquel dia,
Y el siguiente ofreció nuevos motivos
De confusion, de horror y de despecho
A Kerima infeliz; pues cuando el brillo

Primero de la aurora en el oriente
Apareció, paróse ante el postigo
Del jardin del alcázar un caballo
Cubierto de sudor, y un campesino

Moro bajando de él, con gran presura
En los patios entró del edificio,
Preguntó por Zelima, y un instante
Le habló, y dióle una cosa. Al punto mismo

La favorita, sin perder momento,
Subió, y á su señora un rollo escrito,
Con un negro cordon en torno atado,
Entregó, y retiróse. Temblor frio

A Kerima agitó, y un largo espacio
Ni aun fuerza halló para romper el hilo
Que cerraba la carta misteriosa,
Dándole el corazon grandes latidos.

Repuesta al fin de la primer sorpresa,
Desarrolló el delgado pergamino,
Y leyó estos renglones espantosos,
Por una mano tembladora escritos.

Kerima: yo á tu padre he dado muerte;
Mas no fuí yo, fué solo su Destino.
Le herí sin conocerle, defendiendo
La vida, que arrancarme aleve quiso.

Perdóname, mi bien: el justo cielo
Dirigió el duro golpe.... Mas qué digo?....
Para matarle solo fuí engendrado:
Soy del noble señor de Lara hijo.

Yace en prisiones, y á salvarle vuelo,
A combatir al pérfido enemigo
De mi estirpe infeliz.... A Dios, Kerima.
En dando cumplimiento al deber mio,

La muerte buscaré: la muerte anhelo....
Cómo sin ti vivir? Aborrecido
Te debe ser quien te privó de padre....
Aborréceme!!!... Sí, yo, yo á mí mismo

Me aborrezco tambien. ¿ Por qué aun no ignoro
La insigne sangre que en mi pecho abrigo ?....
A Dios, á Dios.... Mi madre fué Zahira....
Que no pierda, por serlo, el merecido

Respeto que á su nombre tributaste.
Las flores, que circundan el recinto
De su sagrada tumba, no perezcan....
Pronto mi sombra en él buscará asilo.

Kerima apénas concluyó la carta,
Con desmayo letal á tierra vino,
En insensible mármol convertida,
Privada de calor y de sentidos.

Infelice!.... ¡ Mas, ay, no es mas dichoso
El que la carta apasionada ha escrito,
Y que á Búrgos camina á largo paso,
Con veinte esclavos y su anciano amigo !

Cuando al doblar la sierra, en su alta cumbre,
Volvió Mudarra el rostro enardecido
A la insigne ciudad, y entre la niebla
Descubrió los gigantes edificios,

La gran mezquita, las flexibles palmas,
El dorado alminar, y el claro rio
Serpenteando plácido y risueño
Entre verjeles, huertas y molinos;

Un vuelco dióle el corazon cuitado,
Y recobraron de él todo el dominio
En tropel los recuerdos de la infancia,
Y de su ardiente amor el fuego vivo;

Cual rey, que destronado algunas horas,
Torna triunfante en nuevo poderío
A sentarse en su trono. Los afectos
De horror, piedad, orgullo y heroismo,

Que al teñirse de sangre, al oir absorto
De su padre y familia los destinos,
Al saber su alto nombre, al consagrarse
A un gran deber cercado de peligros,

Se apoderaron de su pecho; al punto
De dar su á Dios postrero al patrio nido,
Y de darle tambien á su querida,
Desparecieron. Uno de los riscos

¡Que en torno le cercaban, ser quisiera,
Para jamas moverse de aquel sitio,
En que plantado, envidia las raices
Del grueso roble ydel gigante pino.

Zaide prudente, sin decirle nada,
De su caballo asiendo, enternecido
Le hizo pasar la cumbre, y á sus ojos
Córdoba se ocultó. Lanzó un suspiro

El garzon angustiado : todo el dia
Guardó tenaz silencio, sumergido
En un mar de dolor. Las mas violentas
Pasiones, los afectos mas distintos

Juntábanse, ó tal vez se sucedían,
Cual las olas del mar embravecido,
O cual las nubes rápidas de otoño,
Que el cielo cruzan con incierto giro

En fantásticas formas ; y apurando
Del infierno implacable los suplicios,
Concibe al porvenir horror y tedio,
Y por lo que pasó, ciego delirio.

Cerca del Carpio les cogió la noche :
Un pariente de Zaide su castillo,
Inexpugnable entónces, gobernaba,
Y en él se recogieron sin peligro.

Allí el mancebo falto de reposo,
A Kerima escribió, y á un campesino
Despachó á toda brida, y encargóle
Dar la carta á Zelima con sigilo.

Aquellos cazadores, que en la sierra
Quedaron á buscar rastros ó indicios
De quien mató al Wacir, al fin tornaron
A Córdoba alterada, al tiempo mismo

Que entró en ella del Carpio el mensajero,
Y refieren el viaje repentino
De Mudarra con Zaide, y las palabras
Y muerte de Muley en el aprisco.

Y cuentan vagas nuevas, que en la selva
A varios leñadores han oido,
De cómo hallaron á la media noche
El cuerpo helado en el lugar sombrío.

De un solitario, que de luengos años
Habita de la sierra entre los riscos,
Dicen, que oyó tambien el sordo estruendo
De dos alfanjes, que bajó á aquel sitio,

Halló muerto al Wacir, y oyó los pasos
De alguien que se alejaba fugitivo
Acia la Albaida; y sobre todo afirman
Que hay un pastor, que del Amir á visto

En la fuente á Mudarra, cuando el dia
Se ocultaba en ocaso.—En los corrillos
Del pueblo estas noticias se difunden,
Y se aumentan con cuentos y prodigios;

Y toda la ciudad, con fundamento
Sospecha ya quién de Giafar ha sido
El matador, y en su enlutado alcázar
Se asegura por cierto y positivo,

Que es Mudarra. Furiosa con tal nueva
Lanzando la nodriza roncos gritos,
Y maldiciendo al Huérfano infelice,
Y á Zaide, y á Almanzor, y á los impíos,

Sube á martirizar con la noticia,
Con sus imprecaciones y delirios
A Kerima inocente. En su aposento
La halla tendida en tierra, sin sentido,

La hermosa faz helada, las mejillas
Sin color y sin luz, secos, marchitos
Los ojos, y en sus labios anhelantes
Sonando apénas sepulcral quejido;

Y la que á procurar iba imprudente
Con su cólera necia el daño mismo,
Hecho hallándolo ya, de horror se pasma,
Grita, llama á las siervas, su cariño

Por la infeliz exhala en tierno lloro,
Estréchala en su seno, el rostro frio
Le sella con los labios, y la nombra
Con maternal amor. De sus gemidos

Asustadas acorren con presura
Las esclavas, colocan sobre el rico
Lecho á su yerta éxánime señora,
Y danle los socorros mas precisos.

Sobre la alfombra en tanto alguna de ellas
Ve acaso de Mudarra el pergamino,
Curiosa lo recorre, y asombrada
Al encontrar en él tan buen testigo

De aquel suceso, y claros y patentes
Tan extraños secretos; al proviso
Corre al salon, donde aun estaba el cuerpo
Cercado de parientes y de amigos,

Guardias y esclavos; y mostró la carta,
Que de horror y sorpresa en un abismo
Hundió los corazones, descubriendo
Misterios tales. — Que Mudarra es hijo

De Lara y de Zahira, se difunde
Pronto por la ciudad; y los antiguos
Sucesos recordando, admiran todos
Del cielo inescrutable los juicios.

Kerima, desdichada! de sus siervas
Y nodriza en los brazos, los sentidos
Poco á poco cobró; mas, ay! hundida
En mortífera fiebre, que el maligno

Influjo en sus entrañas ejerciendo,
Entregando su mente á atroz delirio,
Y el corazon quemándole, postrada
Dejóla y en gravísimo peligro.

Confusion nueva en el doliente alcázar
Este nuevo desastre repentino,
Y en Córdoba esparció; pues la doncella
Era con gran respeto y gran cariño

Adorada, no solo en su palacio,
Sinó tambien en la ciudad. Reunidos
Fueron todos los físicos mas doctos,
Y los mas poderosos y exquisitos

Remedios practicados. Ah! diez veces
El sol bajó al ocaso sin que alivio
Hallase la infeliz....¡ Cuántos trastornos
Empeoraron en tanto su destino!

La pompa funeral con que el cadáver
Del Wacir fué al sepulcro conducido,
Se vió atacada por furiosa plebe,
Que en el cuerpo insensible saciar quiso

El odio y el rencor, que le inspirara
Con sus atrocidades cuando vivo;
Y dispersando el fúnebre cortejo,
Despedazó feroz los restos frios.

De alcaide y de Wacir los graves cargos
A Abdimelik, el sucesor y el hijo
Del Hagib Almanzor, al punto fueron
Por Hixcen y Sabeya conferidos:

Último golpe al poderoso bando
De Giafar, y á su excelso poderío,
Pues los primeros cargos del imperio
Reuniéronse por fin en su enemigo.

El opulento alcázar sin cabeza
Fué escena de desórden inaudito,
Y su inmenso tesoro saqueado
Por una turba vil de advenedizos,

Que deudos se llamaban y parientes,
Sin haber quien pudiese reprimirlos;
A la par que de esclavos y libertos
Codicioso escuadron, roto el prestigio

De obediencia y temor, dió larga rienda
A escándalo, insolencia y latrocinio.
La fiel nodriza y un liberto honrado,
De la familia servidor antiguo,

Sin poder oponerse á tal torrente
De iniquidad, llorábanlo, y aviso
Dieron á Osman, un respetable anciano,
Aunqué contrario de Giafar, su primo.

Este, que retirado de la corte
Habitaba de Estepa en el castillo,
A mirar por la huérfana infelice,
Y á remediar tanto desórden, vino.

A la décima luz logró Kerima
De sus dolencias físicas alivio;
Despareció la fiebre abrasadora,
De sueño disfrutó dulce y tranquilo;

Y poco á poco recobró la vida,
Tornando á la salud. Cielo benigno!
Qué vida y qué salud!.... ¿Dónde las rosas
Du sus tersas mejillas?.... ¿dónde el brillo

De sus radiantes ojos?.... ¿de sus labios
Dónde el fresco jazmin?.... y el expresivo
Fuego celeste que en su todo ardía,
¿Cómo así se apagó, y es hielo frio?....

El cáncer destructor quedó en su alma,
Devorándola está furioso y vivo,
Y mas y mas ahondándose : su mente
Desarreglada, su carácter mismo

Trocado lo demuestran. Vaga idea
Conserva de sus males : siempre fijo
Un pensamiento solo la domina;
Mudarra, nada mas. Sí, de contino

Le tiene ante sus ojos, en mil formas,
En situaciones mil. Ya su delirio
Es á todos patente. Aunqué en silencio
Pasa los largos dias, sus caprichos

Extraños, y el romper tal vez en lloro,
En risadas tal vez, tal vez en gritos ;
Y sus raras preguntas y ademanes
Dan de su estado miserable indicios.

Tansolo la cautiva castellana
Admite con placer á su servicio,
Y embebida, pendiente de su labio,
La escucha de su tierra mil prodigios,

Milagros y fantásticas escenas,
Apariciones, prácticas y ritos,
Y los bandos de Lara y de Velázquez,
Lances, batallas, muertes y amoríos.

Con grande afan conserva siempre al cuello
La medalla de cobre, aunqué sombrío
Terror le inspira, sin dudar un punto,
Cuán terrible poder le es concedido.

La nodriza gimiendo, á su Kerima
Ve en situacion tan mísera: su tio
Con dolor la contempla; el pueblo todo
Con lástima y asombro compasivo.

El mancebo Zeir, aquel amante
Tan ardiente y tenaz, comienza tibio
A demostrarse, y del empeño cede,
Que sostener con tanta fuerza quiso.

Pasaba en el jardin la desdichada
Continuas horas; mas su afan prolijo
Por las flores tampoco ya la anima,
Y con indiferencia y ceño esquivo

Muertas las ve en los vasos de alabastro,
Sin tener mas consuelo que el rocío,
Y por los descuidados arriates,
Los tallos secos y el verdor marchito.

Una tarde que sola recorría,
Con planta incierta y con los ojos fijos
En tierra, su verjel, acaso abierto
De la extendida cerca halló el postigo;

Y como suele de la jaula estrecha,
Donde mas que cantó, lloró cautivo,
Si la puerta quebranta, al manso viento
Lanzarse en vuelo raudo el pajarillo;

Rápida así lanzóse de carrera
En la selva inmediata, y el contiguo
Campo cruzó veloce, de Zahira
Dirigiendo á la tumba su camino.

Allá llegó anhelante y sudorosa,
Y al entrar en el lúgubre recinto,
De rodillas cayó sobre la yerba,
Tendió los ojos, y rompió en gemidos.

¡Cuánto afan, cuánto dulce pensamiento,
Cuánta memoria amarga, en aquel sitio
Invadieron su pecho, destrozado
Del infortunio por el crudo filo!

El mármol que á la tierna madre cubre
Del objeto que el alma le ha encendido;
Las flores á su amor recomendadas,
Y que faltas de riego y de cultivo,

Yacen ahogadas en bastardas yerbas;
Los fúnebres cipreses, que testigos
Fueron de la embriaguez con que su pecho
Se abrió á un amor funesto, que el Destino

Inexorable contrarió; y la banda,
Aunqué rasgada y el color perdido
Por los vientos y lluvias, todavía
Ondeando atada en el laurel altivo;

Todo lo mira con turbados ojos;
Y los recuerdos donde quiera escritos
De su pasion desventurada hallando,
Y de sus infortunios el principio;

La faz bañada en lágrimas inclina,
Y soltando la rienda á sus delirios,
Sueña despierta, y con la mente vaga
Por ciegos y confusos laberintos.

Mas, ay! no solamente lo pasado
En su imaginacion claro y distinto
Cual presente se pinta: cual presente
Tambien un porvenir, ó un desvarío

En ella se figura.... O Dios!.... la sombra
De su adorado amante (él se lo ha dicho)
Allí el reposo buscará.... Su amante
Corrió en pos de venganzas y peligros....

Cielos !....llegó el momento ?....¿ llegó el punto
En que ya leve sombra, aquel recinto,
Impalpable, invisible acaso habite,
Y en torno de ella vuele en mudo giro ?....

Al concebir tan hondo pensamiento,
De terror y consuelo á un tiempo mismo,
Alza la faz, retiembla, en torno mueve
Espantados los ojos, y el oido

Aplica con afan al rumor vago
Que formaba en los árboles sombríos
El viento que arreciaba, y á unos golpes
Que sonaban lejanos y distintos.

Eran estos causados por las varas
Con que el bosque de acebos y de olivos
Despojaba la turba labradora,
En cosecha feliz, del fruto opimo.

Escuchó á poco la infeliz Kerima
De los toscos cantares el sonido,
Con que estando la tarde ya mediada,
Se daba fin al rústico ejercicio.

Una voz, aunqué recia, muy sonora,
Y cuyos dejos fueron repetidos
Por los ecos del monte, así cantando
Resonó por las selvas y los riscos:

Inocente tortolilla,
¿Qué buscas entre estos ramos?
¿A quién, desdichada! arrullas
En un nido solitario?

En donde tus dichas fueron,
Solo hay recuerdos amargos;
Y es el vivir de memorias
El tormento mas pesado.

Aquel árbol, que pomposo
Os dió fresca sombra, ufano
De saber vuestros secretos,
De ocultar vuestros halagos;

Héle allí negro, desnudo,
El grueso tronco quemado....
Bramó ronca la tormenta,
Y cebóse en él un rayo.

El cristalino arroyuelo,
Que entre hermosas flores manso
Templó vuestro fuego ardiente,
De vuestros besos gozando;

Es ya una rambla de arena
De tal aridez y espanto,
Que esmaltan su seca orilla
En vez de flores, lagartos.

Mas, cuitada!....¿ qué te importa
Ni el arroyuelo, ni el árbol,
Si solo á tu amante buscas
Y gimes por él en vano?

Pronto para ti cobraran,
Si consiguieses hallarlo,
Este su lozana pompa,
Aquel sus raudales claros.

¡Ay, que el sañudo Destino
Que al uno abrasó tirano,
Que al otro secó inclemente,
A ti te robó tu encanto!

Por un huracan deshecho,
Tu bien de ti separado,
Llorando tu ausencia vaga
Solo, por bosques extraños,

Donde el cazador astuto,
Tendida la cuerda al arco,
Le acecha, y de roja sangre
Manchará su pecho blanco.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Moriréis dichosos ambos.

Cesó la voz, y en armonioso coro
La turba repitió de campesinos
Los cuatro últimos versos. En seguida
Todo quedó en silencio sumergido.

En su imaginacion acalorada
A la doncella celestial aviso
El rústico cantar se le figura,
Retiembla, y en sudor se inunda frio.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado ;
Que si una flecha os da muerte,
Moriréis dichosos ambos ;

Repite en hondo acento, y entregada
A frenesí vehemente y repentino,
Alzase, del laurel la banda quita
Ronca gritando: "Este despojo es mio."

Se la tercia en el pecho, salta fuera
Con ágil pié del fúnebre recinto,
Y veloz acia el monte se dirige,
Sin buscar senda ni seguir camino.

Quien la hubiese encontrado de repente,
Desnuda el cuello, desceñida el cinto,
Suelta y volando á par de sus cabellos
La blanca toca de delgado lino,

Pendiente al hombro la rompida banda,
Y en medio de su pecho, fugitivos
Relámpagos formando el sol poniente
De la medalla en el pequeño disco;

Y sus ojos brillantes y espantados,
Y sus aéreas formas; en tal sitio,
Y en tal momento, y en aquella tarde;
Que era una aparicion hubiera dicho.

El sol al occidente declinaba:
En ráfagas violentas nuevo brio
Cobraba el viento, alzando en la llanura
De seco polvo blancos remolinos.

Cruzaban el espacio densas nubes,
Y se iban apiñando, al modo mismo
Que se apiñan los tristes pensamientos
En la mente infeliz del afligido.

Gruesas gotas escasas, esparcidas,
Azotaban el suelo: repentinos
Lampos el horizonte amedrentaban;
Y cual en selva oscura los rugidos

Retumban de un leon, lejanos truenos
En la turbada atmósfera. El abrigo
Buscaban de las peñas los ganados,
Los hombres de sus techos el asilo:

Solo Kerima impávida prosigue.
En saliendo del bosque, ve el castillo
De la Albaida inmediato; se acrecienta
Su frenesí; trepando por los riscos,

Corre á lanzarse en él....Mas de repente,
Que no está ya su amante en aquel sitio,
Le dice su memoria; y despechada,
A la siniestra mano, entre lentiscos,

Madroñales y zarzas, una senda
Toma, por do cansada y sin respiro,
Sube la falda de la sierra. En tanto
Creció la tempestad: ya gruesos rios

Tornados con la lluvia los arroyos,
Bramaban en los hondos precipicios:
Silbaba el huracan, y furibundo
Desarraigaba los añosos pinos;

Y allá en la excelsa y erizada cumbre
Sacaba los peñascos de sus quicios:
Tales los truenos eran, que turbado
El orbe retemblaba á su estampido.

Un mar de fuego era el espacio á veces,
A veces ciega noche, á que mezquino
Rayo de sol, muriendo en el ocaso,
Daba de horrenda luz pálidos visos.

Tiembla por fin Kerima; ansiosa busca
En donde guarecerse: allí vecinos
Ve unos árboles altos y pomposos;
Corre á encontrar bajo el ramaje abrigo.

O Dios! á dónde entró!!! dónde? En la fuente
Del Amir. Aunqué rara vez ha visto
Aquel lugar terrible, lo conoce
Por desdicha al momento. En el abismo

Mejor quisiera haber entrado. Cielos!
Un piélago de sangre es aquel sitio
A sus ojos, y en medio ve el espectro
De su padre feroz, que vengativo

La acusa, y la maldice, y la señala
Al cielo como objeto de exterminio,
Víctima de expiacion. La sin ventura
Se siente convertir en mármol frio,

Y escondiendo la frente con los brazos,
Apóyase en el tronco de un gran pino,
Al mismo tiempo que el sañudo viento
Tronchó bramando su ramaje altivo,

Con horrendo fragor. Pobre Kerima!
En pánico terror su pecho hundido,
Juzga que cielo y tierra conjurados
De su loca pasion le dan castigo,

Y que allí la confunden, porqué huella
La sangre de su padre, al asesino
Ciega buscando allí. Tal pensamiento,
Al par que la horroriza, le da brios

Para ponerse en fuga, y por lo menos
Lograr la muerte léjos de aquel sitio;
Y huye veloce con incierta planta,
Por la intrincada sierra, cuando un grito

Oyó, que "Gala!... Gala!" repetía.
Este era el nombre de su madre: oirlo
De consuelo le fué. Torna la frente,
Y ve detras de sí claro y distinto

Un verdadero espectro. Era un anciano
De edad muy avanzada, pero erguido,
Ágil y fuerte. Su cabello y barba
Blancos como la nieve, en crespos rizos

Inundaban su cuello y su cintura,
En la lluvia empapados. Su vestido
Era una parda túnica y un manto,
Cuyos pliegues, del viento sacudidos,

El agua de las nubes goteaban;
Y al traves de malezas y de riscos
Corría en pos de la infeliz Kerima,
A quien ya ataja el paso un precipicio.

Al réprobo monarca de Judea
Así tal vez en mas remoto siglo,
Se apareció de Samüel la sombra,
De la maga de Endor por los hechizos.

La doncella infelice ya no pudo
Resistir el terror: un alarido
Lanzó al verle llegar, y desmayada
Le faltaron los piés, y á tierra vino.

Llegó el anciano, en su turbado aspecto
Mil afectos notándose distintos:
En la doncella inmoble un breve instante
Clavó los ojos con espanto fijos;

Y de pronto doblando una rodilla,
La faz rugosa, do el dolor mas vivo
Pintado estaba, los desnudos brazos,
Descarnados y secos, y un gemido

Levantó al cielo tronador. Y luego
Cuidoso, sobre el cuerpo yerto y frio
De Kerima infeliz, suspendió el manto,
Del recio temporal dándole abrigo.

ROMANCE SEXTO.

En el castillo de Luna
Tenéis al anciano preso.
. . . . . .
Cansadas ya las paredes
De guardar tan largo tiempo
A quien recibieron mozo,
Y ya le ven cano y ciego.

Romancero de Bernardo del Carpio.

Otra escena se ofrece ante mis ojos:
Ya no son las florestas y campiñas
Por donde el curso majestoso extiende
Guadalquivir, gran rey de Audalucía;

Ni la sierra feraz, que al puro cielo,
Ignorando que hay nieve, alza la cima
De peñascos y musgo coronada,
De flores odorantes y de olivas;

Miéntras verjeles, huertas y jardines
Sus deliciosas faldas entapizan,
Embalsamando el vaporoso ambiente,
Que azahares y jazmin blando respira;

Ni la insigne ciudad, cuyo alto nombre,
Gigantesco poder y gloria antigua
La fama ensalza, las historias cuentan,
Y su templo y sus muros testifican.

Córdoba insigne!... O patria, dulce patria!
En cuyo seno de la luz del dia
Gozé la primer vez, en cuyo seno
Disfruté el tierno amor y las caricias,

Tesoro de la infancia. Si en tus bosques,
Encantàdas llanuras y colinas,
De mi niñez y juventud llenaron
Las horas, que han pasado fugitivas,

De tu grandeza insigne los recuerdos;
Volando en torno de la mente mia
Las sombras de tus héroes generosos,
Cual de una planta nueva en torno giran

Las mariposas del risueño mayo;
Jamas mi amor á ti, jamas se entibia,
Ni de mi pensamiento un punto sales,
Desde que arrastro en extrangeros climas

La vida, ha tantos años sustentada
Con el amargo pan de la desdicha,
Y aun mas con la esperanza de que al cabo
Logren en ti reposo mis cenizas.

Tú reinas en mi pecho, aunqué mi mente,
De tus héroes en pos, hoy por distintas
Tierras se espacie, y por remotos siglos,
Sus hazañas buscando esclarecidas.

Sí, de Mudarra y del prudente Zaide
Se arroja en pos mi suelta fantasía,
Del imperio andaluz salva los lindes,
Y vuela por los campos de Castilla.

Oscuro el cielo entre reacias nubes,
Y entre nieblas oculto blanquecinas;
Desnudo el suelo, donde invierno crudo
Su rigor y sus sañas ejercita;

Y un horizonte de hórridas montañas,
Que con peñascos áridos se erizan,
Do nacen solo verdinegros pinos,
Y que abruman las nieves me lo indican.

Allí el Arlanza, allí: si en el estío
Ufano se corona con espigas,
Ahora entre hielos ásperos sus aguas,
Turbias y perezosas, se deslizan.

Ya la ciudad descubro belicosa,
Que es de los condes castellanos silla:
¡De la corte de Hixcen el poderoso,
En todo cuán diversa y cuán distinta!

No, cual Córdoba, al cielo de zafiro
Alza opulenta las gallardas cimbrias
Búrgos naciente, ni de mármol y oro
Alminares altísimos empina.

Gruesos muros levanta y torreones
De tosca piedra, donde el sol no brilla;
Pero que á las tormentas y huracanes,
Y al furor de la guerra desafían.

No de riquezas bárbaras henchidos
Sus palacios están, ni de exquisitas
Telas del rico oriente entapizados,
Ni el regalo y las ciencias los habitan.

No suena, al despuntar la clara aurora,
La voz del Almuheden, que el nuevo dia
Anunciando á los hombres, á que acudan
Con sus ruegos al templo, les convida.

En su lugar la atmósfera ensordecen
Gruesas campanas de metal, que vibran
Melancólicos sones, convocando
A celebrar las prácticas divinas.

No en las calles la voz de las escuelas
Se escucha, ni el bullicio y alegría
En abundantes plazas, ni el estruendo
De talleres, telares y oficinas;

Solo resuena en Búrgos el martillo,
Que sobre el duro ayunque se ejercita,
En arneses tornando el fuerte acero,
Ya templado en las fraguas encendidas :

El monótono canto de los coros
De conventos, parroquias y capillas,
Y el confuso rumor de un pueblo pobre
Y taciturno, que en las calles gira.

Y los campos....ó Dios, cuán diferentes!
Allá los labradores en cuadrilla,
Casi desnudos, y cantando ledos
Tras de los tardos bueyes fecundizan

Los pingües sulcos, y feraz cosecha,
Premio de su sudor, segura miran;
Miéntras pobre gañan aquí, luchando
Con tierra ingrata y con adusto clima,

En pos de ágiles mulas rompe el suelo,
Temiendo de su afan y su fatiga
El fruto ver en su verdor talado
Por invasoras huestes enemigas;

O robado si no, cuando maduro,
Por el monje sagaz, por la codicia
Del tirano señor, ó con violencia
Por forajidos que en el monte habitan.

Finalmente aquel siglo el sol eterno
En las tierras de Bétis descubría
Un imperio ilustrado y poderoso,
Una grande nacion, acorde y rica,

Ya en la alta cumbre, y anunciando acaso
Su próximo descenso y su ruina
El supremo poder de sus monarcas,
Y del pueblo el amor á las delicias;

Y en la que Arlanza con sus aguas mide,
Un estado naciente, una conquista,
Gobierno sin vigor, inciertas leyes,
Crasa ignorancia á la pobreza unida,

Bandos feroces; mas tan noble brio,
Constancia tal y tanta valentía,
Que presagiaban la grandeza inmensa
Que los cielos guardaban á Castilla.

Nueve leguas de Búrgos en un llano,
Del Arlanza ocupando ambas orillas,
Descubro á Sálas. De ladrillo y piedra
Una puente sus barrios comunica;

Y á un lado miro con soberbias torres,
El palacio de Lara. De aquel dia
En que en medio de fiestas y banquetes,
Vió Zaide los agüeros que advertían

Tanto desastre al infelice dueño,
Tanta desolacion á su familia,
¡ Cuán distinto se ve !.... Ciegan los fosos
Matorrales incultos, derruida

Está la poderosa barbacana,
El grueso muro abierto, de bravías
Yedras vestido, y entre almenas rotas
Roncos los vientos en la cumbre silban.

Del homenaje la elevada torre,
Que tremoló, entre nieves y ventiscas,
Del linaje de Lara la bandera,
Es nido de las aves de rapiña.

El interior en todo corresponde
A tal desolacion : cardos y ortigas
Cubren el ancho patio, en que sacando
Con el ferrado pié del suelo chispas,

Los corceles de guerra se domaban,
Sufriendo apénas la apretada cincha,
Y do ladrando galgos y lebreles,
La hueca voz del caracol seguían.

La fuente rota está y en lodo el suelo;
Desierta la escalera, donde un dia
De escuderos y pajes resonaban
Las voces, las risadas y las riñas.

De polvo entapizado el astillero,
Y ni una lanza en él: solas, vacías
Alcándaras, que ufanas encerraron
De azor y de neblí razas distintas.

Los cuadrados salones, que armaduras
Y pendones vistieron, solo indican
Con mohosas escarpias, ya desnudos,
Cuánto templado acero los cubría.

Los altos artesones y techumbres,
Albergue de africanas golondrinas,
Dejan paso á las nieves y á los soles,
Rota la trabazon, pandas las vigas.

El estruendo sonoro del convite,
Cantos y juveniles alegrías,
Que en su cóncavo oscuro resonaron,
¿Cómo es silencio así de tumba fria?

Silencio que tansolo interrumpido,
Para mayor horror tal vez, se mira
Con el quejido en la espantosa noche
Del buho y del murciélago; y de dia

Del gorrion con el osado vuelo,
Que al pararse atrevido en la cornisa,
Le asusta el desconchado ó piedrezuela,
Que él mismo al suelo con rumor derriba.

Pero ¿ qué importa, qué, tanto abandono ?....
¿ Qué, donde quiera hallar muerte y ruina,
Si angustia aun mas los ojos y la mente
Ver manchado con signo de ignominia,

De vil traicion con la espantosa marca,
Edificio de fama tan antigua ?
La puerta principal y ventanaje
Están tapiados, y con negra tinta

Tiznados por la mano del verdugo
Los esmaltes, cuarteles y divisas
Del ancho escudo, honor del frontispicio.
El morrion en la elevada cima,

Tiene rotas las plumas y follajes,
Y de la gola en derredor ceñida
Una vil cuerda, que de infame muerte
Ser reo su señor al mundo indica.

Abandonado y yermo veinte años
Sálas su antiguo alcázar visto había,
Juzgando el necio vulgo que fantasmas,
Larvas y espectros su recinto habitan;

Cuando en una mañana del invierno,
Miéntras devoto el pueblo estaba en misa,
Tres hombres, en tres mulas y embozados,
Atravesaron sin rumor la villa;

Y evitando la plaza del castillo,
Donde estaban los signos de ignominia,
Y la murada puerta, en él entraron
Por la espalda, pasando las hundidas

Tapias de unos corrales, y un postigo,
Que entre escombros, maderos y ruinas
Dejaba paso al interior. Apénas
En el patio los tres, sueltan las bridas,

Apéanse, las capas de agua y nieve
Empapadas se dejan en la silla;
Y quedando en custodia de las mulas
El que mozo de campo parecía,

Debajo de unos anchos soportales
Las guarece del agua y las abriga;
Miéntras los otros dos en gran silencio
Por los salones silenciosos giran.

Con la escena terrible que presenta
El edificio á la angustiada vista,
Los dos raros y extraños personajes
Están en completísima armonía.

Del primer fundador la sombra helada
Y la de su escudero parecían,
Que aquel trastorno á contemplar vinieran,
Y á llorar la extincion de la familia.

Precoz decrepitud, apresurada,
Aun mas que por la edad, por las desdichas,
Agobia á aquel que de los dos parece
Ser el primero; y sin vigor inclina

Una estatura, excelsa en otro tiempo.
Con gran dificultad el paso afirma;
Que ambas piernas hinchadas entorpecen
Su tardo andar. De noble y masculina

Belleza aun tiene restos el semblante,
En cuya frente y pálidas mejillas
Las profundas arrugas, de pasiones
Violentas, de desgracias infinitas,

De luengo padecer seguras huellas,
Una existencia trabajada indican.
Sin luz en noche eterna entrambos ojos,
(Circunstancia felice, que le priva

Del desconsuelo de notar la escena
Que le circunda) de penosa y fria
Timidez la expresion dan á su rostro.
Alba como la nieve, hasta la cinta

Su barba ondea; su espaciosa calva
Un birreton de oscura piel abriga,
Y es su vestido un sayo de velludo
Negro con franjas de oro, deslucidas

Como el total del traje. El otro anciano,
Que de sosten sirviéndole y de guia,
Por el siniestro brazo le conduce
Con gran respeto y compasion, distinta

Presencia tiene; y aunqué no tan noble,
Que es la de un caballero testifica,
En robusta vejez. Barba y cabellos,
Cortos, espesos y aplomados, brillan

En torno á su semblante, endurecido
Con la intemperie y sol de extraños climas;
Y las arrugas de él meditaciones
Profundas y pesares acreditan;

Como sus negros ojos expresivos,
Y preñados de lágrimas, indican
Gran sensibilidad, y que recuerdos
De penoso dolor le martirizan.

Viste un ropon de tosca lana pardo;
Y de cuero rojizo una esclavina,
Adornada de conchas diferentes
De las remotas playas de la Siria,

Cubre sus hombros y su espalda y pecho,
Sobre el cual va colgada una reliquia
En una caja de oro y filigrana;
Y en la siniestra mano (pues se había

Descubierto al entrar so las techumbres)
Lleva un raro sombrero de tendidas
Alas, tambien de conchas guarnecido,
Y con medallas y diversas cintas.

Estos dos personajes el palacio
Recorren en silencio, aunqué se oían
En sus labios ahogados los suspiros.
Mas de pronto el primero los piés fija

En medio de un salon, á todos lados
Torna la ciega faz, cual si la vista
No le faltase, y conocer pudiera
El sitio aquel; y luego en abatida

Voz prorumpió, lanzando un ay profundo :
" Es sueño?....es ilusion?....¿ mis plantas pisan
" El palacio de Sálas?....¿Estoy libre
" De la larga prision, donde las iras,"

" Siempre justas, del cielo han castigado
Mis muchas culpas? ....¿ Y tu mano amiga,
Solo consuelo que á mis ansias queda,
Torna á estrechar la moribunda mia?"

" Sí, señor," el segundo le responde,
En lágrimas bañadas las mejillas,
Y á los labios llevándose la mano
Del otro viejo trémula y marchita :

" Sí, señor, libre estás, y en los salones
Del palacio de Sálas, y benignas
Las estrellas permiten que á tu lado
Tengas en mí un esclavo que te sirva,"

" Y que contigo llore." —" O fiel amigo!"
El primero repuso : " en mis desdichas
" Solo por ti no me es indiferente
" Estar aquí ó allá : cerrar mis dias"

" En libertad, ó en la prision.... ¿ Qué espero
" En este mundo ya?....¿Cómo la antigua
" Felicidad de que en aquesta casa,
" Cercado de mis hijos?"....—Confundida

Su voz tornóse en ásperos gemidos,
Que el arteson oscuro repeťía.
Mas sosegado luego, y recobrando
La palabra siguió : " Ni aun de la vista

" De estos lugares, donde fuí dichoso,
Me es dado disfrutar.... Con tu divina
Voluntad, santo Dios, mi humilde pecho,
Y con tu providencia se resigna."

" Al ver esta mansion desierta y sola,
Mayores fueran, sí, las penas mias....
¿Está el palacio muy mudado?.... díme....
Dímelo, amigo tierno, por tu vida."

El segundo enjugando en su semblante
Las lágrimas copiosas, le replica :
" ¿Cómo ha de estar despues de tantos años,
" En que nadie lo cuida ni lo habita?"

" Dices bien," dijo el de la barba blanca:
" Al pasar la escalera y galerías,
" Dieron el viento y lluvia en mi semblante,
" Y he notado, al pisar, losas hundidas

"Y escombros. Díme, ¿en qué salon estamos?"—
El viejo respondió de la esclavina :
" Señor, en el salon de los festines."—
" Ay!.... ¿te recuerdas del tremendo dia"

Prosiguió el otro, "en que asombrados vimos
" Los presagios aquí, que predecían
" Tanto desastre?.... Aquel ilustre moro,
" Que como embajador vino á Castilla,"

" Los presenció tambien.... Sácame, amigo,
De este salon infausto, y me encamina
A la estancia inmediata, en que otro tiempo
Mis dulces hijos habitar solían,"

"Donde....Mas no....Qué busco en tal estancia?...
Sácame del palacio á toda prisa:
Tórname á la prision, y en ella,y pronto
Terminen con la muerte mis desdichas."—

Así diciendo el venerable anciano,
Su turbada presencia, su expresiva
Faz y el temblor de sus helados miembros
Los tormentos horribles descubrían,

Que su angustiado pecho destrozaban.
Su acompañante con dolor le mira,
Y haciendo esfuerzos por que no descubra
En su acento la pena que le agita,

De consolarle trata, y así dice:
" En ti vuelve, señor: con la divina
" Voluntad es forzoso conformarse,
" Pues que somos cristianos. La alegría,"

" La riqueza, el poder, los hijos, todo
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita.
Humilde resignarse debe el hombre
Con su misericordia ó su justicia."

" Tus hijos con infieles peleando,
Cual cristianos murieron. Hoy habitan
El cielo entre los mártires gloriosos,
Y con palma y laurel, que no marchita",

" El curso de los siglos, la presencia
Del que los astros rige, el mar humilla
Y enfrena el huracan, están gozando;
Y ¿ tú su suerte lloras?.... Hoy benigna"

" La mano del Eterno te conduce
" A tu casa á morir; ¿y tú querrías
" Tornar á la prision?" — El triste padre
De sí propio se espanta y se horroriza,

Tales reconvenciones escuchando,
Y con la voz entera y mas tranquila
A su consolador así interrumpe:
" Tienes razon, amigo; no prosigas:"

" Soy pecador.... Es cierto, todo, todo
Nos lo da Dios: como lo da, lo quita.
Bendigamos su nombre.... Basta, basta:
Llévame del palacio á la capilla."

"En ella celebráronse mis bodas....
Tambien siete bautismos.... dulces dias!
Se celebraron.... Mártires gloriosos!
Mis ruegos elevád á las divinas"

"Plantas del alto Dios omnipotente,
Y pedídle que pronto me permita
Con vos unirme, y que me saque pronto
De este mar de desastres y desdichas."

Calló, y calló tambien el otro, y ambos
Al antiguo oratorio dirigían
El tardo paso, cuando el ronco estruendo,
El confuso rumor y gritería

Llenó del pueblo el edificio todo,
Y entre las voces claras y distintas,
Que mas y mas cundiendo se acercaban,
Repetir se escuchaba: *viva*, *viva*.

Reunidos en contorno del palacio
Los habitantes todos de la villa,
Daban aquellas voces, pues saliendo
Del santo templo, al terminar la misa,

Se divulgó al instante la llegada
De los tres embozados. La noticia
Dió á temores ridículos orígen
Entre el vulgo ignorante: quién decía,

Que eran encantadores y hechiceros:
Quién malignos espíritus, que habían
Venido por los aires. Una vieja,
Que desde su ventana y celosías

Los vió pasar, tenaz aseguraba,
Por testigos llamando á sus vecinas,
Que cuernos, y no orejas, vió á las mulas,
Y que las luengas capas encubrían

Tres descarnados esqueletos. Otros
(Los discretos sin duda de la villa)
Sospechaban que fueran tres hebreos,
Que de entre los escombros y ruinas

Trataban de sacar algun tesoro;
Y ya los codiciosos con envidia
A impedir tal hallazgo se aprestaban.
El sacristan constante sostenía

Que eran almas en pena, proponiendo
Una colecta á las personas ricas,
Y que se celebrasen por sufragio
Oficio de difuntos y seis misas,

Dos para cada cual. En tanto empero
Un valenton del pueblo en compañía
De un codicioso, armados de broqueles
Y de sendas espadas y reliquias,

Al postigo acercáronse medrosos,
Y por entre maderos y ruinas
Delizándose, así como el lagarto
Que dentro del vivar se precipita,

Entraron en el patio. Pronto vieron
Al mozo con las tres caballerías
Bajo los cobertizos, y al instante
Conociéronle entrambos, y de antigua

Amistad refrescaron la memoria;
Pues era un maragato que solía
A Sálas concurrir, y á los mercados
De todas las ciudades convecinas.

De él supieron al punto, quiénes eran
Las dos personas que con él venían:
Gonzalo Gústios una, que ya libre
De su larga prision no merecida,

A su alcázar tornaba y á su estado;
La otra Nuño Salido. Esta noticia
Los dos exploradores al instante
Esparcieron ufanos por la villa,

Pidiendo á los antiguos servidores
De la casa de Lara las albricias.
Estos, que siempre fieles á su dueño,
Su prision lamentaban y desdichas,

No olvidando ni un punto en tantos años
De sus señores la infeliz familia;
Dudando al pronto tan ansiada nueva,
Vuelan á cerciorarse á toda prisa;

Y viéndola patente, enajenados
De placer, de consuelo y de alegría,
Corren aquí y allí, y al pueblo todo
Su gozoso entusiasmo comunican.

En torno del palacio el gran gentío,
Ver anhelando á su señor, en vivas
Y de júbilo en voces prorumpieron,
Miéntras que al interior por las ruinas

Entran varios hidalgos, y al fin hallan
A Gonzalo y á Nuño. De rodillas
Se arrojan á las plantas del primero,
Y al notar tan mudada y abatida

Su gallarda presencia, y al mirarle
Ciego, pobre y doliente; la mas viva
Compasion de sus almas se apodera,
Y deshechos en lágrimas, la pintan

En sus desconsoladas actitudes
Y en sus palabras de dolor. La vista
Nunca echó ménos como entónces Lara,
Y tras de tantos años aquel dia

Y aquel instante el único, el primero
Fué, en que agradable aun encontró la vida,
Y en que sintió su pecho palpitante
Abrirse del consuelo á las delicias.

Enternecido Nuño, por sus nombres
Le va diciendo los que allí se miran;
Y cada cual en pos del suyo añade
Algun recuerdo de lealtad antigua,

De hazañas en la guerra, de servicios
En los disturbios de pasados dias,
Y de constante amor y de respeto
A la casa de Lara perseguida.

Gústios, todas sus penas un instante
Olvidando tal vez, y la marchita
Frente alzando, y su faz resplandeciendo
Con la grandeza y dignidad antiguas;

Con los trémulos brazos corresponde
A amor tan firme y á lealtad tan viva
De aquellos servidores y vasallos,
Que su pendon siguiendo, de Castilla

Fueron en otro tiempo apoyo y honra,
Exterminio y terror de la morisma.
Palpándoles los pechos y las diestras
De la manopla y lanza endurecidas,

Les recuerda las guerras ya olvidadas,
Los peligros, las bélicas fatigas:
A todos nombra, reconoce á todos,
Aun sueña triunfos, mando, gloria y dichas;

Y de ellos rodeado, y sostenido
De su fiel Nuño, sale y se encamina
A la gran plaza del castillo, donde
El impaciente vulgo le atendía.

Fué el gozo general, aunqué mezclado
De dolor y de asombro, tan distinta
Viendo aquella persona venerable,
De lo que fué cuando rigió á Castilla.

Si su pasada gloria y sus grandezas
En los ancianos pechos aun tenían
Hondas raices; su tremenda suerte,
Su excelsa fama y su presencia misma

Entusiasmó á la juventud. A todos
Con afables palabras y benigna
Faz agradece Lara aquellas muestras,
Que respeto y amor le testifican;

Y pide, su cascada voz calmando
Los confusos aplausos y los vivas,
Que á dar grácias al Ser omnipotente
A la iglesia de Sálas le dirijan.

Miéntras que prosternado ante el Eterno,
Formando coro con el pueblo, hacía
Su ferviente oracion, el arcipreste
Manda en su casa disponer aprisa

Un festin abundante. Ya hacendosa
El ama convocando á las vecinas,
Su inteligencia y zelo demostrando,
En los preparativos se fatiga.

Ya suena en el corral el cacareo
Con que los tiernos pollos y gallinas,
Huyendo entre la leña y las tinajas,
Piensan, cuitados! que su suerte evitan.

Las ollas, las sartenes y peroles
Circundan el hogar, do un monte ardía,
De roja luz con la esplendente llama
Llenando, y de humo espeso la cocina.

A un lado el almirez sonoro aturde
El barrio todo, en otro la cuchilla,
Que una moza robusta ágil esgrime,
Carne de cerdo y de ternera pica.

Una aquí las legumbres preparando,
Pencas y hojas inútiles les quita;
Otra allí amasa en cóncavas artesas,
Con aceite y con miel, cándida harina.

Quién despluma las aves, quién al fuego
Ramas secas añade, quién lo atiza,
Quién va y viene á la fuente presuroso,
Quién friega los pucheros y vasijas.

Ábrese la despensa, y aunqué el ama
De las llaves encarga á la sobrina,
Que es vigilante asaz; alguna vieja
Mete en el delantal una morcilla:

Otra roba un solomo; y un muchacho
A la tinaja de la miel aplica
Goloso el dedo, miéntras otro el labio
De navarro aguardiente á la botija:

Pues en tales momentos en las casas,
Con tanta confusion y tanta prisa,
Es el desórden cosa inevitable,
Y advierte ménos el que mas vigila.

A todas partes asistir procura,
Y todo disponerlo el ama activa,
Que ganó entónces esplendente fama
Desplegando su zelo y su pericia.

Se la vió á un mismo tiempo diligente
Sazonar un guisado, á una vecina
Reñir, porqué volcaba los pucheros;
Una guantada dar á una chiquilla,

Que el asador pringoso descuidaba;
A un gatazo escaldar, que se comía
Medio pichon, y levantar el grito
A un zagalete, que con charla y risa

Se puso á retozar con las mozuelas.
La bodega abrió luego, y la delicia,
Que sudan los lagares de Alaéjos
Con fragrancia que muertos resucita,

Sacó; despues, de un gigantesco armario
Conservas, fruta seca y golosinas,
Y de un arca de pino las tohallas,
Con que la mesa primorosa alista.

Una fuente de plata y una copa,
Para que á nadie mas que á Lara sirvan,
Pone á la cabecera; y allí ensaya
Al sacristan, que debe en aquel dia

Tener de maestre-sala el grave empleo,
Y al monaguillo, á quien atusa y limpia,
Para que ejerza el de pulido paje;
Y cómo han de portarse, les explica.

Libre de estos cuidados, afanosa
Torna la fresca dueña á la concina,
Que aun hay harto que hacer, y es corto el tiempo;
Pero á fuerza de afanes y fatigas,

A fuerza de trabajos y peleas,
Y de sofocaciones y de riñas,
Unas cosas quemadas y otras crudas,
Todas consigue ver al cabo listas.

El fruto recogió de su tarea,
Pues fué el festin famoso, y de sí misma
Muy satisfecha se quedó, escuchando
Cuál todos la elogiaron con justicia.

Aunqué llegó á una edad muy avanzada,
En tanto que vivió, diz que ni un dia
Dejó de recordar el tal convite,
El estupendo gasto, y la excesiva

Revolucion en que dejó la casa;
Afirmando que nunca vió la villa
Mas espléndida mesa. Y aun se añade,
Por tradicion remota que lo afirma,

Que quedó algo menguado su juicio,
Que era claro ademas, desde aquel dia,
Por lo que trabajó su entendimiento,
O con el gran calor de la cocina.

Discreto, para darle el arcipreste
El tiempo indispensable, concluidas
De Gústios y del pueblo las plegarias,
Con gran solemnidad y melodía

Cantó un largo *Te Deum*, y un discurso
O plática muy larga y muy prolija
Hizo á sus feligreses, que ignorantes
Bostezaron tal vez, aunqué de citas

De la santa Escritura estaba llena,
Que era gran sabidor. Despues aplica
A los ojos inútiles del viejo
Salmos, y bendiciones, y reliquias,

Y da con ellas paz á los hidalgos;
Y por ganar mas tiempo, á una capilla
Conduce á Gústios y á otros personajes,
Y allí difusamente traza y pinta

Los reparos y nuevos ornamentos
De que la iglesia aquella necesita;
Entablando sagaz de estas materias
Una conversacion entretenida.

Llegó por fin el suspirado aviso
De estar la mesa ya dispuesta y lista,
Y el cortes arcipreste á Lara y Nuño,
Capellanes é hidalgos les suplica,

Que con él hagan penitencia. Todos
Aceptan el convite, y se encaminan
Acia la casa arciprestal, en donde
El ama, tan oronda como limpia,

Con tocas de cendal cual nieve pura,
Que las castañas trenzas mal cubrían,
Un brial de paño verde, guarnecido
De franjas de oro, mangas con prolijas

Bordaduras de azul, de rojo y negro,
Y aljófares al cuello, y varias cintas,
Y medallas, y cruces de azabache,
Señala á cada huésped puesto y silla.

Fué harto largo el festin: en él tuvieron
Lugar escenas varias y distintas
De disgusto y placer, como acontece
En todos los sucesos de la vida.

Lara apénas gustaba los manjares,
Y si una ú otra vez dulce sonrisa
Sus labios desplegó, mas á menudo
Ofuscaron su faz nubes sombrías.

Alzados los manteles, á las manos
Agua, y gracias á Dios dadas, se inclina
El arcipreste á Lara, y en el nombre
De todos los presentes, le suplica,

Que alguna relacion, aunqué lijera,
De su larga prision hacer se sirva;
Y cortesmente luego á Nuño pide,
Que en pos de su señor tambien les diga

Algo de sus larguísimos viajes,
Y de su vuelta rápida á Castilla.
Como es tan agradable de sí mismo
Hablar, aunqué pesares y desdichas

Solo haya que decir; Gonzalo y Nuño
No se hacen de rogar, y al ver que indica
El primero que á hablar va sin demora;
Silencio demandando, mayor grita

En el salon se alzó por un momento,
Y á dos ó tres que estaban de tal guisa,
Que era imposible que callar pudiesen,
En hombros á sus casas los envían.

Ábrense las ventanas y las puertas,
Por las que el pueblo audaz se precipita
En silenciosa confusion, ansiando
Escuchar portentosas maravillas.

Gonzalo Gústios, el señor de Lara,
Que tiene la atencion de todos fija,
En el silencio universal conoce,
Y así dice con voz desfallecida:

"No hablaré de mis penas y desastres,
Ni de aquellas desgracias inauditas
Que destrozaron mi infelice pecho,
Allá en la capital de Andalucía."

"Fueron de tal grandeza, que en el mundo
No habrá quien las ignore, y repetirlas
Renovara el horror en los presentes,
Aumentando el rigor de mis desdichas."

"Ah! qué digo?... infeliz!...¿pueden acaso
Mas aumento tener?....Aunqué resista
Mi lengua el recordarlas, ¿su memoria
Destrozándome el alma no está viva?"....

"Basta, basta.... oh dolor! Ay! que mis labios
Nombres y circunstancias no repitan,
Que á la naturaleza estremeciendo,
De escándalo y terror al orbe sirvan."

"De mi larga prision hablaré solo:
Será mi relacion breve y sucinta,
Pues poco hay que decir, si en veinte años
Uniformes han sido horas y dias;"

"Y siempre de dolor. Como de un sueño,
Tal estaba mi mente oscurecida:
Recuerdo que al llegar á los confines
Del imperio andaluz y de Castilla,"

"La escolta silenciosa sarracena
En escolta no ménos enemiga
Se cambió de cristianos, que en silencio,
Y con crueldad mayor y mayor prisa"

"Al castillo de Lerma me llevaron,
Y con fiero ademan y faz altiva
Me recibió su alcaide, que al momento
En una estancia lóbrega y sombría"

"Me encerró, redoblando los cerrojos
De la ferrada puerta. Ay!....de mi vida
La flor y robustez entre las garras
De la miseria y afliccion continuas"

"Se quedaron allí, y allí de arrugas
Se han cubierto mi frente y mis mejillas :
Que la vejez allí vino á buscarme,
Desnudó mi cabeza, y en ceniza"

"Tornó mi fuego, cual mi barba en nieve;
Dejando al corazon y al alma mia
Solo vigor y juventud robusta,
Para el rigor sentir de las desdichas."

"Todas mis facultades perecieron
Al lento curso de pesados dias,
Que veinte años eternos completaron,
Y mis penas no mas aun quedan vivas."

"Un zafio endurecido carcelero,
Eternamente mudo, en la mezquina
Prision cada mañana entraba solo,
Tomando precauciones exquisitas"

"Para no verse nunca sorprendido;
El sustento abundante me traía,
Cuidaba el lecho, y dábame las ropas,
Que segun la estacion eran precisas,"

"Pues los que allí con tan horrenda furia
Sepultado por siempre me tenían,
Para que no acabasen mis tormentos,
Con cruel piedad cuidaban de mi vida."

"Mas para que ni el sueño treguas diese
A mi dolor, desde el primero dia
Hasta el último, siempre á media noche....
¡Oh bárbara crueldad, de hombres indigna!"

"Siete piedras á la alta claraboya
De mi prision tirando, interrumpían
Con siete golpes claros y distintos
De la noche el silencio.... Al alma mia,"

"Y no á la claraboya las tiraban,
Y el corazon y el pecho me rompían,
Recordando que tuve siete prendas,
Que eran pasto á las aves de rapiña,"

"Siete insepultos cuerpos; y que siete
"Cabezas adornaban la mezquita
"Y el alcázar de Córdoba....Hijos mios!"....
Aquí la voz del viejo, convertida

En ásperos sollozos, confundióse
Con un grito de horror, que las distintas
Personas que escuchaban en silencio,
Al oir ferocidad tan inaudita,

A un tiempo levantaron. Gústios Lara
Convulso, apénas tiénese en la silla,
Y en su faz, en su pecho y en sus manos
Se ve el dolor agudo que le agita.

Al fin la multitud llorosa calla :
Lara deshecho en lágrimas suspira,
Y torna á suspirar, y de este modo
La narracion anuda interrumpida :

" Una tansola vez acento humano,
En tantos años de prision prolija,
He escuchado, y no mas. Hondo silencio
Guardó por siempre con tenaz porfía"

" Mi duro carcelero : los malvados
Que en tan horrible estado me tenían,
Dispusiéronlo así. La vez que solo
Permitieron hablarme.... oh gente inicua!"

" Fué para dar el golpe postrimero
A este infeliz, para en la horrenda sima
Del último dolor por siempre hundirle,
Para hacerle saber que no tenía"

" Nada en la tierra, y que su mismo nombre
Era nombre de afrenta y de ignominia.
Sí; como al mes de hallarme en el encierro,
Una mañana, con feroz sonrisa"

"Entró el feroz alcaide, y, *Gústios Lara*,
Me dijo, *el alto conde de Castilla*
Don Sancho, tu señor, con el acuerdo
De sus hombres de guerra y de justicia,"

"*Reo de alta traicion te ha declarado,*
Confiscando tus tierras y tus villas,
Y mandando poner en tus solares
Los signos viles que traicion indican."

"*Tambien te ha condenado á infame muerte;*
Mas del gran Ruy-Velázquez por la amiga
Intercesion, que pases, te permite,
En esta torre el resto de tus dias."

"Dijo, y despareció : con alto estruendo,
En losa de sepulcro convertida,
Cerró la puerta, y barras y cerrojos,
Cadenas y candados multiplica."

"Quedé yo como un mármol; por mis venas
Hielo, no ardiente sangre, discurría :
Sin respirar ahogábase mi pecho,
Y espantados mis ojos no veían."

"Estuve así gran rato ; mas de pronto
Retemblando mis nervios y mis fibras,
Fuerzas, cual de gigante recobrando,
Y fuego de volcan la sangre misma"

"Que un momento fué nieve, tal exceso
En mi sentí de actividad y vida,
Tal rabia y tal furor, que engrandecido,
Era á mi aliento aquella estancia chica."

"Derribé el lecho, y esparcí en pedazos
Los muebles por el suelo; las macizas
Paredes desconché con mano dura;
Di golpes en la puerta, que en astillas,"

"A no ser por las barras y cerrojos,
Tornarla consiguieran; llamas vivas
Mi pecho respiró, y en roncas voces
Tronó el volcan de mis furiosas iras."

"A los hombres maldije, á las estrellas,
La hora de horror en que salí á la vida;
Pedí venganza hasta al infierno mismo....
O Dios!.... Dios bondadoso!.... las impías"

"Blasfemias que mis labios pronunciaron
En aquella ocasion, benigno olvida.
Perdónalas, gran Dios: al recordarlas,
Se confunde mi pecho y se horroriza."

"Tan negra furia y ceguedad culpable
No fueron duraderas por mi dicha;
Y en tal abatimiento se trocaron,
Que vine á tierra envuelto en sombra fria."

"Los siete golpes de las siete piedras,
Que en la alta claraboya, cual solían,
Dieron, del profundísimo letargo
Sacáronme por fin. Torné á la vida,"

"O por mejor decir, cobré el sentido
Para apurar las ansias y fatigas
De una existencia atroz. Yerto, postrado
Mi cuerpo en tierra, sin vigor yacía;"

"Mas no postrada mi alma ni mi mente:
Sueltas como jamas y enardecidas,
Volaban por horrendos precipicios,
Y en escenas terribles se perdían."

"Las lóbregas tinieblas de la noche
Que inundaban mi cámara mezquina,
Llenas me aparecieron de prodigios,
Y visiones tremendas. Ya veía"

"Siete cabezas pálidas, sin cuerpo,
Que de lóbregas nubes despedidas
Y por ronco huracan arrebatadas,
Contra mi pecho mismo se rompían;"

"Ya de fuego una atmósfera, y de sangre
Un mar rugiente en mi reedor tenía,
Y en las llamas ardiendo mis palacios,
Las armas y el pendon de mi familia;"

"Miéntras que siete cuerpos sin cabezas
En las hinchadas ondas purpurinas
Nadaban, y pidiéndome socorro,
A mí, qué horror! los brazos extendían."

"Ya la espantosa escena se mudaba,
Y un llano presentábase á mi vista
De ardiente arena, y alumbrado solo
Por una niebla vaporosa y fria,"

"Y cruzaban por él, en sordos gritos,
Venganza demandando, blanquecinas
Siete fantasmas; y si huyendo acaso
De cada cual de estas visiones, iba"

"A revolver la faz acia otra parte,
Siempre á mi lado, siempre, ó Dios! tenía
Un coloso infernal, que me alargaba
Un hierro matador con fiera risa,"

"Y, *Toma, no te queda otro consuelo*,
Con penetrante voz me repetía.
Oh, qué noche!....oh, qué noche! De la aurora
El resplandor primero le dió cima."

"De mi imaginacion el desarreglo,
Por mi atroz situacion clavada y fija
Siempre en mi mente, fuera de juicio
Me tuvo, aunqué postrado, largos dias."

"Siempre las noches espantosas eran
Con escenas fantásticas continuas:
Siempre eran de dolor y acerbo llanto
Las mañanas y tardes. Persistía"

"Siempre, que ni un momento me dejaba,
Junto á mí, armando á mi constancia insidias,
El infernal coloso, y ofreciendo
La daga por consuelo á mis fatigas."

"Era el maligno espíritu, encargado
De procurar mi perdicion. Benigna
Empero del Señor la santa diestra
Acorrióme piadosa, y compasiva"

"Me libró del furor de los infiernos,
Me contuvo en el borde de la sima.
¡Tu omnipotencia y tu bondad, Dios mio,
Los hombres y los ángeles bendigan!"

"Mas donde claramente relucieron
La providencia y la piedad divinas,
Fué en la vision con que cobré el juicio,
Y la razon mi mente oscurecida;"

"Y que á mi corazon despedazado
Todo el consuelo dió, que mis desdichas
Capaces eran de tener, abriendo
A la resignacion el alma mia."

"Despues de algunos meses de espantosos
Accesos de furor y de vigilias
Tenaces, de mi cuerpo apoderóse
Con ardoroso afan fiebre maligna,"

"Que consumió mis fuerzas, y en el lecho
Postrado me dejó por cinco dias.
Pero en sudor copioso terminando,
Despareció por fin; tan abatida"

"Debilidad dejándome, que apénas
Un momento tenerme en pié podía.
En postracion tan grande, de un profundo
Sueño no interrumpido las delicias"

"Conseguí disfrutar; y cuando estaba
En su dulce descanso, ante mi vista
Magnífico espectáculo ofrecióse,
Que ni un momento mi memoria olvida."

"Vime pues entre nubes y celajes,
Que de oro el sol y de risueñas tintas
Matizaba esplendente : en un abismo
Bajo mis piés al mundo descubría,"

"Envuelto en sombras densas;
Y un torrente de purísimas luces difundían
Sobre mí las estrellas. Luego escucho
Son celestial de música divina,"

"Y abriéndose los cielos, entre un coro
De eternales espíritus, divisan
Mis ojos siete jóvenes gallardos,
Que en esplendor al mismo sol vencían."

"Eran sus vestes como nieve puras;
Azucenas que el tiempo no marchita,
Coronaban sus frentes; en sus manos
Palmas eternas, venerable insignia"

"De los mártires santos ostentaban;
Y en sus cuellos brillaba, como brillan
De esposa en cuello virginal rubíes,
La huella de una bárbara cuchilla."

"Conocílos al punto : eran mis hijos,
Mis hijos felicísimos que habitan
La mansion celestial. Estremecíme
De gozo, y desperté. La luz del dia"

"Llenaba mi prision : salté del lecho,
Arrojéme en el suelo de rodillas,
Consoladoras lágrimas bañando
Micompungida faz. En voz sumisa"

"Oré por largo rato ante el Eterno;
Y al mismo tiempo en mi interior sentía
Un bálsamo celeste difundirse,
Y mi alma humilde descansar tranquila."

"Ya no vi mas al tentador coloso,
Que hasta entónces las noches y los dias
Me atormentó tenaz; y aunqué en mi pecho
Siempre estaban grabadas mis desdichas,"

"De Dios con los decretos resignado,
Hallé constancia en mí para sufrirlas.
Pasáronse los años; presurosa
Vino á mí la vejez; sus manos frias"

"De mi vigor los restos me robaron,
Y todos los achaques y fatigas,
Que su cortejo forman, se reunieron
Y descargaron sobre mí sus iras."

"Inflamacion terrible y dolorosa
Con agudas punzadas, repentina
Mis ojos atacó, debilitados
Con mi largo llorar. La luz del dia,"

"Que fué hasta entónces mi mayor consuelo,
Se tornó mi mas bárbara enemiga;
Porqué sus penetrantes resplandores
Destrozaban mis débiles pupilas."

"Pedí á mi carcelero algun socorro;
El cual, feroz como las fieras mismas,
Persistió en su silencio, sin mostrarme
Ni siquiera la frente compasiva."

"Abandonado así, con mis clamores
El alcázar soberbio estremecía,
Privado no tansolo de consuelo,
Sinó tambien de auxilio y medicinas."

"Con tormentos de rabia me arrastraba
Fuera del lecho por las losas frias,
Buscando una postura que aliviase
Mi punzante dolor, y la vasija"

"Del agua derramaba sobre el rostro.
Esto aumentó la enfermedad maligna,
Que terminó por fin, en noche eterna
Sumergido dejándome sin vista,"

"Cual me miráis. Terrible fué este golpe!
Mas para soportarlo, la divina
Misericordia suficiente fuerza
Me concedió tambien. Esta excesiva"

"Desgracia amortiguó completamente,
Y destruyó mi ansiosa fantasía;
Y falta de esperanzas y deseos,
Carga ya inútil, arrastré la vida."

—"Los siete golpes de las siete piedras,
Que la alta claraboya siempre herían,
Me daban á entender que era de noche:
De la puerta las barras y aldabillas,"

"Y la entrada del mudo carcelero
Me daban á entender que era de dia;
Y por ambos estruendos computaba
El tiempo perezoso. En mi mezquina"

"Mente aun alguna vez cierta vislumbre
De esperanza falaz y fugitiva
Tornó á brillar; pero extinguióse al punto,
Y mi labio osa apénas referirla."

"Cuando salí de Crdóoba, la tuve
De dejar un sosten de mi familia,
Y acaso un vengador....Mas, ay! el fruto
De un afecto culpable, de una indigna"

"Pasion para un cristiano hubiera sido;
Y del cielo irritado la justicia
Un consuelo, producto de las culpas,
Por que tan sabiamente me castiga,"

"No me ha querido conceder....No existe....
Plegue á la Providencia....Me horroriza
Que un pecho acaso, do mi sangre hierve,
De Dios blasfeme ciego en la mezquita!!!"

"Piedad!....piedad, Señor!"—Aquí el anciano
La voz ahogada, el alma confundida
Con súbito terror, quedó en silencio;
Y con las manos trémulas y frias

La faz rugosa se cubrió. La turba,
Que toda la atencion clavada y fija
Tiene en su rostro y en su labio, calla,
Y de su mudo asombro participa.

Nadie alentó : despues de un corto rato
De estar la narracion interrumpida,
Lanzando un profundísimo suspiro,
El gran Gústios así tornó á seguirla.

"Ciego estaba, agobiado por los años,
Mas resignado en la suerte mia,
Sin deseos, temores ni esperanzas,
Y ya sin fuerza hasta mis penas mismas,"

"Siendo mas bien que un hombre, un frio cadáve
Que respiraba acaso y se movía:
Horas y meses, estaciones y años,
Como sobre un sepulcro, discurrían"

"Sobre la torre en que encerrado estaba,
Cuando por fin, (hoy hace nueve dias)
Al entrar como siempre el carcelero
Por la mañana en mi prision mezquina,"

"Escuché humano acento con sorpresa,
Y acento de una voz grata y benigna.
La fuerte conmocion que aquí en el pecho
Sentí, no me es posible describirla."

"Tardo el oido, apénas las palabras
Que escuchaba, entendió; pero á gran prisa
Salté del lecho y extendí ambas manos,
Acia do el son casi olvidado oía;"

"Y mi nombre escuché, y un gran gemido,
Y me sentí abrazar....Oh gozo!....oh dicha!
Reconocí la voz....era de Nuño,
Del generoso Nuño....Alguna insidia"

"Que á mi constancia el tentador tramaba,
Aun pude sospechar; mas las amigas
Expresiones dulcísimas y tiernas,
Que encantándome el alma, repetía"

"Los fieles labios del discreto Nuño,
Y el raudal de preguntas, de noticias
Confusas todas, de ásperos recuerdos,
De nuevas esperanzas y alegrías,"

"Que de su boca rápido brotaba;
Y sus tiernos abrazos y caricias,
El tono con que hablaba al carcelero,
Y su empeño en sacarme á toda prisa"

"De aquella torre; me indicaron pronto
Favorable mudanza repentina,
Y quedé en un estúpido silencio,
En inaccion completa. No podían"

"Mis piés andar, y en cuanto el aire libre
Mi pecho respiró, como sin vida
Me hundí en letal desmayo. Al recobrarme,
Me hallé en un lecho cómodo, y la amiga"

"Voz de Nuño escuché, con otras voces
Gratas, aunqué por mí no conocidas.
Sirviéronme exquisitos alimentos,
Restauradas sentí las fuerzas mias,"

"Di gracias al Señor omnipotente,
Y con Nuño entablé larga y prolija
Conversacion, para saber la causa
Que libre y á su lado me tenía."

"Contóme pues la muerte de don Sancho....
(¡Dios en el tribunal de su justicia
Le haya mirado con benignos ojos,
Y en la mansion celeste le reciba!)"

"Y que Fernan-González, á quien niño
En Búrgos conocí, ya de Castilla
Era conde supremo, el cual clemente
Ponerme en libertad mandado había."

"Ah! de perdon el humillado nombre,
Que para el inocente es de ignominia,
En su decreto está, y al escucharlo,
Noté que harto incompleta era mi dicha."

"Bienes y libertad me vuelve, amigos,
No la honra, no la fama....Aun la divisa
De traicion mis palacios ennegrece....
Ruy-Velázquez gobierna todavía"....

"Y pasarán á los remotos siglos
La afrenta y el baldon de mi familia....
Qué pronuncio?....infeliz! la tengo acaso?....
Yo soy de ella el postrero.... O Dios!...bendita"

"Tu mano sabia y bondadosa sea,
Que me ha privado de la inútil vista,
Libertándome así de ver la marca
Injusta, atroz y nunca merecida,"

"Mas siempre infame, que en mis puertas dice,
Cuán grande es de los hombres la perfidia.
Y ¿ por qué no ha dejado al pecho mio
Fuerzas para borrarla y confundirla?"....

"O Dios! ó Dios!....A Sálas anheloso
Venir mi pecho ansió, y á los tres dias
De haber salido de la torre, en marcha
Me puse, y hoy llegué, no sin fatiga."

"Libre en Sálas estoy, sí....Cielo santo!
Es un bien, ó es un mal?....¿es una dicha,
O un infortunio nuevo haber salido
De la estrecha prision?....Allí vivía,"

"O, por mejor decir, ya muerto estaba,
(Que no siempre está vivo el que respira)
Sin placer ni dolor, pues la costumbre
De padecer y de sufrir nos quita"

"La sensacion al cabo, y adormece,
Y el tormento mas áspero amortigua;
Mas ahora nuevamente se han abierto
A mis pasos las puertas de la vida,

"Y por ella camino sobre abrojos,
Encontrando pasiones ya perdidas,
Lo pasado anudando á lo presente,
Solo, entre precipicios y ruinas."

Quedó en silencio el venerable anciano,
Al terminar su relacion sucinta.
El confuso rumor del auditorio
Mostró el gran interes y simpatía

Que en los pechos de todos encontrara.
El discreto arcipreste una sucinta
Plática de conforto y de consuelo,
Toda empedrada de oportunas citas

De la santa Escritura, dirigióle,
Y luego los hidalgos de la villa
Respetuosas ofertas; y entre el pueblo
Resonaron de nuevo aplauso y vivas.

— En tanto el ama, que con gran conato
Y con lágrimas siempre las mejillas,
(Pues era tan curiosa como fresca,
Y á la par de hacendosa compasiva)

Oyó la narracion; sale un momento
Y primorosa y pulcra, en la cocina
Con miel, vino y naranja confecciona
Para el buen viejo una cordial bebida;

Y al comedor tornando, en una taza
De plata, acomodada en su salvilla,
Se la ofrece, rogándole la acepte
Como una imponderable medicina.

De ella bebió algun sorbo el noble anciano,
Dando á la dueña gracias expresivas.
Aquietóse la turba nuevamente,
Y en Nuño todos sus miradas fijan.

Este saciando el general deseo,
Contó la historia larga y peregrina
De sus raros sucesos y aventuras,
En los lejanos orientales climas.

Empezó refiriendo que en el campo,
Do los Infantes perecido habían,
Quedó bañado en sangre, moribundo,
Destrozado el arnes, lleno de heridas,

De que mostró las hondas cicatrices.
Recordó, que llevado á una alquería,
Encontró grato auxilio ; y que curado,
Tornó sin detenerse acia Castilla,

Donde sabiendo la prision de Lara,
Á Lerma fué, juzgando que podría
Verle y hablarle; mas que vanas fueron
Todas sus diferentes tentativas.

Con lo que despachado, fuése á Búrgos
Para implorar del conde la justicia;
Y allí en prision estrecha le encerraron,
De que logró fugarse á pocos dias,

Huyéndose á Leon, porqué esperaba
Tal vez hallar la proteccion antigua;
Pero hecho monje Alfonso, y la corona
Por el audaz Ordoño pretendida,

Encontró el reino aquel mísera presa
De discordias y guerras intestinas.
Y pasó al de Navarra, en cuya corte
El indolente y sin valor García

Sus ruegos desoyó. Buscó en la Francia
Amparo y proteccion; pero fatiga
Inútil fué, porqué su rey huyendo
Del conde de Paris, y de la altiva

Ambicion de los duques de Borgoña,
Allende el mar en las britanas islas
Asilo y vengador buscó, llevando
Sus tesoros consigo y su familia.

Dijo Nuño, que entónces ir á Roma
Determinó, por ver si lograría
La proteccion del jefe de la Iglesia
Para el señor de Lara; y cómo había

Visto al paso en Milan la ceremonia
Con que de hierro la corona antigua
Tomó el conde de Arles, cual rey de Italia.
Refirió largamente, (lo enemiga

Que fué la suerte injusta demostrando
A todas sus honradas tentativas,
Y cómo inexorables las estrellas
En contrariar su plan se complacían)

Que llegó á Roma en el fatal momento,
En que el décimo Juan, por la perfidia
De Marozzia, de Güido de Toscana
Esposa, si del padre concubina,

Cayó al golpe traidor de daga infame
Por sacrílegas manos esgrimida,
Dejando yermo el solio pontificio
Y despierta la cólera divina.

Prosiguió Nuño, que cansado entónces
De mirar tan sin fruto sus fatigas,
Y despechado de encontrar do quiera
En el orbe cristiano alevosías,

Guerras, ferocidad, asesinatos,
Perjurios, parricidios y ruina;
Resolvió abandonar por siempre á Europa,
Y dirigirse á los remotos climas,

El gran sepulcro á visitar de Cristo,
Y los lugares do nació la vida:
Buscando luego paz en los desiertos,
Entre los penitentes cenobitas

En tal resolucion sus culpas todas
Con un prelado de virtud eximia
Humilde confesó, y en griega nave
Zarpó de Ancona con el rumbo á Siria.

Pero aun no satisfecha la Fortuna
Ni las estrellas ver logró propicias:
Del Adriático mar las bravas olas
De invierno duro las tonantes iras

Le opusieron constantes; y en el punto
En que calmado el tiempo, de Corcira
Saludaba los montes, fué cautivo
De una armada galera berberisca;

Y á Malta conducido, donde esclavo
De sarracenos, que de aquellas islas
Eran dominadores, largo tiempo
Arrastró hierros y apuró desdichas.

Arrebatado yo tambien, ó Malta,
Por las borrascas de la suerte impía,
Harto, aunqué joven, de encontrar á Europa
Poblada de traiciones y perfidias,

Huyendo de mi patria y de la tierra ,
Tumba de gloria y de grandeza antigua,
Que el Arno, como un huérfano el sepulcro
De sus padres, con flores entapiza;

Sin mas bien que mi amor, en rota nave,
Del viento y mar luchando con las iras,
A ti llegué; y en tus doradas rocas
Vi de mi juventud volar los dias[30].

Mas no hallé, como Nuño, en ti cadenas
Ni sarracenos bárbaros : delicias,
Obsequios, compasion, tiernos amigos,
Alivio grato de las penas mias,

Venturoso encontré. Tu ardiente suelo,
Ya florido jardin por las fatigas
Del diestro agricultor, tus altas torres,
Que períodos de gloria testifican,

Y tus buenos y honrados habitantes
Bajo el dominio hallé de la mas rica,
Libre, ilustrada, noble y poderosa
Nacion, que el sol desde el zodíaco admira.

Allí me recibiste, tú, y me honraste,
O venerable anciano, que las Indias
Venturosas hiciste, Hástings ilustre!....
Mas, ay! que de dolor pronto la isla

Vi cubierta, y de luto. Airada muerte
A su amor te robó.....tremendo dia!
Con el pueblo lloroso, hasta la tumba
Yo acompañé lloroso tus cenizas.

Woodford, Frere, Ponsonby, Zammit, Stílon,
Y tú que á Sancio tan de cerca ímitas,
Hyzler, vuestra amistad, dulce consuelo
De todos mis afanes, está viva

En mi alma toda, y lo estará por siempre.
Si de llegar á vos logra la dicha
Esta historia, empezada entre vosotros,
Continuada del Sena en las orillas,

Y que dó tendrá fin el cielo sabe[31];
Aquestos versos de mostraros sirvan,
Que el bálsamo que disteis á mis penas,
Eterno vive en la memoria mia.

Y tú, risueña y deliciosa roca,
Asilo encantador, mansion tranquila,
Tú eres la patria de mis tiernos hijos,
Y podrás serlo para mí adoptiva.

Ay! si el Destino inexorable y duro
(Tanto rigor el cielo no permita)
Me robase del todo la esperanza
De hollar del Bétis la region florida,

Y de aun gozar en sus frondosos bosques,
Gallarda sierra y fértiles campiñas,
Dulce vejez y paz; al punto al punto
En ti, ó Malta, el sepulcro buscaría.

Mas tornemos á Nuño, y á su historia,
Que tiene la atencion de Sálas fija,
Y halle gracia y disculpa mi extravío,
Por efusion de una alma agradecida.

Refirió Nuño pues, cómo amarrado
Al banco de un bajel por largos dias,
Sirviendo á los piratas sarracenos,
Ayudó con un remo á sus rapiñas,

Hasta que en noche oscura y borrascosa
Naufragando en las costas de la Libia,
En un mástil salvóse, á la mañana
Hallando á un tiempo libertad y vida;

Y que errante por montes y desiertos,
Apurando peligros y desdichas,
Tomó la direccion acia el oriente,
Y á los muros llegó de Alejandría.

Era el momento en que invadió el Egipto
Mahomad-al-Ashked, el ikschidita;
Y aunqué halló Nuño en confusion la tierra,
Tuvo la proteccion y la acogida;

Del patriarca Macario, sin peligro
Vió del fecundo Nilo las orillas,
Visitó las pirámides, y luego
Prosiguió su camino á Palestina.

Contó cómo entre varios peregrinos,
Que ruta igual en caravana hacían,
Encontró con Egidio, un noble anciano
Mozárabe de Córdoba, que había

Su hogar abandonado y patria hermosa,
Huyendo de Giafar la furia altiva,
Que cubriendo sus canas de amargura,
Robóle audaz una inocente hija;

Y vagaba sin sombra el desdichado.
Nuño con él en los pasados dias,
En que á Córdoba fué con Zaide, tuvo
Estrecha conexion; y de la antigua

Amistad renovó la confianza
La mutua relacion de sus desdichas.
Este imprevisto encuentro para entrambos
Fué de grande consuelo en las fatigas

De peregrinacion tan dilatada.
Se ofrecieron correr la suerte misma,
Juntos atravesaron los desiertos,
Pasaron el Jordan, y á la cautiva

Jerusalem llegaron. Contó Nuño
Las grandes vejaciones que sufrían
Los cristianos en ella, y lamentóse
De que ciudad de tan sagrada estima

Gimiese entre las bárbaras cadenas
Del fiero musulman. Hizo prolija
Relacion de las raras ceremonias,
Y de las penitencias y vigilias,

Con que entrambos allí se prepararon
Para entrar del sepulcro en la capilla,
Y cómo al fin la santa losa vieron,
Que el cuerpo santo custodió tres dias.

Del Calvario, Betlen, y otros lugares,
(Santos, porqué lograron la divina
Presencia) refirió las circunstancias,
Y milagros que en ellos sucedían.

Contó cómo despues fué con Egidio
A buscar del Mar muerto las orillas,
En donde un solitario penitente,
De extrema santidad, en una ermita

Largo tiempo habitaba. Recibidos
Fueron por él con gusto y alegría,
Y tres años allí léjos del mundo,
Bajo su direccion, dulce y tranquila

Existencia gozaron. Pero muerto
Por extrema vejez el cenobita,
Y el sitio aquel expuesto á los furores
De las armadas hordas beduinas;

El desierto dejar determinaron,
Y guarecerse en Jope algunos dias.
Así lo hicieron : en el puerto estaba
Una hermosa galera de Sevilla,

Que cargada de bálsamos y aromas
Para Gebhel-Tareck á partir iba;
Y esta ocasion del cordobes Egidio
La constancia tentó. Veces distintas

Habló con el arráez, y á su patria
Determinó tornar, pues de la hija
Se refrescó el amor. Recordó Nuño
Lo que afligió su pecho la partida

Del venerable anciano, cuyas prendas
Eran de amor y de respeto dignas;
Y mostrando el curioso relicario,
Que colgado en su pecho se veía,

Dijo, habérselo dado aquel amigo,
Al despedirse de él, en la marina.
Y prosiguió contando, que al hallarse
Aislado, solo, y la salud perdida,

No se atrevió á tornar á los desiertos;
Y que en un monasterio, do en la cima
Del Carmelo habitaban religiosos,
Buscó, y halló consuelo y acogida.

Al cabo de diez años un incendio
El edificio resolvió en cenizas,
Por lo que dispersándose los monjes,
Nuño con el abad á Alejandría

Se dirigió. Recuerdos de la patria,
Anhelo de saber, si ya propicia
Con Gústios era la mudable suerte,
Y cansancio y horror de aquellos climas,

Le decidieron á volver á España;
Mas no pudo encontrar armada y lista
Nave alguna en el puerto, que á poniente
Enderezase el rumbo. Largos dias

En vano la esperó, y al fin cansado,
Se hizo á la mar en una barca egipcia,
Y á la ciudad llegó de Constantino
A visitar el templo de Sofía.

Desde allí una galera veneciana,
Recorriendo las costas de Sicilia,
Y el mar tirreno, le condujo en salvo
Al puerto antiguo de Provenza rica.

Recordó pues que al punto el Pirineo
Pasando, fué á Sobrarve, y de Castilla
Pisó la tierra al fin con pié turbado,
Y con alma embargada de alegría.

Sin detenerse dirigióse á Búrgos,
Y en todo una ciudad halló distinta
De aquella que dejó.... ¡ tántas mudanzas
Diez y ocho años producido habían!

Dijo que se encontró como extranjero
En medio de su patria.... ¡ Gran desdicha,
Que acontece despues de larga ausencia,
Y que al mas duro corazon lastima!

Sí; los recuerdos dulces de la patria
Léjos del propio hogar se fortifican ;
Que en ella es todo eterno imaginamos,
Y la vuelta se anhela y se suspira,

Pensando hallarlo sin mudanza todo.
De tornar á la patria llega el dia;
Lo que en ella dejamos, ya no existe,
Y realidades nuevas y distintas

Se encuentran solo. Con asombro vemos
Toda nuestra ilusion desvanecida;
Y extraños somos en la propia tierra,
Que es la mayor de todas las desdichas.

Así á Nuño ocurrió; cual peregrino
Vagó por Búrgos, donde todo había
Sufrido alteracion. Solo en el pecho
Del ciego conde Sancho estaba viva

La indignacion contra el señor de Lara,
Y firme el gran favor y necia estima,
Con que dejaba en manos de Velázquez
El cetro del condado de Castilla.

Encontrándolo todo tan mudado,
Excepto los rencores y perfidias,
Dejó la corte, y acia Lerma fuése,
Para tener de su señor noticia.

Supo que continuaba en su hondo encierro,
Y privado por siempre de la vista;
Y, como en tiempo antiguo, fueron vanas
Para verle sus nuevas tentativas.

Dijo Nuño que pronto despechado
Al ver sus esperanzas destruidas,
Y de haberse alejado arrepentido
De las remotas tierras, do tenía

Ya amigos, conexiones y habitudes,
Para errar sin objeto por Castilla,
Que un vasto cementerio era á sus ojos;
Determinó pasar á Andalucía,

Para saber de Zaide, y si su amigo
Y compañero en los lejanos climas,
El mozárabe Egidio, aun disfrutaba
Allá en su patria de sosiego y vida.

La guerra que entre moros y cristianos
Entónces se encendió, y una maligna
Enfermedad, contó, que se opusieron
A su resolucion. Fuése á Galicia,

Y allí despues de visitar la tumba
Del santo Apóstol, á acabar sus dias
Se encerró en un aislado monasterio,
Del mar de Atlante en la escarpada orilla.

A dos años de estar en tal retiro,
De que el conde don Sancho muerto había,
La nueva recibió; y en el momento
Con ciertas esperanzas y á gran prisa

A Búrgos vino, y ante el nuevo conde
Pidió reparacion de la injusticia
Con que era perseguido Gústios Lara.
Consiguió que con faz grata y benigna

El gran Fernan-González le acogiese;
Y á pesar de Velázquez, que aun tenía
El supremo poder, logró dichoso
La libertad de Lara. Conseguida,

A Lerma voló Nuño, y olvidando
Todas sus ansias, penas y agonías,
Halló de todas ellas recompensa,
Cuando gozoso con su mano misma

Abrió la puerta á la prision de Lara,
La libertad tornándole, de guia
Sirviéndole, y cual siervo reverente,
Consagrándole el resto de su vida.—

El buen Nuño Salido, aquí indicando
Que segun la presencia, y la benigna
Condicion que mostraba el nuevo conde,
Para Lara esperaba mayor dicha;

Y dando (era discreto) al auditorio
Gracias por su atencion, á la prolija
Historia de sus raras aventuras
Puso con labio fatigado cima.

Sonó el rumor por la espaciosa cuadra,
Que admiracion y que respeto indica ;
Pues los que el patrio hogar nunca han dejado,
Semejantes afectos siempre abrigan

Por los que el ancho mundo recorriendo,
Arrostrando peligros y fatigas,
Otros pueblos han visto, otras costumbres,
Grandes sucesos, raras maravillas.

El arcipreste demandó silencio,
Y su elocuencia demostró en seguida,
Dándole enhorabuena y aun elogios
Porqué el santo sepulcro visto había,

Mezclando, como siempre, en su discurso
De las sagradas Letras doctas citas.
Los hidalgos, despues y capellanes
Mil congratulaciones y muy finas

Ofertas á los dos nobles ancianos
Dirigieron tambien ; en nuevos vivas
Prorumpió el vulgo; circuló en la turba
De navarro aguardiente la botija ;

Y todos se marcharon, de ambos viejos
A repetir la historia á sus familias;
Añadiendo sin duda circunstancias
Que mayor interes excitarían.

Pues muchos del concurso echaron ménos
Que en una y otra historia peregrinas,
Ni encantadores, brujas, ni gigantes,
Ni dragones de fuego intervenían;

Y de propio caudal tales filetes,
Y otras alteraciones inauditas
En sus repeticiones añadieron;
Tanto, que Lara y Nuño á pocos dias,

Oyendo referir sus propios lances,
Casi reconocerlos no podían,
Y de su gravedad diz que á despecho
Ambos soltaron riendas á la risa.

Ya era entrada la noche, cuando Nuño
Dió á su relato fin: roncas crujían
Las techumbres, del viento contrastadas,
Al peso de la nieve, que caía

En gruesos copos desde media tarde;
Y de Lara y de Nuño solicita,
Que honren aquella choza el arcipreste,
Porqué desmantelado y á ruinas

Reducido el palacio, poco abrigo
A tales personajes dar podía.
Aceptó Lara tan cordial convite:
Lo que dió nuevo campo al ama activa,

De aumentar de su fama los aplausos,
Demostrando tener igual pericia
En aprestar las cámaras y lechos,
Que en fraguar de repente una comida.

ROMANCE SÉPTIMO.

"Por el alto Dios del cielo
Y en fe que soy vueso fijo,
Que os he de facer vengado,
O me mataré á mí mismo."
Romancero del Cid.

Tras granizos y nieves importunas
El cierzo despejó los horizontes,
Y una bóveda inmensa de zafiro
Llenó con sus hermosos resplandores

Limpio y ardiente el sol. Las altas cumbres
De plata aparecieron, y del bosque,
Carámbanos en vez de verdes hojas,
En el yerto ramaje. Esclarecióse

La ribera de Arlanza con un dia
De los que en las hispánicas regiones
Brillan en medio del invierno crudo,
Y los mas claros son que admira el orbe.

Ya estaba en su palacio Gústios Lara,
Y á su fiel Nuño pide le coloque
Do al aire abierto los ardientes rayos
Del vivífico sol tranquilo goze.

Nuño al momento fuera del postigo,
Ya escombrado de leños y cascote,
Que era la sola entrada del palacio,
Un gran sillon de tosca encina, sobre

Blancas zaleas en lugar de alfombra,
Para dar gusto á su señor, dispone;
Y allí despues del brazo le condujo,
Y con grande respeto acomodóle.

Sentado el ciego Lara, entrambas manos
Extendió en las rodillas, y gozóse
Con el dulce calor que difundía
Sobre él el padre de la luz, que entónces

Caminaba al zenit. La espalda al muro
Y de pié quedó Nuño, y cruza y pone
Sobre el pecho los brazos. Los contornos
La sombra oscura dibujó conformes

En los toscos sillares de ambos viejos,
A quienes largo espacio se les oye
Tansolo respirar. Lara afanoso
La faz alzó, tal vez los resplandores

Para buscar del astro refulgente,
Esperando, infeliz! la larga noche
Moderar de sus ojos, y á lo ménos
Ver tibia claridad. Desengañóle

Empero la experiencia: aunqué á torrentes
Su lumbre, no ya un sol, sinó mil soles
Derramaran sobre él, siempre su vista
Fuera mas insensible que los bronces.

Conociólo el anciano, y abatido
Inclinando la frente, conformóse,
Y empezó á susurrar en voz sumisa
Sus rezos y continuas devociones.

Nuño entre tanto inmóvil espaciaba
Los ojos por los llanos y los bosques,
O por la inmensa bóveda celeste;
Y varios pensamientos voladores

En su mente cruzaban. Ya recuerdos
De su primera edad, de los veloces,
Fugaces dias, cuando aquellos campos,
Floridas selvas y lejanos montes

Donde quiera contentos le ofrecían:
Ya de aquellos, que armado los furores
Del combate arrostró : ya aquellas horas,
En que educando á los Infantes nobles,

De la paz, de la guerra y de la caza
Desvelado les dió doctas lecciones;
De que cogió tan regalados frutos,
En pos del lobo y jabalí feroces

Viéndolos recorrer aquellas cumbres,
Mostrarse en las batallas los mejores,
Y lucir en las justas y festines
De discrecion y agilidad los dotes.

De tal meditacion, en que sumido
Estuvo largo tiempo, al fin sacóle
Con abatida voz, así diciendo,
De su ciego señor el labio torpe.

" Desde que libre estoy, ó amigo Nuño,
No hay un solo momento en que se borre
Córdoba de mi mente. Ya te he dicho,
Cuanto allí me ocurrió.... Culpas enormes"

" Contra mi Dios en la mazmorra horrenda
Es cierto cometí, que los rigores
De la justicia eterna provocaron.
Mas, ay!.... era preciso no ser hombre,"

"Sinó un ángel de luz, para librarse
En mi terrible situacion de entónces
De las insidias del astuto infierno.
Pequé, Señor, pequé!....Sí, ardí en amores"

"Por una infiel beldad....Pobre Zahira!
Si como nació en Córdoba, de Tórmes
O de Arlanza en las márgenes naciera,
De cristianas virtudes fuera norte"....

"Mas soy, ay Nuño! criminal mil veces.
Aquel dominio que en su pecho noble
El cielo me acordó, fué, bien lo alcanzo,
Para su alma sacar de los errores,"

"Y á la fe conquistarla; y yo, protervo,
Obrando á la razon poco conforme,
Me aproveché de tal dominio solo
Para abusar de su inocencia....¡Atroces"

"Son los remordimientos que me acosan,
"Y que mi corazon mezquino rompen!"—
Cesó el anciano en lágrimas deshecho,
Y el compasivo Nuño le responde:

"Gran yerro fué, señor, de tal manera
Del cielo santo corromper los dones;
Mas su misericordia es infinita,
Y al pecador arrepentido acoge."—

*

"Arrepentido está mi humilde pecho,"
Lara con un sollozo interrumpióle.—
"Y perdonado estás," prosiguió Nuño;
"¿Quién los designios del Señor conoce?"

"Tal vez la llama misma, que encendiste
Allá en el alma de la ilustre jóven,
La abrió á la fé; y es hoy apóstol santo
Que en Córdoba predica en altas voces"

"El Evangelio. Si las claras prendas
De la princesa mora son conformes
Con lo que tú relatas, ¿fuera extraño
Que el justo cielo así las galardone?"

"Su ardiente caridad me referiste,
Y que de los cautivos y los pobres
Era madre comun: virtud tan grande,
La primera de todas, que á los hombres"

"Iguala con los ángeles, sin premio
Nunca quedó, jamas."—Estremecióse
De gozo Lara, y prorumpió llorando:
"¿Por qué quieres con tales ilusiones"

"Acallar mi tenaz remordimiento,
Y aquietar mi conciencia?....Bien conoces
Que no es posible tanto, no: á la hermana
Del potente Almanzor, de aquella corte"

" En la atmósfera impura, ¿quién pudiera
De su secta mostrarle los errores,
Nuestros altos misterios explicarle,
Y el agua santa que los lazos rompe "

" Del pecado, esparcir sobre su frente?....
Yo solo, yo....infeliz!...mil ocasiones
De hacerlo tuve, y las perdí....Dios mio!
¿De su condenacion quién te responde?"

" Quién te responde, sinó yo?"—Convulso
Quedó el mísero anciano: convirtióse
En gemidos su voz, y vacilando
Iba á caer; mas Nuño le socorre,

Con palabras de afecto le sosiega;
Y oportuno con sabias reflexiones
Le exhorta á que, olvidando lo pasado,
De lo presente, cual se muestra, goze.

Levanta hinchado el mar su turbio espacio
En negras olas y movibles montes,
Cuando vestidos de tonantes nubes
Braman los encontrados aquilones;

Pero si el blando zéfiro aparece,
Y luz remota anuncia el horizonte,
Toman las ondas diferente aspecto,
Y bien que aun agitadas, se conoce

Que es mas blando el impulso que las mueve,
Y que á amansar su furia se disponen.
Así acontece á los humanos pechos,
Segun cambian de giro las pasiones,

Y así su agitacion el ciego Lara
Calmó, y en blando lloro desahogóse,
Cambiando de repente sus ideas;
Y continuó, sumiso y mas conforme :

" Ay, Nuño!....amigo Nuño!....Grato el cielo
Aun reparo tal vez á mis enormes
Culpas pudiera dar....Si tiene vida
La hermana de Almanzor....Era tan jóven! "

" Por qué no ha de vivir?....Ah! si enterada
De que ya libre estoy....viniera....Entónces
El agua del bautismo, el santo nudo
Que bendice de Dios el sacerdote,"

" Pudieran, sí, santificarlo todo.
De ella una santa hicieran, y la noche
En que vivo, tornaran claro dia,
Y esperara sin susto el postrer golpe."—

Calló el anciano, y suspiró, la rienda
Soltando á sus falaces ilusiones,
Lleno de vida el venerable rostro,
Y de expresivo fuego. Bien conoce,

Observándole atento el docto Nuño,
Las regiones extrañas que recorre
De su señor la mente; y que á despecho
De todas sus desdichas y aflicciones,

Y del curso del tiempo, aun su alma oculta
Una pasion antigua, los amores
Que las delicias postrimeras fueron
De su pecho infeliz. Las reflexiones

Que este atisbo al buen Nuño sugería,
Lara, tornando á hablar, pronto interrompe,
Pues dijo así, sus vagos pensamientos
Tomando de repente otros colores:

"Era infiel, era infiel; y mi cariño
Réprobo y criminal. Lo reconoce
Harto mi corazon; mas, ay! su fruto
Era inocente, sí.... Me faltan voces"

"Para expresar lo que en el alma sintó
Al recordarme de él.... ¿Con fiero golpe,
Le hundió la muerte en el voraz sepulcro,
Al punto de nacer?.... ¿O en ciega noche"

"De horror, de iniquidad, de idolatría
Vive, y blasfema de mi Dios el nombre?
Nuño!....qué horror!!! ¿tal vez hembra infelice
En brazos de un infiel?....Mi alma se rompe."

"En tantos años, ah! nueva ninguna
Ha llegado hasta mí.... Zaide, aquel noble
Y valeroso Amir, y que me debe
La libertad y vida, corresponde"

"Mal con su obligacion, pues no ha buscado
Modo de penetrar hasta la torre,
En donde tantos años he vivido,
Para darme las nuevas".....Atajóle

Nuño en defensa de su amigo Zaide
Con gran calor diciendo: "Desconoces
"Cuál fué tu situacion, si á Zaide culpas,
"Y olvidas la estrechez y los rigores"

"Con que estabas guardado."—"Es cierto, Nuño,"
Prosiguió Lara, "el cielo me perdone.
"Mas tú, ¿por qué acia Córdoba no fuiste,
"En vez de recorrer tantas regiones?"—

Nuño le respondió: "Tú, señor, sabes
"Que no pude tener ni indicio entónces
"De los lazos que en Córdoba dejabas;
"Y hubiera fuerza dado á las atroces"

"Calumnias, con que viles enemigos
Manchar osaron tu glorioso nombre,
El que un tu servidor y confidente,
Cual yo, á Córdoba fuese." —"Tus razones

"Son de gran peso, Nuño," dijo Lara,
Y en profundo silencio sumergióse,
Inclinando el semblante sobre el pecho
Que con la barba venerable esconde.

Grande rumor en esto, repentino,
Súbita confusion y roncas voces
Resonaron en torno, á Nuño y Lara
De sobresalto, dudas y temores

Llenando á un tiempo. El ciego los oidos
Atento aplica: el otro se dispone
Las causas á inquirir, y gira y torna
Los ojos en rededor, y entrambos oyen

Moros!....moros! gritar, y que se aumentan
La agitacion, los llantos y clamores
En Sálas toda. Por delante de ellos
Varios villanos, pálidos, veloces,

Cruzan despavoridos : quién buscando
Cercanas breñas y vecinos bosques,
En donde refugiar familia y bienes;
Quién á advertir al punto á sus pastores,

Que dejando cabañas y rediles
Huyan con los ganados á los montes;
Quién á esparcir el arma en las aldeas,
Y á reunir lanzas y ginetes, corre.

Nuño pregunta en alta voz á algunos
La causa de la fuga, y le responden
Sin detenerse, que los moros cargan,
Con sus huestes cubriendo el horizonte:

Nueva que corrobora de la villa
El campanario, cuyos huecos bronces
A vuelo publicando el arrebato,
El viento asordan con sus recios sones.

Quedó suspenso Nuño; pero Lara
Al bélico rumor estremecióse,
Y animoso exclamó: "¿Por qué los cielos
"Me tienen condenado á eterna noche?"

"Si ojos tuviera yo, (la edad qué importa?)
De un caballo ocupara los arzones,
Empuñara una lanza, y mis vasallos
No huyeran de los moros invasores."

"Del bárbaro Giafar puede que sean
Los satélites viles y feroces:
De Giafar, que sabiendo estoy ya libre,
Quiere que á ser esclavo suyo torne."

"Ah!....si tuviera vista!".... — "No la tienes,"
Dijo al momento Nuño, á quien el nombre
De Giafar, y de Lara la ocurrencia
Heló la sangre. "No la tienes....ponte,"

"Ponte, señor, en salvo." — Amigo Nuño,"
Tranquilo Lara continuó, "y ¿en dónde
"O cómo? dí.. Moverme puedo apénas....
"Con mi estrella infeliz estoy conforme."

"Corre á tomar noticias mas exactas." —
Nuño á dos escuderos llama, y órden
Da de que á su señor cuiden y asistan,
Y que ni un solo instante le abandonen.

Manda poner á punto los caballos,
Y que las armas una escolta tome,
Y á adquirir por sí mismo la certeza
De lo que ocurre, por la villa entróse.

La confusion que reina en el navío,
Si al mismo tiempo que bramando rompe
El huracan sus mástiles, la quilla
Toca en las peñas ásperas que esconde

Entumecido el mar; encuentra Nuño
Por calles y plazuelas. Era entónces
Tal la inseguridad, y tan frecuentes
En plena paz rebatos é invasiones,

Que no era extraño el popular asombro.
Con algunos hidalgos y otros hombres
De cuenta Nuño habló, que apresurados
Aprestaban sus armas y trotones.

Todos le afirman que los moros vienen,
Y que las vegas inmediatas corren;
Mas de su intento y fuerza las noticias
No son ni positivas ni conformes.

Nuño y el arcipreste, y dos personas
De autoridad resuelven á la torre
De la iglesia mayor, que dominaba
En torno las llanuras y los bosques,

Subir á cerciorarse por sus ojos
Del peligro, que tiene en tal desórden
Y terror la comarca. Lo ejecutan,
Y solo ven á gran distancia, á trote

Veinte moros venir acia la villa;
Sin parecer en todo el horizonte
Ni mas armadas huestes, ni banderas,
Ni polvo, ni aun rumor. Los resplandores

Del sol demuestran que con armas vienen;
Mas ni furor ni hostiles intenciones
Su modo de marchar. No de milanos
Banda voraz, que hambrienta reconoce,

Y el indefenso palomar embiste,
Parecían los moros trotadores;
Sinó banda pacífica y alegre
De apacibles cigüeñas, que los montes

Del África dejando en primavera,
Un alto pino ó solitaria torre
Buscan, para anidar en nuestro clima,
Y pasar la estacion de los calores.

Nuño y los que con él observan, luego
Lo advierten todo; su temor calmóse,
Y mandando cesar del campanario
Los alarmantes y molestos toques,

Vuelto curiosidad el miedo, bajan,
Refieren lo que han visto, y los temores
Procuran aquietar del necio vulgo;
Y treinta hidalgos se arman y disponén

A salir al encuentro de los moros,
Para inquirir mejor sus intenciones;
Miéntras Nuño á informar de todo á Lara,
Y su inquietud á sosegar, volvióse.

Los árabes ginetes conocieron,
Al salir á lo llano desde al monte,
El gran terror que su presencia daba;
Y la llanura atravesar á trote,

Para abreviar su marcha, dispusieron;
Y ya en la villa entraban, cuando en órden
Los treinta hidalgos vieron. Asustados
A su turno, detiénense, y á voces

Paz.....amistad repiten; blancos lienzos
Sobre los hierros de sus lanzas ponen
Y los dos que los jefes parecían,
Sin sacar los alfanjes, á galope

Avanzan á encontrar á los armados:
Los cuales al momento que conocen
Las señales pacíficas, esperan,
Y las armas mortíferas deponen.

Los dos caudillos de la gente mora
Asaz diversos eran : uno jóven,
De extremada beldad y gentileza ;
El otro, anciano, venerando y noble.

Armas ricas y ricas vestiduras
Ostentan ambos con ilustre porte,
Sobre sendos caballos cordobeses,
Fuertes, revueltos, ágiles, veloces.

El segundo, en lenguaje de Castilla,
Dijo á los castellanos : " Bien, señores,
" En vuestras armas y apostura veo,
" Que enemigas juzgáis las intenciones"

" Con que á Sálas venimos ; pero os juro,
Que son solo de paz. Fuerzas mayores
Que esta tropa no vienen con nosotros,
Y esta no es de soldados lidiadores ;"

" Es solo de pacíficos esclavos,
Gente, cual veis, sin disciplina y órden :
Y las armas escasas que traemos,
Son armas de viandantes, que agrios montes"

" Y solitarias selvas han pasado.
Mas si rezelo os dan, estoy conforme
En deponerlas al momento. Somos
Amigos y rendidos servidores"

"De vuestro alto señor Gústios de Lara;
Y sabiendo ha salido de la torre,
Donde fué injustamente aprisionado,
A presentarle el homenaje y dones"

"Venimos de amistad. A su presencia
"Llegar nos permitíd."—Dijo y alzóse
Vago rumor entre los treinta hidalgos,
Que, un instante indecisos, no responden.

Uno de ellos astuto rezelando
De infieles solo engaños y traiciones,
Con ronca voz le preguntó sañudo:
"Vienes de parte de Giafar?"—El jóven

Con el rostro alterado, ántes que el viejo,
Contextó: "Acaso nos juzgáis traidores?....
"Ya no vive Giafar, gracias al cielo."
Otros al ver, que apénas de prisiones

Lara está libre, mensajeros moros
Con tal empeño hablarle se proponen,
Dan á rezelos y á sospechas viles
Entrada; y casi del difunto conde

Y del señor de Barbadillo aprueban
La gran severidad y los rigores.
Mas al fin todos el temor perdiendo,
Y cautivados del aspecto noble

Y generoso del infiel anciano,
Y del semblante y actitud del jóven;
Replican á una voz, que entren en Sálas
Con su acompañamiento. Se disponen

A servirles de guia hasta el palacio,
Y por la villa entraron en buen órden,
Mezclados los cristianos con los moros
En tranquila amistad y union conformes.

Todos los habitantes de la villa,
Que tan despavoridos á los montes
Trataban deacogerse, larga rienda
Sin mas exámen dando á sus terrores;

Seguros ya de que infundados eran,
Tornado el miedo confianza, corren
Para verlos pasar, con gran bullicio
Ocupando las calles y balcones.

Muchos ancianos al mirar los rostros
Del mancebo y del viejo, reconocen
Personajes que han visto en otro tiempo,
Pero sin recordar cómo ni dónde;

Y un mendigo andrajoso que á los Laras
Sirvió de podenquero, y que entregóse,
Cuando luego fué echado del palacio,
A la embriaguez continua, desde entónces

Acá creciendo con la edad el vicio;
Dando traspiés, codazos, pisotones,
De borracho y mendigo con la audacia
Penetró entre la turba. Aproximóse

A los dos personajes cordobeses,
Y mirando al mancebo, en roncas voces
Mal pronunciadas exclamó: "Milagro!!!
"Y milagro patente!!!.... Este es, señores,"

"Gonzalo, de mis amos el mas chico.
Vedle tan mozo y de tan sano porte,
Como aquel dia que venció en la justa
Al montañes gigante; y este noble"

"Anciano que amoroso le conduce,
Es el patriarca Abran. Los reconocen
Mis ojos, y los ven sin estrellitas,
Pues no he catado el vino desde anoche."

"Milagro!!! sí.... milagro, y gran milagro!!!"
A tan extraños gritos levantóse
Sordo rumor entre la espesa turba,
Y apiñándose todos en desórden

Sobre aquel que los daba, al conocerle,
Rompen en carcajadas. Mas el pobre,
A quien mas que los piés la frente pesa,
Entre tantos vaivenes y estrechones

No pudiendo tenerse, cayó al suelo,
Y lo regó del vino, que la noche
Anterior se bebiera, segun dijo,
Y á que debió su perspicacia entónces.

Efecto sin embargo produjeron
Su extraña idea y balbucientes voces.
El cordobes mancebo, al escucharlas,
De púrpura esmaltó su rostro noble:

El del anciano se cubrió de gozo;
Y á varios de la villa despertóles
Recuerdos de lo antiguo; pues al punto
La semejanza extraña reconocen,

Que hay en talle, semblante y apostura
Entre Gonzalo Lara y aquel jóven.
Otros que al viejo musulman observan,
Notan que su figura es muy conforme

A una estatua antiquísima de mármol,
De senador ó cónsul, que de poste
En una esquina de la iglesia estaba,
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre [32].

Advirtióse tambien, que por las calles
Con la certeza va de quien conoce
Perfectamente el sitio : circunstancias,
Que tomando al momento los colores,

Con que las cosas mas comunes vuelve
Prodigios la ignorancia de los hombres;
Hace de aquellos huéspedes personas
Del otro mundo. Pronto acrecentóse

Tan rara especie, y adquirió gran cuerpo
En la imaginacion y en las pasiones
Femeniles; pues viejas y muchachas,
Que es Gonzalo aseguran y suponen;

El alma de Gonzalo, que vestida
De fantásticas formas, y por órden
Del justo cielo, á consolar al padre
Viene, y á castigar calumniadores.

Ya entre la muchedumbre circulaba
Con grande asombro de *Gonzalo* el nombre;
Cuando la cabalgada del palacio
Llegó á la plaza, y al entrar, paróse.

El viejo cordobes, notando al punto
Tapiados la alta puerta y los balcones,
Y los signos de afrenta y de ignominia,
Que al momento cual tales reconoce;

Retembló, suspiró, y algo le dijo
En su arábiga lengua al tierno jóven,
Que grande agitacion tambien mostraba;
Y picando de nuevo, dirigióse,

Sin preguntar á nadie, del palacio
El postigo á buscar, cual quien conoce
Perfectamente el edificio; y muda
La turba inmensa en confusion siguiólé.

En conjeturas varias divertido
Aun Lara estaba en su sillon de roble,
Disputando con Nuño, y rodeado
De escuderos y armados servidores;

Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse cauto se dispone;

Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pié, cuando en desórden
Ante él la mora y castellana gente,
Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo: "Este es tu padre:
"Ante sus plantas á arrojarte corre,
"Y absorto el mundo al verte entre sus brazos,
"La Providencia omnipotente adore."

No había terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó: *Padre!!!* y prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí, rompe:
"O Zaide!...ó bienhechor!...ó tierno amigo!"
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmoble

Lara quedó: la falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos moros la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Zaide nombrar oye,

Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego; reconoce

Toda su dicha, y embargada el alma,
En el sillon sin fuerzas derribóse.
Mudarra, Zaide, Nuño, el arcipreste
A darle auxilio en derredor se ponen;

Callando el pueblo, que asombrado mira
Prodigios donde quiera y confusiones.
Mas no volviendo Lara del desmayo,
Retirarle de allí Nuño dispone;

Y él y Mudarra del sillon asiendo,
Al palacio le suben. Varios hombres
De cuenta, el arcipreste y los hidalgos
Le siguieron en pos. Zaide la órden

De entrar en el gran patio da á los suyos,
Y Nuño, de que al punto se coloquen
En el postigo aquel dos hombres de armas,
Y que á la multitud el paso estorben.

De gran dicha la luz inesperada,
De gran desastre el impensado golpe,
Hacen por lo comun el mismo efecto
En el sensible corazon del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,
Confundiendo su aliento y sensaciones
En tan hondo estupor, que hasta peligro
Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento
Que de su confusion pasó el desórden,
Y conoció que estaba en su presencia
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato
Mas insensible que el helado bronce,
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salon sobre su tosca silla,
En que tiembla tansolo se conoce,
Y en el calor de sus flexibles miembros,
Que aun sangre y vida por sus venas corren.

El arcipreste confundido apela
A salmos y á devotas oraciones;
Vinagre y agua en el marchito rostro
Esparce Nuño; viejos servidores

Desatentados giran; y en el seno
De Zaide afligidísimo se esconde
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto
La agitacion universal calmóse,

Viendo moverse al respetable anciano,
Y que el letargo, que le oprime, rompe,
Pues lanzando un suspiro, de repente
Se incorpora, vivísimos colores

Dando á su faz , y en derredor tendiendo
Los brazos exclamó: "¿Dónde está, dónde
"El hijo de mi amor?"—"Aquí, á tus plantas,"
En ellas arrojándose veloce,

Le respondió Mudarra. Y el anciano
A buscarle inclinándose, estrechóle
Contra su seno, alzándole de tierra,
Y, "Ven," le dijo, "ó dulce prenda!...ponte,"

"Siéntate en estas débiles rodillas,
Pues les da el cielo bienhechor que gozen
El dulce peso de mi amado hijo:
Reclínate en mi pecho, y que recobre"

"Con tu fuego calor....Hijo del alma!
¿Hay mas feliz que yo nadie en el orbe?....
Hijo mio!....mi bien!....hijo!!!.... Mi labio
Saber no quiere articular tu nombre:"

"Diego, Martin, Fernando, Suero, Enrico,
Veremundo, Gonzalo....aquel que brote
De estos primero mi memoria, el tuyo
Será, y feliz en mis delirios logre"

"En ti á los siete recobrar." Diciendo
Así, cubría del hermoso jóven
Con lágrimas y besos el semblante;
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,
Y con voz que partió los corazones,
"Oh cielos!" exclamó; "dadme la vista
"Un momento, no mas, no mas.... que logre"

"Ver yo, solo un instante, al hijo mio,
"Y vuelva á hundirme en sempiterna noche."
Quedó en silencio, y en silencio todos
Los presentes tambien. Pero tornóse

De nuevo el padre al hijo idolatrado,
Otra vez en su seno reclinóle,
Respirando su aliento embebecido;
Y con las manos trémulas, que entónces

El oficio llenaban de la vista,
Le palpaba del rostro las facciones,
La robusta cerviz, los anchos hombros,
Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulman, y, "O Dios," prorumpe;
"Nacido del pecado en los errores,
"No quiero verle hasta que vuestro sea.
"Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,"

"Hijo, la santa fe de tus abuelos?....
"¿Vienes para abjurar la secta torpe,
"Que, infelice! profesas?"— "Padre mio,"
Le responde Mudarra, que hasta entónces

Embargado de gozo y de ternura
Apénas alentó: "no reconoce
"Mas voluntad mi pecho que la vuestra;
"Obedeceros es mi único norte,"

"Mi solo afan el ser vuestro consuelo;
Y vengándoos de pérfidos traidores,
Vuestra inocencia demostrando al mundo,
La gloria restaurar de vuestro nombre."

Tembló el anciano al escuchar al hijo:
De gozo y de terror su faz cubrióse
Alternativamente; y en un punto
Brillaron los fulgentes arreboles

De esperanzas altísimas en ella,
Y del espanto y desaliento atroces
Las pavorosas nubes la cubrieron.
Quedóse mudo un breve espacio, inmoble.

Trïunfando en su pecho las ideas
De religion, ó acaso los temores
De aun perder aquel hijo inesperado,
De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;
Y girando la faz sin vista, donde
Se pintaba el horror de quien en torno
Los puñales descubre y gritos oye

De aleves asesinos, que venganza
Escuchando anunciar, tiemblan y corren
A exterminar al vengador, ocultos
Entre las densas sombras de la noche ;

"No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mio,"
Le contextó con penetrantes voces :
"¡Exponer tu existencia por vengarme!
"Jamas, jamas.....? Qué importa de los hombres"

"La opinion, si los cielos mi inoeencia
Y mi lealtad, y mi honradez conocen ?
No quiero, no, venganzas, hijo mio,
Funestas siempre á quien tras de ellas corre."

"Perdonados están mis enemigos :
"Perdonados están. Dios me perdone
"Como yo los perdono. Hijo del alma!....
"Tú exponerte ? jamas!!!"—"Padre," responde

El gallardo mancebo, "padre mio!....
"¿Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,
"Para que el hijo del traidor me llamen,
'Y ser ludibrio y maldicion del orbe ?"

"¿Para al triunfo servir de la impostura,
Y perpetuar, en vez de sangre noble,
Una sangre afrentada, envilecida?....
¿Para heredar en fin esos borrones,"

"Que de este alcázar la fachada enlutan
"Gritando *infamia* con eternas voces?"—
Se escandeció la faz del ciego Lara
Al escuchar al generoso jóven,

Cuyas palabras como rayos fueron
Que penetrando en el helado bosque,
Por mas que esté de nieves abrumado,
Lo incendian al momento. Estremecióse

Gústios de Lara: el fuego de su hijo
Fulminante abrasó su pecho noble;
Y la resignacion ó indiferencia,
Que el padecer, la edad, las aflicciones,

La religion, y hasta el despecho mismo
Dieron á su alma helada, disipóse,
En aquel tiempo renaciendo en ella
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia y el baldon de su familia,
Que ya en él no concluye, y los horrores
De su afrentosa situacion de pronto
Descubre, y asombrado reconoce;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso
La deshonra compensan.—Encaróse
(Cual pudiera gozando de la vista)
Con Mudarra, del seno separó le,

Poniéndole ambas manos en los hombros,
Y dijo en voz solemne :¿ "Eres tú, ó jóven,
"Ministro de las iras del Eterno?
"¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre"

"Esos signos de afrenta, y que restaure
"De mi familia el calumniado nombre?"....
No pudo proseguir; fué harto violento
El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazon sintiera.
Agitacion terrible conmovióle,
Y embargada la voz, convulso todo,
En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto
Zaide, el prudente Zaide, que hasta entónces
En ternísimas lágrimas deshecho,
Mudo, cual los demas expectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,
Prorumpió en firme acento : "Reconoce,
"O Lara insigne, al que en tus brazos tienes
"Cual mensajero del Autor del orbe."

"Él te lo envía á demostrar al mundo
Que nunca deja impunes los atroces
Crímenes, y que siempre á la inocencia
Da su eterna justicia vengadores."

"El cielo con prodigios lo ha mostrado,
Y alto principio ha dado ya este jóven
A su santa mision. Sí, Gústios Lara,
Para que le dé cima y la corone,"

"A tus plantas le traigo. Es hijo tuyo;
Mas solo fuera un infortunio enorme
Un hijo, en tus terribles circunstancias,
Si de tu casa, de tu gloria y nombre"

"Restaurador no fuera. Ánimo, amigo:
Hijo y vengador tienes. Lo dispone
Así el Omnipotente, y sus decretos
Se cumplen á despecho de los hombres."—

Al acento de Zaide, recobrado
Tornó en sí Lara, y extendiendo á donde
La voz oyó, los brazos, "Zaide!" grita,
"Mi generoso Zaide!....llega, corre"

"A abrazarme.... Despues de á Dios, amigo,
A ti solo deudor se reconoce
Este anciano infeliz de la alta dicha,
Que fin á todos sus desastres pone."

"Llega á mis brazos, vuela... Y tú, fiel Nuño,
Ven y estrecha en los tuyos á este jóven.
Hermano es, ay! de aquellos que educaste;
Reciba tambien este tus lecciones."

"Vos, ó arcipreste, al Dios de tierra y cielo
Con sacros himnos y con santas voces
Gracias solemnes dad, y suplicádle
Que á este hijo de mi amor nunca abandone."

"Y vosotros, ó ilustres caballeros,
Mis parientes y fieles servidores,
Ved al que el brazo del Señor me envía
Para heredero de mi casa y nombre."

"Reconocédle como á tal: de Sálas
Será, como lo fueron sus mayores,
El padre y defensor; y vuestros hijos
La victoria hallarán tras sus pendones."

Dijo el anciano: enmudecido Zaide
En sus trémulos brazos arrojóse:
Nuño con gran cariño de Mudarra
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al arteson las palmas levantando,
En un *Te Deum* prorumpió; y al jóven
Cercando los hidalgos y escuderos,
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,
Y futuro señor le recónocen
Del estado de Sálas: ofreciendo
La antigua estancia, á media luz entónces,

Un cuadro digno de que el gran Velázquez,
Gloria de los pinceles españoles,
O el insigne Rembrant, ejercitaran
En él su ingenio y mágicos colores.

Referir del anciano y ciego Lara
Las palabras y varias sensaciones,
Al recibir el misterioso anillo,
Que el discreto mancebo presentóle,

Reconociendo al punto con el tacto
Sus combinadas piedras y labores;
Y contar el horror, pasmo y asombro
Que muestra, cuando á Zaide contar oye

Del tirano Giafar la horrenda muerte,
Primera hazaña del mancebo noble;
Y su llanto pintar y desconsuelo
Al escuchar, pues fué terrible golpe

Para su corazon, que no existía
El astro de sus últimos amores;
Y repetir de Zaide y de Salido
Los recuerdos, preguntas é ilusiones;

Y del docto arcipreste las arengas;
De las dueñas y antiguos servidores
Del palacio el contento y esperanzas;
Y las patrañas necias y discordes

Que en Sálas discurrieron aquel dia;
Fuera perderse en intrincados montes,
Y navegar un piélago insondable,
Sin hallar puerto, ni encontrar el norte.

—Ya el sol acia el ocaso declinaba
A esconderse en nevados horizontes,
Cuando nuevo rumor nació en la villa,
Y nueva confusion en ella alzóse,

Llegando hasta el palacio el vago estruendo
De festivas carreras y de voces,
En que, si ántes sonaba *moros*, *moros*,
Ahora solo se escucha *el conde! el conde!*

El nuevo soberano de Castilla,
Fernan-González de glorioso nombre,
A gozar de aquel dia delicioso,
Tregua del crudo invierno, por los bosques

Y llanuras que Sálas señorea,
Corriendo galgos y volando azores,
Con sus pajes andaba y ballesteros,
Y con lo mas granado de su corte.

Rui-Velázquez tambien le acompañaba ;
Pues aunqué ni el favor ni gracias goze
De su nuevo señor, aun el gobierno
Conserva del Estado ; porqué á un hombre,

Que con tan gran poder por tantos años
Rigió las riendas de él, en el desórden
De aquellos tiempos, peligroso fuera
Intentar arrancárselas de un golpe.

Gozaba pues del campo los placeres,
Y de abundante caza el nuevo conde,
Por aquellos contornos; cuando el eco
Con que los huecos y agitados bronces

Tocaban á rebato resonantes
De la iglesia de Sálas en la torre,
Escuchó con sorpresa. Luego al punto
Los fugitivos pálidos que al monte,

Se refugiaban, diéronle la nueva
De que los sarracenos invasores
Atacaban la villa. Con desprecio
La recibió al principio : por entónces

Reinaba paz, y la frontera estaba
Léjos, y defendida de agrios montes
Erizados de nieve. Pero llegan
Mas y mas fugitivos, que conformes

La noticia repiten, y la afirman
Los lejanos lamentos y clamores,
Que ensordecen la atmósfera, mezclados
De las campanas con los recios sones.

Se enardeció del gran Fernan-González
La sangre juvenil y el pecho noble,
Al pensar que tan cerca de sí tiene
Al enemigo del cristiano nombre;

Y de su alto valor arrebatado,
Valor que en aquel siglo fué del orbe
Admiracion, y que en el nuestro aun vive,
En fama duradera mas que el bronce;

Quiere á Sálas volar. A los monteros
Y los pajes reuniendo, se dispone,
Sin mas armas que solo su venablo,
A embestir con los moros invasores.

Velázquez y los otros caballeros
De edad madura y de experiencia, acordes
Tan ciego ardor prudentes desaprueban;
A su gallarda decision se oponen,

Hasta tener noticias mas exactas;
Consiguen contenerlo, y á galope
Un escudero diligente envían,
Que llegue á Sálas, y que lengua tome.

Quedó entre tanto, á su pesar, el fuego
De su alma noble conteniendo el conde,
Como el lebrel gallardo en la trailla,
Cuando ve al jabalí cruzar el monte.

Pronto cesó el clamor de las campanas,
Y el estruendo lejano; por el bosque
No se vieron cruzar mas fugitivos,
Y todo indicio de terror calmóse.

Quién que la alarma fué falsa, presume;
Quién teme que los moros invasores
Dueños son de la villa....todos ansian
Que el escudero explorador retorne.

Al cabo de gran rato, á toda rienda
Le ven llegar, y en su reedor se ponen;
Y él refirió, que veinte sarracenos
El rebato causaron y el desórden;

Mas que luego se supo que venían
De paz, y con amigas intenciones,
A ver á Gústios, al señor de Lara,
Y que con él y con algunos nobles

Quedaban en su alcázar encerrados.
Calló, suspenso con la nueva, el conde,
Y de curiosidad extraña llena
Su comitiva se mostró. Cubrióse

La frente de Velázquez de una nube,
Ardió un rayo infernal en sus traidores
Ojos, y con voz ronca y fiero orgullo
Así á Fernan-González dirigióse :

" Ya lo escucháis, señor : mirád ahora
Si eran tan infundadas las razones
Por que me opuse á la bondad incauta,
Con que á Gústios sacasteis de la torre,"

" Que debiera haber sido su sepulcro.
Porqué conozco el corazon del hombre,
Y que el de ese infeliz es la guarida
De la loca ambicion y las traiciones;"

" Que le dejaseis aherrojado quise,
Como deben estar tigres feroces.
Vos despreciasteis mi experiencia..... vedle
Apénas libre, aunqué tan viejo y torpe,"

"La trama antigua renovar. Mirádle
Por los infieles, del cristiano nombre
Constantes enemigos, visitado;
Y ya tal vez el pérfido dispone"

"Y traza de Castilla el exterminio,
"Cual lo trazó ayudado de traidores,
"Cuando sin esta espada y este brazo
"El trono vuestro no existiera."— El conde,

Que con frente ceñuda le escuchara,
Con amarga sonrisa respondióle:
"Tal vez será inocente la visita
"Que hacen los sarracenos á ese pobre"

"Y ciego anciano: á consolarle puede
"Que ya amigos, ya viejos servidores,
"Que allá en Córdoba tuvo, vengan solo:
"Sospechas no son pruebas." Asustóse

Velázquez, ya coloso á quien flaquea
Por el cimiento la cuadrada mole
En que la planta estriba, y encubriendo
Su turbacion, contexta: "Se conoce"

"Que os ciega la bondad por Gústios Lara;
Que la experiencia os falta, y que sois jóven.
¿Inocente juzgáis esta consulta
De los moros con él?....Exploradores,"

"Satélites infames son sin duda
"Del infame Almanzor."—Escandecióse
El señor de Castilla, así escuchando
Dar de infame á Almanzor el sobrenombre.

Admiraba á aquel héroe sarraceno,
Aunqué infiel y enemigo, allá en su noble
Pecho de ser rival de sus hazañas
Nutriendo la ambicion; y así responde

A Velázquez: "Si acaso son espías,
"Si enemigos cubiertos y traidores
"Esos moros, que á Sálas han venido,
"A fe de caballero y por mi nombre"

"Te juro, que serán esclavos viles
"De tu amigo Giafar, no servidores
"Del glorioso Almanzor."— Desconcertado
Velázquez mas y mas, su faz cubrióse

De amarillez siniestra; pero al punto
Con labio balbuciente replicóle:
"De Giafar ó Almanzor, solo paganos,
"De Castilla enemigos á esos hombres"

"Contemplo; y como á tales, anatema
Sobre ellos, sus parciales y fautores
Debe al punto caer. Señor, permite
Que vaya, y por mí mismo me cerciore"

"De sus intentos, sorprendiendo á Lara,
Miéntras con ellos conferencia acorde;
Y dejád á mis años y experiencia
El que segun las circunstancias obre,

"Como al bien de la fe, y al del Estado,
"Y al de vuestra persona mas importe."—
Dijo, y sin esperar respuesta alguna,
A partir para Sálas se dispone;

Pero Fernan-González le detiene,
Diciendo: "Iré con vos;" y da la órden
A cuantos le circundan, de seguirle,
Poniendo al punto su caballo á trote.

Todos le obedecieron silenciosos,
Cruza la cabalgada por el bosque,
Y Velázquez confuso, despechado
En pos de su señor, y mudo corre,

Cual demonio que atado á los conjuros
De un mago bienhechor, tras él veloce
Va, á su pesar, á deshacer la trama,
De que se prometió daños enormes.

Al entrar en la villa el soberano,
Alegre el pueblo porumpió en las voces,
Que del palacio del señor de Lara
Llenó los patios y altos corredores;

Y á poco del salon, donde el anciano
Con el hijo, el amigo y servidores,
Todos sus infortunios olvidaba,
La doble puerta con estruendo abrióse.

Tras de seis ballesteros y dos pajes
Entró gallardo de Castilla el conde,
En su talle gentil y faz hermosa
Mostrando el temple de su pecho noble.

Un sayo carmesí de oro bordado,
Una ancha cuera recamada, y sobre
El pecho un primoroso talabarte
Con castillos de plata por botones,

Una lijera toca de velludo
Adornada de plumas de colores,
Y de piel de pantera las abarcas,
Eran el traje del augusto jóven.

Un venablo empuñaba con la diestra,
Y con su cascabel y capirote
En el puño siniestro sustentaba
Un fiero azor. Algunos ricos-hombres

Entraron en pos de él, y Rui-Velázquez
Con aspecto feroz y altivo porte;
Pero al poner en el salon la planta,
Quedó cual asesino, que en el monte

De su víctima encuentra de repente
El vengador espectro á media noche.
— Gústios de Lara, entrambos sarracenos,
Y los hidalgos, al entrar el conde,

Quedaron en silencio respetoso;
Y el ciego anciano del sillon alzóse,
Por Nuño y por Mudarra sostenido.
Fernan-González calla, y reconoce

Con penetrantes ojos en un punto
Cuanto le cerca. El venerando y noble
Aspecto admira del señor de Lara,
Con honda compasion; del moro jóven

El abierto semblante y gallardía,
Con vehemente interes; el grave porte
Del moro anciano, con respeto; y halla
En los hidalgos conocidos nombres

De lealtad y valor. Con suave acento
Así el silencio que reinaba, rompe:
" Qué es esto, Gústios Lara?.... Estos infieles
" ¿ Con qué objeto, decíd, con qué intenciones

"A Sálas han venido?" El ciego ilustre,
Con gran respeto, la firmeza noble,
Que es solo propiedad de la inocencia,
Dejando ver, tranquilo respondióle:

"Que estoy en la presencia soberana
De mi señor, del castellano conde,
Me dicen las preguntas que he escuchado:
Él solo puede hacérmelas; y pone"

"En su punto la santa Providencia
Acia mí, desdichado, sus favores,
Trayéndole á este alcázar en el dia,
En que piadosa y justa me socorre."

"Esto es, señor, que el brazo del Eterno
Siempre da á la inocencia vengadores,
Y que por mas que la maldad tolere,
Al fin las tramas del inicuo rompe."

"De estos huéspedes son, pues lo preguntas,
El objeto y las altas intenciones
El pediros justica, reclamando
La honra y la fama de mi antiguo nombre;"

"Y lanza á lanza, á todo trance, á muerte,
Con el inicuo acusador, que ose
Sustentar las calumnias que me han hecho
El mas desventurado de los hombres,"

"Combatiendo con prueba irresistible,
Con la prueba de sangre, que responde
Siempre al juicio del cielo, mi inocencia
Hacer patente y mi lealtad al orbe."

"De los dos el anciano es Zaide, Zaide....
Basta nombrarlé; España le conoce:
Y este mancebo cordobes, MI HIJO!
Sangre de Lara por sus venas corre."—

Gran conmocion, sorpresa, mudo asombro
Pintaron actitudes y facciones,
Oyendo tal, de pajes, ballesteros
Y magnates del séquito del conde.

Este quedó cual suele el que perdido
Por intrincada selva en negra noche,
Al resplandor de inesperada lumbre
El camino anhelado reconoce;

Y Velázquez, que al punto en que la planta
Puso en la estancia aquella, yerto, inmoble
Clavó en tierra la vista, y que al momento
Que Lara empezó á hablar, estremecióse,

Todos sus miembros el temblor mostrando
Que las hojas del álamo en el monte,
Cuando le da una ráfaga de viento;
Apénas pronunciar á Gústios oye,

Este es mi hijo, levantó lo ojos,
(Hubiera dado su existencia entónces,
Por que del basilisco el fiero influjo
Tuvieran) enclavólos en el jóven,

Y vió una aparicion, viendo la imágen
De Gonzalo. Su sangre toda helóse,
Se le erizó el cabello, un alarido
Lanzó que hizo tronar los artesones.

Diz que la garza, que orgullosa el aire
En la region suprema cruza y rompe,
Burlando altiva con lijero vuelo
La destreza y furor de los azores,

Cuando aquel que ha de darle cruda muerte,
Del puño parte, al punto lo conoce
Por un instinto peculiar, y asorda
Las altas nubes con dolientes voces.

—Aquel momento de sorpresa y pasmo
Universal no pierde Zaide, y corre
A Mudarra, á quien tiene prevenido
De antemano con sabias instrucciones;

Y le anima, y le impele por la espalda
Acia las plantas del gallardo conde,
Al cual de esta manera con despejo
Habló, doblando una rodilla, el jóven:

"Ínclito soberano de Castilla,
A quien los cielos de ventura colmen,
Gonzalo Gústios, el señor de Lara,
Víctima de malvados y traidores,"

"¡Es mi padre : mi madre fué Zahira,
Hermana de Almanzor. La sangre noble,
Que arde en mi pecho, restaurar me manda
De mi familia el mancillado nombre;"

"Y vengo á vuestras plantas, la inocencia
Y la lealtad á demostrar al orbe
Del que me ha dado el ser, del padre mio,
Con la prueba de sangre. En vuestra corte"

"Está el acusador, está el aleve,
Que con calumnias bárbaras y atroces,
De vuestro antecesor la alta justicia
Sorprendió con engaños y traiciones."

"Rui-Velázquez se llama; yo le emplazo
A combate de muerte. Egregio conde,
No me podéis negar campo seguro
Dentro de vuestras tierras, si conforme"

"A las leyes reináis, y yo os lo pido."—
No dijo mas el agitado jóven :
Quedó en silencio la espaciosa cuadra;
De Velázquez la estrella oscurecióse.

El mas vivo interes, el entusiasmo
Mas puro en la actitud y en las facciones
Del gran Fernan-González relucieron;
Simpatizando con el alma noble

De Mudarra la suya. Y envidiando
Casi tal ocasion de alto renombre
Conseguir, combatiendo con justicia,
Por la virtud hollada, respondióle,

Teniendo que esforzarse y contenerse,
Por no echarle los brazos: "Corresponde
"A la sagrada obligacion de hijo
"A su padre vengar, y á todo coste"

"Aclarar su inocencia. Vuestro intento
Es heroico y es santo; pero, jóven,
Ved que aquel que se arroja temerario
Á la alta empresa de mostrar al orbe"

"Los juicios de Dios, si muy seguro
No está de la verdad, qué horror! se expone
A que el cielo confunda su osadía.
Campo seguro me pedís, conforme"

"A los usos y leyes de mi Estado;
Yo os le concedo en medio de mi corte,
En la plaza de Búrgos. Mas primero
Diga vuestro contrario, qué responde :"

"Rui-Velázquez, hablád."—Al oir Mudarra
De su enemigo pronunciar el nombre,
Y al mirarle salir de entre la turba,
Lanza un ronco alarido, en pié se pone,

Y pálido y temblando, "Qué !....aquí estaba!"
"Y en mi presencia!.... y vive?" grita, rompe
El albornoz, y al puño del alfanje
Lleva la diestra. Zaide se interpone,

Y le arrebata, y le retira, y dice:
"Qué vas á hacer, mancebo?"—Levantóse
Rumor sordo y confuso, semejante
Al subterráneo aterrador que se oye

Ántes de un terremoto; y todos clavan
Los ojos en Velázquez, que del conde
Aparece á la voz, como el cadáver
Que obediente al conjuro, en pié se pone.

Dejóse en medio ver, y cuando advierte
Que la atencion universal absorbe,
De su altivez sacando nuevo brio,
Dominarse logró, (que era al fin hombre

Endurecido en crímenes, valiente,
Y á mandar avezado) y á su porte
Dando tranquilidad, y á su semblante
De sardónica risa los colores;

Enmascarando su furor, cual vemos
Allá en Sicilia al empinado monte
Con engañosa faz de helada nieve,
Negar que en sus entrañas fuego esconde;

"Si es cosa extraña," con desprecio dijo,
"El que escuches las necias pretensiones
"De ese loco rapaz, aun mas extraño
"Es, señor, que me llames y provoques"

"Para darle respuesta. ¿Por ventura
De Castilla han de estar los ricos-hombres
A la disposicion de advenedizos,
Y á la merced de viles impostores?"

"Mira por ti, señor, y sin tardanza
Da á tus armados ballesteros órden
De que á esos dos infieles sospechosos
De los confines de Castilla arrojen."—

Grito de indignacion sonó en la cuadra:
Quedó Velázquez como escollo inmoble,
Y Zaide adelantando algunos pasos,
De esta manera con reposo hablóle:

"¿Aun de insultar al cielo no te cansas?
¡Ay, que apresta sus rayos vengadores!....
Me llamas impostor; ¿cuándo lo he sido?....
Mírame; Zaide soy....Bien me conoces."

"Llamas advenedizo á este mancebo....
Y ¿por qué de mirarle, aunqué lo escondes
Con mentido desprecio y falsa risa,
Tiemblas y te confundes?....¿Sus facciones"

"Las de una de tus víctimas te copian?....
Hijo es de Lara, sí: con mudas voces
El cielo te lo dice; hijo es de Lara,
De Lara, el inocente, y de la noble"

"Hermana de Almanzor."—"Astuto moro."
Furibundo Velázquez atajóle:
"De una infiel y un traidor el hijo sea;
"Mas te engañas, si piensas corresponde"

"Con un bastardo vil medir su lanza
"A un caballero de mi sangre y porte."—
Nuevo rumor de indignacion resuena;
Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto
De atropellar por todo, los estoques
Y dagas requiriendo; cuando el ciego,
Por Nuño dirigido, va del conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando
Gemidos, que los mármoles y bronces
Pudieran conmover, "Señor!" exclama,
"Miente quien de bastardo le da el nombre."

"Es mi hijo natural, que yo era libre,
"Libre su madre."—Enternecido el conde,
"Y yo le legitimo, como puedo
"Cual señor soberano," respondióle;

"Y aquel ceremonial con que en Castilla
"Pueden reconocer los ricos-hombres
"Por buenos á sus hijos naturales,
"Os autorizo á celebrar."—Entónces

Rui-Velázquez, espíritu maligno
A quien compele, apremia, liga y pone
En el último trance el exorcista
Con la cruz santa y santas oraciones;

De espantosos relámpagos la lumbre
Dió á sus ojos siniestros y feroces,
Y ahogado de terror, tornado en Furia,
Así gritó con voz agria y discorde:

"Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?
Perezca, pues el cielo me le pone
En las manos. Acepto el desafío:
Dentro de un mes, en medio de la corte,"

" En la plaza de Búrgos, con mi lanza
" Te daré la respuesta, incauto jóven."
Dijo, y despareció con sus secuaces :
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida : cuantos cercan
Al ciego Lara y al augusto conde,
Quedaron en el ancho desahogo
Con que respira turba de pastores,

Si el meteóro aterrador, que acaso
Angustiada la tuvo larga noche
Con su infausta presencia, se disipa,
O al occidente rápido traspone.

ROMANCE OCTAVO.

Meteldo por la manga, y salírseos ha por el cabezon. *Proverbio antiquisimo.*

Sobre si bebe poquito,
O sobre si sobrebebe,
. . . . . .
Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.

QUEVEDO, *Musa IV.*

De la villa de Sálas el palacio
Contraste singular y extraño ofrece:
De su fachada principal se elevan
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando
Una desierta plaza, donde crecen
Bastarda yerba y cardos espinosos
Sobre helados fangales y entre nieves;

Miéntras los toscos muros de la espalda,
Hoy adornados con guirnaldas verdes,
Señorean gozosos un espacio,
Que si un tiempo corral, hora aparece

Escombrado, regado con arena,
Y ocupado en reedor por turba alegre
De bullicioso pueblo. Y el postigo,
Aquel postigo humilde, que la suerte

Hizo la sola entrada del palacio,
Se ve guardado por armada gente;
Y en el patio interior cruzar los pajes
Y antiguos servidores, con sus vestes

De gala, aunqué sin cifras ni blasones:
Todo en fin el apresto de un solemne
Ceremonial anuncia. A poco rato
Entre la multitud, que alzara al verle

Gozosos vivas, se acercó al postigo
Un mensajero que de Búrgos viene.
Es heraldo del conde de Castilla,
Segun dice su traje, y le preceden

Tamboril y mazeros. Danle entrada
Honrosa los armados, él desciende
De la gallarda mula allá en el patio,
Y pajes y escuderos reverentes

Le conducen al punto á la escalera,
Do veinte hidalgos su llegada atienden,
Y acia el salon con ellos se encamina
En que se celebraban los banquetes.

Era aquel mismo en que hace pocos dias
El conde y Rui-Velázquez diferentes
Afectos desplegaron, descubriendo
De Lara al hijo vengador. Mas tiene

Hoy mayor aparato y compostura:
Hojas de pino, arena y juncias verdes
Le dan alfombra, y á sus toscos muros
Adorno ricos paños y doseles.

En medio, en un sillon, que en parte cubi
Con groseros recamos un tapete,
Aunqué de luto con flamantes ropas
En torno orladas de trenzilla y pieles,

Sentado el ciego Lara está : á su diestra
Ocupa otro sillon el arcipreste,
Y otro á la izquierda Zaide, y á los lados
Sendos escaños hay, do asiento tienen,

Tambien de luto y con primor vestidos,
De la casa de Lara los parientes.
Seis armados custodian la gran puerta;
Y de pié y en la mano los birretes,

Están tras el sillon de Gústios Lara
Escuderos y pajes, y á su frente
Con pértiga de plata el mayordomo:
Inmobles todos sin hablar parecen

Las figuras de un cuadro. A poco oyóse
Grande rumor de pueblo, cunde, crece
Por patios y escaleras, y se escucha
Fuera gritar: *En hora buena llegue*

Mensajero del conde soberano
De Sálas al castillo; y cual si hubiese
Un mágico poder en tales voces,
Cuantos están en el salon, se mueven.

Quién ajusta su barba, toca y traje,
Quién hace rechinar su taburete,
Quién habla en voz sumisa á su vecino,
Y quién los ojos á la entrada vuelve.

Lara la faz alzó, en que los afectos
De inquietud, gozo y pena se suceden;
Y por órden que dicta el mayordomo,
La puerta abren los guardias. Aparece

El heraldo del conde de Castilla,
Que entrando á paso grave, con solemne
Acento, en la mitad del ancho estrado,
Salud, paz, atencion, grita tres veces.

Desarrolla un delgado pergamino,
Del que un sello de plomo atado pende
Con un liston morado, y en voz clara,
Tras de un saludo al auditorio, lee

Un privilegio, por el cual el conde
Permiso á Gústios Lara le concede
Para legitimar al hijo suyo,
Y como á sucesor reconocerle;

Y haciendo seña de que á leer llegaba
Las firmas, todos se alzan reverentes,
Y él se inclina, y pronuncia el alto nombre
Del señor de Castilla, y otros siete

De ilustres ricos-homes y prelados,
Que el privilegio afirman y sostienen.
Besa en seguida el blanco pergamino,
Lo lleva al pecho, aplícalo á la frente,

Y tras una profunda reverencia,
Lo entrega con respeto á Gústios. Este,
"Pues me autoriza mi señor," responde,
"Para que al hijo natural eleve"

"Al grado de legítimo, al momento
"La usada ceremonia se celebre."
El mayordomo al punto con dos pajes,
Mudo y con gran prosopopeya fuése

Acia una puerta lateral, abrióla,
Y por ella al salon seis dueñas vienen
Que parecen fantasmas; y en seguida,
Con largas tocas como pura nieve,

Y una bordada ropa rozagante,
La viuda del señor de Benavente,
Doña Guiomar, del noble ciego hermana,
Y que hoy cumplir con las funciones debe

De señora de Sálas. Por la diestra
A Mudarra conduce; y la precede
Una jóven doncella, que en las manos
Saca un gran azafate con tapete

De damasco cubierto. A entrambas partes
Las dueñas en dos filas se detienen,
Y la anciana señora, cuyo aspecto
Ilustre y cuyo grave continente

El respeto inspiraban mas profundo,
En medio del salon luego procede
A ejecutar la usada ceremonia,
Que si hoy rara y aun necia nos parece,

Porqué usos y costumbres han mudado,
Era tan importante y tan corriente,
Que aun vive en nuestros labios el proverbio
Que nació de ella, y á ella se refiere.

La ilustre dueña pues, tras las preguntas
De fórmula á su hermano y asistentes,
Tomó del azafate una camisa
De lienzo, y de grandeza tal que hubiese

Sobrado para el cuerpo de un gigante;
Y por Nuño ayudada, que allí ejerce
La parte de padrino, por la manga
La cabeza del jóven moro mete,

Y por el ancho cuello se la saca,[33]
Y hasta los piés el camison desciende.
Al ver salir como de entre una nube,
De en medio de aquel lienzo y grandes pliegues,

Al mancebo gentil; gritó la dueña,
Vuelta al señor de Lara: "Hoy te concede
"Dios un hijo legítimo, heredero
"De tu alto nombre, de tu sangre y bienes."

"Héle aquí; como tal le reconozco,
"Y le presento al mundo."—Así el solemne
Acto dió fin: el ciego venerable
Abraza al hijo y bésale mil veces;

Abrázale tambien la anciana tia,
Por el órden de grado los parientes;
Y pajes, dueñas, guardias y escuderos
Su pleitesía le presentan fieles;

Y fervorosos vivas levantaron,
Que pasando artesones y paredes,
Hallaron ecos mil en el concurso
Que cercaba el palacio. El arcipreste

Al punto en un delgado pergamino
Un testimonio en toda forma extiende,
Donde los caballeros que allí había
De la casa de Lara, cual presentes

Trazan al acto una cruz, sus nombres
Escribir no sabiendo. Gústios este
Documento al heraldo entrega, manda
Que al conde soberano se lo lleve,

Y una salva de plata y una copa
Le regaló. Despues un gran banquete
En aquel salon mismo se dispuso,
Do no tuvieron silla solamente

Los deudos, caballeros é hijosdalgo,
Sinó tambien los servidores fieles
De la casa; y en patios y portales
Dejando entrar la bulliciosa plebe,

Con larga profusion se repartieron
En confuso desórden, aunqué alegre,
Blanco pan, duro queso, varias frutas,
Terneras, cerdos, zaques y toneles.

—Pronto dejó el festin el ciego padre:
Por mas que ya risueña se le muestre
La inconstante Fortuna, sus recuerdos,
Sus achaques, su edad y los crueles

Sobresaltos y dudas que aun le cercan
Del porvenir, y el gran pesar que tiene
De que el hijo se niega á ser cristiano,
Hasta que en dura lid su nombre vengue;

Le privan de contento y de reposo,
Le amargan los instantes mas alegres,
Atormentan do quier su alma cascada,
Y en el bullicio estar no le consienten.

Dejó la presidencia del convite,
Muy capaz de llevarla, al arcipreste,
Y con Nuño á su estancia retiróse,
Rogando á todos que en la mesa queden.

No por muy largo tiempo estuvo en ella
Mudarra, activo y sobrio: á diferentes
Costumbres avezado, aquellos bríndis
Y extraños usos poco le divierten;

Y dejando su asiento, los portales
Atravesando y patios, do la gente
Se entregaba al desórden y alegría,
Solo á vagar por los contornos fuése.

Desque á Sálas llegó, correr los campos
Y por sus quiebras ásperas perderse,
Ora con un azor ó una ballesta,
Ora con cazadores y lebreles,

Es su contento y diversion. El cuadro
Que la naturaleza allí le ofrece,
Y que el influjo del invierno atrista,
Le interesa, le exalta y le suspende.

El gran sacudimiento que á su alma,
Buena y sensible cuanto noble y fuerte,
Diera en tan corto espacio de sucesos
Extraños y terribles la creciente,

Que á un mar desconocido le arrastraba,
Acrecentó los grados de su temple.
Los pelados peñascos y los riscos
Áridos, donde el viento se embravece;

De yertos pinos los oscuros bosques,
Que de voraces lobos son albergue;
Las gargantas y horrendos precipicios
Y valles sepultados bajo nieve,

En que algun corzo ó ganadillo pobre
En vano busca abrigo, sol y verde;
Y hasta el mismo respeto y el asombro
Con que se apartan de él y huyen al verle

Pastores y labriegos, (pues la fama
De que es el alma de Gonzalo crece
En el vulgo ignorante cada dia)
Un total tan fantástico y solemne

Forman, que con los nuevos pensamientos
Del jóven cordobes sin duda tienen
Armonía mayor que tus encantos,
Claro Guadalquivir, y tus verjeles.

Se halla en una existencia tan distinta
De la que acaba de tener, y vese
En escena tan nueva, tan extraña,
Y allá en su corazon y activa mente

Ha habido en pensamientos y afecciones
Tan súbita mudanza, que se puede
Asegurar, ser otro muy diverso
Del que era allá en los campos cordobeses.

Solo en su corazon (que están grabados
Con un buril de fuego) permanecen
Dos antiguos afectos, y han crecido
Con las mudanzas mismas de la suerte.

Si apacibles nacieron en las flores
Que de Guadalquivir las auras mecen,
Son un volcan de Arlanza entre los hielos,
Do el cierzo bramador su saña ejerce;

Pues jamas en el pecho de Mudarra
Tanto poder tuvieron, como tienen
El respeto á la sombra de su madre,
Y acia Kerima su pasion ardiente.

Aquel, con los sucesos, las fortunas
Y esperanzas, de que es blanco y juguete,
Ligado está con vínculos estrechos;
Y esta, á que tantas ilusiones debe,

Esta tierna pasion correspondida,
Tan contrariada estaba por la suerte,
Por el cielo y el mundo inexorables,
Que era imposible que domada fuese.

Cuando corre el arroyo en la llanura,
Cualquier frágil estorbo lo detiene;
Mas cuando entre los riscos y malezas
Cobrando furia, tórnase torrente,

Todo lo arrastra, y troncos y peñascos
Azota, salva, y rebramando tuerce
Sobre ellos su raudal, sin que haya cauce
Que su ímpetu feroz dome y sujete.

Pero....¡lo que es el corazon del hombre!
¿Quién penetrar su laberinto puede?....
Esta pasion profunda, inarrancable,
Que todo el corazon cautivo tiene

Del cordobes Expósito, borrada,
Olvidada, y aun casi muerta á verse
Ha llegado á tal punto, que cualquiera
Juzgara, que tornar nunca pudiese.

El impensado cambio de fortuna,
Del padre fiero de su bien la muerte,
La historia atroz de su infeliz familia,
La inopinada ausencia; el ver patente

A su amor tanto obstáculo invencible,
Su larga marcha, y encontrando siempre
Nuevos objetos, situaciones nuevas;
Los abrazos del padre, y finalmente

El retar al traidor, á quien le manda
El cielo exterminar; llegó á tenerle
Tan ocupadas alma y fantasía,
Que en ellas el amor creyera verse

Ahogado, y de Kerima la memoria
Ya reducida á pasajero y leve
Recuerdo, cual de sueño fugitivo,
Que á la luz de la aurora desparece.

Mas, ay! era un amor que concertaron
Los astros á despecho de la suerte,
Y un amor tal su presa no abandona,
Por mas que abandonarla un punto muestre.

Un súbito relámpago confunde
A medio dia, ofusca y oscurece
El claro resplandor del sol eterno;
El trueno retumbante acalla y vence

Por el momento que la nube rasga
De la gran catarata, que desciende
Del monte, la alta voz con que los valles,
Campos y selvas turba y ensordece;

Pero pasa el relámpago, y el trueno
Calla tambien, y á su grandeza vuelve
El inmutable sol, y los bramidos
Del raudal tornan á reinar cual siempre.

Así ya que Mudarra en ocio espera
El plazo del combate, y que su mente
Torna á encontrarse en calma; de Kerima
El amor, mas tenaz, mas vivo y fuerte

Tornó en su corazon á levantarse;
Al paso que imposible, mas ardiente
Y mas constante con la ausencia eterna,
Y en frenesí continuo al jóven pierde.

Ya los helados troncos de los bosques
Que á Sálas cercan, entallado tienen
El nombre de Kerima en sus cortezas;
Y ha escrito y ha borrado muchas veces

La punta de una flecha dulces versos,
Con árabes extraños caractéres,
En el musgo que viste los peñascos,
Y en el papel de inmaculada nieve;

Y han sonado en las grutas, en los montes,
Y en las góticas cimbrias, del rugiente
Silbido de aquilon acompañados,
Los sabrosos cantares, que ha dos meses

Sonaban en la tumba de Zahira,
Y de la Albaida en huertos y paredes,
Al blando susurrar del aura suave,
Entre jazmines, nardos y claveles.

La soledad, que el campo le presenta
Para entregarse á sus delirios, mueve
Al mancebo gentil enamorado,
A anhelar cada instante recorrerle;

Y el primero que en él tuvo por guia,
Que le indicó las sendas y vertientes,
Y los sitios do acaso se encamaban
El jabalí cerdoso, el gamo y liebre,

Fué su acompañador, el podenquero,
Aquel mendigo que del vino alegre
Bajo el influjo, descubrió en Mudarra
El alma de Gonzalo. Vasco Pérez

Era su nombre; y aunqué el torpe vicio
Acomodo tener no le consiente,
Lograba fama en adiestrar alcones,
En armar lazos á la caza y redes,

En adobar ballestas y venablos,
Y en amaestrar pachones y lebreles;
Y los momentos, en verdad muy pocos,
En que en sana razon llegaba á verse,

Era tan servicial y entretenido,
Cantaba tantas trobas y motetes
De la pasada edad, que recogía
Abundante limosna; y era huésped

Recibido con gusto en las tabernas.
Tras de él andaban los muchachos siempre,
O á escuchar boquiabiertos sus romances,
Cuando estaba en ayunas; ó á romperle

La cabeza con grita y con pedradas,
Rasgarle los andrajos, y en la nieve
O en el lodo mas sucio á revolcarle,
Cuando estaba de vino hasta el gollete.

Pero, bebido ó sin beber, guardaba
Tanta lealtad, amor tan reverente
A la casa de Lara, á los Infantes
Sin ventura, y al que era de los siete

El menor, sobre todos, á Gonzalo,
De quien tambien hermano fué de leche,
Y favorito, y diversion; que el pobre
Tuvo persecuciones diferentes,

Sufrió cárcel y azotes, porqué osado
Insultó á Rui-Velázquez varias veces:
Hallando acaso en la embriaguez disculpa
Para el cuello librar de los cordeles.

Esta lealtad y amor le compelieron
Desque llegó Mudarra, (pues no puede
Nadie, nadie en el mundo disuadirle
De que es Gonzalo, que á la vida vuelve,

O por disposicion del justo cielo,
O por mágicas artes) á ofrecerle
Sus servicios en todo, y á seguirle,
Como el fiel can seguir al dueño suele;

Y aun se notó empezaba á dar enmienda
A su antigua aficion. Aunqué le viese
Con desprecio Mudarra en el principio,
Supo el sagaz borracho merecerse

Su atencion y su gracia en el momento,
Cantándole en romances diferentes,
Del conde de Saldaña y de Jimena
El amor infeliz, encierro y muerte;

Y de Bernardo los famosos hechos,
Y cómo exterminó de los franceses
El poder y orgullosos paladines;
Con que inflamó del cordobes la mente.

Ganado su favor y confianza,
Una tarde tambien logró traerle
A un chozo, que á una legua de la villa
Daba en el bosque abrigo y pobre albergue

A su madre infeliz. Era una vieja,
Rústica y montaraz, de extraño temple,
Que es al hijo deudora del sustento;
Mas que le riñe por sus vicios siempre.

Elvida se llamaba : en el castillo
De Sálas se crió, cuando en su oriente
Brilló la casa del señor de Lara ;
Y siendo muy hermosa y muy alegre,

Corrió en su juventud varias fortunas,
Hasta que se casó, ya no muy verde,
Con un anciano, jardinero, y tuvo
A Vasco de este enlaze. Justamente

Nació Gonzalo entónces, postrer hijo
De Lara ; y como al darle á luz, muriese
Su madre, al punto fué llamada Elvida,
Para ser del infante ama de leche.

Con gran cariño le crió, con grande
Esmero le cuidó, un ascendiente
Sin límite ejerció con sus señores;
Y tal amor y afan por ella siempre

Tuvo y guardó Gonzalo, que la hicieron
Orgullosa ademas, y sus sandeces,
Impertinencias, gustos y caprichos
Hallaron proteccion y apoyo fuerte.

Pronto al hijo introdujo en el palacio,
Y si él hubiese sido de otro temple,
Mas dócil y aplicado, acaso hubiera
Llegado á un puesto en que envidiado fuese;

Pero salió tan díscolo y travieso,
Que á pesar del favor harto eminente
Que alcanzaba su madre, nunca pudo
De su esfera salir. Ora, de muerte

Con peligro cercano, á las almenas
Trepaba y á los altos chapiteles,
Para nidos buscar de gorriones;
Ora en la huerta tras la fruta verde,

O dejando sin agua los estanques,
Para coger galápagos y peces,
Se pasaba los dias. Ya en los patios,
Cuadras y corredores á cachetes

Andaba con los pajes; ya basura
En las ollas echaba, y con aceite
Escaldaba á los gatos, y con mazas
Acosaba á podencos y lebreles.

Ya con raros visajes en la iglesia
La devocion turbaba de la gente,
Arremedando el canto y el ganguco
Del necio sacristan, del viejo preste.

Y ni azotes, ni tundas consiguieron
Su condicion templar y contenerle;
Ni con los años mejoró tampoco,
Pues ya de zagalon y mozalvete,

Salió tan pendenciero y tan osado;
Inventó tantas burlas insolentes,
Se atrevió á las doncellas de la casa,
Y aun á las mismas dueñas de tal suerte,

Que por gracia especial, de podenquero
Pudo lograr la plaza solamente;
Y aun en ella inventó mil travesuras,
Que turbaron la villa varias veces.

Despues cuando el favor de las estrellas
A la casa de Lara y á sus gentes
Se oscureció, y airada la Fortuna
Las dejó abandonadas á la peste

De la calumnia y la traicion; Elvida,
Viuda ya y vieja, aunqué robusta y fuerte,
Y su hijo Vasco en el comun naufragio
Tambien se hundieron. En los campos este

Se halló, do perecieron los Infantes,
Y allí se comportó como valiente,
Logrando mal herido, por milagro,
De aquella gran matanza salvo verse.

Regresó á su lugar, y desde entónces
Diz que empezó á entregarse casi siempre
A la torpe embriaguez, bien que ántes de esto
Inclinacion marcada le tuviese.

—Su madre, desdichada!... Desde el dia
De la justa de Búrgos, de do vienen
Todos los infortunios de los Laras,
Le apretó el corazon nudo tan fuerte,

Que en silencio tenaz quedóse hundida
Sin comer ni dormir, hechos dos fuentes
De lágrimas sus ojos; y al momento
De ausentarse Gonzalo, á conmoverse

Llegó y á trastornarse su juicio
A extremo tal, que físicos y prestes
De Sálas la juzgaron poseida,
Y exorcizada fué dos ó tres veces.

Mas cuando vuelto el hijo, por él supo
De su Gonzalo la espantosa muerte,
Concibió tal furor, que á sofocarle
Con ambas manos se arrojó valiente,

Y, "Vasco," le gritó, "yo te maldigo.
"Por qué, traidor, has vuelto?....¿por qué, aleve,
"Al lado de tus amos no quedaste,
"Como deben quedar los siervos fieles?"—

Odio indecible le cobró, sentía
Un tormento furioso solo al verle,
Y lanzaba el aullido que una loba,
Cuando el cachorro por los montes pierde.

Fué despues arrojada del castillo,
Como otras dueñas, pajes y sirvientes,
Así que preso el calumniado Lara,
Su Estado confiscaron y sus bienes.

Llevó este golpe con firmeza heroica;
Ni lloró, ni rogó. "Pues no he de verte
"Jamas, ó mi Gonzalo, ó niño hermoso,
"A quien aquestos pechos dieron leche,"

"Ni he de sentarte mas en mi regazo,
Do pasaste tu infancia, y para siempre
Perdí tu dulce afan por mis desvelos;
¿Qué me importa dejar estas paredes?"—

Exclamó, y al momento del palacio
Salió, ni un solo instante detenerse
Quiso, y abandonando ropa y lecho,
Huyó á los campos sin buscar albergue.

En ellos largo tiempo se mantuvo,
Vagando como fiera á la intemperie,
Despreciando los soles y las lluvias,
Las tormentas, los vientos y las nieves.

Ora trepaba á las fragosas cumbres
De dia ó de noche, y de exterminio y muerte
Entonaba, con voz que ensordecía
Al huracan, al trueno y al torrente,

Lúgubres cantos; ora sus gemidos
Sonaban espantosos, como suelen
Los de herido leon por espesuras
Y hondas cavernas. Montaraz y agreste

Se hizo su aspecto: si alguien la veía
En una helada noche de diciembre,
De pié en un risco, y su contorno oscuro
Dibujarse en las nubes trasparentes,

Que la luna argentaba detras de ella;
Cosa del otro mundo, que las leyes
Del orbe á turbar iba, la juzgaba,
Sobrecogido de terror solemne.

Y el que la viera en el sediento estío,
Atravesar las selvas y las mieses,
Lanzarse á los arroyos, y en las grutas
O en los bosques de pronto aparecerse;

Con aquel gesto y ademan extraños,
Desnuda brazo y pechos, y dolientes
Gemidos arrojando; la creyera
Maga, que de fortuna los reveses

Apuraba infelice, siendo nido
Su corazon de envenenadas sierpes,
Y de venganza sin poder su pecho;
Porqué otra maga mas dichosa y fuerte,

O mas sabia, deshizo sus conjuros,
A su amador prendió con dulces redes,
Rompió su vara mágica, y en polvo
Tornó su alcázar, baños y verjeles.

Era pues reputada su presencia
Por de siniestro agüero; y diligentes,
Viandantes y labriegos la evitaban,
Y los pastores colocaban siempre

Algun sustento en grutas y veredas,
Para que lo tomase, y no viniese
Al aprisco á buscarlo, cual solía,
Y á hacer mal ojo á las paridas reses.

Así vivió dos años: al tercero
Tomó otro giro su enfermiza mente,
Como veleta que, si el viento muda,
Acia otra direccion torna y revuelve.

A Sálas regresó la pobre Elvida
Taciturna, espantada: luego fuése
Al castillo, que estaba ya tapiado,
Y se arrojó sobre la yerba verde,

Que á brotar empezaban los cimientos;
Y allí gimiendo estuvo, como suele
El perro fiel junto al sepulcro helado,
Do su señor el sueño eterno duerme.

Tal vez pudo lograr introducirse,
O salvando atrevida las paredes,
O por algun postigo abandonado,
En la parte interior; y sus dolientes

Lamentos en la noche, y sus pisadas
Dieron fundado orígen á la especie,
Que por entónces se extendió en Castilla,
De que habitaban el palacio duendes.

Luego despareció la miserable
Por tantos años, que llegó á perderse
De sus extravagancias la memoria,
Juzgándola en el reino de la muerte;

Mas hace poco tiempo aparecióse
En Sálas otra vez, muy diferente,
Enferma, descarnada y apacible,
Y hubo pocos que así la conociesen.

Hizo entónces las paces con el hijo;
Tierna le acarició, volvió á encenderse
El maternal amor en sus entrañas,
Y mendigó con él algunos meses

Por monasterios, ventas y alquerías;
Aunqué humilde y tranquila, con la mente
Confusa y soñadora, y dando indicios
De estar fuera de caja casi siempre.

Tuvo un ataque al fin de perlesía;
Quedó baldada, y resolvió acogerse
A aquella choza, de que nunca sale,
Y que ántes fuera pastoril albergue.

Sus espantados ojos, que conservan
Del entusiasmo y de locura ardientes
Todo el fuego vivaz, y que contrastan
Con su semblante de ceniza y nieve,

De forma cadavérica, inmovible
Y arado de hondos sulcos, do se advierten
De pasiones tremendas los vestigios;
Sus cabellos de plata, que descienden

Por el cuello y los hombros derramados;
Sus brazos, ya compuestos solamente
De huesos y tendones; su estatura,
Su voz ronca y profunda algunas veces,

Otras aguda y agria; el lloro escaso,
Que, cuando está en silencio, hundida vierte
Inmoble y yerta; y el extraño modo,
Singular y fantástico, que tiene

De ajustar á su cuerpo los andrajos
De colores y tiempos diferentes;
Causan tal impresion en quien la mira,
Que la lengua explicarla apénas puede;

Pero que no se borra en largo tiempo,
Que harto á menudo renovarse suele,
Y que en la soledad y en los insomnios
A la imaginacion se ocurre siempre.

Cuando aquel dia en que llegó Mudarra
Al palacio paterno, Vasco Pérez
Contó en su choza con turbada lengua,
Aunqué con ojos por demas alegres,

Que en carne humana el alma de Gonzalo,
O Gonzalo encantado y jóven siempre
Como el dia que partió, se hallaba en Sálas
Con el patriarca Abran y veinte duendes;

Y que ya en el castillo el ciego padre,
Y Nuño, y los hidalgos, y arcipreste
Le habían reconocido y abrazado,
Pasmando á todos escucharle y verle;

Elvida oyó con espantados ojos,
Abierta boca y corazon latiente
Tan impensada nueva. Repetirla
Hizo al hijo, borracho, muchas veces;

Y cuando pudo de que estaba en seso
Por sus repeticiones convencerse,
Y persuadirse de que no soñaba
Ella misma tampoco; un punto breve

Quedó en silencio, estremecióse, á tierra
Como muerta cayó. Temblando Pérez
La socorrió como le fué posible,
Y agua le echó en el pecho y en las sienes.

Volvió la vieja en sí, lanzó un suspiro,
Y gritó: "Es cierto?....he de tornar á verle!...
"A abrazarle!.... á gozar de sus caricias!!!....
"Volemos, hijo, pues....¿qué nos detiene?"—

Arrastróse á la puerta de la choza;
Mas la desventurada ya no puede
Adelantar un paso, ni en las piernas
Baldadas y sin fuerza sostenerse.

La profunda impresion que ha recibido,
Todos sus males aumentó de suerte,
Que tuvo el hijo que llevarla á fuerza
A su mezquino lecho, do la fiebre

Delirante invadióla de tal modo,
Dió tan raros aullidos; tan crueles
Accesos de furor y de alegría,
De esperanza y recuerdos, de su mente

Se apoderaron, que pasó infelice
Solo en dos dias en compendio breve
Todos los infortunios de su vida,
Y casi estuvo en brazos de la muerte.

Al cabo de ellos consiguió llevarle
Vasco á Mudarra. De que el pobre albergue
Era el de la nodriza de su hermano,
Y de sus aventuras y su temple

Informado ya estaba el jóven moro,
Y quiso ver y conocer á un ente
Tan raro y singular. Entró en la choza,
Acompañado del borracho Pérez:

Al rumor de su entrada la cabeza,
Como la de un cadáver que se mueve
Escuchando el conjuro, alzó el vestiglo.
Los ojos espantados y lucientes

Clavó en el jóven, al semblante dando
Color, vida, expresion, y de repente
Se alzó, con tanta actividad y brio,
Que al hijo horrorizó. Dió un grito fuerte

De sorpresa, exclamando: "Él es, no hay duda!"
Y con los brazos extendidos fuése
Al jóven, le estrechó, de llanto y besos
Las mejillas cubriéndole y la frente.

No pareció al Expósito gustoso
Recibimiento tal, que no fué breve;
Y creyéndose en brazos de una bruja,
Empezó á trasudar y á estremecerse.

Soltóle al fin la vieja, entrambas manos
Contra el pecho le puso, atentamente
Examinóle el rostro, y á abrazarle
Volvió, "No hay duda, él es!" gritando siempre.

Tornó á observarle y prosiguió: "A mis ojos
"Está mas espigado....Me parece
"Mas moreno de rostro....Mi Gonzalo!!!
"¿Por qué en el traje de los perros vienes?"

"Ponte tu cuera y sayo....Ay hijo mio!
Niño del alma!.... muestra las crueles
Heridas que los bárbaros te han hecho,
Y deja que mis labios te las besen."

"No me respondes?.... hijo!.... soy Elvida,
Elvida que te dió su alma y su leche.
¿Te acuerdas, Gonzalvico, dí, te acuerdas
Cuánto te aperreabas, y las veces"

"Que te canté el romance de Jimena,
Para que te acallaras y durmieses?
¿Te acuerdas que si el amo te reñía,
Eran mis faldas tu refugio siempre;"

"Y que del capellan y del buen Nuño
Era solo mi afan el defenderte?
¿Te acuerdas, hijo mio, del gran golpe
Que te dió el potro aquel?...Ah!... si no hubiese"

"Sido por Mendo el picador....Yo sola,
Yo sola te curé, pues que perene
Permanecí junto á tu lecho, y puse
En tus heridas el bendito aceite,"

"Que me dió el peregrino."—Así charlaba
La vieja, y sin saber qué responderle,
El cordobes atónito la mira,
Y su hablar y actitudes le suspenden.

La sorpresa y asombro del mancebo
Pronto á la pobre vieja heló; y al verle
Callar á sus preguntas, un instante
Quedó confusa, se anubló su frente,

Y se murieron sus vivaces ojos;
Y con voz sepulcral, "Ay!....cuál le tienen,"
Exclamó, "los maléficos encantos!
"Desventurada yo!....Ni aun conocerme"

"Le dejan los espíritus malignos.
¿De qué me sirve recobrarle y verle,
Si le recobro y miro en tal estado?
Jóven se ha conservado; sí, parece"

"Que no pasó por él ni un solo instante;
Mas su alma envejeció: claro se advierte
En su olvido y frialdad....Ama infelice!
Vieja infelice yo!....que no merece"

"Ni una sola caricia....ni un recuerdo!"—
No pudo continuar, desfalleciente,
Ahogada en llanto y de dolor rendida
Cayó en su lecho, sin poder valerse.

Darle anhela Mudarra algun consuelo,
Y alivio á su afliccion; pero no quiere
Su error alimentar, aunqué conoce
Que es el sacarle de él, golpe de muerte,

Las dulces ilusiones destruyendo
Que aun momentos de dicha darle pueden.
Se acercó y abrazóla; mas palabras
Hallar le fué imposible que concierten

Con los recuerdos de la pobre Elvida.
De la choza salió con un vehemente
Interes por su anciana habitadora;
Y con socorros mejoró su suerte,

Hablando al tierno padre en favor de ella;
Y ropa, lecho y los precisos muebles
Le procuró, y á verla cada dia
Va por la tarde, y divertido suele

Pasar allí gran rato. Aquel cariño
Que le demuestra tan sincero siempre;
Aquel hablarle de la edad pasada,
Inmutable en su empeño de tenerle

Por una aparicion; las menudencias
Que á su casa y hermanos pertenecen,
Referidas cual cosas que él no ignora;
Y su dificultad de responderle;

A su conversacion con la nodriza
Dan un confuso vago, y otras veces
Tan misteriosa oscuridad, y un giro
Tan tierno y melancólico, que ejercen

Gran poder en el pecho de Mudarra
Y en su imaginacion, rica y ardiente.
Elvida por su parte solo anhela
Que de la tarde el término se acerque,

Para que venga á su apartada choza,
Pues vive solo para amarle y verle.
Siempre al llegar, le abraza y acaricia,
Y preparado algun refresco tiene:

Ya dulces limas, peros ó naranjas,
Ya requesones ó cuajada leche,
Ya bollos, blanca miel y seca fruta,
U otra cualquiera pequeñez, que suele

Vasco buscar por su mandato en Sálas,
Y que Mudarra acepta y agradece;
Aunqué ve con dolor que al retirarse,
Como de sus respuestas nunca quede

Satisfecha la pobre, se la deja
Atormentada y pesarosa siempre,
Y con llanto en las áridas mejillas,
Porqué ya su Gonzalo no la entiende.

—La tarde pues á que llegado habemos,
Que es la del dia clásico y solemne
En que se celebró la ceremonia
De legitimacion, cuando impaciente

Dejó la mesa y los cansados bríndis
Mudarra, y á vagar al campo fuése;
Pensó á la choza de la pobre Elvida,
En declinando el sol, ir como suele.

Pero á sus varios pensamientos dando
Larga rienda en los bosques, á perderse
Llegó en su laberinto, y persiguiendo
A traves de malezas y vertientes

Una ave extraña de gallarda pluma,
Que de una en otra rama el vuelo tiende,
Al espirar la luz, se halló enselvado,
Y tuvo que pensar en recogerse.

Dejémosle alejado de la choza,
Pues lo dispone así su buena suerte;
Y volvamos á Sálas y al palacio,
Donde aun siguen las fiestas y banquetes.

El que se celebraba con gran pompa
En el alto salon de los doseles,
Duró, aunqué sin el ciego y sin el moro,
A fuerza de brindar grato y alegre.

Se habló de guerra, pesca y cetrería,
De alcones, galgos, armas y corceles;
Se contaron hazañas de otros tiempos,
Se trató de navarros y leoneses;

Y tambien pronunció largos discursos,
Con general aplauso, el arcipreste,
Citando las sagradas Escrituras,
Que, cual habemos dicho, era su fuerte.

El que se celebraba á cielo abierto
En el gran patio á do acudió la plebe,
Como gárrula banda de pardales
Al volcado costal de trigo suele;

No fué tan ordenado y tan tranquilo,
Si mas alborotado y mas alegre,
A medida que se iban agotando
Las botijas, los zaques y toneles.

En él regocijados asistían
Con todas sus familias los sirvientes
Antiguos del palacio, labradores,
Hombres de armas, sus hijos y mujeres;

Del heraldo del conde de Castilla
Los maceros y guardas, y la gente
Perdida del lugar, entre los cuales
Figuraba el primero Vasco Pérez;

Gañanes y pastores del contorno,
Y tambien los esclavos cordobeses,
Que vinieron con Zaide y con Mudarra,
Y que vivienda en el castillo tienen.

Estos de un gran disgusto y de discordias
Fueron la causa entónces. Como hubiese
Cobrado en toda Sálas, y aun en toda
Castilla gran valor la extraña especie

De que era el jóven cordobes Gonzalo,
Que por mágicas artes y celeste
Disposicion, para vengar al padre,
Tornaba al mundo; y como todos viesen

En Zaide un sabio encantador; juzgaban
A los siervos humildes y obedientes,
Que le acompañan por do quier, demonios,
Espíritus, fantasmas, que parecen

Hombres y nó lo son; y con sospecha
Eran mirados y evitados siempre,
Cual entónces se vió, pues todos, todos
Huyeron su contacto en el banquete.

Mas cuando los manjares humeando,
Y el olor del aloque y del clarete
El apetito universal abrieron,
Y los mas avisados, sin hacerles

Melindres, se arrojaron decididos
A ejercitar las garras y los dientes;
Olvidóse el temor de los fantasmas,
Y aunáronse cristianos con infieles.

De estos algunos, sin hacer memoria
Ni del Coran ni del Profeta, alegres
Se arrojaron al vino y al torrezno,
Como á pasas ó á dátiles silvestres.

Pero otros á agua pura y carne seca,
Haciendo á lo demas ascos y dengues,
Se atuvieron, y sobrios se mostraron,
Guardando sus costumbres y sus leyes.

Caleb, el mas anciano y de mas cuenta,
Favorito de Zaide, cabo y jefe
De todos los demas, y cuya barba
La edad ha convertido en plata ó nieve,

Rígido observador de los preceptos
De la ley musulmana, al punto advierte
La prevaricacion de aquellos viles,
Y el buen comportamiento de estos fieles.

Elogiando á los unos, á los otros
Con palabras durísimas reprende;
Y arrastrado de ciego fanatismo,
Les manda retirarse del banquete.

Causó escándalo grande en los cristianos
La disciplina rígida del jeque;
Y salieron á plaza aquellos chistes,
De *alcuzcuz*, *zancarron*, y otras sandeces.

Caleb, en alta voz y en chapurrado,
Quiso probar á la indignada gente,
Ser los cerdos inmundos animales,
Y el vino pernicioso y vil deleite;

Pero Sancho, el porquero de la villa,
A quien asunto tal la honra le hiere,
La defensa tomó de su ganado
Con gran calor; y aun procedido hubiese

A enarbolar el puño, si Melendo,
Tabernero de Sálas, hombre fuerte
Y de gran voz, entre él y su contrario,
El viño defendiendo, no se mete.

Un anciano escudero, de la fiesta
Director, encargado y presidente,
Logró aquietar los ánimos, y pudo
Ver la tranquilidad restablecerse.

Al cabo de buen rato, cuando había
Echado algunos tragos Vasco Pérez,
Dos rábanos se ató largos y gruesos,
A guisa de dos cuernos, en las sienes;

Tocó del capador el agrio pito
Formado de cañutos diferentes,
Y haciendo contorsiones y visajes,
Llamó á sí la atencion, y al pueblo ofrece

Cantar alguna jácara ó letrilla,
Que á nadie ofenda, y que al concurso alegre,
Si es que el porquero con su ronco cuerno
Hacerle son y acompañarle quiere.

Se aceptó la propuesta con aplauso;
El porquero prestóse, y hechos fuelle
Sus labios del remate retorcido
De su vil instrumento, hace que suene.

El bellacon de Vasco al punto entona,
Con gran silencio y gusto de la gente,
Este romance necio, inoportuno,
Pero que estaba en boga con la plebe.

El valeroso Pelayo
Cercado está en Covadonga
Por cuatrocientos mil moros
Que en el zancarron adoran.

Solo cuarenta cristianos
Tiene, y aun veinte le sobran;
Pues la Vírgen le ha ofrecido
Darle completa victoria.

Sale de la cueva un dia,
Sus pendones enarbola,
Y con espadas y chuzos
Al campo moro se arroja;

Pero resistir no puede
A los perros de Mahoma,
Y á la cueva se retira
Con pérdida, aunqué con gloria.

Tornó á salir otra tarde,
Y tampoco el triunfo logra;
Y retiróse, la espada
Teñida de sangre mora.

Por tercera vez intenta
La batalla peligrosa,
Y tambien que recogerse
Tuvo, mas con fama y honra.

Entónces muy angustiado,
De la Vírgen santa implora,
Que la palabra le cumpla,
Y que le dé la victoria.

Y la Vírgen le responde:
Mañana de Covadonga
Saldrás, querido Pelayo,
Si es que mis consejos tomas:

En vez del rojo estandarte,
Medio marrano enarbola,
Y en vez de dardos y flechas,
Huesos de jamon arroja;

Y esgrime botas de vino,
En vez de espadas y azconas;
Verás cómo á la morisma
Vences, rindes y acogotas.

Hizólo así el buen Pelayo,
Y al ver las moriscas tropas
Que tocinos por enseñas
Saca la hueste española;

Quedáronse boquiabiertos,
Y en sus tripas se alborota
El alcuzcuz trasnochado,
Y la sangre se les corta.

Al ver llover zancarrones
De perniles, se acongojan;
Y para que no les pringuen,
Con las adargas se embozan;

Y llegando ya á los golpes,
Al sabroso olor que brotan
Empinadas por cristianos
Las cristianísimas botas;

Las ranas, que de los moros
En el vientre el agua forma,
Alzaron tal chichirreo
Que los confunde y atonta.

Entónces desenvainando
Las espadas cortadoras,
Cuatrocientas mil cabezas
De los perros de Mahoma

Los valerosos cristianos
Siegan, hienden y detrozan;
Concediendo así la Vírgen
Al gran Pelayo victoria.

Con gran grita, palmadas y contento
Se recibió el romance impertinente
Por los cristianos ; mas con negro encono
Y furor por los moros cordobeses.

Caleb, ardiendo en ira y blasfemando,
Con ambos puños para Vasco fuése ;
Vasco con una lonja de tocino,
Dando risadas, adargarse quiere.

A su defensa acuden el porquero
Y Melendo el jayan, dos matasietes,
De una gorda cachera aquel armado,
Y de un dornajo de madera este.

Empuñan los alarbes sus gumías ;
Cuchillos y asadores diligentes
Empuñan los de Sálas; de ambas partes
Vuelan jarros, botijas y zoquetes.

El sacristan trepando en una mesa,
Arroja por el aire su bonete;
" Anatema !" pronuncia en roncas voces ;
" El antiguo milagro se renueve."

Y arbolando un pernil ó pestorejo,
Grita : " *In hoc signo vinces.*" Cunde y crece
Súbita confusion : lloran chiquillos,
Chillan y se desmayan las mujeres ;

Y los pajes solícitos retiran
A las mas asustadas y mas verdes,
A los rincones del establo oscuro,
Tras los pozos, pilares y pesebres.

Sus alas de murciélago, bramando
Por todas partes la Discordia extiende;
Y mas de mil cristianos tal vez iban
A ejecutar en musulmanes veinte,

Lo que ayudado de cuarenta amigos,
Con cuatrocientos mil hizo en allende
El glorioso Pelayo; pues las voces
Del anciano escudero nada pueden;

Cuando de los señores á la mesa
Llegó el estruendo de la airada gente,
Y la noticia de que al punto en sangre
Iba inundado el ancho patio á verse.

Nuño, que al ciego padre acompañaba,
Del retiro salió, y el arcipreste
Dejó la presidencia del convite,
Y Zaide el noble asiento que en él tiene;

Y arrójanse los tres á la escalera,
Acia la escena trágica descienden,
Y entre la confusion y muchedumbre,
Tranquilidad pidiendo y paz, se meten.

Su presencia y su voz calmó á la turba,
Como calmarse de repente suele
Alborotada escuela de muchachos,
Cuando el dómine y férula aparecen.

En gran silencio y cabizbajos todos
Quedan, aquellas armas diferentes
Que ministró el furor, pasmados sueltan,
Y de su necio encono se arrepienten.

Zaide á los suyos con airado rostro,
Trémulos labios, arrugada frente
Y palabras durísimas, recuerda
Cómo portarse en casa extraña deben

Los huéspedes honrados; y les manda
Que ó bien allá en sus cámaras se encierren,
O que de buena gracia y fe á los usos
Del pueblo donde están, todos se presten.

Nuño, ménos mirado, (está en su casa)
Reparte sendos palos y cachetes,
De los que por su mal no se escaparon
Ni el sacristan, ni el atrevido Pérez,

Ni Melendo, ni Sancho. Furibundo
Recuerda al pueblo todo los deberes
De la hospitalidad franca y sencilla,
A que derecho el extrangero tiene;

Y amenaza á la turba consternada,
Con que, si acaso á desmanderse vuelven,
Laechará á puntillones del palacio,
Y cerrará las puertas y canceles.

Cuando Zaide y Salido concluyeron,
Tomó en todo la mano el arcipreste,
Y echó á los dos partidos ya aquietados
Una florida plática no breve:

Con citas de las santas Escrituras,
De la paz demostró los dulces bienes,
Y matando dos pájaros de un golpe,
Convenció á los paganos y á los fieles.

En esto aparecieron por fortuna
La gaita, el tamboril y el panderete;
Y al agrio tono, al golpe mesurado,
Y al repicar sonaja y cascabeles,

Renació mas lozana la alegría
En la, si ántes feroz, ya humilde gente.
El pasado disgusto fué una nube
De verano, que rápida ennegrece,

Turba y confunde el cielo, truena y arde,
Centellea, graniza, silba y llueve;
Y cuando los ganados y los hombres
Ser llegada la fin del mundo temen,

Vuela, pasa, se rompe, se disipa,
Mas hermoso á brillar el aire vuelve,
Mas azul el zafir del puro cielo,
Y el sol canicular muy mas ardiente.

Al rumor de los toscos instrumentos
La turba juvenil dispone en breve
La danza prima, y en gozosa rueda
Los pajes y robustos mozalvetes

Con las mozas del pueblo hacen alarde
De sus ágiles piernas; se entretejen
En vistosas figuras, y siguiendo
El medido compas, el paso mueven.

Los hombres ya machuchos regresaron,
Seguidos de sus madres y mujeres,
A las volcadas mesas y á los restos,
Que en desórden quedaron del banquete.

Todo es ya paz, cordialidad y gozo:
Nadie guarda rencor; todos parecen
Una familia. El Sancho y el Melendo
(Aun la leccion de Nuño les escuece)

No piensan ya en reñir, y mas sesudos
En repasar los huesos y toneles
Se ocupan, y en reparo de sus iras,
Con sus contrarios mano á mano beben.

Caleb, habiendo visto que no agrada
A su señor el zelo impertinente,
La austeridad depuso, y hay quien dice,
Que se le vió brindar con Vasco Pérez.

Lo cierto es que ya estaban tan unidos
Los cristianos y alarbes, que el bonete
Del sacristan andaba en la cabeza
De uno de los esclavos cordobeses.

Disfrazar se dispuso al podenquero
De moro; y empezó la turba alegre
Con grandes carcajadas á vestirle,
Como en carnestolendas al pelele.

Su gordo, cascarrioso y roto sayo
Con remiendos de telas diferentes,
En una airosa juba recamada
De purpurino paño se convierte.

Las anchas bragas de listado lino
Sus toscas piernas, sin abrigo siempre,
Cubren, y datilados borceguíes
De sus piés sucios callos y juanetes.

En vez de la mugrienta caperuza,
En torno á la cabeza le revuelven,
Sobre casqueta de risueña grana,
Una pintada tela del oriente;

Le cuelgan un tajan y una gumía,
Ambos pendiendo de cordones verdes;
Y un albornoz sobre sus hombros echan,
Que baja en nobles y anchurosos pliegues.

Y como una mozuela reparase,
Que el *Cide* podenquero, *Abenju*-Pérez,
Era lampiño, al punto le embadurnan
Barba y labios con tizne de sartenes.

Muy bebido está, sí, mas no borracho,
Porqué ha comido mucho: está cual deben
Los buenos divertidos bebedores,
Esto es, nada pesado, sinó alegre.

Se le ocurrieron tan agudos chistes,
Aunqué acaso picantes y soeces,
En general tan nuevos y oportunos;
Discurrió tales burlas inocentes,

Y remedó con perfeccion tan grande
A Mudarra y á Zaide, que merece
Aplauso universal, y fué el encanto
La tarde toda de la turba alegre.

Yéndose en tanto el sol á otro hemisferio
Cercano andaba ya del occidente,
Y el término llegó de aquella fiesta :
Que cuanto el mundo ve, término tiene.

Con pértiga de plata el mayordomo
Puesto en un corredor, grita á la gente
Mandando despejar, por ser la hora
De que el palacio sosegado quede.

Recogen pues los padres sus familias,
A poner todo en órden los sirvientes
Comienzan, y pasando por el patio
Los nobles, los hidalgos y arcipreste,

A sus casas é iglesia se retiran,
Seguidos de los suyos. Los canceles
Del postigo la turba al fin traspasa,
Y á la desierta villa el pueblo vuelve.

El podenquero entónces solicita
Del dueño del vestido, que le deje
Ir á ver á su madre en aquel traje,
Y en el momento regresar ofrece.

Accedió el musulman; y él disfrazado
Del palacio salió sin detenerse,
Y la senda tomó que va á su choza,
Ágil, sin tropezar ni dar traspieses.

Engañar á la vieja á su llegada,
Y que le tenga por Gonzalo quiere;
Puesto que en contrahacer su aire y su porte,
Le han elogiado todos de eminente.

Iba ensayando el modo en que Mudarra
Con el ancho albornoz el cuerpo envuelve,
Y su andar, y el mover de la cabeza,
Y aquel aspecto soñador que tiene,

Y habiéndose encontrado en el camino
Dos hombres, forasteros le parecen,
Que le observan tal vez como turbados,
Y que se apartan con sospecha al verle.

Recuerda que hacen esto mismo todos
Cuantos hallarse con el jóven suelen,
Sabiendo que es fantástica figura,
O prodigioso encanto; y muy alegre

Se persuadió que ya le contrahacía
Con tal primor y tan exactamente,
Que por el mismo original que copia,
Aquellos dos incógnitos le tienen.

Siguió ufano con este pensamiento,
Pero aun mas se alboroza y se envanece,
Cuando en el mismo error puso á su madre,
Al punto de llegar al pobre albergue,

Pues la infeliz Elvida, que á la puerta,
Viendo ser ya muy tarde y que no viene
Mudarra, ó segun ella su Gonzalo,
Estaba cuidadosa; cuando tiende

Por la senda la vista, y aquel moro
Ve por ella venir, no se detiene
En hacer mil extremos con los brazos,
Y en esforzar la voz lo mas que puede

Con tiernas expresiones de cariño.
Y al llegar Vasco, abrázale de suerte
Que completó su engaño doloroso;
Saliendo de él tansolo, cuando hieren

Su torpe oido las risadas necias
De aquel farsante, máscara ó pelele.
Al conocer la burla, y cerciorarse
De que es al hijo al que abrazado tiene,

Ardió en tal rabia la burlada Elvida,
Que ciega de furor soltó un torrente
Sobre el buen disfrazado, de improperios.
Pero viendo la vieja que no puede

Reñirle por la infame borrachera,
Porqué en su seso el podenquero viene;
Ni por olvidadizo, pues el pobre
Le trae una fineza del banquete;

Para dar á su cólera desfogo
Halló en el traje asunto suficiente.
A la juba, alquicel, faja y turbante
Con desatada lengua echó mil pestes,

Y en lugar de gritar por el engaño,
Que fué lo que sintió, gritó por verle
Vestido como infiel, con atavíos
Que el demonio trazó para su gente:

Porqué es harto comun, si por aquello
Que de veras nos pica y nos ofende,
No queremos reñir ó no es posible,
Reñir por otra cosa, sea cual fuere.

Sufrió la tempestad el pobre Vasco
Con mansedumbre grande, y no comprende
Cómo lo que en la fiesta mereciera
Del pueblo todo los aplausos, puede

Merecer en su choza tal disgusto;
Sin ocurrir á su infeliz calletre,
Que son de tiempo y de lugar las gracias;
Que el donaire de aquí ser allá suele

Insulto ó necedad, y que el chistoso
Lo es para su familia raras veces.
Calló pues, que era humilde con su madre,
Y no se atrevió nunca á responderle.

—Empezaba la noche destemplada,
Y al palacio tornar Vasco resuelve;
Mas de la airada vieja al despedirse,
Remedar se le ocurre nuevamente,

El modo de ausentarse de Mudarra
Y las palabras que le dice siempre,
Pues se lo han aplaudido y regañado,
Cosas ambas que excitan y promueven

Cualquiera propension; y tras la suya
De tal manera sin sentirlo fuese,
Que la madre, que estaba ya en silencio
(Aunqué mohina porqué no parece

Su encantado garzon, y es casi noche)
Otra vez en tal ira el pecho enciende,
Que está el hijo á cien pasos, y aun furiosa
Con sus voces las sombras ensordece.

A la mitad de la escabrosa senda,
Que desde Sálas á la choza viene,
Hay un desfiladero y estrechura,
Que por un lado cierran las paredes

De una incendiada quinta y los escombros,
Y por otro barrancas, donde crecen
Árboles gigantescos y zarzales,
Sitio escondido y temeroso siempre.

Llegó á aquel sitio Vasco, cuando apénas
En las lejanas cumbres de occidente
Un escaso crepúsculo quedaba,
Pronto entre negras nubes á perderse,

A la postrer mirada semejante
De un moribundo. En cuanto puso Pérez
El pié en lo estrecho, los escombros salvan
Dos hombres, cuyos rostros ver no puede,

Aunqué sí fulgurar sendos puñales
En sus manos. Osados le acometen
En gran silencio; mas con tanto arrojo
Que en tierra le derriban y le hieren.

Le valió al desdichado su turbante,
Y del ancho albornoz los dobles pliegues,
O acaso mas los gritos y las voces
Con que el campo atronó; pues de repente

De las barrancas, troncos y malezas
Un blanco bulto sale y aparece,
Que esgrimiendo un alfanje con gran brio
A los dos asesinos arremete.

Estos sobrecogidos, sin aliento
Huyen al punto, abandonando á Pérez;
Como tal vez dos lobos que voraces
Un tierno recental rendido tienen,

Cobardes huyen del mastin gallardo,
Que de improviso llega y los sorprende.
El vencedor los sigue; pero pronto
Entre escombros y sombras se le pierden;

Y como oyó al momento dos caballos
Alejarse á galope, envaina y vuelve
A la senda, donde halla al podenquero,
Puesto ya en pié, con dos heridas leves;

El cual turbado entre el dolor y susto,
A su libertador, al que le debe
La vida, reconoce. Era Mudarra,
Que habiéndose alejado mas que suele,

Y viendo entrada ya la noche oscura,
Atravesando eriales, diligente
Se retiraba á su palacio, y pudo
Los gritos escuchar de Vasco Pérez.

Indignó á toda Sálas tal suceso;
Mas á los pocos dias acontece
Otro, que consternó los corazones
De cuantos interes por Lara tienen.

Acercóse á la puerta de la choza
De Elvida á prima tarde un penitente
Devoto peregrino. Allí en voz alta
Entonó varios cánticos y preces,

Y despues pide humilde y compungido
Que calentarse en el hogar le dejen.
Compasiva la vieja le da entrada,
Y un asiento solícita le ofrece.

El tal huésped al punto con gran arte
Sobre recuerdos de los Laras mueve
La plática, y al cabo sobre el moro,
De quien tantos prodigios se refieren.

Tragó el anzuelo la infeliz nodriza:
Que era Gonzalo aseguró mil veces,
Y empezó á lamentarse, (que es su tema)
De que ya la ha olvidado y no la quiere;

Y de que el raro encanto con que vive,
Tanto dominio en su memoria ejerce,
Que apénas guarda ya recuerdo alguno
De aquel tiempo feliz de sus niñeces.

Sobre lo cual la pobre insiste y llora,
Afligida diciendo, que por verle
Recordarse con ella de los dias
Pasados, diera con placer los breves

Años que le quedaban de existencia,
Y así lograra sosegada muerte.
El sagaz peregrino acalorando
A la infeliz, se porta como suele

El pescador, que al grueso pez que pica
Y se clava el anzuelo, del carrete
Suelta todo el torzal, para que nade
Y trague mas y mas el cebo aleve.

Dióle pues cuerda larga á su manía:
De su afliccion mostrando conmoverse
Y querer reparar su desventura,
Así al cabo le dice: "Tal vez puede"

"Remediarse el olvido en que el encanto
Para con vos á ese mancebo tiene.
Yo mismo....pero no....no me es posible....
Cantidad corta traje, y tantas veces"

" He dado en varias partes de limosna
" Grandes porciones, y con fruto siempre,
" Que no puedo dar mas...."—" Qué!" interrumpe
La nodriza, " remedio hallarse puede?"

" Y vos?.... vos lo tenéis?"—" Sí, yo lo tengo,
" Y eficaz," respondióle el penitente;
" Pero no lo daré, que es gran reliquia:
" Arena es del Jordan, cogida en viérnes"

" Del sitio en que Jesus fué bautizado.
Polvos de alta virtud, que si los bebe
Un muerto, como Lázaro al instante
En robustez completa á vida vuelve."

" El encantado que á probarlos llega,
Se encuentra en libertad salvo, y no pierde
El poder que el encanto le prestaba,
Pues si era con buen fin, se aumenta y crece."—

Esto oyendo, á sus plantas arrojóse
La desdichada Elvida, y con vehementes
Expresiones le pide alguna parte
De tan santa reliquia, porqué quiere

Dársela á su Gonzalo. Como bronce
El hombre se sostuvo, y muchas veces
Se la negó, logrando que otras tantas
La importuna nodriza se lo ruegue.

Mostró ablandarse al cabo, y le pregunta
Si agua, vino ó manjar alguno tiene,
De que segura esté que su Gonzalo
Solo haya de probar, no otro viviente.

Ella al punto delante le presenta
Una escudilla con migada leche,
Diciendo se la tiene preparada
Para que aquella tarde la meriende.

Incorpórase al punto el peregrino,
Dentro de su zurron la mano mete,
Y sacando una caja, en la escudilla
Gran cantidad de polvos blancos vierte;

Y encargando á la vieja que ninguno,
Sinó Gonzalo, coma aquella leche,
Oyendo que alguien se acercaba al chozo,
Se inmutó, despidióse y listo fuése.

Era quien se acercaba, el podenquero,
Cantando en alta voz, y muy alegre
Entró á anunciar á su contenta madre,
Que á verla, detras de él Mudarra viene.

Salió Elvida á la puerta de la choza
A esperar su llegada como siempre,
Y en tanto un galgo corredor, que acaso
Ha venido siguiendo á Vasco Pérez,

Saltó sobre la mesa donde estaba
La escudilla, que al punto atisba y huele,
Y de dos tragantadas deposita
El contenido en su insaciable vientre.

Al rumor que causó, tornó la vieja
La faz, y al ver deshechas de tal suerte
Sus esperanzas todas, lanza un grito,
Y va á ver si salvar aun algo puede;

Y miéntras Vasco en carcajadas rompe,
Ella en el robador, que huye y se mete
Bajo del tosco lecho, furibunda,
Ya que no golpes, maldiciones llueve.

Pero quedóse helada, cuando mira,
Como si algun poder ellas tuviesen,
Salir con ambos ojos hechos brasas
De su refugio al perro de repente,

Y que lanza un aullido doloroso,
Da tres rápidas vueltas, se estremece,
El pelo se le eriza, cae al suelo,
Revuélcase convulso, y gime, y muere,

Blanca espuma arrojando por la boca,
Con un palmo de lengua seca y verde,
Y quedándose yerto, hinchado, hirsuto,
Con muestras de empezar á corromperse.

Llegó de dos monteros escoltado
Mudarra en aquel punto, y le suspende
Hallar en tanta confusion la choza,
El perro muerto, sollozando á Pérez,

Consternada á la vieja. Les pregunta
De aquel desman la causa, y varias veces
Lo torna á preguntar. Al cabo Elvida,
Con tan simple candor y tan patente

Sencillez y franqueza, todo el caso,
Sin callar circunstancia, le refiere,
Que quedó su inocencia acrisolada
Y su sana intencion; pues aun mantiene

El pensamiento mismo, y como prueba
Del poder santo que los polvos tienen,
El rebentar el animal con ellos
Por la profanacion, la tonta ofrece.

Demudóse Mudarra, penetrando
Cuál su peligro ha sido: no se mete
En sacar de su error á la nodriza,
Y á los dos ballesteros manda vuelen

Al punto en sus caballos, que recorran
Montes, valles y selvas, que se esfuerzen
Por descubrir do quiera al peregrino,
Y que si hallarle por ventura pueden,

Le detengan, le amarren, y al momento
Al castillo de Sálas se le lleven.
Obedecieron sin chistar : Mudarra
Abraza á Elvida; más de lo que suele,

La acaricia y consuela, y recogiendo
La taza, que del polvo aun restos tiene,
Del podenquero acompañado parte,
Y á su palacio presuroso vuelve.

Habló al punto con Zaide y con Salido,
Y aquel en los residuos de la leche
Descubrió un activísimo veneno,
Que rompe las entrañas de repente.

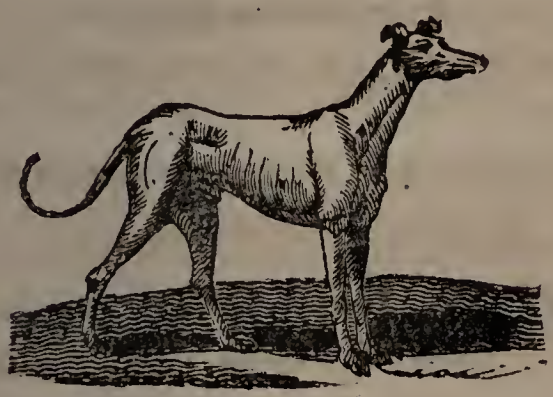
Los dos abrazan al garzon, y tiemblan :
Ocultar el suceso ambos resuelven
Al ciego padre, y con afan esperan
Que los monteros en la selva encuentren

Al envenenador. A media noche
Regresan estos, pero solos vienen :
No han encontrado á nadie en los contornos,
Y á unos pastores la noticia deben

De que un hombre embozado, á media tarde,
En un caballo negro, diligente
Salió del bosque donde está la choza
De la nodriza, y acia Búrgos fuése

Como una exhalacion, atravesando
Campos y selvas. Las sospechas crecen
De Zaide y Nuño, y cautos determinan
Jamas de vista, ni un momento breve,

A Mudarra perder, y que una escolta
De hombres armados le acompañe siempre
Los pocos dias que tansolo faltan,
Para que el plazo del combate llegue.



NOTAS.

1.ª Página 2.

Que duerme mudo en las vecinas playas.

Se empezó esta obra en la isla de Malta, en una casa de campo que está á la orilla del mar, por el mes de setiembre del año 1829.

2.ª Página 6.

Y al Hagib Almanzor su tierna hermana.

Hagib ó *Alhagib* equivale á ministro principal de palacio, ó primer ministro del imperio. Fué el cargo que obtuvo Almanzor en el reinado de Hixcen, sin que fuera nunca rey ni emperador, como le titulan nuestras historias y antiguos romances; aunqué gobernó el imperio muchos años casi exclusivamente, tanto por su valor y entendimiento, como por el genio indolente y oscuro de Hixcen, tercero de su nombre, de quien dice Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, lo que sigue: "El rey Hixem, así por sus pocos años como por su natu-
" ral inclinacion, no pensaba sinó en sus juegos é inocen-
" tes placeres; no salía de sus alcázares y deliciosos jar-
" dines, ni deseaba otras distracciones ni recreos, que no
" conocía....Sabur, el persiano, que había sido camarero
" del rey Alhakem, y había venido de Mérida para la jura

"del rey Hixem, quiso hablar con él ántes de su partida, "y la sultana Sobeiha le excusó la visita de acuerdo con "el Hagib Muhamad, (Almanzor) y luego partió para "Algarbe; y los demas Walíes á sus provincias."

3ª Página 10.

Do el ángel Azrael victoria canta.

Azrael era, segun la creencia musulmana, el ángel que separaba en la hora de la muerte el alma del cuerpo.

4ª Página 12.

De Omar, Wali glorioso de Toledo.

Wali, prefecto ó gobernador de provincia.

5ª Página 15.

Llegó en la hermosa luna de Giumada.

Los nombres de los meses ó lunas entre los árabes eran los siguientes por este órden: *Muharram*, *Safer*, *Rabié primera*, *Rabié segunda*, *Giumada primera*, *Giumada segunda*, *Regeb*, *Xaban*, *Ramazan*, (este era el mes de penitencia, ayuno y expiacion) *Xawal*, *Dylcada* y *Dylhagia*.

6ª Página 15.

Despues que el Almueden, de la mezquita.

Almueden, sacristan, mullidor de mezquita, que pregona y llama con grandes voces á la oracion desde lo alto del *alminar* ó torre.

7ª Página 17.

Que á las eternas Huris deslustraran.

Huris eran las doncellas inmortales, habitadoras del

paraíso, destinadas para ser allí compañeras eternas de los buenos musulmanes.

8ª Página 19.

El anciano Cadí con verdes ropas.

Cadí, gran juez, presidente del consejo.

9ª Página 20.

En que va el acidaque de la esposa.

Acidaque, la dote.

10ª Página 21.

Oscurecía al templo de la Caaba.

El templo de la Caaba, ó la casa cuadrada, era un templo antiquísimo de la Meca, que se dice fundado por Abrahan, ó por Ismael, al que hacían los musulmanes su peregrinacion santa. Fundóla el rey Abderahman el año 786 de nuestra era. Él mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, superior á la de Bagdad y comparable á la Alaksà en la Casa santa de Jerusalen. Gastó en ella mas de cien mil doblas de oro, y murió ántes de acabarla. CONDE *en la obra citada.*

Convertido este suntuoso y extraño edificio en catedral, se conserva hoy casi intacto, sin mas variaciones que las que han sido indispensables para el culto católico.

11ª Página 22.

Y concluido el azalá escucharon.

Azalá, oracion. Eran cinco: *Azohbi*, del alba; *Adohar*,

del medio dia; *Alasar*, de la tarde; *Almagrib*, al ponerse el sol, y *Alatema*, al anochecer.

12ª Página 22.

Que desde el almimbar de cedro y oro.

Almimbar, púlpito.

13ª Página 22.

Pronunció el Almocrí con voz pausada.

Almocrí, lector de mezquita.

14ª Página 24.

Y los Amires, y Giafar con ellos.

Amir ó *Emir*, jefe, general, príncipe.

15ª Página 24.

De Córdoba Wacir, del regio alcázar.

Wacir, ministro principal, gobernador de ciudad.

16ª Páginas 25 y 26.

Allí cantaste tú, morisco Homero,
Jusef-Aben-Harum, al son del arpa.
. . . . . .
Tambien Aben-Isá, que en el oriente
Consiguió por su verso ilustre fama,
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,
Y Lobna bella, y el anciano Obada.

Grande era el aprecio que se hacía de los poetas entre los árabes de Córdoba, donde había academia pública de poesía, y donde los ingenios estaban muy festejados y recompensados por los príncipes y caballeros. El citado compilador de los manuscritos árabes dice en el capít. 92

de la segunda parte. "Dió en Zahrâ una hermosa casa al "célebre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que "se ocupaba en escribir la historia de España: asimismo "dió el rey casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harûn el "Arramedi, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio "de cuantos en este tiempo florecían en Córdoba: ha- "bía presentado al rey dos elegantes poemas, uno *de la* "*caza* y otro *de caballería*. Refiere de él Abulwalid ben "el Fardi, que él mismo contaba esto: Salí un dia despues "de la zala del juma, y pasé el rio de Córdoba, y anda- "ba en los jardines de Beni Meruân, y encontré en ellos "una doncella esclava, que nunca en toda mi vida ha- "bía yo visto otra de tal gentileza, ni tan hermosa como "ella; la saludé, y me respondió con mucha gracia, "pues no solo era afable, sinó tambien en extremo dis- "creta. El tono de su habla era de tanta dulzura, que "regalaba los oidos, y se entraba por ellos en el alma, "de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones me "rindieron el corazon. Le dije yo: Por Alá, ¿te podré "llamar hermana ó madre? — y ella me respondió: "Madre, si quisieres. — Y dije entónces: ¿De gracia, "mereceré saber cómo te llaman? y me respondió: Llá- "manme Halewa.— Con buenas fadas, dije yo, te pusie- "ron tan dulce nombre." &c. &c. Por huir la prolijidad, no copiamos el resto, en que se refiere cómo el poeta enamorado de la esclava, hizo un viaje á Zaragoza para pedir á un amigo la cantidad necesaria para comprar á la doncella, la que por desgracia tenía ya otro dueño, cuando volvió á Córdoba su amante. De aquí nacieron disgustos y hablillas, que despertando la curiosidad del rey, quiso ver á Halewa, y enamorado de su belleza, pasó con ella una mañana, miéntras su amo estaba en la mezquita, oyendo el sermon del famoso Mondhir ben Said, que de

acuerdo con el rey se dilató mas de lo regular en su plática. Esto produjo al cabo nuevos disgustos para nuestro poeta, que estuvo preso y sufrió una larga persecucion.

Hablando dicho autor de la jura del príncipe Hixcen dice: "Tambien manifestó su ingenio y gratitud al rey "en esta ocasion el granadino *Aben Isá* el Gasani, que "acababa de llegar de Egipto y de otros paises de oriente, "donde había viajado de órden del rey Alhakem, y le "presentó su geografía y una elegante descripcion de "las comarcas de Elvira." Y mas adelante: "Como en "este tiempo era tan estimada la erudicion y la poesía "en España, hasta las mujeres en su retiro eran estudio-"sas, y muchas se distinguían por su ingenio y buenos "conocimientos. El rey tenía en su alcázar á *Lobna*, "doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en "aritmética y otras ciencias. Escribía con singular elegan-"cia y muy bellas letras, y el rey Alhakem se valía de "ella para escribir sus cosas reservadas. No había en el "palacio quien la igualara en agudeza de conceptos y "suavidad de metros."

Alhasan fué un poeta sevillano; *Albuker*, otro de Damasco, y ambos florecieron por aquella época.

En la obra citada, tratando en el cap. 98 de cómo Almanzor honraba á los doctos, se lee: "Se detenía poco "tiempo Almanzor en las fronteras, y miéntras estaba en "Córdoba, su casa era como una academia de sabios y "de hombres de ingenio. La frecuentaba el malagueño "*Obada* ben Abdala, que era de los mejores poetas de "este tiempo en Andalucía, y escribió la historia de los "poetas españoles y una célebre borda ó elogio de Anabi "Muhamad....Hizo unos versos muy elegantes de impro-"viso, y le dió el Wacir cien dinares de oro y su casa "franca á todas horas....Estableció Almanzor una acade-

"mia de humanidades, y solo tenían asiento en ella hom-
"bres doctos, ya conocidos por obras útiles é ingeniosas
"de varia erudicion en prosa ó en verso. Visitaba las
"madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sen-
"taba entre los discípulos, y no permitía que se inter-
"rumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida. Daba
"premios á los maestros y á los discípulos mas sobresa-
"lientes." &c.

Es muy curiosa la descripcion, que se halla en esta obra de Conde, de la boda del hijo de Almanzor, que se celebró en la *Almunia*, en su palacio y jardines. Aunqué se ignora el sitio de estos, sospecho que sea el mismo, donde hoy está la *alameda del obispo*.

17ª Página 42.

Par casi al Zualfaker en gloria y fama.

Zualfaker era el nombre del alfanje de Mahoma, que decía haberlo recibido del arcángel Gabriel, y lo dejó en herencia á su yerno Alí.

18ª Página 50.

Tuvo en los Alimanes y Alfaquíes.

Aliman, prefecto de la oracion en la mezquita. — *Alfaquí*, doctor de la ley.

19ª Página 58.

Y era de los mozárabes azote.

Llamáronse *mozárabes* los cristianos que quedaron conservando su industria, propiedades y religion en las provincias de España invadidas por los árabes, sometiéndose á su gobierno. Los que permanecieron así en Toledo,

fueron los que alcanzaron mayores privilegios y proteccion, pues consiguieron seis iglesias, donde se celebraban los divinos oficios, y se administraban los sacramentos, con la misa y el rezo ordenados por san Ildefonso. Esto prueba que no eran aquellos dominadores muy intolerantes. Aun hoy se conserva en la catedral de Toledo una capilla dicha mozárabe, donde se sigue aquel antiguo rito.

La palabra *mozárabe* es corrupcion de *mixtiárabe*, y segun otros, de *mustárabe*, voz arábiga que significa vivir con árabes. Véanse Aldrete en sus *Antigüedades de España*, el *Chronicon* de Genebrardo, Mondéjar y otros autores.

20ª Página 62.

Y el insigne Aberróes, á quien grata
Abrió naturaleza sus secretos,
Comentador del sabio de Estagira.

Aberróes, filósofo y médico cordobes, célebre por su obra de medicina titulada *El Colliget*, y por sus comentos á Aristóteles y á Platon, floreció casi siglo y medio despues de Almanzor. Pero si Rafael de Urbino le colocó entre los antiguos filósofos en su gran cuadro de la *Escuela de Aténas*, bien puede disimularse al poeta el anacronismo de hacerle maestro de la hija de Giafar, por el gusto de mencionar á este esclarecido paisano suyo.

21ª Página 70.

De Arrizafa en los campos desiguales,
Donde hoy descuella un santo monasterio.

El convento de la Arrizafa está poco mas de un cuarto de legua al NO. de Córdoba, casi á la falda de la sierra, en un sitio apacible y ameno. Por allí debían de tener

los moros un cementerio, como lo demuestran varias losas halladas en aquel lugar con un turbante esculpido.

Conde, traduciendo los manuscritos árabes, dice : «Este "año (756) mandó Abderahman labrar la Rusafa, cons- "truyó y renovó la calzada antigua, y plantó allí una "huerta muy amena : edificó en ella una torre que la "descubría toda, y tenía maravillosas vistas, y en esta "huerta plantó una palma, que era entónces única, y de "ella procedieron todas las que hay en España. Cuén- "tase que desde la torre solía contemplar aquella palma "el rey Abderahman ; la cual acrecentaba mas que tem- "plaba su melancolía, por lo recuerdos y memorias de su "patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos ver- "sos suyos *de la palma*, que andan en boca de todos."

" Tú tambien, insigne palma,
" eres aquí forastera,
" de Algarbe las dulces auras
" tu pompa halagan y besan :
" en fecundo suelo arraigas,
" y al cielo tu cima elevas :
" tristes lágrimas lloraras,
" si cual yo sentir pudieras.
" Tú no sientes contratiempos,
" como yo, de suerte aviesa :
" á mí de pena y dolor
" continuas lluvias me anegan.
" Con mis lágrimas regué
" las palmas que el Forat riega ;
" pero las palmas y el rio
" se olvidaron de mis penas,
" cuando mis infaustos hados
" y de Alabâs la fiereza
" me forzaron á dejar
" del alma las dulces prendas.
" A ti de mi patria amada
" ningun recuerdo te queda ;
" pero yo triste no puedo
" dejar de llorar por ella.

22ª Página 88.

Y desde la ciudad se ve la Albaida.

Aun se llama *Castillo de Albaida* una casa de campo fundada sobre antiguas ruinas, situada segun se describe en este pasaje del poema, y perteneciente á los condes de Hornachuelos.

23ª Página 97.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,
Los pórticos, palacios y liceos;
Y hoy un desnudo llano solo viera,
Pues hasta las ruinas perecieron.

Parece increible que no existan ya ni vestigios de la ciudad de Zahara. Veamos lo que de ella dicen los manuscritos árabes traducidos por Conde. « El rey Abder-
" ahman Anasir solía pasar las temporadas de primavera
" y otoño en un apacible sitio á cinco millas de Córdoba,
" Guadalquivir abajo; y por la frescura y amenidad del
" lugar, por sus alamedas y espeso bosque mandó edifi-
" car allí un alcázar, con muchos edificios magníficos y
" muy hermosos jardines contiguos; y lo que ántes había
" sido una casa de campo, se trasformó en una ciudad.
" En medio de ella estaba el real alcázar, obra grande y
" de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y
" trescientas colunas de preciosos mármoles, todas de
" maravillosa labor. Entraban cada dia en la obra seis mil
" piedras labradas, sin las de mampostería, que eran in-
" finitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras
" estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados
" ó artificiosos cortes: las paredes asimismo cubiertas de
" mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colo-
" res: los techos pintados de oro y azul con elegantes
" ataujías y enlazadas labores: sus vigas, trabes y arte-

" sonados de madera de alerce de prolijo y delicado tra-
" bajo. En algunas de sus grandes cuadras había hermo-
" sas fuentes de agua dulce y cristalina en pilas, conchas
" y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En
" medio de la sala, que llamaban del Califa, había una
" fuente de jaspe, que tenía un cisne de oro en medio de
" maravillosa labor, que se había trabajado en Constanti-
" nia, y sobre la fuente del cisne pendía del techo la in-
" signe perla, que había regalado á Anasir el emperador
" griego. Contiguos al alcázar estaban los grandes jardi-
" nes con diversidad de árboles frutales y bosquecillos
" partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algu-
" nos de curvos y claros lagos, que ofrecían á la vista
" pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arrebola-
" das nubes. En medio de los jardines, en una altura que
" los dominaba y descubría, estaba el pabellon del rey,
" donde descansaba cuando venía de caza. Estaba soste-
" nido de colunas de mármol blanco con muy bellos ca-
" piteles dorados. Cuentan que en medio del pabellon
" había una gran concha de pórfido, llena de azogue vivo
" que fluía y refluía artificiosamente, como si fuera de
" agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un res-
" plandor que deslumbraba. Tenía en los jardines diferen-
" tes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y
" hermosura. Las alcatifas, cortinas y velos tejidos de
" oro y seda con figuras de flores, selvas y animales, eran
" de maravillosa labor, que parecían vivas y naturales á
" los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcá-
" zar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mun-
" do, que puede gozar un poderoso rey. Se llamó esta
" ciudad Medina Azahrâ del nombre de una hermosa es-
" clava del rey, á la cual amaba y distinguía entre todas
" las otras de su harem. Edificó en Medina Azahrâ una

"mezquita, que en preciosidad y elegancia aventajaba á la "grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la "Zeca, ó casa de moneda, y otros grandes edificios para "estancias de sus guardias y caballería. Acabóse la obra "principal el año trescientos veinte y cinco; y dice Xa-"quiqui, que costó sumas inmensas." &c. &c.

Por muy exagerada que se suponga esta descripcion, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahrâ, ni es fácil explicar cómo ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó, es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que solo tiene una cerca moderna con establos para la cria de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la vieja.*

24ª Página 130.

Mas firme que los Toros de Guisando.

Don Antonio Ponz en su *Viaje de España*, hecho en 1795, dice en la carta séptima del tomo segundo: "Pa-"sado un riachuelo, llamado *Tórtolas*, descubrí en una "viña, perteneciente á los religiosos, los celebrados Toros "de Guisando; pero no hallé ningun rastro de la venta "que había junto á ellos, en donde fué reconocida y ju-"rada por heredera de los reinos de Castilla, la reina ca-"tólica doña Isabel. Me acerqué al paraje en donde están "los Toros, y son cuatro, de los cuales uno está medio "hundido en la tierra. Ya se conoce poco su forma, por "estar muy gastados, y desgranada la piedra berroque-"ña, de que son. Con dificultad se lee alguna letra de "las antiguas inscripciones que tenían en el cuerpo; "pero despues en la celda prioral del monasterio vi una "explicacion de los mismos y de sus letreros, que decían

" estar allí desde muy antiguo. La tal explicacion era, " que en la valle bastetana dió el ejército de Julio César " la gran batalla, en la cual, despues de haber vencido á " Pompeyo Magno en Farsalia, deshizo aquí á sus hijos, " llamados Sexto Pompeyo y Gneo Pompeyo; que la " pelea fué muy dudosa; pero que animado César por su " capitan Prisco Calecio, la consiguió: que los hijos de " Pompeyo, desamparados de sus soldados, se retiraron, " llenos de heridas, á las cuevas del inmediato monte, " junto al paraje del monasterio, y que en celebridad de " tanto triunfo hicieron los cesarianos un sacrificio á los " dioses, llamado *Ecatombe*, por el número de cien toros " que para el sacrificio se destinaban; y que por medio de " estos toros de piedra que allí dejaron, habían perpe- " tuado el suceso. Las inscripciones se leen en aquel papel de esta manera:

I ª

BELLUM CÆSARIS ET PATRIÆ EX MAGNA PARTE CONFECTUM FUIT S. ET GN. M. POMPEII FILIIS HIC IN AGRO BASTETANO PROFLIGATIS.

II ª

LONGINUS PRISCO CALECIO PATRI

F. C.

III ª

CÆCILIO METELLO

CONSULI II. VICTORI.

IV ª

EXERCITUS VICTOR

HOSTIBUS EFFUSIS.

V.ª

L. PORCIO

OB PROVINCIAM OPTIME ADMINISTRATAM

BASTETANI POPULI F. C.

"Se cree que ántes hubiese mas toros de los que "ahora se ven sobre la tierra. Vmd. sabrá si es esta la "valle y region de los bastetanos, y el paraje donde se "acabó la guerra civil de Pompeyo y César: si estos "son elefantes y no toros, de los que algunos dicen, que "dejaron los cartagineses en varias partes de España, "á donde llegaban con sus conquistas; y si son toros, "conocerá cuán grande disparate sería el traerlos desde "Andalucía, como algunos quieren componerlo, sin em-"bargo de que serían tan grandes como toros naturales, "ántes de haberlos desgranado el tiempo, como se ve. "A mí me parecen toros, y por algun rastro que queda "de las letras, se conoce que fueron romanas."

Es digno de copiarse lo que sobre los mismos opina Masden en el § 334 del tomo IV de su *Historia crítica de España.* "Una de las antigüedades mas célebres de "España," dice, "son cuatro toros de piedra que existen "en el monasterio de Padres de san Gerónimo de Guisan-"do, á veinte y ocho millas del Escorial. Sin duda Metelo "mostró complacencia de que le dedicasen uno de estos "en memoria de las victorias referidas....Moráles y Ma-"riana juzgan que la inscripcion se debe referir á la "rota de los irtuleyos, que por eso trasfiere Moráles de "Andalucía á Extremadura en mayor cercanía de los ci-"tados toros. Pero Itálica y Segovia, únicas ciudades "en cuyas vecindades, segun los escritores antiguos, "Quinto Cecilio Metelo venció á los irtuleyos, distan

"mucho de aquella provincia; ademas estas rotas no "fueron el motivo de la vanidad y complacencia de aquel "general, aunqué así lo pensaron Moráles, Mariana, y "últimamente Jovenazo: lo que dió fomento á su orgullo, "fueron las batallas que ganó al temido Sertorio, como "atestigua Plutarco." Y mas adelante en el § 394, hablando de los monumentos de las victorias de César que existen en España: "Son mas famosas las inscripciones "de los célebres *Toros de Guisando*...La primera perte-"nece á la batalla de *Munda*, que se puede llamar la co-"rona de todas las victorias de César. En ella se lee "claramente, que Sexto y Gneo Pompeyo fueron derro-"tados en el campo bastetano: de lo que se deduce, que "los Toros que existen á poca distancia del Escurial, "estaban antiguamente en el paraje mismo de la batalla, "cuyo lugar podía entónces llamarse *Campo bastetano*, "miéntras los habitantes á lo largo de las costas desde la "mitad del Estrecho á Cartagena eran denominados *baste-"tanos* y *bástulo-fénices*. Ha parecido inverosímil al es-"tudioso señor Ponz y á otros modernos escritores, que "cuatro toros de piedra de ajustada proporcion fuesen tras-"portados de Munda á Guisando. No sabemos las razones "que tuvieron los romanos para trasferirlos; pero no hay "dificultad que lo practicasen, aunqué hubiesen de hacer "mas de trescientas millas, que se cuentan de Munda á "Guisando: mayores dificultades han vencido los antiguos "romanos. Para no difundirme en una prolija narrativa, "véanse aquí en Roma los obeliscos de altura enorme "trasportados de Egipto."

Tambien hace Cervántes en su inmortal *Quijote* mencion de estos Toros, pues el caballero de los espejos dice (cap. XIV de la segunda parte) que *el tomarlos en peso*, era una de las hazañas que le había mandado hacer su señora. Es

muy extraño que el erudito y diligente Pellicer dejara sin nota alguna este punto, cuando no se descuidó de ponerlas en otros mas sabidos, y ménos interesantes y cuando Bowles, de quien tanto se aprovechó, copia la razon que da de ellos Covarrúbias en el *Tesoro de la lengua castellana.*

25 ª Página 130.

La torre de Malmuerta parecía.

Llámase en Córdoba *Torre de Malmuerta* un elegante torreon romano de sillería, en que se apoya un gallardo arco, que lo une á un ángulo del mas moderno muro morisco, cerrando por aquella parte, junto al matadero, el campo que llaman *de la Merced.* Debajo del dicho arco y en la torre misma hay una lápida, de la que dicen los cordobeses, que si alguno consigue leerla, pasando á caballo á galope, al punto se hundirá el torreon, y quedará descubierto un gran tesoro que hay allí encantado. El milagro no es fácil se realize, porqué está la leyenda tan gastada, que ni aun examinándola despacio, es posible descifrarla.

26 ª Página 131.

Por regocijador de su palacio.

Le hace cocinero de doña Lambra un romance antiguo, en que pidiendo venganza á su marido de los insultos que le han hecho los de Lara, entre otras cosas, dice:

Matáronme un cocinero
so faldas de mi brial:
si de esto no me vengades,
yo mora me iré á tornar; etc.

27 ª Página 139.

Por la afrenta mayor: tal que el hidalgo.

"Grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de "España," la llama Mariana, como se verá en la nota siguiente.

28 ª Página 139.

«Y de la espalda al pecho atravesóle,
De modo que sin vida en el regazo
Cayó de su señora, con su sangre
Veste, brazos y pechos salpicando.

Mariana, copiando casi á Garibay y á Moráles, refiere este suceso en su *Historia de España*, lib. VIII capít. 9 del modo siguiente: "Aconteció que Rui-Velázquez, señor de "Billaren, celebraba sus bodas en Búrgos con doña Lam-"bra, natural de tierra de Briviesca, mujer principal, y "aun prima carnal del conde Garcí-Fernández. Las fiestas "fueron grandes, y el concurso á ellas de gente princi-"pal. Halláronse presentes el conde Garci-Fernandez y "los siete hermanos con su padre Gonzalo Gustio. En-"cendióse una cuestion, por pequeña ocasion entre Gon-"zalo, el menor de los siete hermanos y un pariente de "doña Lambra, que se decía Álvar Sánchez, sin que su-"cediese algun daño notable, salvo que Lambra, como la "que se tenía por agraviada con aquella riña, para vengar "su saña.... mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un "cohombro, mojado ó lleno de sangre: grave injuria y "ultraje conforme á la costumbre de España. El esclavo "se quiso valer de su señora doña Lambra: no le pres-"tó, que en su mismo regazo le quitaron la vida." &c. Sigue contando la venganza de Rui-Velázquez poco mas ó ménos, como se refiere en esta leyenda.

Dos romances, compuestos por Sepúlveda, pintan esta contienda como sigue :

Rui-Velázquez es de Lara
el que ha de ser desposado :
casóse con doña Lambra,
mujer es de gran estado.
Gonzalo Gústios el Bueno
á las bodas es llegado :
cuñado es de Rui-Velázquez,
con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
que de Lara se han nombrado,
hijos de Gonzalo Gústios,
sobrinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,
caballero muy honrado.
. . . . . .
Un primo de doña Lambra,
que Álvar Sánchez es llamado,
vió que caballero alguno
no alcanzaba en el tablado.
. . . . . .
Doña Sancha y los sus hijos
riendo dello han estado ;
ninguno dió miente á ello,
que están las tablas jugando :
solo Gonzalo González,
el menor de los hermanos,
que á furto de todos ellos
cabalgaba en su caballo.
. . . . . .
Alvar Sánchez con pesar
al Infante ha denostado.
Él respondió á sus palabras,
á las manos han llegado.
Gran ferida dió el Infante
á Álvar Sánchez su contrario.
. . . . . .
Doña Lambra que lo vido,
grandes voces está dando,
feríase en el su rostro
con las manos arañando,
diciendo : ¿ qué dueña alguna
ansí se había deshonrado
en bodas que fuesen hechas,

sinó á ella solo en su cabo?
Rui-Velázquez que lo oyó,
luego había cabalgado,
tomó un astil de la lanza,
fué donde está don Gonzalo, &c. &c.

Doña Lambra que lo vido,
como muy mal lo quería,
llamado había un criado,
desta suerte le decía:
"Toma agora tú un cohombro,
"finchelo de sangre viva,
"y arrojáselo á Gonzalo."
. . . . . .
El hombre tomó un cohombro,
y de sangre lo teñía,
dió con él á don Gonzalo,
en sangre untado lo había.
. . . . . .
Acogióse á doña Lambra,
so su brial se metía.
. . . . . .
Los Infantes con braveza
. . . . . .
mataron el hombre allí,
ante ella que lo veía,
y con la sangre del hombre
sus tocas se las teñían.
Los Infantes cabalgaron, &c. &c.

29ª Página 221.

Y torna su atencion á la medalla
De la cautiva, donde ve esculpidos
De figuras humanas los contornos,
Grave profanacion segun su rito.

La ley de Mahoma prohibe expresamente, con el objeto sin duda de evitar la idolatría, el esculpir ó pintar figuras humanas.

30ª Página 304.

Sin mas bien que mi amor, en rota nave,
Del viento y mar luchando con las iras,

A ti llegué; y en tus doradas rocas
Vi de mi juventud volar los dias.

Habiendo dejado el seguro asilo de Inglaterra, me encaminaba acia Roma, para lo que había obtenido especial pasaporte pontificio y toda suerte de seguridades de aquella corte, y desembarqué en Liorna por el mes de julio de 1825. Concluida mi cuarentena, me presenté al cónsul romano, para que refrendara mi pasaporte, á lo que se negó absolutamente, diciéndome, tener órden para no refrendar ninguno, sin enviarlo ántes á Roma, á que fuese reconocido. Remitió pues el mio, y fué devuelto con terminante negativa. Representé al cardenal de la Somaglia, y me contextó por medio del cónsul, que sin embargo de que mi pasaporte estaba en regla y dado de órden de S. S., me expondría á *grave dispiacenze*, si ponía los piés en los dominios apostólicos. Esta inesperada repulsa fué inmediatamente seguida de la mas encarnizada persecucion por parte del Gobierno toscano, llegando la policía de Liorna á aprestar la fuerza armada para arrojarme de aquel Estado. En tanto apuro recurrí al cónsul británico Mr. Falconar, quien apoyado en un pasaporte ingles que me había dado lord Chatham á mi paso por Gibraltar, no omitió diligencia alguna para contener la persecucion, y logrando ganar tiempo, me embarcó en una goleta inglesa, que despues de borrascosa travesía me condujo á Malta. En aquella isla hallé grata hospitalidad y toda suerte de consideraciones, tanto en los ingleses, como en los naturales; y allí concluí la *Florinda*, escribí otras obras, y empezé esta leyenda. Permanecí en aquel grato y seguro asilo hasta marzo de 1830, en que me trasladé con mi familia á Marsella en el yate *Lady Emilie*, que puso generosamente á mi disposicion el teniente gobernador, el general Ponsonby.

31ª Página 305.

Esta historia, empezada entre vosotros,
Continuada del Sena en las orillas,
Y que dó tendrá fin, el cielo sabe.

Se concluyó esta obra, despues de una larga interrupcion, en Tours el año 1832, y no se hubiese ciertamente impreso por ahora, si el Sr. don Antonio Sampayo, caballero aficionadísimo á los libros y cosas de España, y mis amigos, don Vicente Salvá y don Antonio González, no hubieran concurrido del modo mas eficaz á sacarla del rincon en que yo la tenía guardada. A mí me toca manifestar aquí mi reconocimiento á su cordial amistad, aunqué tal vez fuera mejor, que el tiempo y la lima hubiesen hecho mi trabajo mas digno del exámen del público.

32ª Página 339.

Notan que su figura es muy conforme
A una estatua antiquísima de mármol,
De senador ó cónsul, que de poste
En una esquina de la iglesia estaba,
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre.

Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, mas ó ménos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo ; y durante la guerra de la independencia vi en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos*. Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman Pasquino á una estatua de Áyax, y *san Pedro* en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.

33 ª Página 381.

. . . . . por la manga
La cabeza del jóven moro mete,
Y por el ancho cuello se la saca,
Y hasta los piés el camison desciende.

"Prohijóle otrosí doña Sancha su madrastra: la adop-
"cion se hizo en esta manera, aunqué grosera, pero me-
"morable....Metióle por la manga de una muy ancha ca-
"misa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el
"rostro, con que le pasó á su familia, y recibió por su hi-
"jo. De esta costumbre salió el refran vulgar: *Entra*
"*por la manga* y *sale por el cabezon*: dícese del que sien-
"do recebido á trato familiar, cada dia se ensancha mas."
MARIANA, *libro* VIII *capít.* 9. Ambrosio de Moráles dice, que la camisa la tenía puesta la madrastra, y que con ella puesta hizo la ceremonia de meterle por la manga y sacarle por el cabezon; cosa que no se comprende cómo puede ser.

Yo me he descartado de doña Sancha, por ser figura que no me hacía buen juego en el cuadro, y pongo á una hermana de Gústios Lara desempeñando la ceremonia de la adopcion.

ERRATAS NOTABLES

DEL TOMO PRIMERO.

Página	y *Línea*	*Dice*	*Léase*
6		beg dedicate	beg *to* dedicate
33	7	brazos	*a*brazos
41	14	gallardo *saca*,	gallardo *arranca*,
207	1	ter*r*ible	te*m*ible
230	20	*á* visto	*ha* visto
254	1	sol *eterno*	sol *fulgente*
265	8	marchita,"	marchita"
268	7	Delizándose	Deslizándose
275	6	co*n*cina,	cocina,
295	16	repetía"	repetía*n*"
299	2	*sucinta*	*meliflua*
334	6	*a*l monte,	*e*l monte,
407	16	sacar*le*	sacar*la*
421	6	desman*de*rse	desman*da*rse

ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE

EL TOMO PRIMERO.

Página.

Dedicatoria..... v
Prólogo..... IX

EL MORO EXPÓSITO.

Romance primero..... 1
Romance segundo..... 49
Romance tercero..... 103
Romance cuarto..... 151
Romance quinto..... 197
Romance sexto..... 249
Romance séptimo..... 319
Romance octavo..... 375
Notas..... 441

FIN DEL TOMO PRIMERO.

3

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

CENTRAL LIBRARY.

ABBREVIATED REGULATIONS.

One volume can be had at a time, in home use, from the Lower Hall, and one from the Bates Hall, and this volume must always be returned with the applicant's library card, within such hours as the rules prescribe. No book can be taken from the Lower Hall of this Library, while the applicant has one from any Branch.

Books can be kept out 14 days, but may be renewed *within* that time, by presenting a new slip with the card; after 14 days a fine of *two* cents for *each* day is incurred, and after 21 days the book will be sent for at the borrower's cost, who cannot take another book until all charges are paid.

No book is to be lent out of the household of the borrower; nor is it to be kept by transfers in one household more than one month, and it must remain in the Library one week before it can be again drawn in the same household.

The Library hours for the delivery and return of books are from 9 o'clock, A. M., to 8 o'clock, P. M., in the *Lower Hall;* and from 9 o'clock, A. M., until 6 o'clock, P. M., from October to March, and until 7 o'clock, from April to September, in the *Bates Hall.*

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any Library notice to reach, through the mail, the person addressed.

[50,000, Nov., 1870.]